LA COSTURERA DE LA REINA

CLARA MENDÍVIL

LA COSTURERA DE LA REINA

CLARA MENDÍVIL

La costurera de la reina

Clara Mendívil

A mi madre y a todas las mujeres de mi familia:
las que forman parte de mi vida y las que
solo puedo imaginar a través de las historias.
A todas las que, de un modo u otro, abrieron
el camino que nosotras transitamos después

Prólogo

Madrid, agosto de 1779

María tosió y se apartó del brasero. Su hija, de apenas nueve años, acudió corriendo a su lado.

—Madre, ¿está bien?

La mujer se sentó a la mesa y apoyó la frente en la mano.

—Sí, cariño, es que se me ha olvidado abrir la ventana. Hazlo tú.

La jovencita corrió hasta la ventana que había al lado de la hornilla de ladrillo, sobre la que se apoyaba el caldero, y la abrió. Daba a un patio interior, y las voces de los vecinos que trasegaban por allí llegaron hasta ellas.

—¿Por qué no ha bajado al patio? Con este calor, están todas las vecinas cocinando allí.

La mujer sonrió, cansada.

—No me apetecía mucho, pero baja tú si quieres a jugar con tus amigos.

—¡María!

La voz subió por el hueco de la escalera que comunicaba la tienda con la cocina de la casa. María suspiró, se levantó y sonrió a su hija:

—Voy a ver qué quiere tu padre. Almudena, venga, baja al patio a jugar.

La mujer descendió por la angosta escalera, pero la jovencita, en

lugar de salir por la puerta de la vivienda, que daba al corredor y al patio interior, siguió a su madre. Cuando traspasó la cortina que separaba la escalera de la tienda, ella se quedó detrás y espió por una rendija lateral. Una mujer con un manto sobre la cabeza esperaba. Almudena vio las espaldas de su padre tras el mostrador.

—María, esta señora ha venido a recoger una muestra —dijo con voz tensa.

Su madre asintió.

—Un segundo.

Se dirigió a la trastienda y apareció momentos después con un pedazo de tela en la mano. Un pañuelo, tal vez.

—Creo que este puede servirle a tu señora —dijo.

La mujer lo cogió y se lo guardó. Susurró algo a María y le entregó otro retal, que ella escondió con rapidez en la cinturilla de la falda.

—¿Es urgente? —preguntó.

—Dos días o será demasiado tarde.

Almudena apenas pudo escuchar lo que decían. Su padre, mientras tanto, cortaba un trozo de tela sin prestar atención. María asintió de nuevo y le dio un pequeño apretón en el brazo a aquella mujer. Entonces ella se despidió, se cubrió el rostro con el manto y salió a la calle.

—No deberías arriesgarte tanto —dijo su padre.

—Ay, Domingo, no te preocupes. —La voz de su madre sonó ligera—. Nadie nos relaciona con nada.

Almudena era obediente, pero también curiosa. Salió de detrás de la cortina.

—¿Quién era esa señora tan rara, madre?

María miraba una pequeña libreta que solía llevar en el bolsillo interior de su falda. Levantó la mirada y la pequeña vio una gravedad en sus ojos que desmentía su tono despreocupado. Cerró la libreta y la apretó contra su pecho, como si temiera que alguien se la quisiera arrebatar.

Apenas percibió la tensión en la mandíbula de su padre, ni tampoco su ceño fruncido. En cuanto la vio, Domingo sonrió y le guiñó un ojo.

—A veces la gente no sabe lo que quiere, pequeña. Los nobles son caprichosos y solicitan muchas muestras antes de decidirse.

María había vuelto a sacar el pañuelo bordado que le había entregado la mujer y lo observaba con atención. Almudena se acercó y se asomó por encima de la tela. Tenía unas volutas bordadas de manera tosca, como si se hubieran hecho a toda prisa.

—No parece un trabajo muy fino —dijo la pequeña—. Yo puedo hacerlo mejor.

María soltó una carcajada.

—No tengo ninguna duda. Pero en ocasiones no es la finura lo que se premia, sino la rapidez.

—Pues no lo entiendo. —Almudena se cruzó de brazos—. ¿Quién no querría un trabajo bien hecho?

—Tienes razón —dijo su madre, y acarició su pelo oscuro y alborotado—. Algún día, hija mía, puede que tus manos hagan cosas importantes. —Luego sacudió la cabeza como si hubiera dicho algo que en realidad no pensaba—. No le des más vueltas. ¡Venga, al patio! Estoy oyendo desde aquí a Pedro y a Manuel con Vicenta.

Almudena cruzó la diminuta trastienda. Una mesa desgastada, llena de marcas y rasguños, reinaba en el centro, casi enterrada por

rollos y retales de distintos tipos. Las paredes, cubiertas de estantes repletos de género y utensilios, conseguían que aquel cuarto se viera todavía más pequeño, pero su padre se manejaba bien en él. Al fondo estaba la puerta que daba al patio del edificio. Iba a abrirla cuando oyó que a su madre le daba otro ataque de tos, más violento que el anterior. Aquí no podía echarle la culpa al humo del brasero. Se quedó parada.

La voz de su padre llegó hasta ella suave, empapada de cariño.

—Mi amor, debes descansar. Sube a tumbarte y no te preocupes de nada. Almudena estará bien, Vicenta sin duda le pondrá un plato cuando dé de comer a sus diablillos.

María no respondió. Entre toses, la oyó moverse y después escuchó sus pisadas en la escalera. Almudena hundió la cabeza entre los hombros. Sabía que su madre no se encontraba bien; además, la voz de su padre había sonado preocupada. Y triste. Demasiado triste.

1

Madrid, septiembre de 1784

El olor a cera y humedad flotaba en la escalera estrecha y empinada, torcida por los años. Almudena bajó despacio, sujetándose la falda con una mano para no pisarla. Los escalones de madera crujían bajo sus pies. A un lado, una cuerda gruesa servía de pasamanos improvisado. Al otro, la pared estaba cubierta por una capa de hollín que ninguna escobilla conseguía borrar del todo. Años de subir y bajar con una vela o una lámpara habían dejado una huella indeleble. Cuando descorrió la cortina que daba paso a la tienda, el aire cambió, impregnado del aroma a madera pulida y tela recién cortada.

La luz que entraba por la puerta abierta la deslumbró y parpadeó para recobrar la visión. Su padre estaba junto al mostrador, con el cuerpo inclinado y un rollo de tela en la mano. La clienta, una mujer gruesa con un pañuelo verde anudado bajo la barbilla, observaba cómo desplegaba el paño de lana basta sobre la mesa.

Había rollos de tela apilados en las estanterías: bayetas grises, algodones crudos, una pieza de sarga azul que solo se ofrecía por encargo. Las varas, codos y cuartas marcados en la madera de la mesa, gastados por el roce de años, brillaban con el reflejo del sol matutino de principios de septiembre.

—Almudena, ve a la trastienda y tráeme el trozo de estameña

negra que quedó del pedido de las monjas —dijo su padre sin mirarla—. Lo dejé encima del arcón.

Ella asintió sin palabras, pasó entre los rollos con cuidado y desapareció tras la puerta entornada. Conocía aquella tienda como si fuera una extensión de su cuerpo: desde el hueco en la estantería donde su madre solía guardar los retales pequeños hasta la pequeña caja de botones que ella misma había ordenado por colores una tarde de lluvia, ningún rincón de aquel espacio tenía secretos para ella.

Afuera, en la calle, la campana de la cercana iglesia de San Luis Obispo daban los buenos días. La ciudad ya se había despertado y se oían las ruedas de los carros y los pasos apresurados por las aceras. Dentro, sin embargo, reinaba la calma. El tiempo parecía no correr y su padre, parsimonioso, seguía midiendo aquella pieza con gestos contenidos y serenos. Almudena pensó, mientras se dirigía al arcón para coger la tela que su padre le había reclamado, que no recordaba la última vez que lo había visto perder los nervios. Siempre parecía dueño de sí mismo, tal vez incluso demasiado. Aunque hacía años que tampoco lo había visto sonreír desde el corazón, como hacía antes, cuando madre aún estaba con ellos. Sacudió la cabeza, suspiró, agarró el rollo de estameña y volvió a la tienda.

Otra mujer había entrado en ese lapso de tiempo. Las ojeras violáceas y el rictus de amargura en la comisura de los labios no conseguían eliminar la bondad en sus ojos tristes. Vio a Almudena y sonrió, y su cara se transformó.

—¡Buenos días, Almudena! Qué alegría verte en la tienda hoy. ¿Cómo estás?

—Muy bien, doña Dolores, muchas gracias por interesarse.

La joven se preguntó cómo había adivinado su padre que doña Dolores aparecería por la puerta y que necesitaría el rollo que le había pedido para un nuevo vestido de luto. Pero así era él, parecía adelantarse a las necesidades de sus clientas.

—Hay que ver cómo te pareces a tu madre —dijo doña Dolores, en un suspiro.

Almudena sonrió.

—Eso me dicen, al menos desde hace un par de años. Será que ya no soy una niña.

Doña Dolores asintió.

—Eres casi toda una mujer. Es una lástima que… perdona —dijo, y se secó una lágrima de la esquina del ojo—. No quiero hablar de cosas tristes. Estás muy guapa, Almudena. Tienes los ojos de tu madre y su piel fina. Dentro de poco, tu padre tendrá que hacer guardia para quitarte de encima a los pretendientes.

Domingo sacudió la cabeza y esbozó una mueca.

—Prefiero no pensar en eso, doña Dolores.

Cuando las dos mujeres se marcharon, Domingo se giró hacia su hija con una leve sonrisa en los labios.

—¿Qué haces aquí abajo?

Ella lo miró con sus grandes ojos color miel.

—Ya he terminado de arreglar la casa, padre. Ahora iré al mercado antes de ponerme con la comida, pero he pensado que igual necesitaba ayuda.

Su padre suspiró.

—No me gusta que vayas sola por las calles. No es seguro.

—Pero en el barrio todos nos conocemos, padre. No es como si

estuviera en un lugar desconocido.

Domingo negó con la cabeza.

—Tienes catorce años, hija mía. Llevas cinco soportando el peso de la casa sobre tus hombros, desde que nos falta tu madre, y no es justo que te ocupes de todo.

—Padre, no me ocupo de la casa sola. La señora Vicenta lleva todos estos años haciéndose cargo, pero ya soy mayor y no me importa hacer más. Me gusta cuidarlo y ayudar en la tienda.

Por primera vez, Domingo la miró a los ojos como si fuera una adulta, no una niña. Luego miró hacia la calle, salió de detrás del mostrador, se dirigió a la puerta y colgó el cartel de CERRADO. Después le hizo un gesto a su hija y pasaron a la trastienda, donde le indicó que se sentara en una silla. Almudena se tensó. Aquello no era normal, y no le agradaban las sorpresas. No solían traer nada bueno.

—Doña Dolores tiene razón en una cosa: ya no eres una niña, hija mía —dijo su padre, tomando asiento frente a ella—. Creces cada día ante mis ojos y dentro de muy poco te convertirás en toda una mujer. Y yo no me siento capaz de cuidar de ti como me gustaría. No sin tu madre al lado. Me paso el día metido en el taller y no puedo velar por tu seguridad como sería mi deber.

Almudena guardó silencio. Era paciente por naturaleza, y sabía que no serviría de nada intentar meterle prisa a su padre. Él diría lo que tuviera que decirle cuando fuera el momento. Sin embargo, notó el agrio sabor del miedo en la boca. No le gustaban los cambios. Su padre tomó aire, lo soltó por la boca y, al fin, habló:

—Quiero que pienses en lo que deseas hacer en tu vida. Sabes que será difícil que te hagas cargo de la tienda cuando yo falte si no estás casada con alguien del gremio. —Domingo levantó la mano

para indicarle que no le interrumpiera—. Ya sé que falta mucho para ese momento, pero es de hombre precavido pensar en todo. Me gustaría que tuvieras un medio de ganarte la vida, que, si por lo que sea las cosas se tuercen, no acabes como Vicenta: viuda, sin un oficio, obligada a limpiar y cocinar para los vecinos a cambio de una miseria que apenas le da para sacar adelante a sus hijos.

Almudena sintió el alivio recorrer su cuerpo. Miró el rostro de su padre. Mostraba ya las arrugas que la edad y el dolor habían tatuado en su piel, pero seguía teniendo las mejillas llenas que ella había heredado de él. Aunque había perdido mucho peso tras enviudar, su cara se seguía viendo saludable. Una corriente de cariño se extendió por sus venas.

—No quiero ni pensar en el día que falte, padre. Pero no voy a negar que sí que me gustaría aprender un oficio. Madre cosía tan bien…, y a mí siempre me gustó imitarla, ¿recuerda?

Su padre asintió y parpadeó con fuerza, como si se le hubiera metido algo en un ojo. Almudena continuó:

—Y ahora que, gracias a esa cédula que acaban de publicar, las mujeres podemos aprender costura y trabajar de ello… Sí, quiero ser costurera. Y, ¿quién sabe?, si me esfuerzo lo suficiente tal vez pueda acabar cosiendo en palacio. ¿Se imagina, padre?

El rostro de Domingo se ensombreció.

—Coser para la familia real puede no ser tan buena idea como crees, Almudena. Para los poderosos, el pueblo llano no somos sino peones a su servicio.

—Madre me dijo una vez que mis manos harían cosas importantes —dijo ella con expresión soñadora—. No sé a qué se refería, pero ¿qué hay más importante que coser para palacio? Me

gustaría coser para grandes damas, no solo para las mujeres del barrio.

Domingo tragó saliva e hizo un gesto con la mano.

—De todas maneras, es pronto para hablar de eso. Primero tienes que aprender y trabajar duro.

Almudena asintió.

—Tiene razón, padre. ¿Le parece bien que haya escogido este camino?

—A tu madre le habría encantado. —Los ojos de Domingo se iluminaron de orgullo—. ¿Has pensado en alguien?

—Sí, en doña Eulalia, la viuda del sastre. Todo el barrio sabe que era ella la que cosía las prendas que entregaba su marido, pero ahora ya puede hacerlo sin tener que ocultarse. Y sé que el año pasado aprobó el examen para ser maestra de niñas. Además, Teresa aprende con ella ya hace tiempo.

Domingo asintió, satisfecho.

—Sí, doña Eulalia es una buena opción. Es una artesana respetada, aunque no por todos. El gremio de sastres no está muy de acuerdo con que las mujeres accedan a la profesión. Eso lo sabes, ¿no?

—Lo sé y no me importa —dijo Almudena, con la barbilla alta—. Si no les gusta, tal vez deberían preocuparse por hacer mejor su trabajo en lugar de protestar.

Una suave risa emergió de la garganta de Domingo.

—¡Esa es mi pequeña! Siempre luchando contra las injusticias. No has elegido un camino fácil, pero te apoyo. Además, tu mano siempre ha dado puntadas firmes y sé que, con una buena guía, puedes llegar lejos. Sí, hablaré con ella, descuida.

Unos golpes en el cristal de la puerta los interrumpieron. Domingo giró la cabeza y suspiró.

—No sé para qué me empeño en colgar el cartel, si en este barrio la mayoría de la gente no sabe leer. Está bien, ten cuidado de camino al mercado. Te avisaré en cuanto haya hablado con doña Eulalia —dijo, y salió a ver quién llamaba.

Almudena se quedó un rato sentada en la trastienda. Sabía que su vida estaba a punto de cambiar, aunque no vislumbraba hasta qué punto. Pero tampoco era propio de ella darle vueltas a lo que pudiera pasar en el futuro. Por lo pronto, tenía que ir al mercado.

Se levantó y sacudió su falda, como si con eso se quitara de encima todas las dudas y preocupaciones. Se dirigió a la parte trasera de la trastienda, a la puerta que comunicaba con el patio. Prefería salir por allí y no cruzar por la tienda; oía a su padre atender a un par de mujeres del barrio y no le apetecía mantener una conversación intrascendente con sus vecinas.

El patio interior de la casa era angosto, pero a Almudena le gustaba. Dos vecinas se quejaban junto al lavadero porque alguien había dejado el barreño ocupando la pila.

—Es que ya no se respetan ni los turnos —protestaba Brígida—. No es tan difícil lavar la ropa cuando te toca, digo yo.

Vicenta asintió sin contestar. Almudena pasó de largo sin intervenir; en aquella casa, las pequeñas tensiones eran casi tan habituales como el repicar del pozo. El patio era el centro neurálgico, donde se juntaban todas las mujeres para lavar, tender o hablar del día a día. En el centro estaba situado el pozo que abastecía toda la casa de agua fresca. A un lado, el lavadero, y al fondo, las letrinas. Esa mañana hacía fresco, así que no encontró a nadie aseándose.

Esos menesteres se llevaban a cabo en cada casa particular, excepto cuando el calor apretaba, y entonces se podía ver a la señora Vicenta ayudando a Rosa, la vecina de enfrente, a lavarse el pelo, o a Pedro y Manuel jugando a las tabas o a la pelota entre recado y recado.

Se cruzó con Pedro, el hijo de Vicenta, que a sus doce ya trabajaba como mozo del zapatero del local contiguo a la tienda de su padre. Su jornada empezaba con el sol, como la de la mayoría de los comercios del barrio, y bajaba corriendo por las escaleras del patio con el pelo alborotado y la camisa por fuera.

—¡Buenos días, Almudena! —le dijo al pasar.

—Nos hemos dormido, ¿eh? —respondió ella riéndose. Don Julián, el zapatero, era un hombre muy amable que no se enfadaría con él por llegar tarde—. ¡Que tengas buen día! —le dijo mientras él desaparecía por la puerta que comunicaba con la zapatería.

Ella giró hacia el pasillo que llevaba al portal y salió a la calle. El barrio ya se había puesto en movimiento. Las mujeres salían de los portales camino a la plaza para abastecerse o a sus puestos de trabajo, los tenderos se asomaban a las puertas para dar los buenos días a los transeúntes y los mozos corrían llevando y trayendo mercancías o haciendo recados. Era un barrio humilde, pero con mucha vida. Los vecinos se ayudaban unos a otros y no dejaban que nadie pasara hambre si podían evitarlo. La vida no era sencilla, pero estaba llena de momentos que merecían la pena. Al menos, eso era lo que creía Almudena.

—¡Buenos días!

Una joven de su misma edad, con el pelo castaño claro recogido en un moño tirante bajo la cofia, se colocó a su lado y le dirigió una

sonrisa deslumbrante.

—¡Teresa! ¿Vas hacia el taller? Es un poco tarde, ¿no?

La joven asintió.

—Sí, mi madre está enferma y he tenido que ir al mercado y dejarlo todo listo antes de entrar al taller. Doña Eulalia ya sabe que a veces me pasan estas cosas, pero luego me quedo hasta más tarde para compensar.

Las muchachas caminaron juntas.

—He hablado con mi padre —dijo Almudena.

No dio más explicaciones, pero su amiga entendió enseguida.

—¿Ya le has contado que quieres aprender con doña Eulalia? ¿Y qué ha dicho?

Almudena sonrió.

—Le parece buena idea.

Teresa dio un gritito y comenzó a saltar a su lado.

—¡Qué bien! Pasaremos todo el día juntas. Además, doña Eulalia es una maestra dura, pero también justa. Enseña muy bien y tiene contactos para colocarnos después. ¿Cuándo empiezas?

—Aún no lo sé. Mi padre hablará con ella estos días, supongo que la semana que viene podría incorporarme.

Teresa no podía parar de sonreír.

—¡Qué ganas tengo! Además, seguro que haces migas con las otras, Manuela y Luz. Como todas hemos empezado hace poco, nos estamos conociendo aún. Y, por lo visto, parece que hay otra chica del barrio que también va a unirse al grupo. Si somos más, seguro que la carga de trabajo disminuye —dijo, y le guiñó un ojo a su amiga.

Se despidieron al llegar a la puerta de la escuela. El taller de

sastre que había regentado el marido de doña Eulalia seguía abierto, aunque la placa había cambiado y ahora ponía: EULALIA GÓMEZ, COSTURERA. VIUDA DE ELISEO GONZÁLEZ, MAESTRO SASTRE. A través de los ventanales se veía a una oficiala cosiendo sentada a una mesa y a doña Eulalia revisando algunos bocetos. Una puerta al fondo separaba el taller de la escuela. Teresa se despidió de su amiga.

—Nos vemos pronto.

Almudena continuó su camino hacia la plaza del Carmen. Estaba al final de la calle, tan cerca de su casa que acudía a diario. Dejó resbalar un poco el manto que llevaba sobre los hombros: en pocos minutos la temperatura había subido y sintió calor. Pero entonces llegó a la plaza y se encontró a la sombra del convento del Carmen Descalzo. Allí volvía a hacer fresco, así que se recolocó el manto y comenzó a pasearse entre los puestos, en los que compró verduras, lentejas y huevos. En uno de los tenderetes, un par de mujeres comentaban en voz baja:

—Dicen que el corchete pasó ayer por la calle Mayor, que quieren meter en cintura a los vagos.

—Y subir el precio del pan otra vez…

Almudena fingió no escuchar; las quejas eran frecuentes desde hacía meses. Luego entró en la tahona de la esquina atraída por el olor a pan recién hecho.

Volvió a casa un poco cargada pero satisfecha. Antes de entrar en el portal se detuvo a disfrutar de los rayos del sol. El verano llegaba a su fin y las temperaturas bajaban. Odiaba el frío y no tenía ninguna gana de que llegara el invierno, pero era inevitable, así que pensaba disfrutar del calor del otoño todo lo que pudiera. El olor del pan subía desde la cesta y le dio un pellizco para probarlo. Aún

estaba tibio y el sabor ligeramente ácido de la miga la hizo salivar. Se concentró en disfrutar de aquel momento.

—¡Se empieza por un pellizco y acabamos sin pan, señorita!

Abrió los ojos y se encontró a su padre en la puerta de la tienda, mirándola con los brazos cruzados, aunque su expresión desmentía la seriedad de su voz. Tapó el pan con la tela que lo cubría y sonrió a su padre con esa sonrisa que ella sabía que lo desarmaba.

—Dejo esto en casa y bajo enseguida a ayudarle —dijo, y se metió en el portal.

Sin duda, aquel iba a ser un buen día. Sin embargo, mientras subía los primeros escalones, detrás de ella oyó la voz aguda de Rosa, la vecina de enfrente, murmurando a Vicenta:

—Ya verás como esto acaba mal, con tanta mujer que se empeña en meterse en oficios de hombres. Luego vienen los disgustos.

Almudena fingió no escuchar, pero el comentario se le clavó en la nuca como una espina.

2

Domingo había cumplido su promesa y al día siguiente habló con doña Eulalia. Esa misma tarde, cuando cerró la tienda y subió a casa, donde Almudena ya lo esperaba con la cena preparada, le comunicó que empezaba al día siguiente.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —preguntó Almudena, confusa.

Su padre asintió.

—Sí, ya sé que no es lo habitual, pero doña Eulalia y yo hemos llegado a un acuerdo enseguida, así que no tiene sentido esperar. Dice que le conviene dejarlo cerrado cuanto antes —añadió Domingo —. Parece que algunos oficiales del gremio están muy pendientes de todo lo que hace. Además, mañana empieza también otra alumna, y supongo que para ella es más fácil enseñar los primeros pasos a las nuevas aprendizas a la vez.

La joven sintió que un nudo de nervios se alojaba en su estómago. Tenía muchas ganas de empezar, pero también sentía incertidumbre por esta nueva etapa.

Cenaron en silencio, porque su padre se dio cuenta de su estado y respetó su mutismo. Pero cuando acabaron de cenar, mientras Almudena retiraba los platos y los dejaba en remojo en un barreño con agua del pozo, él se levantó.

—Espera aquí —dijo.

Entró en su alcoba y volvió a salir con una cajita en las manos. La miró como si le costase desprenderse de ella, y luego se la tendió a

Almudena.

—Toma esto, hija —dijo—. Era de tu madre. Aquí guardaba sus útiles de costura. La tengo guardada en el arcón desde que… —carraspeó—, desde que ella nos dejó, y nunca la he abierto. Pero creo que le gustaría que la tuvieras tú.

Almudena se acercó y la tomó con dedos temblorosos. Apenas pudo mirar a su padre.

—Gracias, significa mucho para mí.

La joven se retiró a su alcoba. Todavía no era noche cerrada, aunque casi no quedaba luz. Encendió un candil con una brasa que había cogido del brasero y colocó un espejo detrás para amplificar la luz. El aceite era caro, pero sentía que debía abrir esa caja en ese momento y no esperar a la mañana siguiente, y una vela no iluminaba lo bastante. Sabía que su padre lo comprendería.

La caja era de madera y estaba pintada de colores fuertes: verde, azul y amarillo se mezclaban dibujando hojas y flores en un diseño exótico e intrincado. Almudena pasó los dedos sobre la tapa. Cerró los ojos un instante y se preguntó si tal vez fue su madre quien pintó esos motivos.

Entonces contuvo el aliento y abrió la tapa.

Había dedales, agujas e hilos de varios tipos. Almudena fue sacando todos los elementos, los cogía y los observaba con atención, consciente de que su madre había trabajado con ellos años atrás. Se sintió conectada con ella.

«¿Qué pensarías del camino que he elegido, madre? ¿Estarías de acuerdo en que siguiese tus pasos, o habrías preferido algo distinto para mí?». Volvió a suspirar.

—Haga lo que haga, lo haré bien —dijo en voz alta, mirando al

cielo.

Iba a meterlo todo en la caja cuando vio algo extraño. Era como si el interior fuese demasiado pequeño, demasiado angosto. Por fuera, la caja parecía más grande. La levantó para mirarla de cerca, le dio la vuelta, la observó por delante y por detrás, y entonces, cuando estaba palpando el interior, notó que presionaba una palanquita y el fondo se levantó con un chasquido.

Almudena dejó la caja en la mesa, se levantó y dio un paso atrás, asustada. ¿Había un doble fondo? Esas cosas servían para ocultar secretos. ¿Su madre tenía algo que esconder a los ojos de los demás? ¿De ella? ¿De su padre? Se frotó las manos, caminó hasta la ventana, que daba al patio apenas iluminado por un candil a la entrada, que se apagaría en breve. Después miró la puerta y valoró si ir a contárselo a su padre.

Pero si su madre conservaba esa caja, tal vez lo que hubiera allí dentro en verdad merecía estar a resguardo. Almudena dejó de retorcerse las manos, las frotó contra su falda y se acercó de nuevo a la mesa. Se sentó y tomó la cajita en las manos, con el corazón martilleándole con fuerza en el pecho. Terminó de levantar la plancha de madera que dividía el fondo y dentro encontró dos cosas: una pequeña libreta con tapas de cuero y una carta.

Las sacó y las dejó sobre la mesa. Quiso empezar por la carta, pero todavía no se sentía preparada para lo que pudiera descubrir. La libreta, sin embargo, la recordaba. Su madre la guardaba como si fuera su mayor tesoro y nunca dejó que nadie la tocara. Casi daba la impresión de que la escondía cuando la sorprendían con ella. Una vez la ojeó mientras su madre descansaba en la cama, cuando ya estaba enferma.

Los dibujos eran extraños, casi hipnóticos. Florituras, volutas, curvas…, motivos que parecían esconder algo. «Madre, ¿qué significan?», le preguntó cuando ella abrió los ojos.

María se la quitó con delicadeza, no con enfado pero sí con prisa.

«Son diseños antiguos, de cuando yo…», se detuvo, como si hubiera hablado de más. «No importa. No debes enseñárselo a nadie. Y nunca, jamás, permitas que esta libreta salga de casa. Promételo». «¿Por qué?». «Porque hay dibujos que pertenecen a ciertos lugares… y no conviene que salgan de aquí», respondió ella. Almudena no lo entendió, pero prometió lo que le pedía su madre, aunque jamás olvidaría el miedo que vio en sus ojos.

Así que abrió la libreta. En ella solo había dibujos, los que recordaba de forma vaga. Volutas, líneas, espirales y otras filigranas aparecían dispuestas en bloques sin relación aparente. Delante de cada trazo, un número. Solo eso, sin ninguna aclaración. Había tres páginas con esos motivos. Intentó encontrar un patrón, algo que explicara lo que estaba viendo, pero nada. No parecía tener sentido.

Pasó las páginas hasta el final, las miró del derecho y del revés por si descubría algo, pero nada. Resopló frustrada. ¿De qué servía haber encontrado aquello si no sabía qué significaba? Sus ojos se desplazaron entonces hacia el papel amarillento doblado en cuatro que había sobre la mesa. Lo tomó en las manos.

Le parecía un sacrilegio desdoblarlo y leer algo que perteneció a su madre y que ella había decidido esconder. Pero, por otro lado, si lo había conservado, tal vez fuese porque lo consideraba importante. Incluso quizá hubiese planeado dárselo a su hija cuando llegara el momento adecuado. Sea como fuere, debía tomar una decisión.

Almudena no era alguien que funcionase por impulsos. Pensaba

muy bien las cosas antes de tomar una decisión, y en aquel momento decidió seguir su instinto. Con manos temblorosas, desplegó el papel.

Como suponía, era una carta. Por suerte, en la iglesia parroquial le habían enseñado a leer, además del catecismo. Leía con fluidez y, algo más raro, sabía escribir. En la escuela, la escritura no era una enseñanza fundamental, pero su madre, que leía, escribía y sabía muchas más cosas de lo normal, se encargó de que practicara hasta que consiguió que lo hiciera si no con facilidad, sí con cierta confianza.

Sus ojos se desplazaron por el papel amarillento y se abrieron con sorpresa cuando comenzó a leer:

> Querida Isabel:
>
> Hace ya meses que no estás y todos aquí te echamos de menos. Sé que no debería comunicarme contigo, pero no puedo evitarlo. Te echo en falta, hermana, y, aunque sé que tu vida es mejor ahora de lo que hubiera sido de haberte quedado, sigo pensando qué hubiera sido de nosotras de haber podido seguir juntas. Qué hubiera sido de mí.
>
> En fin, no volveré a escribirte, sé que es peligroso. Pero quiero que sepas que no pasa un día sin que madre te recuerde. Padre no habla de ti, creo que no se siente capaz, pero sé que también te añora.
>
> Estate tranquila: guardaré tu secreto como te prometí que haría. Espero que seas feliz y que, aunque sea solo de vez en cuando, recuerdes a tu hermana, que te quiere.
>
> MARIANA

Dejó caer el papel y se quedó mirando la llama en la boca del

candil hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. No sabía qué pensar. ¿Quién era Isabel? ¿Quién era Mariana? ¿Era su madre? Pero se llamaba María, nunca oyó que nadie se dirigiera a ella por ese nombre. Y si ella firmó esa carta, ¿por qué no llegó a enviarla? Almudena era práctica y meditaba las cosas antes de actuar, pero también era decidida cuando algo se le metía en la cabeza.

Las campanas del convento del Carmen Calzado comenzaron a repicar. Almudena dio un respingo. Habitualmente rezaba una pequeña plegaria por los muertos cuando oía el toque de ánimas, antes de seguir con sus oraciones habituales y meterse en la cama. Pero ese día se levantó de la silla y salió de su cuarto. Llamó a la puerta de la alcoba de su padre y esperó a que este le diera permiso para entrar.

Domingo estaba sentado a una mesita junto a la ventana y escribía en un papel a la luz de una vela. El fuerte olor a sebo quemado impregnaba la estancia. Su padre levantó la mirada y la fijó en la cara de su hija.

—¿Qué sucede?

Ella no dijo nada, pero le tendió la carta.

Domingo la leyó, aunque tardó tanto que Almudena llegó a pensar que lo que hacía era preparar lo que diría a continuación. Cuando ya le empezaba a inquietar su prolongado silencio, Domingo levantó la cara.

—¿Qué quieres saber?

—¿Quién es Isabel?

Domingo volvió la vista hacia la ventana. Fuera, jirones rosados y violetas jalonaban la oscuridad del cielo. La luz de la vela dibujó una línea tensa en su mandíbula. Durante un segundo, Almudena tuvo la

certeza de que su padre había dejado de respirar.

—No lo sé.

—Pero madre guardó esta carta en un compartimento secreto de su caja durante años. Algo querrá decir.

—Tu madre no era una mujer común, hija mía. No sé quién es la destinataria de la carta ni tampoco quién la firma. Y, desde luego, no sé por qué la guardó. A veces la gente deja en la tienda cartas para otras personas porque no pueden dárselas en mano, o por otros motivos. Tal vez sea el caso.

Almudena sacudió la cabeza.

—Eso no tiene sentido. ¿Para qué iba a guardar madre una carta que no tiene nada que ver con ella?

Domingo se encogió de hombros.

—No lo sé. No puedo saber qué le pasaba a tu madre por la cabeza cuando guardó esa carta. Lo siento. —Se levantó, cogió la vela y la colocó en una banqueta al lado de la cama—. Es tarde. Hora de rezar y dormir, Almudena.

Pareció que la joven iba a decir algo, pero su padre la interrumpió.

—No pierdas el tiempo con asuntos vanos. Mañana es un día importante para ti.

Entonces se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. Almudena supo que la conversación había terminado.

—Buenas noches, padre —dijo.

De vuelta en su alcoba, releyó la carta. Sabía que su padre se había callado algo, al igual que sabía que no conseguiría sonsacarle nada más. Así pues, decidió no hablarle del cuaderno con los símbolos extraños, volvió a guardar ambas cosas en la cajita y la

cerró. Luego se quitó el pañuelo de pecho, el justillo, la falda y las enaguas, y, solo con la camisa, se metió en la cama. Aunque su cabeza no dejaba de dar vueltas a aquella carta, pronto la venció el sueño y cerró los ojos.

3

El toque de prima la despertó, como todas las mañanas, a las seis. Las campanadas del convento del Carmen y de la iglesia de San Luis confluían a lo largo de la calle y, para quien tenía el sueño ligero, se hacía difícil permanecer en la cama.

Almudena llevaba rato con los ojos abiertos. Su noche había estado cuajada de sueños confusos y muy vívidos en los que se mezclaban el taller de doña Eulalia con los recuerdos de su madre, los dibujos de la libreta y un nombre, repetido una y otra vez: «Isabel».

Parpadeó y se estiró en la cama. No tenía tiempo de pensar más en eso. A las siete empezaba la jornada y no quería llegar tarde el primer día.

Por la ventana entraba luz suficiente para moverse por la casa y, sin encender el candil, se aseó con el agua que reservaba en la jofaina y se vistió antes de salir de su alcoba.

Domingo apareció casi a la vez. A las siete ya solía estar en la tienda para organizar pedidos, recibir la mercancía o adelantar trabajo. Y también, esto lo sabía Almudena, aunque su padre nunca lo había admitido, para estar entretenido, hablar con los vecinos y no sentirse solo en su propio hogar.

Almudena cortó pan, lo untó en aceite y partió un trozo de queso. Domingo sacó vino para él, y para ella tenía preparada una pequeña sorpresa. Vicenta llamó a la puerta y abrió con la confianza

que da la costumbre. Llevaba un recipiente en las manos.

—Aquí tiene, Domingo —dijo—. Buenos días, Almudena. Espero que tengas un buen primer día de enseñanza.

Aprovechó para coger los ingredientes para el puchero, ya que cocinaría para padre e hija a cambio de una ración para ella y su hijo pequeño, y se marchó apresurada. Sus días comenzaban temprano y terminaban tarde. Vicenta no era mayor. De hecho, era más joven que Domingo, pero se quedó viuda muy pronto. Almudena apenas recordaba a su marido, un hombre serio y trabajador que murió arrollado por un carro mientras hacía una entrega.

Vicenta se encontró con dos hijos pequeños y sin un oficio. Así que sobrevivía ayudando a sus vecinos: remendaba, cocinaba, limpiaba y cuidaba niños con todo su cariño a cambio de un par de monedas, tela para hacerse vestidos o, en la mayoría de los casos, un plato de comida para ella y su familia. No había pasado hambre porque era una buena mujer que supo hacerse un hueco en el barrio, pero desde luego tampoco tenía una vida fácil, y eso se reflejaba en su cara arrugada y su ceño fruncido de manera permanente.

Almudena miró el recipiente que Vicenta había dejado encima de la mesa. Su padre lo destapó.

—¡Chocolate! —exclamó la joven—. Pero, padre, ¿y este lujo?

Su padre sonrió.

—Hoy comienzas tu formación, hija. Es un día importante. Vamos a empezarlo con alegría.

Ella asintió y tomó el tazón. Olía dulce y denso. Disfrutó del sabor en la lengua y del calor que le recorrió la espalda. Luego miró a su padre.

—A partir de esta tarde prepararé yo la comida del día siguiente. Ya está pagando por mi educación, no quiero que cargue con un gasto adicional.

—Como quieras —dijo él—. Pero a Vicenta le viene bien la ayuda, deja que algún día se encargue ella.

Almudena salió a la calle con un nudo de nervios en el estómago. Aunque no era alguien que se dejase llevar por elucubraciones, su cabeza iba a toda velocidad: ¿se llevaría bien con sus compañeras? Con Teresa sí, claro, pero ¿y las otras? Su madre le había enseñado a coser cuando era muy niña, ¿doña Eulalia lo vería como algo positivo o prefería enseñar desde cero?

—¡Buenos días!

Teresa, con la energía que siempre derrochaba, se puso a su lado con una sonrisa deslumbrante. Vivían a dos puertas de distancia, así que era normal que coincidieran en el camino.

—¿Nerviosa? —preguntó, adivinando los sentimientos de su amiga.

Almudena asintió.

—Un poco.

Teresa empezó a parlotear sobre el trabajo en el taller hasta que llegaron a la puerta.

—¡Venga, vamos! —dijo ella—. No querrás que entremos las últimas.

Una vez dentro, los ojos de Almudena tardaron unos segundos en acostumbrarse a la penumbra del lugar. El taller que había sido del marido de doña Eulalia constaba de dos estancias que daban a la calle, una de las cuales la maestra había convertido en escuela. En la primera sala, una larga mesa de madera de pino se asentaba sobre

un suelo rojizo y presidía el espacio. Anaqueles, estantes y cofres ocupaban el resto, de manera similar a la trastienda de Domingo.

Aunque había despuntado el día, el sol todavía era débil, por lo que María Antonia, la oficiala a sueldo de doña Eulalia, había prendido un candil para empezar a organizar la jornada y el fuerte olor del sebo llegó hasta su nariz. Teresa entró detrás de ella y pasó por su lado.

—Buenos días, María Antonia —dijo.

La mujer, que había pasado ya la barrera de los treinta y tenía una expresión seria y concentrada, saludó con educación a las dos recién llegadas. Teresa se encaminó hacia la mampara que separaba el taller de la escuela, y Almudena la siguió en silencio. Al cruzar a la otra sala el ambiente cambió. Había más desorden, pero también más vida. Varias sillas rodeaban una mesa baja que había conocido tiempos mejores. Una niña de unos nueve años hablaba en voz baja con otra de la misma edad que Almudena, sentadas en sendos taburetes. Una mujer de unos cincuenta años, vestida de paño negro y con el pelo oscuro veteado de gris sujeto en un moño tirante, observaba una camisa blanca a la luz de otro candil, acomodada en una banqueta un poco separada de la mesa. Levantó la vista al oírlas entrar.

—¡Ah, bien! Ya estáis aquí. Teresa, acompaña a Almudena a su silla. Bienvenida.

Apenas se habían sentado cuando oyeron la puerta de entrada y luego la voz de María Antonia. Enseguida otra joven apareció tras la mampara y se quedó de pie, mirando a su alrededor, con los labios apretados y la barbilla un poco levantada. Llevaba un vestido de buena tela y el cabello rubio dorado recogido, como todas ellas, en

un moño bajo en la nuca. Era preciosa, la joven más hermosa que Almudena hubiera visto nunca. Sus brillantes ojos azules destacaban por ser poco comunes, y también por atentos y calculadores. Le dio la impresión de que estaba nerviosa y hacía grandes esfuerzos por ocultarlo.

—Hola, Beatriz —dijo doña Eulalia con voz cálida—. Siéntate en la silla que queda libre, por favor.

Almudena creyó ver que la joven se frotaba las manos en las faldas, como si las tuviera frías o sudorosas; un gesto tan rápido que casi pareció un espejismo. Cuando la recién llegada se hubo acomodado, doña Eulalia se levantó y se acercó a la cabecera de la mesa.

—Bien, niñas. Como veis, hoy se unen dos alumnas nuevas. Espero que las acojáis bien y seamos una gran familia. Beatriz, Almudena, estas son Teresa, Manuela y la pequeña Luz. Y ahora, antes de empezar, recemos.

Las niñas se tomaron de las manos. Teresa recitaba con la cabeza agachada en recogimiento. Beatriz, como si en lugar de rezar estuviera exigiendo algo que merecía por nacimiento. Manuela, a quien Almudena reconoció de haberla visto por el barrio, oraba con soltura y determinación, y Luz reprimió un bostezo y trató de no perder el hilo de la plegaria. Al acabar, doña Eulalia se incorporó.

—Hora de trabajar —dijo sin levantar la voz—. Teresa, enseña a Almudena a hacer el dobladillo del derecho. Tu padre me ha dicho que sabes coser, ¿es cierto?

Almudena asintió.

—Así es, doña Eulalia. Mi madre me enseñó de niña.

—Bien, veremos si es suficiente. Luego revisaré el dobladillo.

—¿Y yo? —preguntó Beatriz, con un punto altivo.

—¿Cuánto sabes de costura? —preguntó la maestra.

—Lo bastante para hacer un dobladillo —respondió la joven con seguridad—. También a mí me ha enseñado mi madre.

—Tú comenzarás por hilvanar esta pieza. Manuela, explícale los pasos. Dentro de un rato cambiaremos. Luz, trae los materiales y sigue con el pespunte que dejaste ayer a medias.

La pequeña se levantó corriendo a cumplir el encargo.

—Vive con ella a cambio de su trabajo —explicó Teresa en voz baja.

Almudena asintió y no dijo nada más. Por lo que sabía, doña Eulalia cobraba por enseñar. Si los padres de Luz no podían pagar, o ni siquiera mantenerla, era un arreglo habitual que la aprendiza trabajase a cambio de alojamiento, manutención y educación.

El silencio cayó entonces sobre aquella sala, solo roto por el sonido de las tijeras y la aguja atravesando la tela. Almudena no había mentido: sabía coser, pero hacía años que no practicaba más allá de zurcir algún descosido. Desde la muerte de su madre, para ser exactos. Se sintió un poco torpe, pero prestó atención a todo lo que le decía Teresa.

—Eso es, doblamos la tela al ancho de un dedo. Humedece el hilo para que no se enrede. No tires tanto, que se va a fruncir.

Almudena pronto cogió soltura y cosió el dobladillo antes de lo que pensaba. Levantó la cabeza y sonrió orgullosa a su amiga. Al otro lado de la mesa, Beatriz también había terminado.

Doña Eulalia, que había permanecido muy atenta al principio para corregir cualquier desviación o decirles en qué postura coserían más cómodas, las había dejado después a su aire, en vista de que se

manejaban bien. Había entrado una clienta al taller y ella salió de la clase para atenderla. El sonido de su voz llegó claro hasta ellas.

—No puedo prometer que este corpiño esté ajustado para el domingo, señora. He de acabar otro encargo antes y María Antonia también está ocupada con ese vestido, pero si mis niñas cosen deprisa, tal vez lo tenga a tiempo.

Su voz era firme y segura, y la clienta aceptó sus condiciones. En cuanto se marchó, la maestra volvió al taller, donde se encontró a las cinco inmersas en una animada charla. No le gustaba que se perdiera el tiempo, pero tampoco quería ser muy dura.

—Luz, trae un poco de agua, por favor. Veamos.

Observó las puntadas de Almudena y asintió, satisfecha.

—Tienes una mano firme. Muy bien.

El trabajo de Beatriz también recibió su aprobación. Entonces la maestra sacó el corpiño y lo colocó sobre la mesa.

—Me alegra ver que todas tenéis un nivel muy similar. Acercaos, os voy a enseñar a ajustar una pieza.

La mañana pasó tan deprisa que, cuando doña Eulalia paró para la pausa, Almudena se sorprendió.

—Bien, basta por ahora. Las de casa, a comer. Luz, ven conmigo.

Cuando Almudena llegó a la tienda, contestó a todas las preguntas de su padre con una sonrisa emocionada. Luego pasó por la casa de Vicenta para recoger el puchero e incluso tuvo un rato para descansar antes de volver al taller. Las horas de la tarde se pasaron aún más rápido que las de la mañana y, para cuando quiso darse cuenta, ya se estaba marchando entre comentarios y risas con las compañeras, dejando a Luz con la escoba en la mano.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó Teresa, camino a casa.

—Creo que voy a aprender mucho ahí. Y las chicas parecen simpáticas.

—Lo son —dijo su amiga—. Manuela es muy divertida, aunque doña Eulalia trata de pulir un poco ese carácter de maja que tiene. Y Luz es toda inocencia. Espero que la vida no se la arrebate demasiado pronto. Ha tenido suerte de caer en casa de doña Eulalia, aunque, desde luego, trabajo no le falta. En cuanto a Beatriz…

Almudena sonrió.

—También era su primer día, y no tenía el apoyo que tengo yo contigo. Seguro que será una buena amiga en cuanto nos conozcamos un poco más.

—Eso espero —dijo Teresa, no muy convencida—. De verdad que sí.

4

Madrid, diciembre de 1784

Los días transcurrían veloces. Pasaron las semanas, luego los meses y, para cuando Almudena quiso darse cuenta, ya casi estaban en Navidad. El trabajo en el taller era exigente y duro, pero ella se sentía feliz con su vida. Le gustaba su nueva rutina: desayunaba con su padre, cosía, volvía a casa a comer y regresaba a la escuela hasta media tarde. Después adecentaba la casa y preparaba la comida para el día siguiente. Y así un día tras otro.

Iba y volvía con Teresa, su amiga desde niña. Las muchachas del taller habían formado un buen grupo y al salir solían dar un paseo hasta la plaza del Carmen, donde ya empezaban a recoger los puestos, para hacer alguna compra de última hora o para caminar un poco después de pasar todo el día sentadas.

Los fines de semana se acercaban hasta la Puerta del Sol, el Prado bajo o incluso la pradera de San Isidro, y se sentaban en corro para ver pasar los carruajes y observar a las damas. Comentaban los vestidos que llevaban y sus tocados, y soñaban con, algún día, coser ese tipo de ropa. En ocasiones, incluso Luz las acompañaba, pues doña Eulalia le daba un rato de descanso.

Ese mes de diciembre hacía mucho frío y cuando salían del taller era casi de noche, pero eso no les impedía seguir con su rutina. Con una buena basquiña de paño negro y un manto de humo bien sujeto

alrededor de los hombros, no había frío que se les resistiera. Almudena llegaba a casa justo cuando Domingo cerraba la tienda y, mientras ordenaba el género, limpiaba y hacía la caja, ella subía a casa y lo organizaba todo.

Era una vida sencilla pero agradable. Almudena estaba satisfecha, si no fuera por los constantes ataques del gremio de sastres, que no veían con buenos ojos que las mujeres se hubieran introducido en su sector con tanta fuerza.

—¡Domingo, te digo que es un problema!

Almudena entró en la tienda con la cabeza gacha y dejó que el manto resbalara hasta sus hombros. Reconoció al hombre que acababa de hablar: era oficial de Luis Zamora, un sastre cuyo taller se ubicaba calle abajo, a varias manzanas del taller de doña Eulalia. También era una de las voces más críticas contra su maestra y capitaneaba el movimiento del gremio en el barrio contra las costureras y las modistas.

—Pero, Benito, por favor. Las mujeres siempre han cosido, ¿no querrás decirme ahora que se lo quieres prohibir? Hola, Almudena. ¿Has tenido un buen día?

El hombre saludó a Almudena con un seco gesto de cabeza y ella se lo devolvió sin apenas levantar la mirada. Contestó a su padre y se dirigió hacia la escalera que subía a su casa.

—Tu hija, sin ir más lejos —oyó que decía Benito—. ¿Podrá ser oficiala? ¿Maestra? ¡A qué hemos llegado!

Almudena se quedó sentada en los primeros escalones. Estaba al corriente del conflicto abierto entre el gremio y las costureras y quería saber qué decía aquel hombre.

—¿Prefieres que todo siga como antes? ¿Que solo los hombres

sean maestros y sus mujeres cosan sin ningún reconocimiento?

—Es un trabajo familiar, Domingo.

—¿Y si mueres, Benito? Tú no tienes taller propio, pero, si lo tuvieras, tu mujer quedaría desprotegida, no podría continuar con el trabajo que siempre ha desempeñado. Eso por no hablar de que tendría que casarse con un miembro del gremio para poder mantener el taller abierto al público, ¿eso te gustaría?

—Las cosas siempre han sido así —dijo el hombre, con voz tensa —. Lo que no está bien es la intrusión en terrenos masculinos. Además, mira todas esas modistillas francesas que aparecen como champiñones y que tanto gustan a la futura reina.

—Bueno, Benito, me temo que no nos vamos a poner de acuerdo en este tema. Tú quieres que nada cambie y yo quiero que mi hija tenga un futuro. Vamos a dejarlo aquí. —Su padre rara vez perdía los nervios, pero Almudena percibió en su tono que estaba muy cerca de perderlos—. Tengo que cerrar.

Los pasos del oficial se dirigieron a la puerta.

—Lamento oír eso. Si sigues apoyando a esas mujeres, tal vez don Luis tenga que dejar de abastecerse de telas en tu negocio.

—Haced lo que tengáis que hacer —respondió Domingo con voz fría.

La puerta se cerró, Domingo echó la llave y Almudena subió a casa. Poco después apareció su padre con un cántaro de agua fresca que acababa de coger del pozo. Almudena ya había reavivado el brasero y la cocina comenzaba a caldearse. Su padre se sentó a la mesa mientras ella acercaba el puchero a las brasas para calentarlo.

—¿Tan grave es? —le preguntó, poniendo sobre la mesa una jarra de vino y un vaso.

Domingo se sirvió, dio un trago largo y se lo pensó muy bien antes de responder.

—La gente que vive cómoda en una situación no suele querer que esta cambie —dijo al final—. Debes comprender que es difícil renunciar a los privilegios, hija mía.

—Pero hay trabajo para todos —dijo ella.

—Ellos no lo ven así. Lo único que ven es que, con la cédula que ha salido, las mujeres tienen derecho al libre ejercicio de estos oficios. Tú podrás ser costurera, podrás colocar un cartel en la puerta, y no tendrás que ocultarte detrás de tu marido.

—Aun así, nunca seré maestra. No puedo acceder al gremio, solo trabajar por libre.

—Pero eso a la gente le da igual. Si haces bien tu trabajo, acudirán a ti, aunque seas oficiala.

—Además, yo nunca podré igualarme a un sastre. Doña Eulalia, tal vez…

Domingo suspiró.

—Doña Eulalia es el origen del conflicto en este barrio. Cuando murió su marido, ella debería haber cerrado el taller o haberse casado con otro maestro para mantenerlo en marcha. Ahora, sin embargo, puede anunciarse como costurera y seguir adelante. Y eso es una amenaza para el gremio.

—Y además, enseña —concluyó Almudena.

—Exacto. Se examinó en el Consejo de Castilla para obtener el título. Es una amenaza por partida doble. No la van a dejar en paz, Almudena. Ella ya lo sabe, pero conviene que tú estés preparada también.

—Lo estaré.

Domingo estaba en lo cierto. Aunque ya habían oído comentarios maliciosos y amenazas veladas antes, poco a poco el ambiente se fue enrareciendo. Una tarde, ya comenzado el año 1785, Almudena acudió, como tantas veces, con Teresa y Beatriz al mercado de la plaza del Carmen. Estaba comprando legumbres y cebollas cuando una mujer pasó por su lado y dijo en voz alta:

—Mira, ahí van las modernas que se creen que pueden hacer el trabajo de los hombres.

En su tono se percibía ironía y desprecio. Teresa se giró como un rayo. Solía ser tímida, pero saltaba ante las injusticias como una fiera.

—El trabajo de las mujeres, pero reconocido, señora.

Aquella mujer bufó, se ajustó el manto y siguió su camino. La tendera miró a las chicas. Todo el mundo conocía a todo el mundo en el barrio y, por eso, sabía quiénes eran y dónde estudiaban.

—No le falta razón, ¿no estaríais mejor en casa ayudando a vuestros padres?

—Nuestros padres no necesitan nuestra ayuda, sino la tranquilidad de saber que tendremos un oficio sin depender de nadie —dijo Almudena, sin levantar la voz—. Y usted está aquí. No veo a su marido. Nunca lo veo, ahora que lo pienso.

—Murió en la guerra.

—Lo lamento. Por suerte, tiene un hijo varón que heredará el puesto y puede mantenerlo. ¿De qué viviría si no?

La mujer se quedó callada.

De camino a casa, Beatriz, que se había mantenido en silencio, habló:

—Mi padre dice que las modistas francesas alientan el lujo

desmedido y que es escandaloso.

—Doña Eulalia no es ni modista ni francesa —respondió Teresa.

—Y aunque lo fuera. Si las damas gustan de esa moda, alguien tendrá que confeccionarla —dijo Almudena.

Beatriz no dijo nada más. Había destacado rápido en el taller. De hecho, Almudena y ella pronto habían demostrado una habilidad muy superior al resto. Beatriz era, además, ambiciosa, y Almudena sabía que, en secreto, aspiraba a ser modista y no quedarse en costurera. Le extrañó el comentario.

—Tú siempre has defendido a las modistas, Beatriz.

La joven asintió.

—Y lo sigo haciendo. Solo repito lo que se comenta por ahí. María Luisa de Parma tiene un gusto muy afrancesado y, por lo que dicen, hace un enorme gasto en pedidos a madame Rose Bertin, la modista de María Antonieta.

—Sí, eso he oído —dijo Almudena.

Las chicas continuaron hablando de sus cosas y el desagradable incidente del mercado quedó en el olvido.

Un par de semanas después, Almudena y sus compañeras estaban en el taller cosiendo unas mangas cuando llamaron a la puerta de entrada. María Antonia avisó a doña Eulalia y, por el tono que usó, la maestra supo que ocurría algo. Dejó a las chicas solas y pasó al otro lado de la mampara que separaba el taller de la escuela.

—Buenas tardes, don Luis. ¿Qué se le ofrece?

Las chicas dejaron la labor y aguzaron el oído.

—Buenas tardes, Eulalia. —A ninguna se le escapó que no había utilizado el «doña» con el que solían llamarla por respeto—. Imagino

que sabrá a qué he venido.

—Pues no —respondió ella, con voz suave—. ¿Tal vez quiere que colaboremos en algún proyecto? La condesa de Villamayor está renovando vestuario y necesita todas las manos disponibles, según he oído.

Don Luis bufó.

—¡Por supuesto que no! Me basta con las manos que tengo en mi taller. Al menos la condesa sabe de la importancia de un buen sastre, lo que no está de más en estos tiempos aciagos en que cualquiera coge una aguja.

Doña Eulalia esperó en silencio, sin responder a la provocación. El silencio se alargó, pero si don Luis pensaba que con ello iba a obtener alguna respuesta de la maestra, se equivocaba. Beatriz y Almudena se miraron, tensas. Al final, el sastre resopló.

—Vengo a exigirle que cierre de una vez esta vergüenza de taller.

Doña Eulalia extendió su mutismo un poco más. Luego habló.

—Don Luis, usted era compañero de mi marido. ¡Se llevaban bien! Sabe cuántas veces era yo la que cosía sus diseños. Incluso cortaba los patrones. Su esposa misma, si no recuerdo mal, hace lo propio en el taller de usted. ¿Por qué le ofende tanto que yo siga haciendo lo que hacía antes de la muerte de Eliseo?

—Porque con él al frente era distinto. Honroso. No esto.

La risa de doña Eulalia, suave, llegó hasta ellas.

—Lamento que lo vea así, pero no voy a echar por tierra décadas de esfuerzos solo porque usted y unos cuantos como usted se hayan quedado anclados en el pasado. ¡Esto es el progreso! No hago nada malo, actúo conforme a la ley y no pienso dejar de hacerlo.

—¿Y esa escuela que ha montado? ¡Lo que faltaba, llevando a

jovencitas por el mal camino!

—Don Luis, usted sabe que aprobé el examen para ser maestra de niñas. Me ocupo de su educación y también de velar por su decencia y su moral. No encontrará nada que echarme en cara en eso tampoco.

—¡Todo lo que usted hace aquí es censurable! Le aconsejo que se pliegue al sentido común y abandone su empeño.

Doña Eulalia levantó un poco, solo un poco, el tono, tal vez para dejar claro que se estaba hartando de esa situación.

—Es de sentido común de lo que veo que carece el gremio. Muy bien, le he escuchado con respeto, don Luis. Ahora, si me disculpa, mis alumnas me esperan.

—Habrá consecuencias —respondió él con voz tenebrosa.

—Tengo la ley de mi parte. Estaré preparada.

La puerta sonó como un puñetazo al cerrarse.

5

Madrid, mayo de 1785

Almudena había cumplido un año más y disfrutaba saliendo de paseo con sus amigas en sus ratos libres. Era el día de la verbena de San Isidro y todas las alumnas de doña Eulalia, incluida Luz, tenían previsto acudir a la romería en la pradera de San Isidro por primera vez sin la compañía de sus padres.

Cuando salió de casa, el murmullo de los vecinos ya comenzaba a llenar las calles. Cerca de la esquina, un alguacil rezongaba mientras vigilaba el gentío:

—A ver si este año no tengo que llevarme a ningún borracho al cuartel, que luego dicen que uno tiene mal genio.

Casi todos llevaban canastillas de mimbre con el almuerzo y sus rosarios colgados al cuello. Almudena y Teresa fueron las primeras en llegar: Almudena vestía jubón azul oscuro con basquiña hasta los pies y un pañuelo blanco le cubría el pecho. La falda de Teresa era un poco más corta y dejaba ver el borde de su guardapiés verde. No solía ser atrevida, ni en la moda ni en la vida, así que fue un acontecimiento. Las dos llevaban mantillas blancas, medias nuevas bordadas y alpargatas limpias.

Luz apareció enseguida con un cesto repleto de rosquillas que había hecho doña Eulalia para sus alumnas. Miraba a su alrededor con un candor enternecedor. Tenía diez años y era la primera

verbena a la que acudía sin supervisión de su maestra. Beatriz fue la siguiente: como siempre, era la más elegante, con un toque afrancesado que le iba como anillo al dedo. Su basquiña no era lisa, sino que en el bajo brillaba un delicado ribete dorado, y el broche que sujetaba el pañuelo del pecho parecía de plata. Llevaba el pelo recogido en un moño alto, mantilla negra de encaje, pendientes largos de azabache y una cinta de terciopelo negro que envolvía su cuello y destacaba la blancura nívea de su piel. Si alguien allí parecía una gran dama, sin duda era ella, y lo sabía: caminaba muy erguida, como quien se sabe por encima de la gente que la rodea.

Y entonces llegó Manuela. La calle ya estaba repleta de gente, pero ella se abrió paso sin miramientos. Se había recogido en parte la sobrefalda para dejar a la vista una falda encarnada que a su vez mostraba las medias bordadas de flores, y el corpiño, bien ajustado con cordones, marcaba su figura sin recato. Llevaba fajín rojo y un clavel en el pelo. La mantilla celeste que le cubría la cabeza la hacía destacar aún más, si eso era posible, y dos pequeños rizos oscuros caían sobre su frente de forma deliberada.

Manuela atrajo todas las miradas de los mozos que había por allí y ella, consciente, respondió con una media sonrisa.

—¡Venga, que llegamos tarde! —dijo en cuanto apareció.

Se puso la primera y apretó el paso.

—Manuela, tú no vas de romería, vas a la guerra —dijo Teresa, sin parar de reír.

La joven se giró y le guiñó un ojo.

—Y tú parece que vas a misa de Viernes Santo, hija. ¡Venga, alegrad esas caras! Hoy es un día grande.

El camino hasta el prado se hizo corto y, cuando llegaron, se

dirigieron a la ermita para probar el agua bendita. La pradera ya estaba llena de gente y los primeros compases de guitarras, violines y tambores comenzaban a sonar. Los aromas cítricos y dulces de los puestecillos de limonada, anís, vino y comida llegaron hasta ellas. Compraron limonada en uno de los puestos, extendieron una manta sobre la hierba y se sentaron formando un corro. Pronto el ambiente se llenó de música, baile y fiesta. Aunque las clases altas y la aristocracia no se mezclaban con el pueblo llano, en la pradera todos compartían el mismo espacio.

Almudena miró a su alrededor.

—¿Os habéis fijado en la cantidad de mujeres que hay vestidas a la francesa?

Beatriz se sentaba muy tiesa, con una elegancia innata. Su mirada se volvió soñadora, aunque también calculadora.

—Dicen que las costureras reales pueden ver los vestidos de Francia antes que nadie.

Almudena miró fijamente a su amiga.

—¿A eso es a lo que aspiras? —le preguntó.

Beatriz suspiró.

—Algún día, Almudena —dijo mientras se ajustaba el moño—, me gustaría coser algo que no termine en este barrio.

—Todas queremos eso —respondió Almudena riendo.

—No —la corrigió ella—. Tú solo quieres trabajar bien. Yo quiero que me vean.

Almudena se quedó pensativa.

—¿Quién?

—Quien deba verme —respondió Beatriz, y sus ojos azules brillaron un instante—. Tal vez alguien de palacio.

—Si alguien puede conseguir que la vean, esa eres tú, querida —le dijo Manuela.

Y tenía razón. Su hermosura era delicada, aristocrática y, desde luego, no pasaba desapercibida. Beatriz sonrió con falsa modestia y Luz retomó el tema.

—Dicen que esta moda es por la influencia de la princesa de Asturias.

Teresa arrugó un poco la nariz.

—Se rumorea que posee un carácter de mil demonios, y que tiene al príncipe subyugado.

Manuela, escandalosa como siempre, soltó una carcajada:

—¡A juzgar por los embarazos que lleva, es fácil averiguar cómo lo consigue!

—¡Chisss! —Almudena miró en torno a ellas con apuro. Manuela era franca y abierta, muy divertida, pero también demasiado lanzada para su gusto.

Luz las miró como si no supiera bien de qué estaban hablando. Todavía era una niña y doña Eulalia había permitido que fuese con ellas solo porque confiaba en su buen juicio. Manuela alzó la barbilla y cogió una rosquilla.

—No me mires así, no he dicho nada que no se sepa.

—Hay que ver, hija, qué bruta eres —le dijo Teresa, sin poder evitar la risa.

—A mucha honra. Vosotras, que sois unas mosquitas muertas —respondió ella, y se quitó la mantilla dejando a la vista el generoso escote, apenas velado por el pañuelo cruzado al frente.

Un mozo que las rondaba le sonrió y ella se levantó y comenzó a bailar con él. No era la primera vez que coqueteaban con los jóvenes

de su edad, pero sí la primera que una atravesaba los límites de una sonrisa.

—No la perdamos de vista —dijo Beatriz con un deje de ironía.

—A Manuela no hay quien la pierda de vista —respondió Almudena, y soltó una carcajada—. Ya se encarga ella sola de que todos la vean.

Mientras hablaban entre ellas, también observaban el entorno. Almudena divisó a Domingo un poco más allá, con otros tenderos amigos. No miraba en su dirección, pero ella sabía que, aunque confiara en su buen juicio, estaba pendiente.

No solo vio a su padre. Uno de los mozos que estaban en el corrillo del que bailaba con Manuela no hacía más que mirarla. Almudena bajó la vista, intimidada, pero luego la volvió a levantar. Era un joven de su edad o poco más, con el pelo castaño y brillante y una sonrisa preciosa. No pudo evitarlo y respondió con otra.

Estuvieron así hasta que acabó el baile y Manuela regresó junto a ellas, con la respiración agitada y el rostro colorado. Se desplomó en la manta y bebió con avidez de la jarra de limonada.

—¡Oye, que es para todas! —le recriminó Teresa.

—¿Te has divertido? —Luz miraba a Manuela con admiración, como si fuera todo lo que ella aspiraba a ser de mayor.

Manuela asintió.

—Es muy guapo, ¿no os parece?

—Sí que lo es —dijo Beatriz.

—¿Y sabes quién es guapo también? —dijo Teresa—. Su amigo, el que no para de mirar a Almudena.

Todas rieron y Almudena sintió que la sangre subía a sus mejillas. Notó el calor en la cara.

—¡Vale ya! Solo me ha sonreído una vez.

—Una tras otra, diría yo —añadió Beatriz, que tenía una gran capacidad de observación.

Almudena dirigió la vista hacia el chico y, en efecto, de nuevo sus ojos estaban fijos en ella. Sus amigos le dijeron algo y él se levantó, y luego, un poco dubitativo, se dirigió hacia ellas.

—¡Que viene, que viene! —dijo Luz, emocionada.

Almudena intentó que no se le notaran los nervios. El chico llegó hasta ellas, se quitó la gorra y la sostuvo entre las manos, a la altura de la faja roja.

—Buenos días, señoritas —dijo con respeto—. Me llamo Tomás. Mis amigos y yo estamos sentados ahí al lado y me ha sido imposible no fijarme en usted.

Su mirada se encontró con la de Almudena y ella pudo ver las larguísimas pestañas que enmarcaban sus ojos castaños. Aguardó. El joven vaciló, pero luego echó los hombros atrás y cogió valor.

—Me preguntaba si querría bailar conmigo.

Almudena estuvo a punto de rechazarlo, pero luego pensó que tenía ya quince años y que aquel chico era muy guapo. Le gustó su atrevimiento.

—Claro, por qué no. Mi nombre es Almudena —dijo al tiempo que se levantaba.

Hizo caso omiso de las risitas y los codazos de sus amigas y se agarró del brazo de aquel mozo, que la guio hasta una zona donde había varias parejas bailando. Comenzó a sonar una seguidilla y ellos iniciaron el baile: se acercaban, se alejaban y giraban sin dejar de mantener el contacto visual. Tomás fue muy respetuoso y Almudena trató de ignorar el hormigueo que le recorría el brazo cada vez que

él rozaba su mano en los giros. Antes de acabar la pieza, se encontró sonriendo a aquel muchacho y coqueteando con él. Tomás se acercaba y ella hacía un quiebro en el último segundo, un poco más tarde de lo habitual, así que sus cuerpos se aproximaban más de lo necesario. Luego él retrocedía y ella giraba la cabeza, como si quisiera asegurarse de no perder su atención.

La canción terminó y ellos se miraron, con la respiración agitada. Entonces empezó a sonar un bolero, pero Almudena no dominaba aquel baile y Tomás le propuso dar un paseo. Ella accedió. Caminaron por la pradera hablando de todo y nada, hasta que ella le preguntó a qué se dedicaba.

—Soy aprendiz en el taller de sastre de Luis Zamora —dijo.

Almudena se paró en seco y él se detuvo a esperarla. La miró extrañado.

—¿Ocurre algo?

Ella tragó saliva.

—Pues no lo sé. Dímelo tú. Yo soy alumna de Eulalia Gómez.

—¡Oh!

La cara de Tomás perdió el color de golpe. Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. Luego los abrió de nuevo y volvió a esbozar una sonrisa. Ofreció el brazo a Almudena.

—Si para ti no es un problema, para mí no lo será.

Ella no estaba muy convencida.

—Pero tu maestro odia a mi maestra. Quiere hundirla, y está poniendo a todo el mundo en su contra. No sé si me siento cómoda, y a ti te puede ocasionar problemas que nos vean paseando juntos.

Él insistió, con el brazo extendido.

—Solo es un baile y un paseo. Nadie va a decirnos nada.

Además, no somos nuestros maestros. Me gusta estar contigo y me apetece caminar un rato más. ¿Qué me dices?

Almudena dudó, pero terminó por asentir. Estaba a gusto con aquel mozo y no quería que sus prejuicios le impidieran pasar un buen rato. Y desde luego que disfrutó. Cuando Tomás la acompañó de vuelta a donde estaban sus amigas, le dijo:

—Espero que volvamos a vernos muy pronto.

Y luego se marchó.

—¡Amiga, cuánto rato le has dedicado! —le espetó Teresa.

Beatriz la miró con una sonrisa contenida, a la espera de que ella les contara todo lo que había hablado con su nuevo amigo. Sin embargo, no les dijo para quién trabajaba. No estaba segura de querer compartirlo, porque ni siquiera sabía cómo sentirse al respecto y, además, lo más probable era que no volviera a verlo.

Cuando regresó a su casa, ya atardeciendo, su padre leía sentado junto a la ventana. Levantó la mirada al oírla entrar.

—¿Lo has pasado bien?

Ella asintió.

—¡Muy bien, padre! Ha sido muy divertido.

—He visto que bailabas con un mozo.

Almudena se puso seria.

—¿He hecho mal?

—¡Por supuesto que no! Pero ten cuidado, eres muy joven todavía.

Almudena se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—No tiene de qué preocuparse, padre. Solo ha sido un baile.

En efecto, Almudena y Tomás no volvieron a verse en las semanas siguientes. Sin embargo, pensó en él y en sus ojos pardos a menudo. Y también pensó en él la mañana que acudió al taller con Teresa, como todos los días, y se encontró a doña Eulalia, a Luz y a Manuela en la puerta: el escaparate estaba destrozado y había un montón de cristales en el interior.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —preguntó horrorizada.

María Antonia salió en ese momento de la tienda con la falda remangada y pisando con cuidado para evitar los trozos de cristal.

—Está todo, doña Eulalia, ya lo he comprobado.

La mujer miró a sus alumnas, que se agolpaban a su alrededor. Beatriz acababa de llegar y se puso al lado de Almudena, sin hacer preguntas.

—Alguien ha hecho esto hace apenas un rato. He oído el estruendo y he bajado corriendo, pero ya se habían marchado.

—¿Algún gamberro? —Teresa movió la cabeza incrédula.

Luz tenía los ojos llenos de lágrimas y doña Eulalia le puso una mano en el hombro.

—Peor. Han dejado una nota.

Y les enseñó un papel. Solo contenía una frase, en letra grande y temblorosa:

Fuera de nuestro barrio, no te queremos aquí.

6

—¡Han tenido que ser los del taller de Luis Zamora! —dijo Manuela, con las manos en la cintura.

—No lo sabemos —indicó doña Eulalia, aunque la duda se filtraba en su voz.

—¿Quién más podría hacer esto? No han sido discretos con sus comentarios —se indignó Teresa.

—Don Luis no es el único que está en nuestra contra. El gremio no para de hacerme requerimientos —dijo la maestra—. Aunque él se ha mostrado más vehemente, eso es cierto.

—¿Y no va a avisar a las autoridades? —preguntó María Antonia, que había empezado a recoger los trozos de cristal.

—¿Para qué? Todas sabemos que no harán nada. No les gusta el poder de los gremios, pero tampoco se van a meter con ellos para defender a una costurera viuda.

—¿Y qué piensa hacer? —Beatriz echaba chispas por los ojos.

Doña Eulalia sacudió la cabeza.

—Seguir trabajando. No van a conseguir que paremos.

Después de aquello no hubo más incidentes de ese tipo, pero la presión continuaba. Algunas mañanas aparecían papeles enganchados en el escaparate o en la puerta que exigían el cierre del taller, y algunas clientas dejaron de hacer encargos, aconsejadas por sus maridos, en opinión de la costurera.

Almudena no entendía aquel acoso, como tampoco comprendía

qué amenaza podían suponer ellas frente a un gremio que llevaba siglos controlando la profesión, aunque sabía que la pérdida de poder era una de las cosas que más asustaban a los hombres. Y el miedo llevaba a la ira.

Las chicas se acostumbraron a recibir algunas miradas hostiles cuando iban por la calle, e incluso comentarios ofensivos. Cada una reaccionaba a su manera. Almudena hacía oídos sordos; Beatriz se giraba y miraba con desprecio a quien hubiera hablado; Luz encogía los hombros y, a veces, los ojos se le llenaban de lágrimas; Teresa refunfuñaba entre dientes o se defendía con argumentos, y Manuela se encaraba con quien le había faltado al respeto y conseguía que fuese la otra persona la que se sintiera avergonzada.

Respecto al negocio de Domingo, no sufrió represalias. Era un vecino apreciado en el barrio y la cosa no pasó de la advertencia que le hizo el oficial cuando le visitó en la tienda.

Llegó el mes de julio y, con él, un calor asfixiante que hacía que la ciudad caminara más despacio, como si el solo hecho de existir fuera agotador.

Ese domingo, Almudena y su padre se arreglaron para ir a misa y luego dieron un paseo por la calle Mayor hacia la Puerta del Sol. Aún era temprano y la calle estaba repleta de gente que aprovechaba los últimos momentos de brisa fresca, antes de encerrarse en sus casas hasta que, al atardecer, la vida volviera a bullir de nuevo.

Almudena se había detenido a mirar un escaparate repleto de medias cuando, al girarse, unos rizos castaños bajo una gorra marrón llamaron su atención. Aguzó la vista. Tal y como le había parecido, Tomás estaba cerca de ella, vestido con una ajustada

chaqueta de paño pardo y en compañía de otros mozos más o menos de su edad. Reía junto con otro chico cuando se quedó quieto, como si hubiera notado los ojos de Almudena posados en él. Entonces giró la cabeza despacio y Almudena sintió que el calor subía a sus mejillas cuando se encontró esa bonita mirada fija en ella.

Tomás sonrió y todos sus dientes, bien cuidados y blancos, destacaron en la piel morena de su cara. Hizo ademán de acercarse, pero Domingo se puso al lado de su hija.

—Almudena, vamos a casa antes de que el calor apriete.

Ella asintió. Le devolvió la sonrisa a Tomás y se fue con la cabeza gacha, sin llegar a ver la expresión del muchacho, que se la quedó mirando como si hubiera visto un ángel, hasta que uno de sus amigos lo sacó de su atontamiento de un codazo.

Almudena iba a paso rápido, pero eso no era suficiente para justificar su agitación. No; sin duda, haber visto a aquel chico la había afectado. Su padre no se había enterado de nada y caminaba a su lado hablando sobre algo a lo que ella no prestaba ninguna atención.

—¡Almudena!

El reclamo de Domingo la devolvió al mundo.

—Hija, ¿dónde estabas? Te he preguntado si subes a casa conmigo.

—¡Perdone, padre! Pensaba en mis cosas. Sí, subo a casa, con este calor no se puede hacer nada.

En cuanto llegaron, Almudena cogió el puchero y bajó al patio. En verano era común cocinar allí, pues la temperatura era más soportable que en los angostos espacios de las casas. Había brasas y

Rosa, la vecina que vivía en la misma planta que Almudena, al otro lado del corredor, ya estaba allí. Rosa era una mujer de salud delicada con la que ella no tenía mucho trato, ya que siempre estaba enferma y casi no salía de su casa. Su esposo, escribiente en una oficina cercana, era un hombre serio y enjuto que apenas se dejaba ver. Ambos eran tan piadosos que todo les parecía mal. Almudena siempre ofrecía su ayuda en lo que fuera necesario, pero no sentía por ellos el cariño que la unía a Vicenta, la viuda que vivía en el segundo y que había cuidado de ella desde que su madre murió. Incluso apreciaba más a Eusebio y a Brígida, zapateros que vivían en una habitación del segundo y que habían llegado de provincias hacía pocos años. Un poco gritones, aunque nobles, enseguida se ganaron un rincón en el corazón de la comunidad.

Almudena saludó a la mujer, que había bajado una silla para no desfallecer mientras se hacía la comida.

—Buenos días, Rosa, ¿cómo se encuentra hoy? —preguntó Almudena.

La mujer sonrió sin ganas.

—Dios me ha dado hoy la suficiente energía para salir de casa —dijo, y se persignó—. Quería tomar un poco el aire, aunque sea este tan caliente.

—Todavía se está bien.

En aquel momento, Brígida y Vicenta bajaron también.

—¡Buenos días, vecinas! —dijo Brígida—. Le estaba diciendo a Vicenta que el día invita a lavarse el pelo mientras se hace la comida.

—¡Chicos! —Manuel y Pedro, los hijos de Vicenta, aparecieron a la carrera por las escaleras—. A jugar al rincón, que ahí molestáis.

El patio era pequeño y de pronto pareció estar lleno de gente, pero Almudena disfrutaba de esa vida vecinal. La gata que cuidaba de que la población de ratas y ratones no creciera demasiado dormía en una esquina a la sombra, como si todo aquel jaleo no fuera con ella. Almudena vigiló el guiso mientras Vicenta lavaba el pelo de Brígida y luego se turnaban. Ella también aprovechó para refrescarse con el agua del pozo. Atendía a la cháchara incesante de Brígida, pero en su mente solo estaba Tomás y lo apuesto que era. ¿Sentiría él lo mismo? Habría jurado que, de no haber aparecido su padre, el joven se habría acercado a hablar con ella.

Cuando subió a casa con la comida, el calor no había abandonado su cuerpo.

En el mes de agosto se celebraba la verbena de San Lorenzo. Las fiestas del vecino barrio de Lavapiés eran una cita importante para los jóvenes, pues durante tres días bailaban, paseaban y coqueteaban con cierta libertad. La fiesta comenzaba la víspera de sacar al santo en procesión. Almudena, por supuesto, fue con sus amigas, y no podía negar que deseaba con todas sus fuerzas encontrarse con Tomás allí, aunque habría tanta gente que sería difícil coincidir.

Sin embargo, bien porque la suerte quiso estar de su parte, bien porque él también estaba pendiente de verla a ella, nada más llegar divisó esos preciosos ojos castaños fijos en ella. Teresa se dio cuenta y le dijo al oído:

—Alguien por aquí tiene ganas de verte.

Almudena contuvo el aliento cuando lo vio caminar hacia ella y se cubrió parte de la cara con el abanico. Iba muy guapo, con calzones

oscuros y la faja roja que llevaba en la pradera de San Isidro. Cuando llegó a su lado, saludó con una inclinación de cabeza al resto de las chicas.

—Almudena, ¿quieres que demos un paseo?

Ella asintió, y se puso colorada cuando oyó el coro de risitas que dejó a su espalda.

—¡Cuídala, mozo, es una joya! —gritó Manuela, siempre tan escandalosa—. ¡Ay de ti como no nos la devuelvas de una pieza!

Tomás soltó una carcajada.

—Tienes buenas amigas —le dijo a Almudena.

—Sí, lo son.

Hubo un breve silencio.

—Tenía la esperanza de verte hoy —dijo él.

Almudena iba a contestar, pero comenzó a sonar un violín y Tomás la arrastró a bailar. Las horas transcurrieron demasiado rápido y, antes de que se dieran cuenta, llegó la hora de regresar a casa. Quedaron en verse al día siguiente. No a solas, por descontado, pero él acompañaría a Almudena y sus amigas a la procesión del santo.

A la mañana siguiente, Domingo le propuso que fueran juntos. Cuando Almudena le pidió permiso para acudir con las chicas, él no dijo nada, pero se le vio algo triste y ella se sintió culpable por dejarlo de lado. Pronto se olvidó, no obstante, en cuanto Tomás le dedicó una de sus sonrisas deslumbrantes al verla llegar y rozó su mano sin que nadie se diera cuenta en el tumulto previo a la salida del santo.

Ella retiró la mano como si se hubiera quemado, pero luego la dejó caer, lo que él interpretó como permiso para volver a tocarla. Almudena sintió un calor súbito recorrer su cuerpo. Estaba tan

absorta en el contacto con Tomás que se sobresaltó cuando Teresa, que estaba al otro lado, le dio un toque en el hombro.

—¡Pero, chica, ¿qué te pasa?! ¿No ves que la gente se está moviendo? ¡Vamos!

Tras la procesión tuvo lugar una misa al aire libre, y Almudena divisó a su padre con Eusebio y Brígida unas filas más adelante. Lo saludó con la mano cuando se giró en su dirección y vio que él entrecerraba un poco los ojos al mirar a Tomás.

—¿Ese es tu padre? —preguntó él.

Ella asintió. Cuando el santo regresó a su lugar y empezó la fiesta, Tomás se paró frente a ella.

—Almudena, sé que apenas te conozco, pero me gustas mucho —dijo.

Ella sintió que le faltaba el aliento, pero respondió, casi en un susurro:

—Tú también me gustas.

La deslumbrante sonrisa que él le dedicó hizo que le temblaran las rodillas.

—¡Qué afortunado soy! —dijo Tomás, y se acercó un poco más a ella, haciendo caso omiso de la mirada de advertencia de Teresa, que estaba junto a ellos—. Quisiera cortejarte en serio.

Almudena abrió los ojos. ¿Cortejarla? Tomás le quitaba el sueño, sí, pero ella era aún muy joven y los cortejos solían acabar en boda. Además, estaba ese otro asunto.

—Tomás, hay algo que necesito aclarar primero.

—Te escucho.

Almudena carraspeó, incómoda.

—¿Tuviste algo que ver con el ataque al taller de doña Eulalia de

hace un par de meses?

Tomás dio un paso atrás. Sus ojos reflejaron miedo y desconfianza, pero su voz sonó firme:

—No, te doy mi palabra. Mi maestro no acepta lo que ella hace, y algunos oficiales tampoco, pero son gentes de honor. Nunca atacarían a una mujer de esa forma tan rastrera.

—¿De verdad?

—Pues claro. Ni yo ni mi taller tuvimos nada que ver. Y me duele que pienses que podría haber participado —dijo muy serio—, pero entiendo que es porque no me conoces. Y eso es lo que quiero, que me conozcas. Demostrarte que soy de fiar.

—Hay algo más —añadió ella. No deseaba estropear ese momento, pero prefería que se terminara ahí antes que seguir sin aclarar las cosas y luego sufrir de manera innecesaria—. Me gusta lo que hago. Soy buena costurera y quiero ganarme la vida con mi trabajo. Y, desde luego, no me voy a casar con quince años. Ni con dieciséis. ¿Esto es un problema para ti?

Tomás se acercó de nuevo:

—Ninguno —aseguró—. Y no permitiré que ningún compañero del gremio te menosprecie en mi presencia. Qué me dices, ¿aceptas?

Ella dudó, y casi se enfadó consigo misma por sentirse indecisa. ¡Tomás le gustaba mucho! Entonces hizo caso a las mariposas de su estómago y asintió. Él ensanchó tanto la sonrisa que ya no le cabía en la cara y le tendió el brazo.

—Me haces muy feliz. Y ahora, si te parece, preséntame a tu padre.

7

Madrid, otoño de 1786

Tras más de un año asistiendo al taller, Almudena, que ya había cumplido dieciséis años, sentía que su formación y su habilidad con la aguja habían dado un salto enorme. Y no solo lo pensaba ella: doña Eulalia había dejado caer en más de una ocasión que tanto ella como Beatriz estaban listas para, tal vez, cambiar a un taller más avanzado donde pudieran aprender más. La maestra las apreciaba, pero era consciente de que podían tener un futuro mejor si no se quedaban en su escuela.

Almudena soñaba con coser para las grandes damas de la corte. Beatriz, en cambio, quería ser modista. No era un camino fácil, pero su ambición no había menguado y ser una simple costurera no le satisfacía. El resto de las chicas no tenían ni sus aspiraciones ni su potencial. Eran felices estudiando con doña Eulalia y no contaban con dejar su taller ni con salir del barrio para crecer en su profesión.

Esto hacía que, a veces, entre Almudena y Beatriz hubiera cierta competitividad, sobre todo por parte de la segunda, que necesitaba demostrar que su capacidad era superior a la de su amiga.

—Hoy ha intentado dejarme en ridículo delante de doña Eulalia —se lamentó Almudena.

Caminaba con Tomás por el paseo del Prado, aprovechando que la tarde todavía se alargaba y aún no hacía frío. El trayecto entre la

fuente de Cibeles y la recién inaugurada fuente de Neptuno era muy agradable y a ella, como a muchos madrileños, le gustaba admirar las nuevas incorporaciones con las que Carlos III estaba embelleciendo la ciudad. Sin embargo, aquella tarde apenas prestaba atención a la escultura del dios del mar ni a cómo los rayos de un sol cada vez más bajo arrancaban destellos dorados al mármol blanco. A un lado del paseo, varios peones cavaban zanjas para el nuevo alcantarillado. El capataz les gritaba que se dieran prisa antes de que hiciera la ronda el corregidor, siempre vigilante con las obras del rey. Pasaron por delante de un puesto de rosquillas, y ni el olor anisado de la masa frita la hizo detenerse.

—¿Qué ha hecho exactamente? —preguntó el joven.

Ambos habían iniciado su noviazgo con el beneplácito de Domingo, que solo le hizo prometer a Tomás que no propondría matrimonio a su hija al menos hasta que terminara su formación y aprobase los exámenes de oficial, para lo que aún quedaban algunos años. Desde entonces se veían todo lo que podían, en sus días libres sobre todo. Y Tomás, siempre que su horario se lo permitía, acudía a la salida del taller de doña Eulalia para dar un paseo con Almudena cuando la tarde se alargaba, siempre que no hubiera anochecido ya. Y, por supuesto, jamás iban solos: Teresa y Manuela los acompañaban para guardar el decoro que la reputación de Almudena requería. Pero muchas veces se quedaban unos pasos por detrás para que la joven pareja pudiera hablar con tranquilidad.

—Tú anda, que nosotras te cubrimos —le había dicho Manuela con un guiño, y luego ella y Teresa se detuvieron frente a la nueva fuente.

Así que Almudena podía quejarse con total libertad.

—Estábamos cosiendo una basquiña para una dama, algo muy simple, ¡lo hemos hecho mil veces! Y Beatriz ha juzgado mis puntadas diciendo que estaban torcidas.

—¿Y lo estaban?

—¡Pues claro que no! —se indignó ella—. Y doña Eulalia lo ha comprobado cuando se ha acercado, pero eso no quita para que su intención fuera maliciosa.

Tomás se arrimó un poco más y el estómago de Almudena dio un vuelco. Su cercanía siempre la ponía nerviosa. Las rodillas le temblaban y un cosquilleo se extendía por su cuerpo. Claro que él no se había atrevido a ir más allá de coger su mano, rozar su mejilla y, en una ocasión, darle un suave beso en la frente, pero Almudena se preguntaba qué pasaría si él decidía dar un paso más, si la besaba. Sabía que no sería capaz de resistirse. Pero no hubo posibilidad de comprobarlo porque en ese instante las sombras de sus amigas se acercaron y el carraspeo de Teresa hizo que él se apartara. Ambos se miraron frustrados. Tomás suspiró.

—¡Qué ganas tengo de que nos veamos a solas! —Luego sacudió la cabeza como para alejar ideas que no llevaban a ningún lado—. No hagas caso de lo que diga Beatriz, Almudena. Eres muy buena y ella lo sabe. Quiere ser la mejor y por eso intenta echar por tierra tu trabajo, es solo eso. Nadie la toma en serio.

—Supongo que tienes razón —dijo ella, con la mirada baja—. Pero a veces siento que nuestra amistad peligra y no quiero que eso ocurra.

Entonces Teresa se acercó.

—Está anocheciendo. Deberíamos ir ya para casa.

Almudena puso los ojos en blanco. Ella también deseaba estar a

solas con Tomás. Quería cogerle de la mano, al menos, sin que nadie le fuera con el cuento al barrio entero y luego todos la miraran con suspicacia. Bastante tenía ya con los comentarios maliciosos de los partidarios del gremio de sastres.

Y sabía que a Tomás también le presionaban sus compañeros. Algunos incluso lo habían acusado de traicionar a su maestro por relacionarse con una de las alumnas de doña Eulalia. Estando con ella, en un par de ocasiones Tomás había girado la cara y se había tapado con la gorra, volviéndose hacia la pared en un movimiento extraño, y después Almudena comprobó que algún sastre pasaba cerca de ellos. No le gustaba la sensación de estar en la sombra, pero confiaba en que aquello se solucionase con el tiempo, quién sabía cómo. A veces tenía miedo de que él decidiera romper la relación por culpa de aquellos contratiempos, pero Tomás nunca había dado muestras de que le afectara. Y ella estaba muy enamorada. Sentía cosquillas en el estómago cada vez que lo veía aparecer, y una pena sorda se le instalaba en el pecho los días que no pasaba a buscarla por el taller.

Él se presentaría a las pruebas para oficial dentro de un par de años o tres, y ambos contaban con casarse en cuanto eso ocurriera. Para entonces, Almudena ya tendría bastante experiencia para trabajar por su cuenta y, entre los dos, tal vez con la ayuda de Domingo, conseguirían que Tomás pudiera pagar los exámenes para maestro. Almudena soñaba con un futuro en común, con una vida tranquila y dichosa en el barrio, rodeada de sus amigas y vecinos, cuidando a su padre en su vejez y trabajando con un marido al que amaba en un taller propio.

Unas semanas más tarde, doña Eulalia les comunicó que el taller de Luis Zamora la había denunciado ante el gremio. Almudena sintió que su mundo se tambaleaba.

—Pero ¿por qué? Si usted no ha hecho nada malo —dijo sin dar crédito.

La maestra cruzó las manos en el regazo y miró a sus alumnas una a una. Parpadeó con lentitud, como si quisiera sopesar bien sus palabras antes de dejarlas salir.

—No he hecho nada malo, no —dijo al fin—. Pero ellos no opinan lo mismo.

—Bueno, pero si todo es legal, ¿cuál es el problema? —Teresa sonó angustiada. Todas lo estaban, pero ella no sabía disimular.

Doña Eulalia suspiró.

—Han encontrado un resquicio legal. No me demandan por mantener el taller abierto, como hubieran podido hace unos años, sino por ejercer de maestra sin licencia.

—Usted pasó las pruebas del Consejo de Castilla, ¿no es así? —preguntó Beatriz, que era la más tranquila de todas.

—Así es, y de eso hace años ya, pero todavía no me han enviado el título. Llevan mucho retraso, de hecho, creo que no quieren enviarlos porque, en realidad, comparten las exigencias de los gremios y están dificultando que podamos ejercer nuestra profesión.

—¿Y qué va a pasar ahora?

—Pues habrá un juicio en tres días, porque han rechazado mi apelación. Así que el jueves no habrá clase, niñas —dijo.

Luego se negó a hablar más del tema y siguió dando clase con normalidad.

Tres días después, las chicas quisieron acompañar a su maestra

al salón de Acuerdos de la Casa de la Villa. Esperaron en la calle a que ella saliera y, cuando lo hizo, toda vestida de negro, con la cofia impoluta y sin joyas, se pusieron detrás y la escoltaron hasta la Casa de la Villa.

Era un edificio imponente, con una fachada de granito presidida por un enorme balcón de hierro forjado. Cuando entraron en la sala se sentaron al fondo, mientras que doña Eulalia se situaba en los primeros bancos a la espera de que convocasen su causa. Almudena miró a su alrededor: la sala rectangular de paredes encaladas y bancos de madera sobrecogía por su formalidad. En la mesa central, el corregidor escuchaba con atención al testigo de la causa de un carnicero acusado de pesar mal el género. A su lado, el escribano registraba su testimonio. La pluma rasgaba el papel y Almudena casi podía percibir el olor de la tinta. Al otro lado, un teniente de corregidor tomaba notas con cara de aburrimiento. El alguacil permanecía en pie frente al estrado. El juicio acabó rápido: una multa, una advertencia y un golpe seco de la vara del alguacil, que ordenó que los relacionados con aquel juicio abandonaran la sala. Entonces el corregidor dijo en voz alta:

—Se sigue causa por oficio contra Eulalia Gómez, costurera, por ejercer el magisterio de niñas sin título aprobado y sin haber obtenido la real provisión correspondiente, con quebranto de la decencia del arte y del orden establecido, daño al arte de la sastrería y confusión del orden público.

Doña Eulalia se levantó y caminó hacia el estrado. El roce de la tela de su vestido llenó el silencio de la sala, que en aquel momento se iluminó con el sol de media mañana que entraba por los altos ventanales de los extremos. Se detuvo frente al estrado y esperó a

que el alguacil llamase a la acusación.

Luis Zamora entró vestido con casaca oscura y corbatín blanco al cuello. No miró a la maestra. Se colocó frente al corregidor e hizo una reverencia.

—Me presento ante el tribunal como veedor del gremio en la causa contra Eulalia Gómez.

Desde atrás, las chicas no podían ver las expresiones de ambos, pero la postura de doña Eulalia, erguida y con los hombros relajados, mostraba que estaba tranquila.

El corregidor leyó la acusación y, acto seguido, el teniente de corregidor leyó la argumentación de doña Eulalia.

—Esta maestra asegura que ha pasado con conformidad los ejercicios de su arte y aguarda el despacho del título, cuya demora no le es imputable, por depender de la Secretaría de la Junta de Damas de la Inclusa y del Real Hospicio. También recuerda que las mujeres pueden aplicar sus manos a toda labor propia de su sexo sin sujeción a gremio alguno ni a examen de maestros varones, y está dispuesta a presentar testigos fiables que confirmen que, en su casa, las muchachas aprenden labores honestas y provechosas, velando asimismo por su rectitud moral y dignidad.

El corregidor se dirigió a doña Eulalia:

—¿Aprobó usted el examen de maestra de niñas?

—Así es, señor —contestó ella con voz firme—. Al primer intento y con buena nota, hace ya tres años, cuando se aprobó la cédula que nos permitía educar en nuestro arte a las niñas.

—Pero no tiene el título en su poder.

—No, señor. Sin duda, el corregidor conoce el retardo que sufre el despacho de los títulos de las maestras particulares.

—Y usted —dijo dirigiéndose a don Luis— la acusa de ejercer sin título.

—Así es —respondió el sastre—. Llamándose maestra, algo que está prohibido, y enseñando sin título, daña gravemente a la profesión.

—¿Tiene algo que decir en su defensa? —preguntó el corregidor a doña Eulalia.

—Nunca me he hecho llamar maestra, señor, puesto que no puedo al no estar gremiada, sino maestra de niñas, que es lo que soy y a lo que mi título me capacita. Y en cuanto a ejercer sin título, es una acusación falsa, puesto que sí dispongo de él, como pueden comprobar en los registros de la Junta. Solo me falta el papel físico que lo acredite, lo que no merma en nada mi capacidad de enseñanza ni mi legalidad al ejercer esta profesión.

—¿No se anuncia como maestra?

—En absoluto. Mi difunto esposo, Eliseo González, era maestro sastre, y en la placa de mi taller especifico que soy su viuda, costurera.

El corregidor se quedó en silencio.

—No veo delito alguno en su actividad.

Almudena vio que don Luis se agitaba un poco, como si estuviera nervioso. Entonces el teniente se dirigió al corregidor.

—La acusación no se limita al ejercicio sin título, señor. Hay una segunda denuncia por quebrantar el privilegio del gremio.

Teresa ahogó un grito con la mano. Almudena tragó saliva. Beatriz abrió mucho los ojos y Manuela tuvo que morderse la lengua, literalmente, para no soltar un grito. Aquella era una acusación muy grave.

—Eulalia Gómez, el gremio de sastres la acusa de coser prendas de hombre, quebrantando así gravemente el privilegio del gremio. ¿Cómo se declara?

—¡Inocente! En mi vida he cosido prendas de hombre ni tengo intención de hacerlo. ¡Eso es una falacia orquestada por un gremio que se siente amenazado y lleva meses buscando mi ruina! —Doña Eulalia levantó la voz, alterada.

Almudena miró a su alrededor: había miembros del gremio de sastres en los bancos y muchos les lanzaban miradas envenenadas.

—El gremio presenta un testigo —dijo el escribano. Alzó la voz y se dirigió al alguacil—. Cítese al mozo Tomás Martínez, de edad de dieciséis años, aprendiz en el taller de Luis Zamora, para que diga la verdad sobre lo que supiere.

8

Almudena sintió que el suelo se abría bajo sus pies y, por un momento, lo vio todo negro. Teresa la agarró del brazo.

—Respira hondo, no sabemos qué va a decir —dijo para tranquilizarla. Sin embargo, el titubeo de su voz no transmitió mucha confianza.

Beatriz habló con voz fría como el hielo.

—Dudo mucho que tu novio nos defienda.

La puerta de la sala se abrió y entró Tomás, muy despacio. Miraba al suelo y apretujaba la gorra entre las manos. Pasó al lado de las chicas. Almudena lo llamó, pero él no fue capaz de levantar la mirada. Con los hombros encogidos, avanzó hasta colocarse delante del corregidor. Este lo miró.

—¿Jura decir la verdad sobre lo que supiere?

Tomás juró, sin levantar la vista.

—¿Puede afirmar que en el taller de Eulalia Gómez se cosen ropas de hombre?

El muchacho habló con un hilo de voz.

—Lo he visto, sí.

Un revuelo recorrió la sala.

—¿Trabaja allí? —preguntó el teniente de corregidor.

El joven sacudió la cabeza.

—No, pero acudo a menudo a buscar a una de las alumnas de doña Eulalia.

El escribano levantó una ceja, pero no dijo nada.

—¿Tiene algún tipo de relación con una de esas muchachas? —Fue el corregidor el que preguntó.

—Sí, señor —dijo Tomás—. Con la señorita Almudena Serrano.

—¿Era consciente de este hecho, señora? —le preguntó a doña Eulalia.

—Sí, así es —dijo ella—. El joven Tomás corteja a mi alumna desde hace tiempo conforme a la moral y la decencia, yo misma me he ocupado de ello.

—¿Está segura?

Doña Eulalia se irguió aún más, si es que aquello era posible.

—Mi taller actúa conforme a la ley y las normas de la decencia, señor —endureció el tono—. Soy muy consciente de que mi tarea también es velar por la apropiada conducta de mis alumnas y enseñarles rectitud y valores cristianos, y eso hago cada día de mi vida.

El corregidor asintió. El teniente intervino.

—Entonces ¿por qué dejaba que el joven entrara en su taller? ¿Acaso eso no comprometía la reputación de su alumna?

—¡Por supuesto que no! Nunca han estado a solas en mi taller. Dejaba entrar a Tomás a la parte abierta a los clientes, no al aula, y solo los días en que la lluvia o el frío hacían que estar fuera fuese incómodo.

—¿Eso es cierto, joven?

—Sí, señor —dijo Tomás.

Almudena lo miraba con intensidad, como si solo con ese gesto pudiera hacer que Tomás recapacitase. La sangre le rugía en los oídos y apenas escuchaba lo que decían en el estrado. Tomás aún

no había dicho nada que las comprometiera y se veía que estaba coaccionado por su maestro. Tal vez su honra ganara, tal vez el amor que sentía por ella fuera suficiente, tal vez…

—¿Y qué vio usted cuando estaba dentro del taller?

Levantó la vista y miró a su maestro. Este hizo un asentimiento seco. Tomás se giró hacia el corregidor y echó los hombros atrás para tomar seguridad.

—Vi casacas masculinas y una capa, señor.

Entonces Almudena sintió un dolor tan grande en el pecho que supo que su corazón se había roto.

El revuelo en la sala fue aumentando hasta que el alguacil llamó al orden con unos golpes de vara en el suelo.

—¡Silencio!

—Mentiroso —murmuró Teresa, tan enfadada que casi lo gritó.

La que no tuvo miramientos fue Manuela.

—¡Miente! —dijo bien alto.

Luz agarró a Almudena de la mano. Estaba asustada, y la joven no sabía si pretendía consolarla o tranquilizarse ella misma. Sea como fuere, el contacto la centró.

—¡Silencio! —repitió el alguacil.

El corregidor suspiró. Veía a menudo a modistas y costureras en aquella sala, denunciadas por cualquier motivo por un gremio que sabía que perdía poder día a día. No era algo que le agradase, pero la ley tenía que cumplirse, había muchas otras causas esperando y no podía perder más tiempo con aquello. Se dirigió a doña Eulalia.

—¿El muchacho dice la verdad?

—Por supuesto que no, señor. Nunca hemos cosido piezas de hombre. Sé cuál es mi lugar.

—¿Alguien podría testificarlo?

—Desde luego. Cualquiera de mis alumnas, que están sentadas al fondo, o mi oficiala. También mis clientas y todo aquel que me conoce. Todos garantizarán que mi trabajo es exclusivamente femenino.

El corregidor soltó un pequeño quejido, casi inaudible. Suspiró de nuevo.

—Bien, no hace falta llamar a más testigos. Es evidente que los de su taller la defenderán y los del gremio dirán otra cosa. Eulalia Gómez tiene aprobado el examen para maestra de niñas. Y respecto al quebranto del privilegio del gremio, no me vale con la palabra de un menor. Esta es mi sentencia. En prevención de futuras quejas y en resguardo del orden del arte, se le impone a la demandada multa de seis ducados, con apercibimiento de que no vuelva a incurrir en práctica prohibida alguna, permitiéndosele continuar la enseñanza mientras se despacha su título, sin que se impida el ejercicio de su oficio. Asimismo, se manda al veedor del gremio, o a quien haga sus veces, que pueda entrar y reconocer su taller cuando lo tuviere por conveniente. Hemos terminado.

El escribano repitió la sentencia mientras la apuntaba. Desde donde estaba, Almudena alcanzaba a ver la cara de don Luis. Parecía que había chupado un limón. Sin duda, esperaba una condena mucho mayor y aquello lo había decepcionado. Seis ducados era una cantidad que, aunque respetable, no haría daño a doña Eulalia, y dejaba claro que el corregidor no les había dado crédito y había dictado esa sentencia para conformarlos y no alargar el asunto.

El alguacil dio un golpe de vara seco en el suelo para indicar el

cierre de esa causa. El silencio se adueñó de la sala, y luego comenzaron los murmullos. Doña Eulalia hizo una leve reverencia y salió con la misma dignidad con la que había entrado. Don Luis y Tomás lo hicieron justo después y enfilaron el pasillo hacia la salida. Al pasar por delante de Almudena, el joven se atrevió a levantar la mirada del suelo. Almudena lloraba en silencio. Sentía una angustia tan grande que no conseguía deshacerla ni tragando saliva ni respirando hondo. Se había instalado en su garganta y apenas la dejaba respirar.

Miró a Tomás y vio la culpa y el dolor en sus ojos. Supo que le habían obligado a mentir, pero no le importó. La había traicionado. A ella, a su maestra y al amor que se tenían. Nunca se lo perdonaría, y Tomás leyó todo aquello en su mirada vidriosa. Sus ojos también se humedecieron, pero los cerró con fuerza, sacudió la cabeza, volvió a agachar la mirada y abandonó la sala detrás de su maestro.

—¡Es un traidor! No merece que vuelvas a mirarlo a la cara —dijo Manuela una vez en la calle.

Todas rodeaban a Almudena como una piña. Ella no podía dejar de llorar. Se sentía traicionada, humillada y dolida. No solo el que creía que era el amor de su vida había conspirado para traicionarla, sino que temía que doña Eulalia no quisiera volver a verla después de aquello.

—Bueno —dijo Beatriz, que tomó la mano de su amiga para calmarla—. No fue muy inteligente echarse de novio a un discípulo del enemigo de tu maestra, pero ya está hecho. —Hizo caso omiso de las miradas de sorpresa del resto—. No digo nada que no sea verdad, y lo sabéis. Espero que le haya merecido la pena perder tu

confianza y tu amor a cambio de nada, porque eso es lo que han conseguido.

—Todavía lo quiero —dijo Almudena, sin parar de llorar.

—¡Pues claro! —Teresa la abrazó por los hombros—. De no ser así, no te dolería tanto. Pero se te pasará, te lo prometo.

Don Luis y otros sastres hablaban en un corrillo cerca de ellas. Tomás también estaba allí. No dejaba de mirar en su dirección y por fin reunió valor y dio unos pasos hacia ellas. Pero Manuela se puso en medio como una gata y alzó la mano.

—Ni se te ocurra, pequeña babosa rastrera —le dijo—. Acércate a ella y te juro que no volverás entero a tu casa.

Tomás vaciló y miró por encima del hombro de Manuela. Vio a Almudena apoyar la frente en el hombro de Teresa, que lo miró con odio, y a Beatriz y a Luz frotarle la espalda. Beatriz le dedicó una mirada con tanto desprecio que Tomás se sintió pequeño y ruin. Agachó la cabeza y se dio la vuelta.

Entonces salió doña Eulalia, que se había rezagado para terminar el papeleo. Se aproximó a las chicas y Almudena se irguió, intentando mantener la compostura. Apenas se atrevió a mirar a su maestra. Ella habló en voz baja:

—Podéis dar una vuelta para despejaros, pero a la tarde os espero en el taller. —Alargó la mano y cogió con suavidad la barbilla de Almudena, que consiguió al fin mirarla a los ojos—. A todas. Tú no tienes la culpa de lo que ha pasado.

Después continuó la marcha y se paró delante de don Luis.

—Esto no ha acabado —amenazó él.

Ella lo miró de arriba abajo.

—Yo creo que sí. El corregidor ha dejado muy claro que considera

esto un ataque sin pruebas por parte del gremio. ¿Qué cree que dirá si sigue haciéndole trabajar en balde con falsas denuncias? Mucho cuidado, don Luis —añadió—. Soy paciente, pero no tonta. No dejaré que me pisoteen.

Luego se marchó calle abajo sin volver la vista atrás.

9

—Me siento tan tonta —se lamentó Almudena.

Tras dar un pequeño paseo con sus compañeras para tomar el aire, había vuelto a casa a la hora de la comida, aunque tenía el estómago cerrado. Su padre esperaba con ansia el resultado del juicio y cerró la tienda en cuanto la vio aparecer.

—Lo han obligado a testificar —dijo Domingo—. Sabes que el gremio podría haber arruinado sus posibilidades de futuro si se hubiera negado.

—Aun así, padre. Me ha traicionado, a mí y a mi taller. ¿Debería perdonarlo?

—Eso es cosa tuya, Almudena. Yo no soy quién para decirte lo que debes hacer. Además, una vez rota la confianza, ¿qué queda? Eso es muy difícil de reconstruir. Pero que él haya tomado esa decisión no significa que lo haya hecho por gusto. Sabes que don Luis podría echarlo de su taller y extender una carta por la cual jamás sería admitido en otro taller. Habría sido condenarse a la pobreza y pisotear todas las posibilidades de avanzar en la vida.

Almudena asintió. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero había dejado de llorar. Ya no le quedaban más lágrimas. Lo que le quedaba era ese dolor sordo en el pecho, como si una mano le estrujara el corazón de forma constante. Supo que esa sensación la acompañaría mucho tiempo.

—Entiendo, padre. Pero eso no lo hace menos doloroso.

—Claro. —Su padre le puso la mano en el hombro para consolarla y echó de menos a su mujer. Ella sabría animar a Almudena mejor que él, pero no estaba, así que haría lo que pudiera—. Te han roto el corazón, y eso duele mucho. Pero, aunque ahora no sea un consuelo, te aseguro que con el tiempo pasará. Eres muy joven. Encontrarás a alguien que sepa quererte como te mereces, en quien puedas confiar, y todo esto no será más que un recuerdo lejano, como un mal sueño.

Almudena se levantó.

—Ojalá tenga razón, padre. —Se agachó y le dio un beso en la mejilla—. Voy a descansar un poco antes de volver al taller, me duele la cabeza.

En el taller no se volvió a hablar del tema. Doña Eulalia pagó la multa y siguió ejerciendo su trabajo. Un veedor del gremio de sastres acudió dos veces por sorpresa a inspeccionar el taller, pero ella se aseguraba de que siempre hubiera testigos suficientes para que no pudieran acusarla de nada. Al no conseguir lo que se proponían, asumieron que no podían echarla y el veedor no apareció más.

Y así llegó el invierno, y después la Navidad, y enseguida comenzó el año 1787. Poco a poco, conforme el invierno acababa y la primavera tomaba el relevo, Almudena fue recuperándose. Ya no le dolía el pecho al respirar ni soñaba por las noches con los ojos encharcados y avergonzados de Tomás. A veces, hasta era capaz de reír con su padre o sus amigas sin que el recuerdo de su traición le cortara la risa de golpe.

Un día, nada más sentarse a la mesa del taller y comenzar a

coser unas mangas complicadas que necesitaban puntadas precisas y pequeñas, llamaron a la puerta. Oyeron una voz femenina hablando con María Antonia, y doña Eulalia cambió el gesto y se levantó de inmediato.

—Continuad —dijo, y salió a atender a la visitante.

Sus voces se perdieron cuando ambas se metieron en un pequeño cuarto de la trastienda que usaba como despacho. Las chicas se miraron. Almudena cosía una manga y de la otra se ocupaba Beatriz, pues eran las únicas con la destreza suficiente para llevar a cabo esa tarea. Las demás estaban con una camisa y una basquiña. Solían trabajar en silencio o, de vez en cuando, cantando plegarias, o con el sonido de fondo de una de ellas leyendo algún texto religioso. Doña Eulalia se tomaba muy en serio su papel de guardiana moral de aquellas jóvenes y ellas eran obedientes, pero cuando se vieron sin supervisión comenzaron a hablar sin dejar de trabajar.

—Vamos, Almudena —dijo Beatriz con sorna—. Te reto a acabar esa manga antes que yo.

Almudena no levantó apenas la vista.

—Lo importante no es acabar primero, sino acabar bien.

Una risa seca surgió de la garganta de Beatriz.

—¿Crees que no puedo ser rápida y, al mismo tiempo, dar las mejores puntadas? ¡Venga, corre, que te adelanto!

Almudena sacudió la cabeza con una sonrisa. Beatriz siempre quería quedar por encima, pero no lo hacía con maldad, era su naturaleza. Y también era una buena amiga. Nunca se había callado su opinión acerca de Tomás y fue la única que, sin dejar de apoyarla en su desgracia, no había edulcorado la verdad. Almudena sabía que

no había sido buena idea empezar una relación con un aprendiz de su rival y era un error que no pensaba repetir, pero nunca estaba de más que alguien te lo recordase por si el corazón decidía volver a hacer de las suyas.

Empezó a coser más deprisa y Beatriz, que se percató, apretó también.

Cuando doña Eulalia regresó al aula, tras despedirse de la visita, las encontró calladas, con la cabeza inclinada sobre la labor y caras de concentración. Una leve sonrisa apareció en sus labios: sabía muy bien que no habían estado así todo el rato pero, a pesar de que era estricta en el cumplimiento de las normas, un grupo de jovencitas necesitaba esparcimiento y era complicado que estuvieran con la boca cerrada demasiado tiempo.

Se sentó y miró a las chicas. Manuela y Teresa eran hábiles y en unos años puede que fueran oficialas en su taller, o incluso que tuvieran uno propio. A Luz todavía le quedaba un poco; al fin y al cabo no dejaba de ser una niña, aunque era aplicada y obediente. Pero Almudena y Beatriz eran harina de otro costal. Ambas destacaban, cada una a su manera. Almudena era callada, discreta y trabajadora, aunque doña Eulalia era consciente de que eso no significaba que fuera dócil, solo que sabía cuándo merecía la pena hablar y cuándo no. Tenía dedos ágiles y manos finas, y un ojo especial para traducir los dibujos de los patrones a base de puntadas e hilo. Su voluntad era cosa de admirar y resultaba fácil trabajar con ella.

Beatriz, en cambio, era testaruda y un poco altiva. Conocía su valía y le gustaba que los demás se la reconocieran. Era ambiciosa y, desde luego, nada discreta. Su belleza destacaba como una vela en

mitad de la noche oscura, aunque doña Eulalia no tenía claro si era un atributo beneficioso o, por el contrario, podría llegar a ser un peligro. De lengua afilada y puntada firme, quería ser modista y ascender en el escalafón social, y todas tenían la sensación de que haría lo que hiciera falta para conseguirlo.

El problema que doña Eulalia veía estaba en su carácter demasiado competitivo y en que no encajaba bien no ser la mejor en todo. Y la maestra sabía que lo que iba a anunciar a continuación provocaría conflicto. Suspiró.

—La mujer que se acaba de marchar es Leonor Ribera.

Las chicas la miraron: no les sonaba el nombre.

—Doña Leonor regenta un taller de costura: trabaja para la corte de forma habitual y es estrecha colaboradora de Paula Pandeavenas.

Ahí sí que se miraron unas a otras, desconcertadas. Paula Pandeavenas era un nombre conocido. Costurera real, trabajaba a sueldo para la princesa de Asturias, María Luisa de Parma, y para algunas damas escogidas de la corte. También hacía los vestidos de la pequeña infanta María Amalia, la segunda hija viva de los príncipes y la única que estaba en Madrid con ellos desde que, un par de años antes, la infanta Carlota Joaquina hubiera sido enviada a Portugal para que se criara en la corte de su futuro esposo, Juan de Portugal.

Doña Eulalia volvió a tomar la palabra.

—Doña Leonor está desbordada de tarea. Necesita una ayudante con la que pueda trabajar mano a mano. No una aprendiza, porque ya debe estar avezada en el oficio, pero tampoco una oficiala, pues quiere terminar de formarla según su método de trabajo.

Beatriz alzó la cabeza y se irguió.

—¿Le ha propuesto a alguna de nosotras? —preguntó.

Doña Eulalia la miró con la cabeza ladeada.

—Aún no. No solo es vuestro futuro el que está en juego: también apuesto el prestigio de mi taller. Pero le he dicho que en unas semanas tendrá un nombre. Y su nueva ayudante, con la que sin duda acudirá a la corte a menudo, saldrá de aquí, de esta mesa.

Almudena sintió que un latido inmenso, más fuerte que el resto, bombeó sangre a todo su cuerpo y por un momento la cabeza le dio vueltas. ¿Qué había sido eso? ¿Emoción? ¿Deseo? ¿O la seguridad de que ese puesto tenía que ser para ella, que su destino estaba ahí, al alcance de su mano? No dijo nada, pero escuchó con atención.

—Para trabajar en la corte no solo es necesario ser buena en el oficio, chicas, eso debéis tenerlo claro. Se busca un perfil concreto: trabajadora, decente, honrada y discreta, sobre todo discreta. Habréis de callar cosas que la aristocracia o la familia real digan en vuestra presencia y que podrían hacer tambalear reputaciones. Reinos enteros, incluso. Deberéis ser invisibles, rápidas y eficientes. Y jamás dar un escándalo. Una sola mancha en vuestra reputación, la más mínima sospecha acerca de vuestra moral, y seréis apartadas por bueno que sea vuestro trabajo. Trabajaréis más horas que aquí y más duro, y también ganaréis dinero, porque ya no seréis aprendices, al menos no de manera oficial. ¿Estáis dispuestas?

Todas asintieron, pero ninguna tenía la menor duda de que la elección estaba entre Beatriz y Almudena.

No se volvió a hablar con doña Eulalia del tema, aunque la decisión flotaba en el aire y el ambiente del taller se tiñó de una concentración y una rivalidad que se palpaba en cada interacción. Sobre todo, por parte de Beatriz. Quería ser la elegida. Entrar en la

corte le permitiría avanzar, aprender más, conocer gente y, si jugaba bien sus cartas, convertirse en modista en un tiempo prudencial. No concebía el fracaso, y lo que hasta entonces había sido una competitividad con Almudena que no afectaba a su amistad, comenzó a hacerlo. La miraba de reojo y trataba de superarla en todo.

Almudena, por su parte, sabía que trabajaba bien y se esforzó por hacerlo aún mejor. Resolvió no preocuparse por Beatriz y ser responsable solo de sus actos. No respondía a las provocaciones y sonreía a su amiga, que cada vez se alejaba más de ella. Luz seguía siendo amable y cariñosa con todo el mundo, pero Manuela y, sobre todo, Teresa, su amiga del alma, se pusieron de su lado y comenzaron a responder por ella en cuanto Beatriz intentaba dejarla en evidencia.

—Esas puntadas están torcidas —dijo una mañana Beatriz, bien alto y con una sonrisa de suficiencia, al mirar la labor de Almudena.

Esta alzó las cejas y siguió cosiendo sin decir nada.

—Torcida estás tú, doña perfecta —dijo Manuela, que apenas soportaba ya las miradas de superioridad de la que hasta hacía poco había considerado una amiga.

Doña Eulalia, que, por supuesto, había oído el comentario, se acercó a la labor de Almudena. La estudió con atención y luego se giró hacia Beatriz.

—No lo están. Beatriz, tal vez no escuchaste con atención lo que dije, pero no solo la excelencia en el trabajo es necesaria para obtener mi recomendación.

Beatriz apretó los labios y siguió cosiendo sin añadir nada más, pero a nadie se le escapó la chispa de malicia que destelló en sus

preciosos y fríos ojos azules.

Dos semanas tardó doña Eulalia en tomar una decisión. Dos semanas en las que observó cómo se enrarecía el ambiente entre las jóvenes, pero también eso formaba parte de su plan: quería ver cómo se desenvolvían bajo presión, qué armas utilizaban para destacar, hasta dónde eran capaces de llegar y, sobre todo, si llegarían a contravenir su naturaleza para conseguir lo que querían.

Esa mañana no las hizo esperar: en cuanto ocuparon su lugar, se dirigió a ellas, muy erguida, con las manos unidas al frente y la voz baja de quien rezuma autoridad sin esforzarse.

—Hoy viene doña Leonor a conocer mi veredicto.

Todas la miraron con los ojos brillantes por la expectación.

—No ha sido una decisión fácil. —Doña Eulalia suspiró—. Sabéis que he tenido que valorar muchas cosas, no solo la habilidad de vuestra aguja. Al final, he tomado una decisión. Beatriz, Almudena, os recomendaré a las dos.

Las chicas se miraron la una a la otra, confusas.

—Tenéis fortalezas distintas y doña Leonor puede necesitar de ambas. Si acepta mi consejo, a partir de mañana ya no perteneceréis a este taller y comenzará una nueva andadura para vosotras.

Almudena sintió una enorme alegría y recibió con una sonrisa exultante los abrazos de sus amigas. Teresa, Manuela y Luz nunca habían aspirado a ser las elegidas, así que no había decepción en ellas y estaban contentas de que su amiga pudiera mejorar su posición.

Beatriz, sin embargo, se quedó erguida y con la mandíbula tensa, sin mirar a nadie salvo a su maestra.

—Pero dijo que solo habría una elegida. ¿Para qué me he esforzado tanto si no iba a obtener el resultado que buscaba?

Doña Eulalia la miró con cierta dureza.

—¿No has obtenido lo que buscabas? ¿Acaso no te voy a recomendar para un taller vinculado a la corte? ¿En qué te perjudica que Almudena también reciba una oportunidad?

—Pero he trabajado duro para ser la mejor —insistió ella.

Doña Eulalia oyó la puerta y la voz de doña Leonor.

—Aprende que las cosas no siempre son como queremos, jovencita. Y más te vale que controles ese genio, no creo que doña Leonor te permita estas salidas de tono. No hagas que me arrepienta de mi decisión.

Beatriz asintió con los labios apretados. Almudena la miró, pero no le dijo nada. Poco después regresó doña Eulalia con doña Leonor, a la que todavía no habían visto. Era una mujer aún joven. No llegaba a los treinta años y su pelo castaño, recogido en un pulcro moño bajo la cofia, apenas presentaba canas. Tenía la nariz aguileña, los labios pequeños y el rostro serio, pero sus ojos color avellana claro eran cálidos y desmentían la frialdad de su expresión. Miró a las chicas.

—Estas son Almudena Serrano y Beatriz del Valle —dijo doña Eulalia—. Como te he dicho, son mis mejores alumnas y creo que podrán hacer una buena labor contigo, aunque sentiré perderlas.

—¿Qué os impulsa a cambiar de taller? —preguntó doña Leonor, sin quitarles el ojo de encima.

Beatriz se adelantó.

—Quiero ser la mejor en lo mío, hacerme un nombre, y para eso tengo que trabajar con la mejor —dijo.

—No sé si soy la mejor, pero te lo agradezco —dijo doña Leonor. Miró a Almudena—. ¿Y tú?

La joven miró a los ojos de aquella mujer.

—Me gusta coser y se me da bien. Quiero seguir aprendiendo, labrarme un futuro en el que no tenga que depender de nadie para poder vivir bien.

La costurera hizo un asentimiento con la cabeza.

—El lunes os espero a ambas a las siete en mi taller. No lleguéis tarde.

Se marchó y Almudena miró a Beatriz. Pese a las tensiones de las dos últimas semanas, no olvidaba su amistad anterior ni el apoyo que le había mostrado cuando Tomás rompió su corazón.

—Beatriz, es bonito que las dos avancemos a la vez. No me veas como una rival.

La joven rubia se giró hacia ella y la miró de arriba abajo.

—No te veo como una rival porque no eres rival para mí. Pero es una injusticia que yo no sea la única elegida.

Entonces se levantó, se colocó la basquiña, se puso el manto y se fue sin despedirse de nadie, como si pusiera fin a su relación con el taller de doña Eulalia y aquellas jóvenes de barrio.

—Ya sabes cómo es, si no queda la primera se enfada y pierde la cabeza. Para esta tarde se le habrá pasado y mañana volveréis a estar como siempre, no se lo tengas en cuenta —le dijo Teresa para aligerar la tensión.

Almudena asintió, no muy convencida. Luego miró a Manuela y vio en sus ojos que ella tampoco lo tenía claro.

10

Con el buen tiempo habían llegado también las verbenas y las fiestas populares. Era mayo, Almudena tenía ya diecisiete años y, al día siguiente de que doña Eulalia comunicara su decisión, comenzaba la verbena de San Isidro. Ese año acudió a la romería con su padre, para dar gracias al santo por la oportunidad que le habían brindado y para pedirle que siguiera a su lado en esta nueva etapa, pero después se unió a sus amigas, que estaban en el prado disfrutando del sol de la mañana.

Beatriz no había ido, al menos con ellas. Su enfado seguía intacto y todas sabían que era mejor no molestarla cuando estaba así. Almudena se sentó en la manta sobre la hierba y estiró las piernas enfundadas en unas medias bordadas. Miró a sus amigas. Como siempre, Manuela destacaba con su atrevido estilo de maja y los jóvenes la rondaban porque sabían que era de carácter más descarado que el resto. La falda verde que se vislumbraba bajo la basquiña y el corpiño amarillo atraían la atención tanto como su generoso escote.

Teresa era más discreta, igual que Almudena, y apenas consentían en acortar la falda lo justo para que se vieran los zapatos. Ambas llevaban el pañuelo de pecho bien ajustado por dentro del corpiño para no dejar a la vista ni un centímetro de piel. Luz vestía con el recato que requería su edad, pero ya asomaba la mujer en la que no tardaría en convertirse.

Almudena echó de menos a Beatriz y Manuela se lo notó en el rostro.

—¡Ah, no, ni se te ocurra! Si esa desagradecida quiere quedarse en su casa de brazos cruzados, no es nuestro problema —dijo con el dedo índice extendido.

Teresa asintió con vehemencia. No solía estar de acuerdo con Manuela en muchos temas, pero, si se trataba de defender a Almudena, eran un equipo. Esta dio un trago a la limonada y cerró los ojos para olvidar los conflictos y disfrutar del cálido sol en la cara. Entonces oyó una voz conocida, una voz que hizo que el corazón le diera un bote en el pecho y amenazara con salírsele por la boca. Abrió los ojos y, sin poder evitarlo, buscó el origen de aquella voz.

Apenas alcanzaba a ver nada entre el gentío, pero no había duda: Tomás estaba allí, a unos pasos. Se levantó y lo localizó enseguida. Estaba diferente: parecía mayor, tenía los hombros más anchos y la cara más angulosa. La mano de Teresa se posó en su brazo y apretó con suavidad. Como siempre, su amiga estaba a su lado, dándole el apoyo que necesitaba.

Abrió la boca para respirar, porque apenas le entraba el aire en los pulmones.

—Será malnacido —oyó que decía su amiga.

Y entonces vio algo más. Tomás hablaba con una chica morena, cogía su brazo y se acercaba a ella para decirle algo al oído. El estómago de Almudena se encogió y sintió que la vista se le nublaba. La joven con la que estaba reía sin recato, a carcajadas, y se colgaba de su brazo como si fueran novios. Manuela se puso al otro lado y la agarró por el codo.

—Malnacido es poco: rata rastrera e inmunda. Como se acerque voy a meterle esa gorra mugrienta por…

—¡Manuela!

La voz infantil de Luz llegó hasta Almudena, que parpadeó y miró a sus amigas.

—Esperadme aquí —dijo, y antes de que ninguna pudiera reaccionar, echó a andar hacia Tomás.

Este había comenzado un baile con la chica. Se miraban a los ojos y se sonreían de una forma que hizo que Almudena sintiera náuseas. Se detuvo a varios metros de ellos, fuera del círculo de bailarines. Entonces, en un giro, Tomás la vio.

Se quedó paralizado, con los ojos fijos en ella, y su acompañante dejó de bailar cuando se percató de que algo ocurría. Tomás palideció y comenzó a caminar en su dirección. Se quedaron frente a frente, a un paso de distancia.

—Almudena —dijo él, y su voz salió rota. Carraspeó para aclararse la garganta—. Me alegro de verte. ¿Cómo estás?

Almudena parpadeó para despejar la visión, entorpecida por todas las lágrimas que habían acudido de manera muy inoportuna hasta sus ojos. Tragó saliva.

—Estoy. Veo que tú no has perdido el tiempo.

Tomás acusó el golpe y apretó los párpados como si aquello le hubiera dolido. Cuando abrió los ojos, la joven vio el dolor y la culpa que anidaban en ellos.

—Lo siento mucho, no tuve oportunidad de decírtelo. Lamento de veras el daño que te causé. Te juro por mi vida que no tuve más remedio.

Ella asintió.

—Lo sé. Pero eso no cambia lo que hiciste.

—Si hubiera pensado que había la más mínima posibilidad de que me perdonases, de que saliéramos adelante juntos, habría hecho lo que hubiera sido necesario para conseguirlo.

Una sonrisa triste asomó a la cara de Almudena.

—Ni siquiera lo intentaste. Pero ya da igual. En realidad tienes razón, nunca te habría perdonado, nunca habría podido volver a confiar en ti. Es mejor así.

—Tomás, ¿vienes? Me apetece dar un paseo.

La joven morena apareció con cara tensa. Los vio hablando y se paró, esperando una explicación. Tomás miró a ambas, incómodo.

—María, esta es Almudena.

—¡Oh!

Era obvio que le había hablado de ella, puesto que sus ojos se abrieron mucho y la miró como si fuese un fantasma.

—Entiendo —dijo—. Mejor vuelvo con mi madre, ven a buscarme cuando termines de hablar.

Cuando se fue, Almudena actuó como si aquello no le hubiera dolido como una puñalada.

—Parece simpática —dijo en voz baja.

Tomás desvió la vista. Era evidente que no quería hablar de ella.

—Almudena, yo…

Ella levantó la mano y lo cortó.

—Mejor no digas nada más. Te agradezco tus disculpas, pero ahora debo marcharme.

Se dio la vuelta y se dirigió de nuevo hacia su corro, donde Teresa, Manuela y Luz esperaban sin saber si acudir en su ayuda o prepararse para consolarla a su regreso. Sin embargo, cuando su

amiga llegó hasta ellas se mantuvo entera. Las miró una a una.

—Estoy bien. Supongo que el tiempo todo lo cura.

Hablar con Tomás le permitió a Almudena cerrar esa etapa. Ver la culpa en su rostro le hizo darse cuenta de que, en realidad, no era una mala persona. Lo que más le dolía era la idea de haber estado engañada con respecto a la verdadera naturaleza de su enamorado, pero entendió que no se había equivocado con él. Era buena persona, pero se encontró en un callejón sin salida y tomó la decisión que le aseguraba un mejor futuro. Le hizo mucho daño, pero al menos no vivió una mentira con él.

El peso con el que llevaba viviendo tanto tiempo desapareció y descubrió que respiraba mejor. Sus amigas la miraban no muy convencidas, pero pronto se dieron cuenta de que aquel encuentro había sido beneficioso para ella y brindaron por su futuro. Almudena rio, comió buñuelos, bailó y hasta aceptó un fandango con un mozo que se acercó atraído por su risa.

—No sabes cuánto me alegro de que te sientas mejor —le dijo Teresa cuando volvían a casa—. Estos meses no eras tú misma. Me hace muy feliz ver que la antigua Almudena ha vuelto.

Ella sonrió a su amiga y entrelazó el brazo con el de ella.

—Lo sé. No ha sido fácil, pero verlo de nuevo me ha ayudado a entender algunas cosas. Me siento más ligera ahora, y más madura.

—¿No te ha dolido verlo con otra?

—Pues sí, no te voy a mentir. Pero no pienso dejar que vuelva a entrar en mi vida, así que él deberá seguir con la suya, digo yo.

—Pues te voy a decir una cosa —dijo Teresa bajando la voz—: Me fijé en él cuando bailabas con ese mozo tan apuesto. ¡Parecía que hubiera visto un muerto! Se puso pálido, luego muy rojo y después

se marchó casi a la carrera.

Almudena sonrió, pero había una nota triste en esa sonrisa.

—Supongo que ambos debemos aprender a lidiar con esto. Yo he sacado una cosa en claro: no dejaré que nadie se interponga en mi carrera. Voy a ir a la corte, trabajaré muchas horas y no permitiré que nada me distraiga. Lo primero es lo primero.

—Vale, pero no te olvides de tus amigas como han hecho otras.

Se detuvieron, puesto que ya habían llegado a la casa de Teresa.

—Eso nunca —dijo.

Le dio un beso en la mejilla y continuó hasta su portal.

11

El tiempo demostró que sus temores con respecto a Beatriz eran certeros y nunca recuperaron la amistad. Se veían a diario en el taller de doña Leonor y se saludaban, pero no volvieron a compartir risas ni confidencias.

El ritmo en el taller de doña Leonor era más intenso. Almudena llegaba a las siete de la mañana y se iba cuando tocaban a vísperas, y a veces más tarde. Ya no comía con su padre, pues el descanso era más corto y no le daba tiempo de ir y volver. Doña Leonor les enseñaba mucho y ellas aprendían a pasos agigantados. En pocas semanas, Almudena estaba cosiendo volantes y piezas que nunca pensó que cosería. Trabajaban con materiales muy caros y telas finas que apenas habían tocado antes, puesto que las clientas eran damas de la corte. Las dos jóvenes ansiaban con todas sus fuerzas acudir a palacio con su maestra, pero eso todavía no había ocurrido.

Doña Leonor era una maestra exigente, pero también comprensiva. A veces, Almudena veía en sus ojos destellos de algo que no sabía describir, como si reconociera en ella a la jovencita que fue en otro tiempo. Las oficialas del taller, Rita y Águeda, tenían poco más de veinte años, habían sido aprendices allí y se quedaron al acabar su formación. Trabajaban de sol a sol y se llevaban muy bien entre ellas, aunque no prestaban demasiada atención a las nuevas. Rita llevaba más tiempo y se encargaba de organizar el taller cuando doña Leonor no estaba. Águeda mostraba un

embarazo muy avanzado y todas sabían que se ausentaría por un tiempo cuando el niño naciera. Y había un muchacho siempre rondando por allí, Lucas, que llevaba los pedidos o hacía recados.

También el ambiente era más elegante. Contaban con una pequeña recepción con dos cortinas que separaban sendos espacios, y el cuarto de costura era mucho más amplio que el de doña Eulalia. Había dispuestas tres mesas largas en una estancia iluminada por grandes ventanales en la parte alta de las paredes. Cestas con retales, ovillos de hilo, tijeras, cintas y agujas se repartían por toda la sala, y cajas con botones y encajes se acumulaban en las estanterías, cómodas y taburetes que había desperdigados por todas partes. En una esquina, una pesada plancha de hierro sobre un brasero desprendía un leve olor a carbón y a metal caliente.

En una de las mesas trabajaba Águeda, ayudada por una costurera que venía cuando el trabajo se acumulaba. Rita se sentaba en la segunda, casi siempre rodeada de piezas de algún vestido que hubiera que montar según las indicaciones de la modista que lo hubiera diseñado. La tercera mesa la ocupaba doña Leonor, y era en esa en la que se acomodaban Almudena y Beatriz, una a cada lado, para que la maestra pudiera supervisarlas de manera continua. Otra cortina daba acceso a la sala para pruebas, que las chicas vieron el día que llegaron y a la que no habían vuelto a entrar.

Desde luego, había mucho movimiento en el nuevo taller, y a Almudena le encantaba. Pasaba menos tiempo en casa, pero su padre estaba siempre en la tienda y no parecía echarla de menos.

En los ratos de oración y descanso antes de irse a la cama, Almudena sacaba en ocasiones la carta de su madre. La leía una y otra vez, intentando adivinar quiénes eran Isabel y Mariana, cuál era

la historia de aquellas mujeres y qué tenían que ver con su madre. También observaba una y otra vez los dibujos de la libreta, como si al mirarlos durante mucho tiempo pudiera desvelar su significado. Pero eso no pasó, y ella sabía que su padre no iba a resultarle de ayuda.

Veía a sus amigas los domingos, cuando salían a pasear después de misa, pero las echaba de menos a diario. Cada día anochecía más tarde y hacía más calor, pero en el taller de doña Leonor eso solo significaba que trabajarían más horas para aprovechar la luz natural.

En la calle se oyó el sonido de un carruaje que se detuvo al llegar a su altura. Doña Leonor levantó la cabeza, alerta. Águeda salió a la recepción justo cuando la puerta se abría. Hubo un intercambio cortés de frases y Águeda regresó a la sala.

—La marquesa de Cañete está aquí, doña Leonor.

Almudena dio un respingo. Sus manos ajustaban un encaje a una camisa, pero su mente se había escapado por un momento de aquel entorno y no se había enterado de nada. Beatriz la miró, con la ceja levantada. Doña Leonor se incorporó y miró a Rita, aunque estaba cosiendo una pieza complicada del cuerpo y era mejor no interrumpirla. Águeda, con la tripa, no se movía con agilidad. Así que la maestra giró la cabeza:

—Beatriz, conmigo.

La joven se levantó de un salto y trató de disimular una mirada de suficiencia hacia su compañera. Almudena hizo como si no se hubiera enterado, pero lo cierto era que, a su pesar, le dolió no haber sido la escogida. Entonces, cuando estaba cerca de la puerta, doña Leonor se dio la vuelta:

—Almudena, ven tú también.

Ella dejó lo que estaba haciendo y acudió a toda prisa hasta colocarse al lado de Beatriz, detrás de la maestra. Sonrió a Beatriz como no había dejado de hacer desde su monumental enfado en el taller de doña Eulalia, pero recibió la misma respuesta de siempre: la más fría de las indiferencias. Almudena suspiró de forma inaudible: era paciente y comprensiva, pero se estaba cansando de intentar arreglar las cosas. Borró la sonrisa de su cara y miró al frente.

Cuando salieron del cuarto de costura, las recibió la imagen de una mujer mayor vestida de gris oscuro con detalles violetas. Su vestido a la francesa tenía profusión de lazos y encajes, y la basquiña con que cubría su falda era de seda negra de la mejor calidad. Hacía calor, así que no llevaba manto, pero el pañuelo de pecho cubría su escote con recato. Detrás de ella, una doncella joven sostenía una caja alargada cerrada con cintas.

—Señora marquesa —saludó la costurera, haciendo una ligera reverencia.

—Leonor —respondió la marquesa, con un gesto de cabeza.

Doña Leonor abrió de inmediato la cortina y la invitó a entrar en el cuarto de pruebas, un espacio pequeño pero arreglado con esmero.

El lugar estaba iluminado por una ventana estrecha y alargada que dejaba entrar la luz. En un rincón, un biombo pintado con flores protegía la intimidad de la clienta. Un espejo grande, apoyado contra la pared, devolvía reflejos pálidos. Había dos sillas tapizadas en damasco viejo y una mesita preparada con alfileres, tiza y una cinta de medir.

La doncella entregó la caja a la costurera, que se la pasó a Beatriz con una indicación para que la dejara sobre la cómoda que

había contra la pared.

—Es un vestido del año pasado —explicó—. No ha pasado de moda, pero quiero subir la falda.

Doña Leonor asintió. Aquella era una petición habitual: hacía más de diez años que el vestido a la polonesa había llegado a España como una moda europea y las faldas se habían acortado, aunque solo entre las nobles más jóvenes y modernas. Era un estilo que estaba de capa caída en esos momentos, pero algo había calado. Cada vez más, las faldas se subían y dejaban ver el zapato, e incluso parte de las medias.

Eso por no hablar de las majas, esas jóvenes de los barrios populares de Madrid, deslenguadas y atrevidas, a las que les gustaba exhibirse ante los mozos y que dominaban el arte de insinuar sin llegar a mostrar el tobillo.

La marquesa llegaba un poco tarde a esa moda, pero a su edad lo admirable era que se hubiese animado a seguirla.

—Muy bien. Déjeme ver cómo le queda ahora —dijo doña Leonor.

La marquesa se quitó la basquiña, que Almudena recogió y colocó sobre una silla, y desapareció detrás del biombo con su doncella.

Doña Leonor preparó alfileres y el hilo fino. Beatriz tenía las manos entrelazadas por delante, pero apretaba los dedos con fuerza. Estaba tan nerviosa como Almudena por atender a una clienta noble por primera vez, pero intentaba disimularlo. Cuando se fijó en que Almudena la miraba, soltó las manos, las frotó un poco en la falda y se las volvió a coger, pero esta vez por detrás. Almudena quiso acercarse, decirle que no pasaba nada, que era normal estar nerviosa, que ella se sentía igual. Por un momento, un

destello en los ojos de Beatriz le indicó que ella estaba pensando lo mismo. Pero duró un instante, luego se desvaneció y su antigua amiga volvió la vista al frente.

—Ya estoy lista —dijo la marquesa desde detrás del biombo.

Salió con un vestido de seda azul noche que se veía un poco usado, pero todavía nuevo. La falda llegaba hasta el suelo. La marquesa se puso frente al espejo y doña Leonor caminó alrededor de ella sin decir nada, concentrada. Se agachó y tocó la tela del borde. La marquesa la miraba en silencio. Ella se incorporó de nuevo.

—¿Cuánto quiere cortar?

La mujer dudó:

—Un poco, pero no demasiado. Que se vean los zapatos. Tal vez unos dedos de media, pero no más.

—Desde luego —dijo la maestra con una sonrisa tranquilizadora —. No queremos mostrar el tobillo.

—¡Desde luego que no! —exclamó la mujer—. Ya me habían dicho que usted entendía bien la moda, por eso he venido directa.

Doña Leonor hizo una ligera inclinación con la cabeza.

—Gracias por la confianza. Almudena, acércame la cinta de medir, por favor.

Ella le acercó la cinta de lino, con marcas en las diferentes medidas: varas, cuartas y dedos. La marquesa de Cañete, que ni siquiera la había mirado cuando la ayudó con la basquiña, se fijó entonces en su rostro. Inclinó un poco la cabeza y Almudena bajó la vista al sentirse observada.

—Joven, ¿la conozco? —preguntó la aristócrata.

Almudena levantó la mirada, sorprendida.

—¿Me habla a mí, señora?

—Pues claro, ¿a quién va a ser?

—No creo que nos hayamos visto nunca, no.

La mujer siguió mirándola con intensidad.

—Su cara me es familiar. No sé, esos ojos…

—Creo que cuatro dedos serán suficientes, señora.

La intervención de doña Leonor hizo parpadear a la marquesa. Dedicó una mirada más a Almudena y luego giró la cabeza.

—Sí. Bueno, quién sabe. Desde luego, no tiene sentido que nos hayamos visto antes. ¿Cuatro dedos ha dicho? —preguntó bajando la vista hacia la costurera, que estaba a sus pies—. ¿No será mucho?

Doña Leonor sacudió la cabeza.

—No, así nos quedamos a mitad del empeine. Se verá moderno, pero también decente. Aunque podemos bajarlo a tres, si lo desea.

La marquesa dudó.

—Dejémoslo en cuatro. Si está segura de que no es mucho, confiaré en su criterio.

—Se lo prometo, señora. Beatriz, los alfileres, por favor.

Entre las tres enseguida marcaron la altura a la que debían cortar. Cuando se incorporaron, la marquesa preguntó:

—¿Puede estar listo para mañana?

Almudena retuvo el aliento, era un plazo demasiado justo. Sin embargo, doña Leonor respondió sin dudar:

—Por supuesto. Mande a alguien mañana por la tarde a recogerlo o bien venga usted misma si desea comprobar que está de su gusto. El vestido parecerá nuevo con esta pequeña modificación, ya lo verá.

La marquesa sonrió un instante, satisfecha. Luego volvió a mirar a Almudena con los ojos entrecerrados y al final sacudió la cabeza.

Cuando se metió de nuevo detrás del biombo, doña Leonor susurró a las chicas:

—Volved al cuarto de costura, sacad las varas de medir y despejad la mesa, me pondré enseguida con este trabajo.

—¿Qué demonios le ha dado a esa mujer contigo? —preguntó Beatriz a Almudena en cuanto salieron del cuarto de pruebas.

La joven se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Beatriz, quería decirte algo…

Las dos se quedaron frente a frente en la recepción. Beatriz miró a Almudena con esa ceja levantada que le daba un aspecto tan altivo, como si no bastara con la barbilla siempre alzada. Almudena carraspeó.

—No sé muy bien por qué te molestó tanto que doña Eulalia nos recomendara a las dos a doña Leonor, pero quiero decirte que sigo siendo tu amiga. No merece la pena que estés enfadada por algo como esto. Por favor.

La expresión de Beatriz se suavizó un poco.

—Almudena, no se trata solo de que quisiera ser la mejor. Ya lo soy —dijo con un toque altanero—. Pero creo que no ves más allá. Si solo yo hubiera venido aquí, si tú te hubieras quedado en donde doña Eulalia, podríamos seguir siendo amigas.

—¿Y por qué no podemos serlo ahora?

—Porque aquí, Almudena, somos rivales. Este taller es una puerta de acceso a la corte, a trabajos importantes, a un futuro brillante. Y no lo será para las dos, lo mires como lo mires. Haré lo que tenga que hacer, pero prefiero no hacérselo a una amiga.

Sin decir más, siguió andando hacia el taller. Almudena se quedó

allí, de pie. Le dolía perder a Beatriz, pero no podía decirse que no lo hubiera intentado. Y ella quería llegar a la corte, por supuesto que sí. No iba a pisar a nadie para lograrlo, pero tampoco iba a dejarse pisar. Entonces oyó que la marquesa y doña Leonor habían terminado y no quiso volver a sentir aquella mirada escudriñadora puesta en ella.

Aceleró el paso y entró en la sala de costura justo a tiempo de que no la vieran.

12

Una semana después del episodio de la marquesa de Cañete, Almudena recibió una instrucción imprevista.

—Prepárate, nos vamos a palacio —le dijo doña Leonor.

Almudena sintió que un vuelco violento en el pecho. Acababa de llegar al taller, así que ni siquiera se había quitado el manto. Metió en su bolsa de labor la cinta de medir, tiza, dedal, agujas e hilo, y cogió también la fiambrera con su comida. Se ajustó el pañuelo sobre el pecho y esperó. Beatriz ese día estaba enferma. Almudena supo que jamás le perdonaría que ella hubiera sido la primera en ir a palacio, pero ya le daba igual.

Al salir, enfilaron la calle del Carmen, donde se mezclaban los aromas del pan horneándose con el fuerte olor a orines que salía de la esquina frente a una taberna. Las campanas del Buen Suceso dieron las siete y media. En las calles empezaban a abrir los postigos. Un mozo descargaba leche de una mula; más allá, una frutera colocaba melones y peras sobre una tabla. La calle del Arenal estaba llena de mujeres como ellas: limpiadoras, cocineras, zurcidoras de los guardarropas reales, todas con el manto bien apretado y la bolsa de labor bajo el brazo.

Al doblar la esquina, se encontraron con un laberinto de callejuelas compuesto de casas amontonadas y caóticas. Al otro lado, el Palacio Real parecía despertar. Allí el ambiente era más tranquilo, aunque decenas de personas, hombres y mujeres,

trabajadores de palacio, las cruzaban en dirección a las puertas para empezar su jornada. Almudena dejó caer un poco su manto: ya había salido el sol y sintió calor.

La piedra de la fachada reflejaba la luz. Almudena había pasado muchas veces por delante, pero nunca había llegado hasta las puertas. El aire pareció faltarle y respiró hondo. Llegaron hasta una de las puertas laterales de servicio, donde un guardia disimulaba un bostezo que se cortó cuando las vio llegar.

—Costureras del guardarropa de la princesa —dijo doña Leonor.

Otro guardia apareció por la puerta.

—Buenos días, doña Leonor. Hoy viene acompañada.

La mujer asintió.

—Ella es Almudena, una de mis oficialas. La verá a menudo por aquí, espero.

El guardia asintió y las dejó pasar sin hacer más preguntas. Almudena miró a doña Leonor, que le sonrió con complicidad. Oficiala. Solo la experiencia daba ese grado, sin examen ni prueba que pasar, porque no pertenecían a ningún gremio. Y para trabajar en palacio se exigía al menos ese nivel. Llevaba años formándose y sabía que le faltaba poco, pero el orgullo que sintió al oír esa palabra en boca de doña Leonor rebasó su discreción y salió en forma de suspiro ahogado.

Cuando entraron, doña Leonor se giró y apretó su brazo con calidez.

—Te lo has ganado, y también Beatriz. Enhorabuena.

Dentro, el ambiente era fresco y el olor de los candiles recién apagados flotaba en el ambiente. Almudena miró a su alrededor: los techos altos, los ventanales y los espacios amplios le evocaban una

grandeza desconocida para ella.

La escalera de servicio se abría a la izquierda, estrecha, de peldaños gastados por décadas de criados que subían y bajaban sin cesar. Las condujo hasta el primer entresuelo, donde el pasillo se extendía largo y silencioso, iluminado por pequeñas ventanas altas. Allí se concentraban los oficios: el cuarto de plancha, los mozos de sábanas, la ropa blanca del príncipe, todo perfectamente ordenado. Las mujeres que ya estaban trabajando levantaron un instante la vista al verlas pasar.

Atravesaron esa sección, pero no fueron hacia la zona del rey, ni hacia la antigua ropería de la reina, que estaba cerrada desde la muerte de María Amalia hacía más de dos décadas, sino hacia el ala sur, donde se encontraban los aposentos de la princesa de Asturias y su servicio.

Al final del corredor vieron el rótulo de madera: REAL GUARDARROPA DE S. A. R. LA PRINCESA DE ASTURIAS. Doña Leonor llamó dos veces.

La puerta se abrió con suavidad y apareció Carlos de la Ruta, encargado del guardarropa de la princesa, delgado, meticuloso, con su chaqueta oscura bien abotonada.

—Adelante —dijo—. Su Alteza ha pedido revisar los vestidos de gala para la ceremonia de la semana próxima. Y hay que ajustar unos cuerpos bordados que llegaron anoche de Parma. Don Pedro y madame Moulinier ya están departiendo con doña Paula.

Doña Leonor inclinó la cabeza.

—A sus órdenes, don Carlos.

La sala principal del guardarropa de la princesa era un cuarto amplio con armarios que cubrían todas las paredes. Almudena sabía que esos armarios contenían vestidos de mañana y de tarde,

cuerpos franceses, casacas y ropa de viaje, basquiñas de distintos tipos y mantillas y tocas que la propia princesa había traído de Italia. Cada prenda estaba envuelta en un lienzo blanco marcado con cintas de colores según la categoría de la prenda. Arcones con sedas, plumas, encajes y tocados ocupaban casi cada hueco disponible, excepto en la parte central, donde había una mesa amplia que recibía la luz que entraba por los dos balcones de la pared lateral, que daban al patio central, en torno a la cual en ese momento había tres personas.

Un hombre moreno y robusto, con chaquetilla corta de paño gris y una cinta de medir al cuello, estudiaba con atención los dibujos que una mujer alta y delgada, de aspecto elegante y peinado a la francesa, le mostraba. Otra mujer observaba un paso más atrás, sin decir nada. Esta se giró hacia las recién llegadas. Su rostro anguloso, enmarcado por una cofia de un blanco impoluto, parecía severo, pero los ojos oscuros tenían una mirada franca que a Almudena le agradó. Sonrió a doña Leonor.

—Leonor, me alegro de verte. ¿Quién es tu joven oficiala?

—Se llama Almudena y tiene un pulso impecable. Seguro que enseguida se hace a todo.

—Pasad a la sala de costura, enseguida voy.

Los otros dos se giraron y las saludaron con un gesto de cabeza, no del todo amable, pero tampoco despectivo. El hombre, que no podía ser otro que Pedro Alcántara, sastre de María Luisa de Parma, tenía el ceño fruncido.

—Pero este nuevo vestido exige un cuerpo muy diferente.

La mujer mostraba cierta altivez en el porte, aunque hablaba con suavidad y un marcado acento francés.

—Por supuesto. Es un *robe à la française*, y ya sabe cuánto le gusta a Su Alteza seguir la moda de París. El diseño es cosa mía, pero estoy segura de que usted conseguirá que la confección sea perfecta.

Doña Leonor y Almudena hicieron una pequeña reverencia y se dirigieron al cuarto de costura. De camino, la modista siguió hablando:

—Después del desayuno de Su Alteza acudiré a su vestidor para terminar de elegir las cintas del vestido, el sombrero y los accesorios.

Las voces dejaron de ser audibles cuando entraron en el cuarto de costura. Era una sala más pequeña, bien iluminada, decorada con austeridad, pero con todo lo necesario para el trabajo.

Doña Leonor se dirigió a la mesa y comenzó a sacar los utensilios de la bolsa de labor. Almudena la imitó.

—¿Esa mujer es la modista de la princesa?

Su maestra asintió.

—Una de ellas —dijo—. María Moulinier. Es francesa, lo que en estos tiempos parece casi imprescindible para poder llamarse modista.

—La moda francesa es la que marca tendencia, es normal.

—Sí, pero son legión —dijo doña Leonor en voz baja—. No es que haya tenido nunca problemas con ellas, y mira, cuantas más necesidades creen entre su clientela, más trabajo tendremos nosotras, pero considero que es un poco excesivo.

—No eres la única que piensa así —dijo Paula Pandeavenas, que entró en la sala en ese momento y escuchó lo que decía doña Leonor—. El propio don Pedro refunfuña y se queja de la cantidad de

trajes que pide la princesa debido a la influencia de madame Moulinier y de otras como ella. Eso por no hablar de los encargos que hace a París.

—¿Y qué opina don Carlos? —preguntó doña Leonor.

Doña Paula sonrió e hizo un gesto ambiguo al aire.

—No se mete en esos temas. Como encargado del guardarropa, solo quiere que todo esté organizado y que la princesa esté satisfecha. Sospecho que está más de acuerdo con don Pedro que con madame Moulinier, pero se guarda mucho de expresar su opinión.

Doña Leonor se frotó las manos.

—Muy bien, ¿qué tenemos que hacer hoy?

Paula Pandeavenas se dirigió a la cómoda que había bajo la ventana y sacó un voluminoso vestido de ceremonia.

—Han traído esto esta mañana —dijo—. Su Alteza quiere cambiarle el forro, sustituir las mangas por otras más cortas con volantes y coserle unos encajes a la parte de la falda para renovarlo.

—¿Para cuándo?

Doña Paula rio.

—Quiere usarlo en la recepción de la semana que viene.

Almudena las miró con la boca abierta. Doña Paula se fijó en su expresión.

—Sí, es mucho trabajo, pero don Pedro se encargará de ajustar el cuerpo y bajar el escote, y nosotras trabajaremos toda la semana en esto. Dijiste que tenías dos ayudantes, Leonor, ¿dónde está la otra? Nos vendrían bien un par de manos más.

Doña Leonor asintió sin dejar de tocar la tela de aquel vestido.

—Hoy está enferma, pero vendré todos los días con las dos,

descuida.

María Moulinier entró en ese momento con un cesto.

—Ese hombre es un estrecho de miras —dijo sin hablar con nadie en particular—. Y se las da de artista. ¡Arte es lo mío! Yo creo la imagen de la futura reina, ¡yo tengo la visión!

Entonces miró a las tres mujeres.

—Muy bien, queridas, tenemos mucho que hacer.

Se acercó a la mesa y empezó a sacar de la cesta encajes que irían cosidos a la falda. El forro sería de un color distinto y les dejó una muestra de la tela. En cuanto a las mangas, les dijo que entregaría los cortes en un par de días para que pudieran coserlos y añadir los volantes. Después se marchó a toda prisa, alegando que Su Alteza la estaría esperando para ultimar los detalles del vestido.

En cuanto salió, entró don Pedro con un muchacho que llevaba una tela de lino blanco.

—Bien, señoras, por favor, separen el cuerpo, me lo llevo a mi taller para ajustarlo y trabajar el escote.

—Este vestido tiene apenas un año, ¿no es cierto? —preguntó doña Leonor mientras trabajaba.

El sastre asintió.

—Así es, pero ya nada se hace para durar. Siempre se quieren cosas nuevas: nuevas modas, nuevos vestidos, nuevos cortes… No me malinterpreten, soy el primero que aprecia el cambio, pero estas modistas francesas predican el lujo por el lujo y eso no es cristiano. Al menos Su Alteza acepta modificar vestidos ya existentes.

—No será porque no se los haga nuevos —dijo doña Paula, terminando de cortar el hilván del cuerpo.

—¿Se refiere al detalle del cónsul? —El sastre se permitió una

pequeña sonrisa de suficiencia, que enseguida desapareció de su rostro.

Doña Paula negó.

—No exactamente. Pero sí, podría valer. Nunca una princesa había gastado tanto en su guardarropa como María Luisa de Parma. El pueblo murmura.

—El pueblo siempre murmura. —El tono de don Pedro se volvió tan severo como sus ojos—. Pero nada hay que opinar sobre decisiones que provienen de gente mucho más elevada que nosotros.

—Desde luego —dijo doña Paula con humildad.

Cuando el sastre y su ayudante se hubieron marchado, doña Paula comenzó a repartir el encaje con la tela según las indicaciones de la modista. Almudena se sentía cómoda en aquel ambiente y sintió curiosidad, pues no era la primera vez que oía aquel rumor.

—¿Qué es lo del cónsul?

Doña Paula la miró con una chispa de risa en los ojos.

—Pero ¿de dónde sales tú, que no sabes de qué hablo?

—Lamento haber sido indiscreta, señora. —La joven bajó la vista, un poco avergonzada.

Entonces sí, doña Paula rio en voz alta.

—Mujer, entre nosotras no tienes que ser tan formal. Vamos a pasar muchas horas juntas y no es sano estar mordiéndose la lengua. Leonor, ¿quieres contárselo tú?

Doña Leonor se giró hacia Almudena.

—Nuestra futura reina es una mujer de gustos caros, pero eso seguro que ya lo sabes —dijo—. Le gustan la moda francesa y las modistas francesas. De hecho, hace pedidos a menudo a la modista

de la reina María Antonieta, madame Rose Bertin. Y no solo eso, hace unos meses se corrió la voz de que había utilizado al cónsul en París para seleccionar unos tejidos, comprarlos y enviarlos a Madrid por vía diplomática.

Almudena sintió que la mandíbula se le aflojaba.

—¿De verdad? Vaya.

—Muchos opinan que no es de recibo ocupar el tiempo del cónsul en estos menesteres femeninos —añadió la costurera real.

—No parece una tarea que un cónsul debiera acometer, desde luego —se atrevió a opinar Almudena.

Su maestra levantó el dedo índice.

—Sin embargo —especificó—, no nos corresponde a nosotras opinar al respecto. Nosotras cosemos, no cotilleamos. Así que, venga, al trabajo.

Esa tarde, de camino a casa, Almudena entró en una tienda de dulces y compró unas frutas confitadas para celebrar con su padre aquel ascenso.

—Sabía que llegarías lejos —le dijo él, lleno de orgullo.

Almudena lo abrazó.

—¡Y aún me queda! No me conformo con ser la primera Serrano que llega a palacio. Espero conocer a la princesa pronto, aunque me da un poco de miedo ese carácter que dicen que tiene.

Estaba tan contenta, tan inmersa en su alegría, que no se dio cuenta de cómo se ensombreció la cara de su padre cuando dijo esa frase. Fue un instante, un pequeño chispazo, y luego Domingo recuperó su radiante sonrisa.

—Poco a poco, hija mía. No quieras correr.

El domingo de esa misma semana se lo contó a sus amigas.

—¿Cómo es trabajar en la corte? —preguntó Teresa—. ¿Has visto ya a la princesa?

Estaban a finales de primavera y Almudena, Teresa, Manuela y Luz paseaban cogidas del brazo por el Prado. Manuela se detuvo justo cuando el sol asomó detrás de una nube y levantó la cara hacia el cielo. Soltó un pequeño ruidito de satisfacción.

—Cuidado con el sol, Manuela —dijo Teresa—, te pondrás muy morena.

Manuela soltó una carcajada.

—¡Hablas como Beatriz! ¿A quién le importa el color de mi piel? No soy una noble, por si no lo has notado. Lo único bueno de no ser rica es que puedo disfrutar del sol en el rostro, no me lo estropees.

—¿Sabes qué? —le dijo Teresa tras un pequeño silencio—. Que tienes razón.

Y se sentó en la hierba con el sol de frente. Luz se echó a reír y la imitó, y pronto las cuatro amigas formaron una fila entre chistes y bromas.

—No, aún no he estado en presencia de Su Alteza —dijo Almudena—, pero no tengo dudas de que pronto la veré.

—Prométeme que me lo contarás en cuanto pase —dijo Teresa.

—¿A quién se lo voy a contar si no es a vosotras?

—Y Beatriz, ¿cómo está? —preguntó Luz, que ya era una mujercita y había avanzado mucho en su aprendizaje.

—Montó en cólera cuando supo que había ido a palacio yo sola, y eso que al día siguiente ya fuimos las dos. Está siendo peor que un dolor de muelas con su ambición y su rivalidad —se sinceró Almudena.

Las demás rieron.
—Ya sabes cómo es, no le hagas ni caso.
Almudena suspiró y asintió.

13

En efecto, Beatriz se enfadó mucho cuando se enteró de que Almudena había ido sola el primer día a palacio, y ni siquiera la alegría de haber sido nombrada oficiala bastó para apaciguarla. Al día siguiente acudieron las dos y Beatriz hizo todo lo posible por destacar. Sonrió a don Carlos y a don Pedro de forma solo un poco menos que escandalosa, preguntó a doña Paula si en algún momento verían a la familia real y se esforzó por hacer un trabajo impecable.

Almudena era muy consciente de los encantos físicos de Beatriz, y no le importaba que la eclipsara en la mayoría de las situaciones: ella no necesitaba destacar, pero sí quería hacer un buen trabajo y que se lo reconocieran. Así pues, intentó ser cordial con todos, incluidos los guardias de la puerta, a los que trataba con amabilidad, y desempeñar su trabajo lo mejor que pudiera.

Cuando acabaron aquel vestido que tenían que transformar, doña Leonor acudió con doña Paula y la modista al vestidor de la princesa para una prueba excepcional, pero no se llevó a ninguna de ellas. Almudena no lo reconoció en voz alta, pero se sintió decepcionada: le habría gustado vivir esa experiencia.

Las semanas pasaron y el trabajo en palacio llegaba por rachas. Paula Pandeavenas, la costurera real, era la única que estaba a sueldo, y llevaba sobre sus hombros el peso de la mayoría de las tareas. Cuando se le acumulaban, colaboraba con otras costureras

como doña Leonor. Ella solía ser su primera opción, pero a veces doña Leonor no podía responder a su petición porque tenía algún encargo propio cuya fecha de entrega le apuraba.

Aun con todo, Almudena y Beatriz iban a menudo a palacio. Unas veces una, otras veces otra, y en muchas ocasiones las dos. El trato entre ellas era frío, aunque cordial: Beatriz había entendido que a doña Leonor no le gustaban los conflictos internos y no quería labrarse una fama de problemática que le pudiera perjudicar. Sin embargo, en palacio intentaba ser vista a toda costa. Almudena llegó a pensar que buscaba llamar la atención de algún noble con idea de hacer un buen matrimonio.

Beatriz era muy bella, sí, pero Almudena pensaba que sabía poco de cómo funcionaba el mundo si creía que la simple belleza física iba a encumbrarla a lo alto de la escala social. De todas maneras, ir a su lado tenía algunas ventajas: los criados y los guardias de la puerta las reconocían enseguida y las dejaban pasar sin identificarse, y los lacayos se dejaban caer por el guardarropa y llevaban chocolate caliente y otras delicias sustraídas discretamente de las cocinas para deleite de las costureras.

Y poco a poco el verano siguió su curso, llegó el invierno, empezó un nuevo año que pasó como un suspiro y, a mediados de diciembre de 1788, el rey Carlos III murió en su cama. Madrid entera lloró al que habían considerado uno de sus mejores monarcas, un reformista que había traído la Ilustración a España y al que sucedió su hijo Carlos, con poca inclinación al gobierno, que prefería dedicar sus días a la caza y dejaba las tareas importantes en manos del conde de Floridablanca, primer ministro de su padre. Además, el nuevo monarca cada vez se apoyaba más en un joven guardia de corps que

se había convertido en su favorito, Manuel Godoy, y en las opiniones de una reina caprichosa e impopular que gozaba de la antipatía del pueblo y de parte de la corte por su carácter y sus maneras.

Sin embargo, nada de todo aquello alteró lo más mínimo el funcionamiento interno de palacio, que se dispuso a acometer los cambios necesarios para que todo saliera como debía. Un ejército de limpiadoras y ujieres entró en el guardarropa de la difunta María Amalia y lo adecentó para la nueva reina. Carlos de la Ruta siguió siendo el encargado del guardarropa y Pedro Alcántara no solo se mantuvo como sastre de la reina, sino que consiguió un honor difícil de alcanzar: que se le adjudicase el tratamiento de *don* de forma oficial.

En mitad de todos estos cambios, cuando aún no estaba dispuesto el nuevo lugar de trabajo, Almudena acudió un domingo a misa con su padre. A la salida se despidió de él con un beso en la mejilla. Aunque faltaba poco para el día de Navidad y los días eran fríos y oscuros, la joven había quedado con sus amigas Manuela, Teresa y Luz para dar un breve paseo antes de la hora de comer. Hacía semanas que no se veían, y se echaban de menos. Pensaban ir a la Puerta del Sol para ver los puestos de los vendedores ambulantes, comer castañas y, por qué no, observar a los mozos que también iban allí para ver y ser vistos.

Almudena había quedado frente al escaparate de una confitería con sus amigas. Iba sola, lo que no era habitual, pero tampoco tenía nada de escandaloso a esa hora y en un lugar con tanta gente. Ya estaba allí cuando un carruaje negro se detuvo cerca de ella y una mujer madura, muy bien vestida y con porte elegante, bajó ayudada por un lacayo. Después descendió una joven que, sin duda, era hija

de la dama.

Se dirigieron a una perfumería que había allí cerca, casi en la esquina con la calle de Correos. Al pasar por delante de la fuente de la plaza que había frente a la Casa de Correos, donde abrevaban las mulas y los aguadores llenaban los cántaros, la joven dejó caer algo. No pareció darse cuenta y siguió caminando apresurada tras su madre. Almudena echó a correr para recoger la prenda y devolvérsela a su dueña, pero ambas ya habían entrado en la perfumería. Ella esperó fuera y no pudo evitar echarle un vistazo al trozo de tela que tenía en las manos. Era un pañuelo de hilo fino, delicado y rodeado de una preciosa puntilla, de un blanco impoluto, solo roto por unos dibujos que hicieron que Almudena frunciera el ceño.

Se parecían mucho a los dibujos de aquella libretita de su madre, la que de vez en cuando sacaba de su caja para abrir y estudiar su contenido, como si a fuerza de mirar los símbolos pudiera conseguir que le desvelasen sus misterios. El pulso le latió con violencia en las sienes. ¿Qué significaba aquello? ¿Podía ser una casualidad? Decidió que le preguntaría a su dueña, que justo en ese momento salía por la puerta detrás de su madre.

Almudena se acercó a la señora de manera respetuosa y sonrió a la joven dama. Tendría su edad, tal vez un par de años menos, y era muy bonita, con un rostro agradable, boca pequeña y ojos inmensos que la miraron con curiosidad.

—Disculpen, señoras. He visto que a la señorita se le ha caído un pañuelo antes de entrar en la tienda y he corrido a alcanzarlo para que no lo perdiera —dijo, y tendió el trozo de tela a la mujer más mayor.

Esta alargó la mano para cogerlo, pero lo que llamó la atención de Almudena fue que los enormes ojos de la joven se abrieron aún más y su piel, ya de por sí blanca, adquirió la palidez de un fantasma. Hasta sus labios perdieron el color. Almudena ladeó la cabeza. ¿Qué estaba pasando allí?

—Mercedes —dijo la mujer, girándose para mirar a su hija—. ¿Esto es tuyo?

Ella se adelantó y Almudena percibió su ligero perfume a rosa y azahar. Tomó el pañuelo de manos de su madre y lo miró apenas un segundo.

—Le agradezco el gesto —dijo la joven mirando a Almudena con una fijeza que la incomodó—. Pero no es mío.

—¿Estás segura?

—Lo estoy, madre.

Almudena sabía lo que había visto.

—Estoy convencida de que se le cayó hace unos minutos, señorita.

Entonces se fijó en la expresión de la joven. Intentaba mantener la compostura, pero estaba aterrorizada. La mirada que le dirigía era extraña y Almudena no supo identificarla como otra cosa que no fuera súplica. Le tendió el pañuelo con manos temblorosas.

—Le ruego que lo deje donde lo ha encontrado. Sus intenciones sin duda son buenas, pero le aseguro que ese pañuelo no es mío.

Almudena estuvo a punto de protestar, pero entonces le pareció que la joven pronunciaba las palabras «por favor» en silencio, así que asintió y recogió la prenda.

—Está bien, lo lamento. Es posible que me haya confundido.

—Seguro que sí —dijo la joven, que miró a su madre—. Hoy es

un día concurrido y no somos las únicas que van de compras.

La señora miró a Almudena con los ojos entrecerrados, sopesando si se había acercado a ellas para intentar sacarles algo. Entonces asintió y habló con voz seca.

—Sí, habrá sido una confusión. Vamos, Mercedes, el coche espera y hemos quedado con tu tía.

Almudena las vio alejarse sin saber muy bien qué acababa de ocurrir. El pañuelo se le había caído a aquella joven. No tenía ninguna duda, pero al ver su expresión asustada decidió seguirle la corriente. Sintió su mirada cuando giró la cabeza para asegurarse de que Almudena cumplía su petición. Estaba claro que, por algún motivo, aquello era muy importante para la joven noble. Así que se acercó de nuevo a la fuente y dejó el pañuelo doblado en el borde. La fina capa de hielo que cubría el agua se estaba empezando a derretir y apenas había nadie por allí. Por suerte no hacía viento, o a saber dónde acabaría aquel pedazo de tela.

Después regresó a la confitería, donde sus amigas ya la esperaban. Se saludaron, se dieron besos y se agarraron del brazo para pasear sin congelarse, pero Almudena no perdió de vista en ningún momento el abrevadero.

Y entonces, cuando daban la segunda vuelta a la plaza, la vio: una mujer envuelta con el manto de humo tan habitual en las calles madrileñas avanzaba por la calle Carretas. Lo que no era tan habitual era cómo llevaba el manto: cubría su cabeza y su cara casi por entero, asomando solo los ojos. Una tapada de las que ya casi no se veían, pero a quien la gente apenas prestó atención. Parecía una mujer del pueblo llano, tal vez una viuda que acudía a una cita.

Caminaba con paso firme, pero no demasiado deprisa. Llegó

hasta la fuente y se detuvo al lado de una mula que bebía con ganas mientras un mozo descargaba sus alforjas de naranjas en el puesto ambulante de un poco más allá. Almudena no la perdió de vista.

La mujer deslizó apenas el borde del manto, dejando a la vista una barbilla afilada y una mano envuelta en mitones oscuros. Cogió el pañuelo y lo ocultó entre sus ropas con naturalidad. Volvió a ajustarse la prenda al rostro, miró con discreción a los lados y se marchó calle abajo, perdiéndose entre el gentío.

Almudena tragó saliva. No sabía lo que acababa de ver, pero por primera vez en su vida tuvo la sensación, leve pero nítida, de que se trataba de algo que no debía conocer.

14

Almudena regresó a casa y fue directa a su cuarto. Sacó la cajita y se dio unos minutos para observar los detalles de la madera mientras su corazón iba recuperando poco a poco el ritmo normal.

Después la abrió y sacó la carta, que volvió a leer con atención pese a que se la sabía de memoria. Y de nuevo se preguntó lo mismo: ¿Quién era la Isabel a la que iba dirigida la carta? ¿Quién la Mariana que la firmaba? ¿De dónde había huido la primera y por qué? Muchas preguntas y ninguna respuesta.

Entonces cogió la libreta. Como de costumbre, los símbolos le dieron la bienvenida sin revelar su significado. Almudena no los repasaba tan a menudo como la carta, pero los conocía y sabía que lo que había visto bordado en aquel pañuelo aparecía ahí. ¡Sí! Los dibujos dos y tres. Unas ondas como si fueran agua y un pequeño sol. Igual que en el pañuelo que la joven dama había dejado caer y que luego recogió la mujer misteriosa. Toscos, un poco burdos, como si hubieran sido bordados a toda prisa, sin ningún cuidado, pero reconocibles.

Aquello no llevaba a ninguna parte: no tenía sentido seguir dándole vueltas. Así que se levantó, cogió la cajita y salió a la sala, donde su padre bebía de un vaso de vino mirando por la ventana, sentado en su silla, envuelto en una manta. El olor del puchero que había dejado cocinando sobre la brasa se extendía por la estancia.

Almudena se sentó frente a su padre, que dejó el vino y la miró.

No hizo preguntas cuando vio la caja, pero ella notó la rigidez de sus hombros. La mirada firme de la joven dejaba claro que no iba a contentarse tan fácilmente como la vez pasada.

—¿Quién era Isabel, padre?

Domingo suspiró.

—Ya te dije hace años que no lo sabía.

—¿Y Mariana?

Él miró por la ventana en lo que pareció un intento de escapar de su atención.

—Lo desconozco. Lo siento, hija.

Almudena suspiró. Sabía que callaba algo, pero no podía acusarle de mentir.

—Sé que hay algo que no me está contando, pero no entiendo el motivo. ¿Qué tiene esto que ver con madre?

Su padre volvió los ojos hacia ella y Almudena vio el dolor en ellos.

—No puedo decirte lo que ignoro. Sabes de tu madre lo necesario: te quería, nos quería, y nuestra vida sería mucho mejor si ella continuara a nuestro lado. Pero se nos fue, y ahora tenemos que vivir con su ausencia.

Domingo estaba inquieto. Almudena lo notaba en su manera de tragar saliva, en las manos temblorosas al servirse más vino, en cómo encogía un poco los hombros hacia delante, como si necesitara protegerse. Y a Almudena le dolía ser la causante de este dolor, pero no quería que eso la detuviese.

—Quiero que mire con atención estos símbolos, padre. ¿Qué significan?

Al ver la libreta, Domingo se tensó aún más. Intentó disimular y

parpadeó varias veces.

—Nunca los había visto, Almudena.

Ella respiró hondo para bajar el nudo de angustia que se había instalado en la boca de su estómago.

—Recuerdo ver a madre con esta libreta. Y si yo la vi, usted también.

Su padre la miró a la cara durante un largo rato, en silencio. Luego habló despacio, como escogiendo las palabras con cuidado.

—Vi la libreta, pero no su contenido. Sabes que tu madre era… era muy reservada con algunas cosas.

—Por favor —suplicó Almudena—. Mírelos con atención, tal vez recuerde algo.

Domingo los miró por encima, como si quisiera acabar con eso de una vez. Después negó con la cabeza.

—Lo siento.

—Madre guardaba esto en su caja y hoy he tenido en mis manos un pañuelo bordado con algunos de estos símbolos.

Entonces Domingo se levantó de un salto. Ella también se levantó, asustada. Su padre la cogió por los hombros.

—¿Cuándo? ¿Cómo ha sido? ¿Quién te lo ha dado?

—Tranquilícese, padre. Nadie me lo ha dado, se le cayó a una joven noble en la calle y fui a devolvérselo. Pero negó que fuera suyo y estaba aterrorizada, como si su mundo fuera a acabarse si su madre se enteraba de que era su pañuelo.

—¿Y qué has hecho? —preguntó Domingo sin apartar los ojos, muy abiertos, de los de su hija.

Ella hizo un gesto con la cabeza, un poco incómoda.

—Lo he dejado donde estaba. Y no solo eso…

Almudena se retorció para liberar la presión de las manos de su padre, pero no lo consiguió. ¿Qué le pasaba? Él seguía mirándola, a la espera.

—Un poco más tarde vi a una tapada que lo recogía.

—¿Ella te vio? —preguntó alarmado.

Almudena negó con la cabeza.

—No. Pero es obvio que esto le altera, padre, así que tal vez debería contarme lo que ocurre.

Domingo la soltó y comenzó a caminar por la habitación. Almudena nunca lo había visto tan fuera de sí. Estaba enfadado. No, enfadado no. Asustado. ¿Qué estaba pasando? Entonces se detuvo y respiró hondo varias veces, hasta que se calmó. Se volvió a sentar y giró la cabeza hacia la ventana. Tardó tanto en contestar que Almudena supo que estaba pensando con cuidado la respuesta. Cuando Domingo volvió a mirarla, sus ojos eran tranquilizadores, aunque también parecían tristes.

—Son cosas que no puedo contarte, porque tampoco sé mucho al respecto. Y además, supondría ponerte en peligro. Es mejor dejarlo así, pero ten cuidado. No te metas en lo que no te concierne y todo irá bien.

Almudena apoyó la frente en la mano, frustrada. Su padre era un cabezota cuando se empeñaba en algo.

—¿Y no cree que podré tener más cuidado si entiendo de qué estamos hablando?

El negó con la cabeza.

—Desde luego que no. Muchas veces la ignorancia es la mejor opción. —Levantó la nariz y olisqueó—. Deberíamos comer ya, ¿no crees? Ese puchero de garbanzos huele que alimenta.

Almudena comprendió que la conversación había terminado. Podía enfadarse, podía patalear o ponerse de morros, pero no sacaría nada más de su padre. Sacudió la cabeza.

—Bien —dijo, y no volvió a hablar del tema.

Supo que no podía contar con su padre, pero también que ahí había algo más, que su madre había estado metida en algún asunto y que, fuera lo que fuese, ella lo iba a descubrir.

Pero querer descubrir algo no es lo mismo que descubrirlo. Las cosas en palacio estaban muy revueltas con el cambio de monarcas y durante las semanas siguientes apenas tuvo tiempo de pensar en nada que no fuera trabajar y dormir para recuperar fuerzas.

El vestidor de la reina María Luisa quedó magnífico. Era más grande, disponía de más salas y de multitud de armarios que se fueron llenando a buen ritmo gracias al ansia de Su Majestad por seguir la moda y tener un vestido apropiado para cada ocasión. Modistas francesas acudían a diario, muchas discutían con don Pedro, y después doña Paula, doña Leonor y ellas tenían que dar forma a esas ideas, a esos patrones y telas cortadas hasta convertirlas en el vestido que la reina requería.

El nuevo guardarropa estaba en el ala sur, cerca de sus dependencias y, por descontado, de su tocador. La primera vez que Almudena entró en su nuevo espacio de trabajo le pareció que todo era más grande, más luminoso y más solemne. Dos guardias custodiaban la puerta. Vestían con el uniforme de la guardia de infantería, blanco y azul. El pelo, empolvado y recogido en una coleta baja, asomaba bajo el tricornio con la escarapela roja. Llevaban sables cortos al cinto y fusiles con bayoneta al hombro. En

el guardarropa había telas que costaban una fortuna, mantos valiosísimos bordados en oro, vestidos por los que la gente mataría, y ahora eran patrimonio de la Corona. Todo ese pequeño mundo pertenecía a María Luisa de Parma y servía para proyectar la imagen de poder y riqueza sin límites que correspondía a la Corona española.

Uno de los guardias vio la cesta que Almudena llevaba al brazo y sonrió. Era joven y bien parecido, de piel morena y ojos verdes.

—¿Costurera? —preguntó.

—Así es —respondió ella—. Ayudante de Leonor Ribera.

El otro guardia, más entrado en años, pero tampoco viejo, la miró de arriba abajo con admiración.

—Pasa, niña, tu maestra y tu compañera, la rubia, ya están dentro.

La primera sala era el despacho del encargado del guardarropa, Carlos de la Ruta. Cuando este la vio, la saludó con una leve inclinación de cabeza, aunque luego volvió a bajar la mirada al pliego que estaba revisando.

—Un nuevo envío de seda de Lyon —le dijo a Almudena—. Adelante, pasa. La sala de costureras está al fondo.

Al entrar en la sala común, la luz casi la deslumbró. Dos balconadas se abrían en la pared lateral, y varias puertas se distribuían por el resto de las paredes. En el centro había una enorme mesa forrada con tafetán color marfil que madame Moulinier estaba cubriendo en ese momento de encajes, cintas y galones. Doña Paula observaba un corpiño colocado en un maniquí de madera, con don Pedro, el sastre, al lado. Sin apenas apartar la vista del maniquí, saludó a Almudena.

—Llegas justo a tiempo. Hay que revisar el vestido de ceremonia antes del mediodía.

Almudena intentó que no se notara su turbación. Al fin y al cabo, era la primera vez que ponía un pie allí y aquello no se parecía en nada al guardarropa anterior. Por una puerta entreabierta vio a las zurcidoras rodeadas de prendas que arreglar. Más allá, el cuarto de costureras, hacia el que la joven sabía que debía dirigirse. Sin embargo, antes echó un vistazo a su alrededor.

Unos jóvenes metían unas cajas en uno de los armarios del almacén contiguo por indicación de la modista. Allí se guardaban los vestidos de diario y prendas de más uso. Otra puerta comunicaba con la sala de pruebas, donde se hacían ajustes o se probaban prendas sobre doncellas de hechuras similares a las de la reina María Luisa. Al fondo, una puerta cerrada con llave protegía los vestidos de gala, mantos ceremoniales y telas más lujosas. Había mucha actividad allí, aunque imperaba el silencio.

Almudena se dirigió al cuarto de costura en cuanto vio que doña Paula la miraba de reojo con una sonrisilla pintada en la cara.

Dentro estaban ya doña Leonor y Beatriz, que la miró de arriba abajo.

—Llegas tarde —le espetó su compañera.

—Aún no son las siete y media —respondió doña Leonor—. Nosotras acabamos de llegar. Venga, prepárate; voy a necesitar tus manos. Doña Paula ha pedido que cambiemos el forro de esta falda antes de que llegue la camarera.

Pasaron unas horas enfrascadas en su tarea hasta que doña Leonor levantó la cabeza, satisfecha.

—Terminado.

Justo en ese momento se oyó una pequeña campana en la sala principal y todos se pusieron en pie. Las costureras no se movieron de su sitio, excepto doña Paula, que salió a la sala principal para recibir, junto a don Pedro y madame Moulinier, a la camarera mayor de la reina, la marquesa viuda de Bélgida.

—¿Tienen preparado el traje de la fiesta de la semana que viene?

La modista se adelantó.

—Por supuesto, a falta de los últimos retoques. Si pasa a la sala de pruebas, enseguida lo terminamos.

La marquesa siguió a madame Moulinier. Con ella entraron un par de damas y una doncella de pruebas, don Pedro y doña Paula, que pidió a doña Leonor y a las dos chicas que acudieran con material de costura.

La sala de pruebas estaba decorada de manera sencilla, pero resultaba acogedora. Había butacas, aparadores y un pequeño pedestal frente a un espejo, donde se colocó la doncella. Allí, bajo la dirección de don Pedro, doña Paula y doña Leonor fueron colocando las partes del vestido sobre el cuerpo de la modelo, ajustando lo necesario hasta que, ante los ojos de Almudena y Beatriz, apareció un precioso vestido a la francesa morado con brocados plateados, con una falda que cogía un enorme volumen gracias al tontillo, cola larga y un cuerpo muy ajustado que don Pedro había trabajado con ballenas más rígidas que de costumbre.

La doncella se miraba en el espejo como si no creyera que la gran dama que veía reflejada fuese ella misma. La camarera mayor de la reina, mientras tanto, observaba con ojos de halcón. Almudena sintió que ya había visto esa cara antes, aunque no supo decir dónde. Pese a trabajar en palacio, no tenía acceso a los nobles, a no

ser que fueran ellos los que acudieran a las dependencias en las que estaba ella, como era el caso.

—¿Cómo se encuentra su hermana, ilustrísima? —dijo una de las damas, en un intento por diluir el silencioso ambiente de la sala.

La mujer contestó sin apartar los ojos de la doncella y el vestido, pero un ligero rictus de tensión asomó en su cara.

—La pobre aún no se recupera. Al fin y al cabo, solo han pasado un par de semanas desde que mi sobrina Mercedes murió. Nadie lo esperaba.

—Y a punto de casarse, además —añadió la segunda dama con cara de pena.

La marquesa asintió y sus ojos brillaron como si estuviera a punto de dejar caer una lágrima.

—Una tragedia. Solo podemos alegrarnos de que esté ya en presencia de Dios y rezar por su alma —dijo con un suspiro.

El silencio pareció adueñarse de nuevo del ambiente. Lo rompió doña Leonor cuando le pidió a Beatriz que le sujetara una manga para hacer un ajuste, y después de aquello el trabajo volvió a ser lo único que importaba.

15

Los días pasaban en rápida sucesión. Los guardias de la puerta ya conocían a las chicas por su nombre y estas se detenían unos minutos a hablar con ellos antes de comenzar la jornada. Iban rotando, pero Ramón, el que habló con ella el primer día, era el más amable. Solía estar acompañado de Juan, el joven moreno de ojos claros, pero él era más callado, más discreto, aunque tenía una sonrisa preciosa que sacaba a pasear cada vez que veía a Almudena aparecer al fondo del pasillo.

Pronto quedó claro que Ramón estaba coqueteando con Almudena. Tal vez no un cortejo serio, pero sí que mostraba interés. La piropeaba siempre que la veía y sus dulces ojos castaños la seguían hasta que desaparecía tras las puertas del guardarropa. Ella se mostraba educada, pero nunca le dio pie a nada más: no era que su corazón siguiera roto por Tomás, pero su desconfianza en los hombres no había mermado. Además, quería centrarse en el trabajo. A pocos meses de cumplir diecinueve años, todavía era joven para dar un paso tan importante. Pero no podía negar que era agradable sentir que alguien se fijaba en ella, que le daba los buenos días o que le alegraba la mañana con un chiste.

Y lo que al principio era excepcional, acudir a palacio a trabajar en el guardarropa, acabó por ser la norma: la nueva reina gastaba cantidades desmesuradas en ropa y tenía a varias modistas a su servicio. Las preocupantes noticias que llegaban de Francia

refiriendo descontento entre la población, levantamientos populares y críticas a la monarquía no habían frenado a María Luisa de Parma a la hora de seguir ampliando su vestuario. Esto hacía que el trabajo para doña Paula fuese en aumento. Pronto no fue suficiente con que doña Leonor acudiera varios días a la semana a palacio o que doña Paula contara con otras costureras para ayudarla. Necesitaba una mano derecha, una costurera siempre a su disposición, aunque echasen mano de externas en momentos puntuales.

Doña Leonor aceptó la oferta, y desde ese momento Beatriz y Almudena acudían a diario a palacio sin pasar antes por el taller de su maestra, que seguía funcionando gracias a sus oficialas y a costa de que doña Leonor no tuviera apenas tiempo para dormir.

Entonces doña Paula se puso enferma y tuvo que ausentarse varias semanas. Y fue justo cuando a la reina se le ocurrió la idea de renovar uno de sus vestidos de ceremonia y convertirlo en uno de tarde. Madame Moulinier y don Pedro se pusieron a la tarea de planificar la modificación y las costureras dejaron de lado todo lo que no era urgente y se volcaron con eso.

—Almudena —la llamó doña Leonor, sin levantar la voz—, no podemos terminar toda esta ropa blanca. Además, estos arreglos son más propios de las zurcidoras, ¿se lo puedes llevar tú?

La joven cogió un montón de camisas de lino y se dirigió al cuarto de las zurcidoras. Era un espacio austero, pero bien iluminado, en el que varias mujeres pasaban el día zurciendo medias, arreglando descosidos y reparando blondas y encajes. Trabajaban sentadas en sillas de madera formando un círculo. María del Carmen, la jefa de las zurcidoras, levantó la cabeza de la media de seda que estaba remendando.

—Tú dirás, Almudena.

—Me manda doña Leonor para dejaros estas camisas.

La mujer, que ya pasaba de los cincuenta y tenía una cara redonda y agradable, señaló una mesa en el rincón.

—Déjalo ahí, nos pondremos en cuanto acabemos con esto.

Cuando Almudena se marchaba, se cruzó con una joven doncella que llevaba un camisón de su señora para zurcir. Aquella sala tenía siempre mucho trajín, pues las zurcidoras atendían a todas las damas nobles de confianza de la reina, no solo a la familia real. Tal vez por eso el ambiente era más distendido y, a veces, podía escuchar risas y canciones salir de entre esas paredes, mientras que en el cuarto de costura era todo silencio y solemnidad.

Almudena se pasó la tarde ajustando unos volantes a las nuevas mangas del vestido. Beatriz se dedicó a los brocados de la falda.

A la mañana siguiente, cuando entró en la sala de costura, algo llamó su atención.

—Esto está mal —dijo en voz alta.

Beatriz la miró.

—Pues tú te dedicaste a las mangas. Si hiciste algo mal, a mí no me mires.

Doña Leonor, que llegaba justo en ese momento, lo oyó.

—¿Qué ocurre?

—Almudena, que ha fallado con las mangas.

Almudena se acercó a la mesa y tocó la tela.

—No he fallado. Esto ayer estaba bien.

Doña Leonor se acercó también. Los volantes estilo pagoda de una de las mangas estaban perfectos, pero en la otra se veían las costuras y la tela estaba fruncida de una manera muy poco

elegante.

—Trabajamos muchas horas, es normal tener fallos —dijo doña Leonor, conciliadora.

—No, esto no es ningún fallo —respondió Almudena, con voz seca. Estaba segura de que ella no había cosido ese volante—. Yo jamás he dado unas puntadas tan burdas, ni siquiera cuando estaba empezando.

Beatriz se acercó también.

—Sí que son burdas. Espero que no lo vea madame Moulinier.

Como si la hubiera invocado, la modista entró en la sala.

—*Oui?* ¿Me llamaban?

Beatriz sonrió con malicia, pero, antes de que abriera la boca, doña Leonor se le adelantó.

—No es nada, madame. Seguiremos trabajando y para media mañana, si don Pedro trae el cuerpo, podremos coser las mangas.

Tapó el desaguisado con su propio cuerpo y acompañó a la modista fuera. Cuando volvió a entrar, miró a las dos jóvenes. Beatriz sonreía con expresión inocente y Almudena tenía las cejas tan fruncidas que formaban una uve sobre su nariz. Sus ojos echaban fuego.

—Bien, no quiero hablar más del tema. Almudena, arregla eso.

—Sé que has sido tú —murmuró la joven al pasar al lado de Beatriz.

—Hemos llegado a la vez —dijo la otra, sin inmutarse.

Y por fin llegó el día que, aun sin admitirlo, ambas estaban esperando.

—Su Majestad estrenará el vestido esta noche y antes quiere ver el resultado final por sí misma —dijo madame Moulinier.

La modista solía ser un poco seca en el trato. Altiva. En ocasiones, rozaba incluso la obsesión por la perfección, pero se le escapó una sonrisa ante las caras de susto y emoción de las costureras más jóvenes.

—Vamos, *mes chéries*, un honor como este no ocurre todos los días. Leonor, por favor, traiga todo el material.

—Por supuesto, madame.

Salieron del guardarropa en comitiva, con dos doncellas que llevaban el vestido envuelto en un lienzo blanco, como si se tratara de un cadáver.

El camino hasta las estancias de la reina no era largo. Siguieron el pasillo de servicio y entraron en la zona mixta. Se notaba que por allí también circulaba la nobleza: los suelos estaban cubiertos de gruesas alfombras que absorbían el ruido de los pasos reduciéndolo a un simple murmullo y las paredes estaban llenas de cuadros. La modista iba la primera, erguida como una estaca. Doña Leonor iba detrás, después las doncellas que llevaban el vestido y, por último, Almudena y Beatriz.

Se miraron de reojo, y Almudena echó de menos por un momento tener allí una amiga, alguien con quien compartir los nervios por estar a punto de ver en persona a la reina, que entendiera el nudo que sentía en el estómago. Pero no tenía a nadie, a nadie salvo a sí misma. Y se prometió que cuando saliera, si no acababa demasiado tarde, iría a casa de Teresa para contarle que había conocido a la reina.

Cuando llegaron a la puerta, la modista habló con el ujier, que les franqueó el paso a una antesala. La siguiente puerta se abrió y la camarera mayor les hizo un gesto.

—Majestad, la modista y las costureras ya están aquí.

—Que pasen —se oyó que decía una voz femenina.

Madame Moulinier entró en el vestidor como si estuviera acostumbrada.

—Recordad —susurró doña Leonor—: la reina tiene un humor voluble. Respetad las formas y dejadme hablar a mí.

Almudena intentó caminar con la espalda recta, pero los nervios le atenazaban la garganta. Sabía que allí dentro dominaban otras reglas y no estaba segura de si las entendería todas. Era la primera vez que pisaba el vestidor de Su Majestad. La estancia estaba iluminada por la luz templada de la tarde, que se filtraba a través de las cortinas traslúcidas que cubrían las ventanas. El aire olía a lavanda y lirios.

La camarera mayor, la marquesa viuda de Bélgida, estaba junto a una mesa auxiliar supervisando una bandeja con joyas y cintas. Dos damas de compañía, una muy joven, otra de mirada experimentada, conversaban en voz baja. Y entonces la vio.

La reina María Luisa estaba de pie frente al espejo ovalado, con una bata ligera color marfil y el cabello oscuro recogido en un moño alto, sujeto con peinetas de nácar. Dos tirabuzones perfectamente trabajados enmarcaban su rostro.

Almudena se quedó inmóvil un instante, sin acordarse de pestañear.

La reina no era como aparecía en los retratos. Era más imponente, y también daba más miedo. Tenía el rostro alargado, los pómulos marcados y una nariz prominente que le otorgaba un aire decidido. Los labios, finos como un trazo de tinta, parecían meterse dentro de su boca. Los ojos oscurísimos, vivaces y penetrantes,

contrastaban con la palidez elegante de su piel. Aunque ninguna joya adornaba su cuello, su porte resultaba más ostentoso que cualquier adorno.

Nadie podría decir que era bella, aunque se afirmaba que lo había sido en su juventud. Tampoco daba la impresión de ser una mujer amable, y desde luego no era amada por su pueblo, aunque, si había que hacer caso de los rumores, el rey sí la amaba, y también cierto oficial de la guardia de corps llamado Godoy, que cada vez tenía más ascendencia sobre los nuevos monarcas. Y lo que sí parecía, sin ninguna duda, era autoritaria.

Las miró a través del espejo, apenas registrando su presencia.

—Majestad. —Madame Moulinier se adelantó e hizo una reverencia—. Le traemos el vestido terminado para la cena de esta noche. La señora marquesa nos ha comunicado que vuestra majestad quería comprobar que estaba todo en orden.

La reina giró apenas el rostro y alzó una ceja.

—Me gusta comprobarlo todo por mí misma —respondió con un tono que oscilaba entre la impaciencia y el aburrimiento—. Bien, veámoslo.

Madame Moulinier llamó a las doncellas y, con ayuda de doña Leonor, desplegaron el vestido y lo sostuvieron en alto. Era una pieza preciosa: verde luminoso, casi nacarado, con mangas acabadas en volantes ligeros y delicados que Almudena había terminado de coser la tarde anterior.

—Acérquenlo —dijo la reina.

Las dos damas dejaron de hablar. Doña Leonor y la modista seguían sosteniendo el vestido delante de la reina, que al fin se giró para examinarlo.

Su mirada pasó por la pieza con rapidez, pero se detuvo en las mangas. Frunció un poco el ceño, acercando los dedos a uno de los volantes. Su expresión cambió apenas, pero fue suficiente para que las damas se pusieran tensas. Almudena apretó las manos detrás de la espalda.

—Los volantes… —dijo la reina.

Almudena sintió que se ahogaba. ¿Qué pasaba ahora? Doña Leonor habló, con la mirada baja.

—Si algo no es del agrado de vuestra majestad, estamos a tiempo de cambiarlo.

La modista le echó una mirada de hielo y se giró hacia la reina, dispuesta a modificar lo que hiciera falta.

—No he dicho que estén mal —afirmó la reina. Luego abrió los brazos—. Quiero verlo puesto en mí.

La camarera mayor y una dama se colocaron a ambos lados para vestirla con precisión. Beatriz ofreció su ayuda con una rapidez demasiado evidente.

—Majestad, si me permite, yo puedo ayudar.

—No hace falta —contestó la camarera mayor sin siquiera mirarla.

Beatriz se puso colorada y dio un paso atrás. Tragó saliva tan fuerte que Almudena lo oyó. En sus ojos encontró vergüenza por haber sido reprendida, pero también un hambre insaciable por ser vista. Y temió hasta dónde estaría dispuesta a llegar para conseguir su objetivo. Almudena volvió a concentrarse en lo que estaba haciendo, no era el momento ni el lugar para cometer un fallo.

Doña Florentina, la camarera, indicó a una de las damas de compañía que ajustase el corpiño cuando el vestido estuvo colocado.

La modista se aseguró de que la caída de la falda era la correcta. La reina se miró en el espejo, dio medio giro y miró de nuevo las mangas.

—Son delicados, menos pesados de lo habitual. No me gustan los volantes que caen demasiado. —Miró a la camarera mayor—. Estos parecen flotar.

La camarera mayor asintió con una sonrisa medida.

—La modista ha supervisado todo con extrema diligencia, majestad.

—Por supuesto, majestad —dijo madame Moulinier, que inclinó la cabeza con un orgullo frío.

La reina pasó un dedo por el borde de uno de los pliegues.

—Lo que me llama la atención es la ligereza. ¿Quién ha cosido estas mangas?

El aire se congeló. Madame Moulinier reaccionó con rapidez y respondió:

—Majestad, el taller en conjunto. Todas han colaborado.

No era cierto, pero era lo que se decía siempre en la corte. La reina no necesitaba nombres. María Luisa de Parma pareció satisfecha con la respuesta: nunca distinguía a costureras ni a ayudantes, solo trataba con la élite. Dio otro giro.

—¿Qué le parece, doña Florentina?

La camarera mayor se adelantó.

—Es un trabajo exquisito, majestad. Llamaréis la atención esta noche.

La reina soltó una risita que sonó extrañamente infantil en ese cuerpo robusto y esa cara autoritaria.

—Esa y no otra es mi intención.

Por un momento, a Almudena le dio la impresión de que la reina la miraba a través del espejo y sintió que se sonrojaba. Ella no mudó la expresión, pero habló de nuevo a su camarera.

—Que no se cambie nada, está bien así.

La modista, doña Leonor y las jóvenes costureras hicieron una profunda reverencia. Doña Florentina las despidió.

—Enhorabuena —les dijo al conducirlas al pasillo—. No es habitual que la reina haga un halago.

Beatriz no dijo ni una palabra. Se había sentido humillada, y eso provocaba su ira. Almudena, sin embargo, iba exultante. La reina no sabía que ella había cosido las mangas, pero había reparado en ellas. Había hecho un buen trabajo y Su Majestad se lo había reconocido.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Juan, que volvía a estar en la puerta esa semana.

—Muy bien —respondió doña Leonor—, las mangas que cosió Almudena le han encantado.

Ramón, que también estaba allí, soltó un suave silbido.

—Así que, además de hermosa, tienes un bonito futuro por delante. Me alegro por ti, niña.

Juan la miró con sus bonitos ojos unos segundos más de lo normal. No como Ramón, que coqueteaba con gracia y siempre la halagaba, sino de una forma más calmada, más profunda. Por un momento, le recordó a Tomás. Bajó la mirada, cohibida.

Beatriz pasó como una exhalación entre los guardias y entró en el guardarropa sin decir nada.

—¿Pero a esta que le pasa? —preguntó Ramón.

Almudena se encogió de hombros.

—No lleva bien no ser la mejor.

Doña Leonor miró a la joven.

—Es normal que un halago de Su Majestad te quite el sueño, Almudena, pero que no se te suba a la cabeza. Hay que seguir trabajando.

Ella asintió, se despidió de los guardias y entró detrás de su maestra.

—¿Y esos colores, Juan? Parece que tienes fiebre —oyó que preguntaba Ramón antes de que se cerrara la puerta.

16

Agosto de 1789

—Pero ¿qué está pasando? He oído rumores muy extraños.

Almudena había llegado con tiempo a palacio y se entretuvo hablando con Ramón y con Juan, los guardias que solían asignar al guardarropa. Aunque rotaban, y había otros cuya cara reconocía y la saludaban al pasar, con estos dos había hecho buenas migas. Ramón era divertido. Juan raras veces metía baza en la conversación, pero una sonrisa suya, Almudena no sabía por qué, tenía la capacidad de alegrarle el día. Esa mañana aprovechó para conseguir información. Llegaban noticias preocupantes de Francia y nadie mejor que un guardia para decirle lo que era verdad y lo que no.

Ramón miró a los lados.

—No sé cuánto deberíamos contarte, niña, porque la información llega a cuentagotas por los canales diplomáticos, pero el tema es gordo.

—El pueblo llegó hasta la prisión de la Bastilla —intervino Juan, que se cambió el fusil de hombro con fastidio—, consiguió desarmar a la guarnición y liberó a los presos al grito de «Libertad».

Un pesado silencio se extendió entre los tres. A Almudena esa palabra le sonó muy grande, tal vez demasiado para ella.

—Eso no parece una simple protesta —dijo, impactada.

—No lo es. Pero ya llevan meses con descontentos entre el

pueblo. Acusan a María Antonieta de derrochar el dinero en fiestas, vestidos y pelucas mientras ellos se mueren de hambre —dijo Ramón.

—¿Y es cierto?

Juan se encogió de hombros, pero algo en sus ojos le dijo a Almudena que tenía una opinión personal que tal vez no fuese bien recibida. Entonces llegó doña Leonor.

—Pero ¿qué haces aquí de cháchara? —Ahogó un bostezo con discreción.

—Hablamos de lo que ha pasado en el país vecino —le dijo Almudena en voz baja.

—¡Oh! —Doña Leonor se inclinó un poco hacia delante—. Es cierto. Y, por lo que tengo entendido, hace algún tiempo que a las modistas francesas que están en Madrid se les ha pedido que se posicionen contra el pueblo francés y a favor de la monarquía.

Almudena asintió.

—Algunas están volviendo a Francia.

—¿Y madame Moulinier va a tener problemas? —preguntó Juan.

Doña Leonor sacudió la cabeza.

—Ella trabaja para la reina, creo que su posición está muy clara.

—Es posible que todo esto sea solo un levantamiento y el ejército francés lo sofoque pronto —dijo Ramón.

Juan torció un poco la boca.

—Tengo la sensación de que no va a ser tan fácil.

Don Carlos, el jefe del guardarropa, abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Se les oye desde dentro —dijo con expresión neutra—. Venga, entren ya y dejen de hablar de temas que no nos conciernen. Mucha

Asamblea Nacional y muchos derechos ciudadanos, pero seguro que para final de año las cosas han vuelto al orden natural elegido por Dios.

Pero las cosas no mejoraron en los meses siguientes. La Asamblea Nacional abolió el feudalismo y los derechos de la nobleza y el clero. Durante todo el verano y conforme avanzaba el otoño, cada vez más nobles abandonaron París, hartos de abucheos y de las medidas tomadas en su contra. Y aunque en la corte española parecía que aquello no era preocupante, por los pasillos se oían rumores, se intercambiaban noticias y se expresaba inquietud por si aquel descontento popular cruzaba los Pirineos y amenazaba el orden monárquico que imperaba no solo en España, sino en toda Europa.

En las calles de Madrid, no obstante, la vida continuaba, excepto para muchas modistas francesas, que decidieron cerrar sus negocios, hacer el equipaje y regresar a Francia. En la corte se decía que el rey y sus ministros habían ordenado vigilar la frontera y frenar la entrada de noticias y papeles franceses. Fuera verdad o exageración, lo cierto era que el pueblo apenas sabía lo que ocurría en el país vecino.

Y así llegó noviembre, en un estado de alerta y expectación, pero sin que el día a día de Almudena, ni de nadie que ella conociera, hubiera cambiado lo más mínimo.

—Buenos días, niña.

Como cada mañana que le tocaba apostarse en la puerta del guardarropa, Ramón hizo una reverencia exagerada a Almudena y esta le respondió con otra.

—Buenos días, Ramón, ¿cómo está hoy?

El guardia había ido rompiendo las defensas de Almudena poco a poco. Su alegría y sus chanzas hacían que sus días fueran más divertidos. Aunque a ella le gustaban más la sonrisa tímida de Juan y sus expresivos ojos claros, este nunca le había dicho nada que le hiciera pensar que la veía de manera distinta al resto de las costureras, modistas y zurcidoras que pasaban por allí a diario.

Ramón, sin embargo… Almudena se descubrió pensando más de una vez cómo sería responder a su coqueteo y dejarse cortejar por el guardia. En ocasiones se sentía sola, a pesar de que su padre la esperaba todas las tardes para cenar, y que Teresa, Manuela y Luz quedaban con ella todos los domingos después de misa. Pero cada vez que se imaginaba siguiéndole el juego, un aguijonazo de incertidumbre se alojaba en su pecho. Aunque el dolor por Tomás se había apagado, la desconfianza seguía ahí, como una cicatriz que no terminaba de desaparecer.

Ramón hinchó un poco el pecho y le guiñó un ojo.

—Hoy que puedo contemplar toda esta belleza, mejor que ayer.

—Ayer estuvimos en las caballerizas —dijo Juan, con un deje de diversión en su voz profunda.

Almudena soltó una carcajada.

—No sé si sentirme halagada o insultada.

—Halagada, niña, halagada.

Justo en ese momento apareció Beatriz con su pelo rubio recogido en un pulcro moño en la nuca, basquiña azul marino con bordados y manto un poco más recio que días atrás. El otoño estaba llegando a su fin y el frío se dejaba sentir ya en la capital del imperio. El aire fresco de la mañana había coloreado sus mejillas de

forma encantadora y Almudena percibió la admiración en los ojos de Ramón. Juan, sin embargo, no mostró más que una educada sonrisa, más bien indiferente. Era la primera persona que conocía que parecía inmune a la belleza de la costurera.

Beatriz miró a Almudena de arriba abajo.

—¿Qué haces aquí parada? Hoy tenemos mucho trabajo, don Carlos dijo que debíamos acabar las batas de Su Majestad antes del mediodía.

Saludó con un gesto de cabeza a los guardias y entró en cuanto Juan le abrió la puerta del guardarropa. Ramón dijo en voz baja:

—Hay que ver, todo lo que tiene de guapa lo tiene de seca.

Aguantando la risa, Almudena se apresuró también.

Saludó al jefe del guardarropa, que a esas horas controlaba al personal que acudía a sus puestos de trabajo y organizaba los pedidos del día.

—Buenos días, Almudena —dijo don Carlos—. Hoy es posible que llegue un encargo especial, espero que venga bien de energía.

—¡Siempre! —respondió la joven—. ¿Han llegado ya los nuevos encajes?

Don Carlos sacudió la cabeza.

—Se pidieron a Lyon y la frontera está muy parada. Habrá que buscar un proveedor español o reutilizar algunas piezas. Pero ya torearemos ese toro, ¡venga, a trabajar! —dijo dando una palmada.

Almudena accedió al cuarto principal y de ahí al de costureras. Al pasar por delante de la puerta de las zurcidoras asomó la cabeza para dar los buenos días. Al fin y al cabo, por mucho jaleo que hubiera siempre allí, se conocían todas y formaban un engranaje que funcionaba a la perfección. Y, como su padre le había inculcado, ser

educada era importante.

El sol de primera hora de la mañana entraba por la ventana y caldeaba un poco el cuarto de costura. Se quitó el manto.

—No deberías tontear con el guardia, ¿no crees? —dijo Beatriz con frialdad—. Es muy poco apropiado.

Almudena se giró y la miró en silencio. Hacía tiempo que había dejado de intentar congraciarse con ella y, aunque procuraba ser cordial para no perjudicar el ambiente de trabajo, ya no permitía que se tomase ninguna confianza.

—Y tú no deberías meterte en los asuntos de los demás, Beatriz.

La joven apretó los labios.

—Solo me preocupo por tu reputación, nada más —dijo—. Me alegro mucho de que hayas superado ya la puñalada de Tomás.

La mención a Tomás hirió a Almudena. No por la referencia al muchacho, sino porque sabía que Beatriz lo había dicho con intención de hacerle daño. Así que hizo de tripas corazón y contestó algo que en realidad no sentía.

—Mi reputación es intachable. Pero gracias por preocuparte; me siento preparada para avanzar, sí.

Doña Leonor entró en la sala con su cesta colgando del brazo.

—Buenos días, oficialas. ¿Todo listo?

—Todo listo —dijeron las dos a una, como si no hubiera pasado nada.

Paula Pandeavenas estaba enferma. Llevaba todo el verano y el otoño con ataques de fiebre que la obligaban a guardar cama durante días y no parecía que aquello fuese a remitir. Esto suponía que el peso del trabajo recayera sobre las tres costureras. Y ese

trabajo no hacía más que aumentar. A los vestidos y los encargos de la reina se sumaban los vestidos de las infantas.

Para María Amalia seguían ya las indicaciones y los cortes de don Pedro, el sastre, pero para María Luisa, que solo tenía siete años, y para María Isabel, que había nacido el mes anterior, eran las propias doña Paula y doña Leonor quienes hacían el diseño y cortaban la tela. A Almudena le encantaba esa tarea porque conllevaba más libertad creativa, pero también aumentaba la carga de trabajo.

Los círculos oscuros bajo los ojos de doña Leonor eran cada vez más profundos y más amplios. Ella tenía un taller que sacar adelante, y, con Águeda dedicada a cuidar de su creciente familia, Rita sola no daba abasto.

—No puede seguir así, doña Leonor —le dijo esa mañana Almudena cuando volvió de pedir a Josefa, una de las zurcidoras con mano más fina, que las ayudara con un encaje—. Al final va a enfermar también usted.

Doña Leonor levantó la vista. Se la veía consumida, puesto que, cuando salía de palacio, seguía cosiendo en su taller para llegar a los encargos particulares. Además, desde que trabajaba para la reina ese prestigio había provocado un aumento de la clientela. Ella misma era consciente de que estaba desbordada.

—No me gusta admitirlo, pero puede que tengas razón.

Beatriz levantó la cabeza como un resorte del forro que estaba cosiendo. Josefa, ajena a la conversación, tomó el encaje que le entregó Almudena y comenzó a marcarlo con puntadas finas. Una ayudante del guardarropa asomó la cabeza para preguntar si necesitaban de sus servicios y, al recibir una respuesta negativa, fue en busca de don Carlos para clasificar unas telas según los

mandatos de don Pedro, el sastre. Beatriz y Almudena siguieron mirando a doña Leonor.

—Tal vez deba hacer algunos cambios.

—Puede que necesite más ayuda —dijo Almudena—. Rita está sola en el taller. Alguna oficiala más podría sacarle trabajo adelante y, por lo que tengo entendido, Manuela y Teresa, nuestras antiguas compañeras, ya han acabado su formación. Como doña Eulalia tiene a Luz y a María Antonia, no necesita a nadie más, y pronto comenzará la formación de nuevas chicas.

Beatriz miró a Almudena con los ojos entrecerrados, calculadores, pero no dijo nada. Doña Leonor desvió un momento la mirada hacia la ventana y luego retomó la costura que tenía entre manos.

—Es una posibilidad. Lo pensaré.

Y así fue como las chicas volvieron a coser en el mismo taller. No se veían como antes, porque Almudena se pasaba el día en palacio, pero todo su tiempo libre estaban juntas y la joven las sentía más cerca.

Apenas un mes más tarde, la camarera mayor llegó al guardarropa con un nuevo encargo: un vestido de tarde de la reina que había decidido adaptar para la infanta María Amalia. Era habitual que se reutilizaran los vestidos, se transformaran o se adaptaran para otros miembros de la familia, pero en esta ocasión era un trabajo complicado porque la infanta tenía diez años y además era muy bajita para su edad. Es decir, había que convertir el vestido de día de una mujer adulta en uno apto para una niña.

El vestido, en un color marfil precioso con detalles dorados, debía desarmarse y montarse de nuevo. Doña Leonor desmontó el cuerpo

y don Pedro se lo llevó a su taller para hacer uno nuevo, con el escote más alto y menos rígido, ajustado a las medidas de la infanta. Las mangas podían acortarse y la falda también. Eso implicaba descoser todos los encajes y los volantes para cortarlos en proporción y coserlos otra vez cuando la falda estuviese adaptada a la altura de María Amalia y al volumen discreto de su tontillo infantil.

Era un trabajo que implicaba a todo el guardarropa: sastre, modista, costureras, zurcidoras y bordadoras pusieron todo de su parte para que la prenda estuviera lista antes de que la familia real se trasladara al palacio de El Pardo a pasar el invierno, como acostumbraba a hacer todos los años.

Y lo consiguieron: a primeros de diciembre estaba terminado. Cuando las costureras acabaron de ensamblar el vestido, bajo las atentas miradas de madame Moulinier, que se había quedado en Madrid, diciendo a todo aquel que quisiera escucharla que apoyaría siempre a la monarquía y que renegaba del pueblo francés, de don Pedro y de doña Paula, que se encontraba mejor y había retomado sus funciones en los últimos días, hasta Beatriz y Almudena se sonrieron, olvidando por un momento sus diferencias: el vestido era una maravilla.

—Enhorabuena, queridas —dijo madame Moulinier, que se llevó las manos al corazón—. La infanta María Amalia estará preciosa.

Hasta don Pedro, que solía ser parco en palabras, asintió. Entonces don Carlos apareció por la puerta.

—¡Magnífico! —dijo al ver el vestido—. Pero en esta ocasión no es suficiente con la modelo. La reina quiere que se le pruebe a la infanta, hay que asegurarse de que está todo en orden. Ya saben que en El Pardo cuentan con menos manos, así que no hay lugar a

la improvisación.

Doña Paula tuvo en ese momento un ataque de tos que la dobló por la mitad. Don Pedro se acercó con rapidez a su lado.

—Siéntese, Paula, por favor. ¡Que alguien traiga un vaso de agua!

La costurera real se recuperó con rapidez, pero miró a doña Leonor con pena:

—No puedo acudir al vestidor de Su Majestad en estas condiciones. Me encuentro bien, pero un inoportuno ataque de tos puede incomodar a la reina. Confío en ti.

Doña Leonor asintió e hizo un gesto a Almudena y a Beatriz, que cogieron sus utensilios y la siguieron por los pasillos detrás de madame Moulinier hasta el vestidor de la reina. Almudena no había vuelto desde que, meses antes, fueron a aquella prueba con la reina, y el lujo de esa zona de palacio le causó la misma impresión.

A su lado, Beatriz lo observaba todo con los ojos bien abiertos. Estaba tan impactada como ella, pero lo disimulaba mejor. Cuando traspasaron todas las puertas y entraron en la estancia, la camarera mayor se encontraba allí, como siempre. Las saludó con una inclinación de cabeza y las hizo pasar. La reina estaba sentada en una butaca, y la infanta, con dos de sus damas de compañía, esperaba de pie frente al espejo. Se giró hacia ellas y les dirigió una sonrisa deslumbrante.

Desde el mismo momento en que las miradas de María Amalia y Almudena se cruzaron se creó entre ellas una corriente de simpatía, si eso era posible entre personas de procedencias y edades tan distintas.

—Majestad —saludaron las cuatro.

La reina no cambió el gesto. Respondió con una inclinación y

siguió observando a su hija. María Amalia tenía diez años y no aparentaba más de siete. Era muy bajita de estatura, y estaba delgada y muy pálida. Todos habían oído hablar de su delicada salud y por los pasillos corría el rumor de que la reina cargaba con una maldición sobre ella y sobre su descendencia. Al fin y al cabo, había tenido ya catorce embarazos de los que habían llegado a término solo diez. Y, de los once vástagos que había parido, pues dos habían sido gemelos, solo seis seguían con vida, y algunos con evidentes problemas de salud.

Almudena miró de reojo a la reina mientras preparaba las cintas, agujas e hilo. Parecía cansada y no se movió de la butaca. La marquesa de Bélgida estaba muy pendiente de ella y le ofreció una copita de jerez. La infanta, sin embargo, canturreaba y bailaba delante del espejo y miraba a las recién llegadas a través de la superficie plateada.

—María Amalia, estate quieta —dijo la reina—. Quiero que te prueben el nuevo traje.

—Sí, madre.

La pequeña se dejó hacer y mostró un carácter dulce y tranquilo. Sonreía a Almudena cada vez que sus ojos se cruzaban y hacía todo lo que le pedían. Pronto tuvo el vestido ajustado a su cuerpo. Entonces se miró en el espejo.

—Es precioso —dijo con los ojos brillantes.

La reina observó con la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados.

—Le falta algo —dijo al fin.

Beatriz, aunque sabía que no debía hablar delante de la reina si no le preguntaban directamente, intervino:

—¿Puedo hacer una sugerencia, majestad?

La reina la miró. La modista se puso colorada por la impertinencia y dio un paso adelante. La marquesa de Bélgida estuvo a punto de decir algo, pero Su Majestad alzó una mano.

—No, está bien. A veces hay que tener arrestos para hablar cuando no se debe. Dime.

Beatriz agachó la mirada con humildad, pero sus mejillas se colorearon de orgullo. Doña Leonor no expresó ningún malestar, pero sus ojos se entrecerraron.

—Creo, majestad —dijo Beatriz—, que unos lazos de color contribuirían a aligerar el vestido, a darle un toque solo un poco más… juvenil, adaptado a Su Alteza.

—¡Me encantan los lazos! —aplaudió María Amalia.

Era una buena apreciación y Almudena lo sabía. La reina asintió.

—¿Y sugieres algún color?

—Verde, majestad —dijo Beatriz, aún sin levantar la vista—. Está de moda ahora mismo.

Almudena hizo un pequeño gesto con la boca. No creía que ese color fuera adecuado, pero no pensaba decir nada. Sin embargo, la reina era muy observadora y se dio cuenta.

—Tú, la otra joven —dijo—. ¿Qué opinas?

Almudena dio un paso adelante, hizo una pequeña reverencia y habló, también con la vista baja:

—Los lazos de color son una magnífica idea, majestad. No obstante, creo que el verde desentona con la piel de Su Alteza. Un rosa pálido resaltaría su dulzura y juventud.

Notó la mirada de Beatriz arder en su piel, pero no se movió. Hubo un silencio. Después la reina habló de nuevo.

—Sí, tienes razón. Rosa pues.

Cuando volvieron al guardarropa, doña Leonor estaba muy enfadada, y madame Moulinier no se quedaba atrás.

—¡Esta chica está loca! —dijo la modista señalando a Beatriz—. ¡Loca! Nos ha puesto en evidencia y afecta a su reputación, Leonor, puesto que es oficiala de su taller.

Doña Leonor asintió con los labios apretados. Luego abrió la boca.

—Beatriz, no vuelvas a hablar en presencia de la familia real si no te preguntan, ¿me has entendido?

Beatriz levantó la barbilla con orgullo.

—Era una buena idea, ¿por qué tengo que quedarme callada?

—Porque así son las cosas. Las costureras no hablamos, no nos significamos. Solo respondemos si nos preguntan, y para lo demás es la modista quien se comunica con Su Majestad.

—¡Pero no es justo!

—Es lo que es —respondió doña Leonor—. Con tu comportamiento avergüenzas a mi taller.

—¡Y tú! —gritó Beatriz, girándose hacia Almudena—. ¡Eres una víbora, una desgraciada! Me has hecho quedar mal delante de la reina cuando por fin me había visto.

Almudena levantó la mirada y se la sostuvo.

—Yo solo he respondido a una pregunta directa. Te has hecho quedar mal tú sola.

—Beatriz, coge tus cosas y vete a casa. Por hoy has terminado. Quiero que reflexiones sobre esto, y mañana vuelve solo si estás segura de que comprendes lo que es trabajar en la corte y estás dispuesta a seguir las normas. ¿Entendido?

Beatriz se marchó, no sin antes decirle entre dientes a Almudena:

—Esta me la pagarás, te lo juro.

Almudena se quedó paralizada. Una amenaza de Beatriz asustaba más que el cólera, y ella no había hecho otra cosa que contestar con sinceridad. Doña Leonor le puso una mano en el hombro.

—No te preocupes, mañana habrá cambiado de opinión.

Pero Almudena no lo tenía tan claro. Aquella noche tuvo pesadillas en las que unos ojos azules, fríos y calculadores descubrían un pañuelo bordado con ondas y soles en su escote cuando ella se encontraba en medio de las damas de la corte, que se reían de ella y la llamaban impostora.

17

Al día siguiente, Beatriz regresó al guardarropa como si no hubiera pasado nada. Pero Almudena no se sentía segura con Beatriz a sus espaldas porque temía que su trabajo apareciera destrozado cualquier mañana. Beatriz era lista y sabía que podía ser ella la que quedase en evidencia, pero estaba furiosa y, a veces, la ira la hacía actuar sin pensar.

Así que, cuando don Carlos entró en el cuarto de costura unas semanas después, recién empezado el nuevo año de 1790, encontró un silencio hostil impregnado en las paredes que ni el espíritu navideño había conseguido disolver.

—En una semana salimos para El Pardo —dijo con la vista fija en ninguna parte.

Esto era habitual: la familia real se trasladaba siempre allí después de Reyes y no volvía hasta finales de febrero o primeros de marzo. Durante esos meses respiraban el aire del campo y el rey se dedicaba a la caza, una de sus pasiones, sin restricciones. Pero que la familia real se trasladase no implicaba que el guardarropa al completo lo hiciera: debía continuar en funcionamiento en palacio. Así que Almudena no esperaba que nada fuese distinto aquella vez. Hasta que don Carlos habló de nuevo.

—Paula, ¿se ve con fuerzas?

Ella dejó la basquiña cuyo bajo estaba cosiendo y miró al jefe del guardarropa.

—Quiero ir, como todos los años. Es mi trabajo y deseo hacerlo bien, pero aún estoy débil. Tal vez si llevara algo de ayuda me sentiría más tranquila.

Don Carlos asintió, meditó unos momentos y luego miró a doña Leonor.

—Leonor, creo que es mejor que usted se quede aquí al cargo por si surge algún imprevisto. Almudena podría acompañar a doña Paula y Beatriz la asistirá a usted.

Todas asintieron. Doña Paula sabía que necesitaba ayuda. Doña Leonor, que su lugar estaba en Madrid. Y Almudena, que el honor que acababa de recibir tenía más que ver con castigar a Beatriz por su falta que con un reconocimiento directo. Por supuesto, Beatriz también lo sabía. Por eso le ponía tan nerviosa la calma con la que Beatriz se tomó la noticia y la frialdad de su mirada, como si Almudena fuera un mueble, como si no le importase lo más mínimo no ser la elegida para ir con el séquito de Su Majestad.

Al acabar su jornada, Almudena fue corriendo a casa de Teresa.

—Al menos no estaréis juntas —le dijo su amiga.

Necesitaba comprar carbón antes de subir a su casa y sabía que Teresa la acompañaría. Además, se moría de ganas de contarle las nuevas noticias.

—En El Pardo no se trabaja como en palacio —le explicó Almudena—. Dicen que es fácil cruzarse con la reina, o con el rey, y que todo es más íntimo.

—Lo mismo te corteja un noble —dijo Teresa, que le dio un codazo y se rio.

—¡Teresa! —Almudena soltó una carcajada—. De verdad que cada día te pareces más a Manuela.

—Puede que pasar tiempo con esa descerebrada me esté afectando —respondió entre risas.

Las dos jóvenes se ajustaron los gruesos mantos y caminaron cogidas del brazo para protegerse del frío. Todavía no había helado, pero el aire olía a nieve y las temperaturas habían bajado mucho. Aunque había anochecido y los faroles iluminaban las calles, estas seguían llenas de gente, y las puertas de las tahonas y las tabernas se abrían como bocas de luz a la acera.

Al llegar a la plaza del Carmen, el olor a humo de encina de los braseros de los puestos llegó hasta ellas. Los vendedores ambulantes apuraban la tarde para servir a los que salían de los talleres a esa hora. Las dos muchachas se acercaron a un carbonero.

—Póngame media espuerta de carbón de haya, por favor —pidió Almudena.

Una vez servidas, las dos se arrimaron un momento a uno de los braseros para continuar la conversación.

—¿Qué tal en el taller? —preguntó Almudena.

—Se trabaja bien —dijo Teresa—. Rita es la que manda, que por algo es la que lleva más tiempo. Águeda ya ha vuelto y a veces se trae a la pequeña, que es una preciosidad. Y como doña Leonor y vosotras dos os pasáis el día en palacio, nosotras cuatro no paramos de trabajar, pero con más alegría que en casa de doña Eulalia, si he de ser sincera.

Almudena soltó una carcajada.

—Es que eso era una escuela, Teresa. Ahora somos oficialas, nos ganamos la vida con esto.

Se quedaron en silencio. Oficialas. No hacía tanto que se les había permitido trabajar con la aguja y ahora eran costureras.

Parecía mentira lo que había cambiado todo.

—Y Manuela, ¿cómo está?

—Uy, esa —dijo Teresa—. Tremenda, como siempre. Ya la conoces. Ahora tiene novio formal, un muchacho bien *plantao* y *echao p'alante* que no le tiene miedo.

—No sé si darle la enhorabuena o el pésame.

A carcajada limpia, iniciaron el camino de regreso. Se pararon en la puerta de casa de Teresa.

—No te veré hasta mi vuelta —dijo Almudena, un poco triste—. Nunca hemos estado tanto tiempo separadas.

—Es que nunca te habías ido de la ciudad con la familia real —dijo su amiga, que le guiñó un ojo.

Se abrazaron y se despidieron. Almudena entró en la tienda, donde su padre terminaba de limpiar, y subieron juntos a casa. Domingo no se alegró tanto como la joven pensaba cuando le contó las buenas nuevas.

—Padre, pero ¿qué le pasa? ¡Es una noticia magnífica! Confían en mí para asistir a la reina durante estos meses.

Domingo trató de sonreír, pero no le salió muy bien.

—No me gusta la idea de tenerte lejos tanto tiempo.

—Solo serán unos meses, padre, y estaré bien acompañada. Doña Paula velará por mí, descuide.

—¿Puedes negarte? —preguntó él.

Almudena lo miró como si no lo entendiese.

—Pero ¿por qué me iba a negar? ¡Es una gran oportunidad! Espere, esto no tendrá que ver con…

Domingo se levantó de la silla y alzó la mano, cortando a Almudena.

—Esto solo tiene que ver con que no me gusta que estés allí sola, entre tanto guardia y criado y gente que a saber qué quiere de ti.

—Padre, tengo diecinueve años ya. No soy una niña.

Domingo suspiró, se volvió a sentar y cogió la mano de su hija.

—Lo sé. Pero para mí siempre serás mi pequeña y no quiero que te pase nada malo. Prométeme que tendrás cuidado.

—Lo prometo. Y antes de que se dé cuenta habré vuelto, ya lo verá.

El amanecer apenas había despuntado cuando el Patio Grande del Palacio Real despertó con el ruido de carros, relinchos y voces contenidas. El frío era tan intenso que cada palabra salía envuelta en vaho.

Almudena se ajustó el manto y siguió a doña Paula entre los grupos de portamuebles, ayudantes y mozos que cargaban baúles marcados con cintas de colores. La tarde anterior, el guardarropa estuvo empaquetando ropa de día, de tarde, de caza, de viaje, mantones, capas gruesas y la ropa blanca necesaria para varias semanas.

—No te separes, Almudena —le indicó doña Paula—. El carro del guardarropa va detrás del de las damas.

Paula Pandeavenas se apoyó en un bastón que le daba estabilidad. Aún estaba convaleciente, pero sonreía: en El Pardo la etiqueta era más amable y los días pasaban más tranquilos. Además, el aire del campo le sentaría bien y confiaba en volver más repuesta de sus dolencias.

La caravana se puso en marcha cuando las campanas tocaron a prima. Las carrozas reales salieron primero, seguidas por los

carruajes de las damas y la larga fila de carros de servicio. La guardia de corps los escoltaba a ambos lados, montada a caballo, vigilante.

Avanzaban en silencio. La llanura invernal se extendía en tonos pardos y azulados, y el olor a humo de las chimeneas de los pueblos cercanos les llegó al cruzar Fuencarral. La corte parecía una larga serpiente de ruedas y cascos que se deslizaba por los campos.

El palacio de El Pardo apareció entre los pinos, más pequeño que el Palacio Real, con los tejados cubiertos por una escarcha muy fina. La comitiva avanzó despacio por el camino irregular; las herraduras de los caballos emitían un sonido hueco sobre la tierra helada. Almudena, encajada en el carro de servicio entre baúles y cestas, al lado de doña Paula y con Josefa, la zurcidora, y dos mozas de apoyo apiñadas enfrente, se aferró a su manto mientras el aire frío le enrojecía las mejillas.

Cuando por fin atravesaron la verja del sitio real, vieron que bullía de actividad: mozos descargando equipajes, guardias dirigiendo carros, lacayos corriendo entre el patio y la entrada principal. A diferencia de Madrid, donde todo parecía silencioso, en El Pardo había más alboroto, más vida.

Don Carlos descendió del caballo con gesto firme, envuelto en su casaca oscura.

—¡Guardarropa de Su Majestad la reina! —anunció al guardia.

El soldado asintió y permitió el paso.

Doña Paula bajó con cuidado, apoyándose en Almudena.

—¿Lista? —murmuró la costurera.

—Eso creo, aunque me tiemblan las manos —respondió la joven.

Doña Paula sonrió.

—¿Solo las manos? A mí me tiembla el cuerpo entero.

Josefa se frotó los brazos con las manos.

—Bienvenidas al invierno. Aquí se nos van a congelar hasta las agujas.

En el patio, un camarista señaló la casa de oficios, donde se encontraban los cuartos del personal. Las trabajadoras descargaron sus pertenencias mientras los mozos llevaban los grandes baúles y los muebles que se habían llevado desde Madrid. Almudena inspiró fuerte y el aire helado y puro inundó sus pulmones y le proporcionó una descarga de energía.

«Vamos allá», dijo para sus adentros.

El cuarto que tenían asignado no era muy grande, pero bastaba para ella y para doña Paula. Ambas, como adjuntas al guardarropa de la reina, se hospedaban en la casa de oficios anexa a palacio. Josefa y las mozas, al ser de rango inferior, deberían caminar un poco hasta el pueblo, donde dormían en una habitación de una casa alquilada. Dejaron allí sus bolsas y se dirigieron sin tardanza hacia el guardarropa, donde se reunieron con todo el equipo.

El guardarropa provisional ocupaba tres salas bajas cerca de los aposentos de la reina. Estaba lleno de cajas, sedas plegadas y mantas. Don Carlos entró primero, se llevó una mano al pecho en un saludo rápido y empezó a organizar los inventarios.

—Escuchen —dijo con voz clara—. Aquí trabajaremos con menos manos, pero con el mismo cuidado que en palacio.

Doña Paula enderezó la espalda.

—Paula —continuó él—, ordene los baúles y clasifique las prendas por días según la planificación de la modista. Ya cuenta con el plan que elaboramos junto con la camarera mayor, pero puede

discutir conmigo modificaciones si hay algún imprevisto.

Doña Paula asintió con profesionalidad.

—Almudena —siguió don Carlos—, revise la ropa blanca. Camisones, puntillas, enaguas. Los repasamos antes de meterlos en los baúles, pero no podemos dejar nada al azar. Preste especial atención a las camisas de la infanta María Amalia, suele romper las puntillas de las mangas.

Almudena inclinó la cabeza.

—Y usted, Josefa, me temo que ya tiene trabajo. La reina se enganchó el manto con la puerta del carruaje y ha sufrido un pequeño desgarrón. Lo tiene esperando en la sala.

—Sí, señor —respondió ella.

Don Carlos cerró el cuaderno que llevaba en la mano.

—Si necesitan más braseros, pídanlos antes del anochecer. Y cuidado con el fuego: este palacio tiene corrientes peligrosas.

Salió con paso firme rumbo a los aposentos de la reina, donde debía entregar los inventarios a la marquesa de Bélgida en calidad de camarera mayor.

María y Francisca, las mozas auxiliares, comenzaron a sacar la ropa de los baúles y a guardarla en armarios y cómodas. La etiqueta en el campo era más relajada y primaba, sobre todo, el abrigo, así que había gruesos mantos y cálidos trajes de caza con los que combatir las gélidas temperaturas del invierno. Anexo a la sala principal, un pequeño despacho para don Carlos y la sala de costura. Esta era estrecha, pero había dos braseros que ya chisporroteaban, extendiendo un agradable calor por la estancia. Las paredes encaladas desprendían un ligero olor a humedad y la mesa alargada dispuesta en un extremo estaba llena de marcas y arañazos. La luz

entraba con dificultad. Almudena notó que las sombras se amontonaban en los rincones, obligándolas a trabajar cerca de la ventana o del brasero.

El cuarto era pequeño, sí. También más austero y oscuro que su habitual espacio en palacio. Pero sería su taller ese invierno y Almudena sintió un pellizco de expectación en el estómago. Doña Paula se volvió hacia ella con una sonrisa.

—Ya lo has oído. A trabajar.

18

Almudena había vivido toda su vida como hija única, primero con sus padres y después, tras la muerte de su madre, con Domingo. Y siempre había tenido alcoba propia. La experiencia de compartir habitación le resultó, por tanto, un poco extraña al principio. Aunque no le importó: doña Paula era silenciosa y discreta, como ella misma, y no hacía ruido por las noches.

Algo más difícil fue acostumbrarse al jaleo continuo. En la casa de oficios había gente a todas horas subiendo y bajando las escaleras, dando voces por los pasillos o en el comedor. La cocina no descansaba porque, según los turnos de los trabajadores, comían a unas horas u otras, y en el patio principal, a pesar del frío que hacía, siempre había corrillos de doncellas, oficialas o ayudantas de cháchara o de jóvenes guardamuebles, lacayos o mozos fumando esos cigarrillos de papel que se empezaban a poner de moda e intentando coquetear con las mujeres.

Almudena se integró pronto en este bullicio y el caos controlado que la rodeaba la hacía sentir viva. Al amanecer desayunaban una sopa de ajo que calentaba el cuerpo y un vaso de vino aguado, y corrían sobre la escarcha con sus suelas de madera, bien protegidas por gruesos mantos, hasta la capilla a oír misa; después, se dirigían a la casa principal, donde las mozas ya habían encendido los braseros. Allí desplegaban todos los vestidos y complementos que se usarían en el día y los dejaban listos para revista. Hacían los arreglos

pertinentes en el vestuario del día anterior o preparaban los de los días siguientes. Había mucho que hacer, puesto que la ropa de caza necesitaba limpiarse y repasarse a diario, además de las tareas habituales, y eran menos manos, así que el día pasaba volando.

Josefa era la que más trabajo tenía: las medias gruesas de invierno eran más resistentes, pero aun así se enganchaban bastante, al igual que las camisas interiores, que venían, día sí día también, con pequeños arreglos. Se pasaba el día junto a la ventana con una gruesa manta por las rodillas y mitones de lana, sin parar de zurcir.

Una tarde, don Carlos apareció algo agobiado. No encontraban uno de los vestidos y tenía que averiguar qué había pasado con aquella caja.

—Almudena, necesito que le lleve a doña Florentina el traje de la cena de Su Majestad. Ella se encarga de todo, pero yo ahora mismo tengo que encontrar la caja perdida. ¿Dónde la habrán puesto esos inútiles?

—Cuente con ello, don Carlos.

Así que cogió el vestido, envuelto en lino blanco, y se dirigió a los aposentos de la reina. En El Pardo, al ser mucho más pequeño, todos se conocían. Aunque también tenía guardias en todas las puertas importantes y Almudena echó en falta a Ramón y a Juan.

Cuando llegó a la antecámara de la reina, los alabarderos que custodiaban la puerta la saludaron con una sonrisa y un guiño. Almudena casi puso los ojos en blanco: de verdad que agradecía que los guardias tuvieran sus propios espacios, porque bastante tenía con torear a los trabajadores que se alojaban en la casa de oficios. Los alabarderos y los guardias, como el resto, se tomaban la

estancia en El Pardo como una especie de vacaciones.

El ujier abrió la puerta y le pidió que esperara a la camarera mayor. La presencia de más guardias en la puerta que comunicaba con la habitación real indicaba que Su Majestad estaba dentro. Poco después salió doña Florentina, que saludó a Almudena.

—¿Está todo?

—Por supuesto, señora —contestó ella—. ¿Necesita ayuda para vestirla?

La marquesa negó con la cabeza.

—Gracias, tengo a cinco damas ahí dentro, y a la camarista. Al menos no pasamos frío. Bien, mañana por la mañana la partida de caza sale antes y la reina los acompaña. Dígale a don Carlos que disponga el traje de campo con las botas a juego antes del amanecer.

—Así lo haré, señora.

Almudena se giró para marcharse y justo entonces las puertas se abrieron. Un joven alto y bien formado, con una cara hermosa y labios llenos, entró en la sala con autoridad, como si supiera que no necesitaba permiso. Iba impecablemente vestido con calzones y casaca azules, detalles y botones plateados, y un chaleco rojo cortado de manera exquisita. Almudena supo quién era en cuanto vio la cruz de la Orden de Santiago bordada en el lado izquierdo de la casaca, sobre el corazón.

—Buenas tardes, señoras —saludó con extrema amabilidad y la mano en la empuñadura de su sable.

Ella hizo una reverencia. La marquesa le devolvió el saludo con una frialdad aristocrática que Almudena no podía permitirse.

—Don Manuel.

El ujier abrió la puerta de la habitación y anunció al recién llegado.

—El coronel don Manuel Godoy.

Almudena vio por el hueco de la hoja de madera a la reina, que se giraba y abría los brazos.

—¡Coronel! Qué alegría verle, le echábamos de menos. Pase, por favor. Queridas, si no les importa, déjennos a solas.

Almudena miró a la marquesa, que arrugó la nariz con desagrado pero disimuló con rapidez.

—Eso es todo —le dijo a Almudena, que seguía parada a mitad de camino hacia la puerta.

Cuando salió de la cámara y enfiló el pasillo, se encontró de frente con el mismísimo rey. Carlos IV avanzaba hacia ella precedido de dos alabarderos. Ni siquiera la miró al pasar por su lado, camino a los aposentos de la reina. Ella hizo una reverencia y se apretó contra la pared como si fueran a echarle en cara que estaba en una zona de palacio que no le correspondía. Después aceleró el paso de vuelta al guardarropa.

—Me he cruzado con el rey —dijo en voz baja, como si aún no se lo creyese.

Doña Paula y Josefa levantaron la vista de la labor.

—¿En serio?

—Aquí no son infrecuentes estos encuentros —aclaró doña Paula —. ¿Qué te ha parecido?

—Pues no me he atrevido a mirarlo mucho —respondió con una sonrisa nerviosa—. Y eso no es todo, en la cámara de la reina he saludado a Godoy.

Josefa soltó un suave silbido.

—Vaya, muchos encuentros para tan poco rato. ¿Estaba con la reina a solas?

Almudena titubeó.

—Su Majestad estaba acompañada, aunque ha pedido a las damas que salieran.

Josefa repitió el silbido. María y Francisca, que estaban planchando una camisa, se echaron a reír.

—De todas maneras, el rey iba camino de sus habitaciones, así que se habrán reunido enseguida —añadió Almudena.

Don Carlos entró en la sala. Era imposible que hubiera oído la conversación, pero ese hombre parecía tener un poder sobrenatural.

—¡Señoras, por favor! No quiero oír a nadie cotilleando —dijo intentando camuflar una ligera sonrisa—. ¿Alguna indicación de doña Florentina, Almudena?

Las partidas de caza eran casi diarias. Duraban horas y en ese tiempo, cuando las costureras acababan la tarea, antes de que volvieran los cazadores y tuvieran que empezar con los arreglos del día, a veces salían a pasear. Pese al frío, los días soleados eran muy agradables. Doña Paula caminaba cogida del brazo de Almudena, aunque ya parecía encontrarse mejor. Dieron un par de vueltas al patio y se sentaron al lado de unas mozas que sacudían con fuerza unas mantas para orearlas.

—¡Vaya día para pasear, compañeras! —dijo una de ellas.

Doña Paula se acomodó con un resoplido.

—Hace frío, pero ahí dentro, con el humo de los braseros, la cabeza acaba por embotarse.

—La partida de caza estará a punto de regresar —dijo Almudena

mirando hacia la puerta exterior, custodiada por la guardia valona.

En efecto, un rato después el carruaje real apareció por la vereda.

—¡Venga, vamos! —dijo doña Paula, que se levantó con dificultad —. La vuelta de los cazadores siempre trae trabajo.

Llegaron al guardarropa poco antes de que alguien llamara a la puerta.

—Don Manuel, ¿qué le trae por aquí? —preguntó don Carlos con voz tensa.

Josefa, doña Paula y Almudena se miraron. Si era el don Manuel que ellas creían, su visita al guardarropa no era habitual. Además, la guardia de corps disponía en su propia casa de maestros que arreglaban los desperfectos en los uniformes.

Enseguida vieron por la puerta entreabierta la casaca de Godoy. Ambos hombres se pararon a hablar al lado del brasero y el militar entregó un pequeño paquete al encargado del guardarropa.

—Me envía Su Majestad la reina —aclaró el coronel—. Mañana tiene una recepción importante y quiere una toquilla especial para la misa previa. La han enviado desde Madrid en cuanto ha llegado de Lyon, con retraso, claro, tal y como están las fronteras.

—Entiendo —dijo don Carlos—. La revisaremos y Su Majestad la tendrá a tiempo.

—Muy bien, gracias. ¡Ah! Y tengan en cuenta que los marqueses de Valdearenas acaban de llegar y se quedarán unas semanas. Traen su propio servicio, pero han pedido ayuda del guardarropa para algunos arreglos.

—Por supuesto, estamos a su disposición.

Manuel Godoy se giró hacia las costureras, que observaban con

disimulo desde su sala, y las saludó con una inclinación.

—Señoras —dijo, y se marchó.

Don Carlos entró en la sala de costura y dejó el paquete en la mesa.

—Ya han oído, señoras. Lo quiero listo esta misma tarde. Mañana será un día para no improvisar.

Doña Paula y Almudena se levantaron y prepararon el conjunto que llevaría la reina al día siguiente. Revisaron forros, costuras, medias, ajustaron encajes y volantes, plancharon bajos y dejaron tanto el vestuario de la reina como el de las infantas María Amalia y María Luisa listos para ser trasladados a las alcobas reales. Cuando quisieron darse cuenta, el día había llegado a su fin.

La mañana del viernes amaneció silenciosa y blanca. Había nevado y el patio estaba cubierto por una capa esponjosa y pura, aún no mancillada por las pisadas de las idas y venidas del personal. Almudena se estremeció al salir de debajo de las mantas. El brasero se había apagado y el frío aguijoneaba su piel con ansia. Se vistió con rapidez.

Ella y doña Paula bajaron a la sala común y desayunaron la sopa de ajo que solían tomar todas las mañanas para templarse.

—Hoy no hay encargos —dijo doña Paula—. Tras la recepción de ayer, solo tenemos que poner todo en orden y preparar lo del día, pero estaremos tranquilas. Empezaremos después de la misa.

Se echaron los mantos sobre la cabeza. Cuando doña Paula abrió la puerta, el aire se coló en el interior y les provocó escalofríos. Salieron al patio con la cabeza gacha. Olía a humo y a nieve, y el aire estaba tan frío que quemaba en los pulmones al respirar, pero

Almudena miró al cielo y lo vio limpio y claro, con la oscuridad de la noche retrocediendo ante el alba en una explosión de azules, naranjas y morados, y sintió una paz que hacía tiempo que no sentía.

—Deprisa —dijo doña Paula, que se subió la falda para que el bajo no se mojara—. Las campanas ya han tocado.

Cruzaron el patio con rapidez. Sus zapatos y los de otras como ellas crujían sobre la nieve a cada paso, rompiendo un silencio por lo demás absoluto. Un guardia envuelto en su manto las saludó con un gesto. Entraron en la capilla por la puerta lateral y se quedaron al fondo. No era muy grande y, además, era modesta, o más modesta de lo que Almudena había imaginado para una capilla real. El olor a cera las envolvió. Esa misa estaba destinada al personal de la casa de oficios: la familia real acudiría a la siguiente. Josefa, María y Francisca, cuyo rango era más bajo, acudían a la iglesia del pueblo. La bóveda semicircular sobre sus cabezas amplificaba el sonido de las voces, así que, poco a poco, todos fueron callando hasta que el silencio se adueñó del lugar.

El viernes era día de recogimiento: la familia real acudía a misa y después comía en privado. El rey salía al monte por la tarde, pero no había grandes celebraciones ni recepciones lujosas: solo tranquilidad.

Sin embargo, aunque con algo más de calma, el ritmo del guardarropa nunca paraba. Siempre había barro que quitar de las prendas de caza, vestidos que calentar para que la tela no estuviera helada al tocar la piel de la reina, atuendos completos que montar. Incluso en viernes, la reina se cambiaba de ropa varias veces al día. Esa tarde acabaron su jornada agotadas y todas, incluidas las que se

alojaban en el pueblo, acudieron al salón común de la casa de oficios. El brasero ardía con fuerza y el olor del puchero se extendía por la estancia. Allí les esperaba una sorpresa: un buen trozo de pan blanco, esponjoso y suave, traído de las cocinas de palacio como detalle de los reyes hacia el servicio.

—En Madrid no nos daban esto. —Almudena cerró los ojos con deleite al morder la miga del pan, tan distinto al pan negro que comía a diario.

—Ni a nosotras —dijo una de las lavanderas, sentada a su lado—. Ventajas de pasar el invierno fuera de casa.

Josefa llegó a la mesa con un plato rebosante de buñuelos.

—Cortesía de la cocinera —dijo con un guiño—. Es mi cumpleaños.

Brindaron y le desearon felicidad. Después de cenar muchos se retiraban a sus habitaciones, pero otros se quedaban allí, sacaban las cartas, cantaban sin armar alboroto o charlaban un rato antes de acostarse. Almudena se quedó, y estaba concentrada en una partida de cartas cuando oyó que la puerta exterior se cerraba de un portazo. No le dio importancia: seguro que era un mozo que había salido a fumar.

Sin embargo, enseguida entró una doncella en la sala.

—Busco a Carlos de la Ruta.

Almudena levantó la cabeza:

—Está en su habitación. Voy a avisarle —se ofreció.

Subió las escaleras hasta la planta principal, donde se alojaban los servidores de mayor rango. Llamó a la puerta y esperó a que don Carlos abriese. Este bajó de inmediato a la sala.

—Mi señora, la marquesa de Valdearenas, solicita que se le

entregue ahora la camisa que llevó esta mañana al guardarropa. La necesita para mañana.

Don Carlos buscó a Josefa con la mirada.

—La dejé terminada —respondió esta—. Pero faltaba su aprobación, don Carlos. Contaba con entregarla mañana a primera hora.

El hombre asintió.

—Es el procedimiento habitual, se revisan y se entregan a la mañana siguiente.

—Pero es urgente —dijo la doncella. No tendría más de quince años y parecía asustada por si tenía que decirle a su señora que el encargo no estaba listo.

—Bien, lo solucionaremos ahora.

Don Carlos se giró para ir a buscar su capa a la habitación, pero Almudena se ofreció. Al igual que las suelas de madera que protegían sus zapatos, la suya estaba colgada en la entrada: la había dejado allí para que se secara al volver del palacio.

—Puedo ir yo, don Carlos. El suelo está resbaladizo y hace frío.

—Está resbaladizo también para usted, Almudena.

Ella sonrió.

—Lo sé, pero no me importa.

—Te acompaño —dijo doña Paula.

—¡Ni se le ocurra! —respondió Almudena—. Lo que le faltaba, un resbalón o un resfriado. Y tampoco hace falta que vengas tú, Josefa; sé dónde la has dejado.

Así que Almudena se abrigó y fue con la doncella al palacio principal a recoger el encargo. Cuando salieron al patio, la muchacha se dirigió a la casa de Retamar, donde se alojaba su señora, y

Almudena la acompañó un trecho porque le pillaba de camino. El aliento formaba nubes de vaho y tenía la punta de la nariz, que asomaba bajo el manto, tan fría que se le había quedado insensible.

Se despidió de la doncella y, al encaminarse hacia la casa de oficios por el patio desierto, vio algo que llamó su atención.

19

La ventana iluminada resaltaba en la oscuridad de la noche como un faro. No tenía nada de raro, al fin y al cabo las veladas solían alargarse en la zona noble y aún era pronto para que todo el mundo se hubiera ido a descansar. Pero algo le llamó la atención. Tal vez que en esa planta solo las cocinas deberían estar encendidas, o tal vez que la luz de los candiles del interior iluminaba una serie de figuras dispuestas de manera extraña, como si estuvieran en semicírculo, que se mantenían muy quietas para ser una reunión festiva.

Almudena no era cotilla: quizá por eso no terminaba de entender por qué una ventana iluminada la había atraído de ese modo, pero sabía que aquello no era normal. Fuera como fuese, casi sin darse cuenta, se encontró pegada a la pared, intentando vislumbrar algo de lo que sucedía en el interior al mismo tiempo que trataba de no ser vista. Tres golpes secos llegaron hasta ella, como si hubieran golpeado el suelo con una vara de madera. Cuando se asomó antes de camuflarse entre las sombras, entrevió a un grupo de cinco hombres de pie, en semicírculo, de espaldas a la ventana. Otro estaba de frente, de espaldas a la chimenea.

Los cristales amortiguaban el sonido, pero el silencio que rodeaba a Almudena facilitaba que las voces llegaran hasta ella, bajas aunque audibles.

—Buenas noches, caballeros. Bienvenidos a la Junta de los Seis,

para restablecer el orden —dijo una de las voces.

—Para restablecer el orden —respondieron los otros cinco, a la vez.

Almudena contuvo el aliento. Sabía lo que eso significaba, sabía que lo que estaba escuchando era peligroso. Una sociedad secreta. En El Pardo. Respiró hondo muy despacio. Necesitaba controlar el furioso golpeteo del corazón en su pecho. Sacudió la cabeza. Las sociedades secretas estaban prohibidas en España y eran perseguidas con dureza. Desde la llegada de la masonería, se temía que los ideales librepensadores penetraran en el país: eran una amenaza para el orden social.

Almudena no era noble ni estaba dentro de la corte, pero tampoco era tonta. Escuchaba y absorbía, y no era la primera vez que oía hablar de las medidas contra los masones y el resto de las sociedades, al igual que oía también los rumores sobre altas personalidades de la corte que, a pesar de ello, seguían estas ideas.

—Hermanos, esta será una reunión breve —dijo uno de aquellos hombres—. No estamos en la mejor de las circunstancias, pero debemos tratar algunos temas.

—Falta uno de nosotros —dijo otro.

Almudena intentaba ver algo, pero las sombras que proyectaban los candiles no le permitían distinguir las caras y tenía miedo de ser descubierta. Una risa seca llegó del interior.

—El coronel está ganando influencia, y su ascendencia sobre Sus Majestades, en especial sobre la reina, no puede ser ignorada. Muchos lo desprecian por su origen, pero conviene estar preparados.

—Él cree que lo hemos aceptado como uno de los nuestros —apuntó otro.

—En efecto —respondió el que llevaba la voz cantante—. Lo hemos invitado a alguna reunión porque conviene ganarse su favor, pero eso no significa que lo reconozcamos como un igual. Somos la Junta de los Seis, y él es el séptimo. No olvidemos nuestro propósito. No trataremos los temas realmente importantes en su presencia.

Un murmullo de asentimiento recorrió la sala.

—Bien, hermanos, debemos prever los próximos movimientos. La alianza entre los Mendoza del Río y los Montelar no pudo llevarse a cabo por la desgraciada muerte de Mercedes de Mendoza, la muchacha elegida para desposarse.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Almudena. ¿Mercedes? ¿Dónde había oído ese nombre?

—Fue un desgraciado contratiempo, duque. Lo lamento —dijo otro hombre.

Una figura algo más corpulenta, situada en la esquina del semicírculo, hizo un gesto con la cabeza.

—Gracias. Era sobrina de mi esposa. Ella aún no se ha repuesto del disgusto, pero me pregunto si no habrá sido una bendición. Mercedes era reacia por completo a ese matrimonio. Intentó huir, de hecho, lo que habría sido una tremenda vergüenza para toda la familia. Era una joven prometedora, es una lástima.

¡Claro! La sobrina de la camarera mayor. Y no solo eso. ¿No se llamaba Mercedes la muchacha aquella que dejó caer el pañuelo en la Puerta del Sol hacía unos meses? Juraría que así la había llamado su madre. ¿Murió? ¡Qué desgracia! Almudena se persignó con discreción.

—Las muchachas de ahora leen demasiadas novelas románticas.

Creen que pueden casarse por amor.

El líder soltó una carcajada amarga.

—La pérdida de una vida siempre es una desgracia, y más si con ella se va un activo valioso. Pero necesitamos a los Montelar de nuestro lado para los proyectos futuros.

—Mi hija mayor tiene apenas doce años —dijo otro, a quien Almudena creyó reconocer como el recién llegado marqués de Valdearenas—. En un par de años podrá servir a nuestros intereses.

Un silencio se extendió por la sala.

—No hay otra candidata mejor. ¿Obedecerá?

—Por supuesto —dijo el marqués—. La he criado bien. Sabe que su papel es unir linajes y servir a nuestros intereses. Que el futuro exige su sacrificio.

—Bien, entonces será la elegida —dijo el líder—. Consiga que se pliegue a nuestros deseos. Esa es la única finalidad de una hija.

—¡Dos años! Eso alarga el plazo para ver nuestros proyectos convertidos en realidad. Aunque tenemos entre manos otro acuerdo —dijo otro con voz aflautada—. ¿Cuándo está previsto el enlace de su hija, conde?

—En unos meses —dijo el aludido—, un año a lo sumo. Aún tengo que domarla un poco, a veces veo rebeldía en sus ojos. Pero siempre ha sido buena hija. Cumplirá.

—Su futuro esposo es dos veces viudo y tiene sesenta años. Yo tampoco iría feliz al tálamo —dijo otro.

—Por fortuna —indicó el padre—, usted y yo nacimos varones y solo debemos preocuparnos de negociar alianzas, no de sufrirlas.

—¿Alguna noticia de palacio? Nosotros vinimos hace semanas —preguntó otro.

—Está todo tranquilo, al menos hasta hace dos días. —Aquello terminó de confirmarle a Almudena que aquel hombre era el marqués—. Aburrido, diría yo. Aunque tuve un encuentro interesante…

La voz se oía distorsionada a través del cristal, pero Almudena percibió con claridad la lujuria que escondía aquella frase. Y no fue la única.

—¿Vuelve a las andadas, marqués? ¡Vive Dios que no sé de dónde saca la energía!

El hombre rio.

—Pasaba por la zona cercana al guardarropa y me crucé con una beldad que salía de allí. No miento si os digo que es de las jóvenes más hermosas que he visto, si obviamos que su sangre no es noble. Una belleza dorada, delicada y elegante. Tiene algo, cierta altivez que me llamó la atención. Me devolvió la mirada con descaro. No pareció indiferente.

—Además, Catalina acaba de ingresar en un convento, ¿no es así?

—Así es. Se ha hecho un poco mayor para mi gusto. Pero estoy deseando volver a Madrid, tal vez en un par de días necesite regresar por algún asunto urgente.

Todos rieron como si hubiera contado un chiste muy gracioso, pero Almudena sintió que la bilis se le acumulaba en la garganta. ¿Cómo podían hablar con ese desprecio y esa indiferencia de sus propias hijas, sangre de su sangre? ¿Verlas como simples activos en sus planes políticos, sin contar con sus sentimientos? Sabía cómo funcionaban las cosas y que las jóvenes nobles, aunque tuvieran una educación esmerada y riquezas, y vestidos bonitos y joyas, y vivieran

entre algodones, servían para negociar alianzas entre familias poderosas por la vía del matrimonio, pero nunca pensó que aquello fuera tan frío. Entonces la puerta chirrió y Almudena se pegó tanto a la pared que casi se fundió con ella. Hasta contuvo el aliento para que el vaho que salía de su boca no la delatara.

—¡Coronel! Le estábamos esperando.

Los pasos sonaron hasta situarse en medio del semicírculo, de espaldas a la ventana. Almudena reconoció la silueta.

—La reina requería mi presencia. Y bien, ya estoy aquí. ¿Algo de interés?

Hubo un pequeño silencio.

—Solo unos pequeños planes matrimoniales.

—Ya sabe, las alianzas de las jóvenes de nuestros linajes deben sellarse pronto.

—Claro —dijo Godoy, con un tono irónico que no pasó desapercibido para nadie, ni siquiera para Almudena—. Defendamos nuestros derechos, pero no para nuestras hijas.

—Don Manuel, ¿no pensará, como algunos de nuestros revolucionarios vecinos, que el hombre y la mujer nacen iguales en libertad y derechos?

—No me interesan demasiado los ideales, pero sí la estabilidad del reino. Y en eso, caballeros, ustedes pueden ayudarme. No todas las alianzas requieren de sacrificios femeninos.

—Bien —dijo el líder—. Hablemos de los temas que tenemos pendientes.

En ese momento, Almudena, que tenía que estar casi de puntillas para mirar por la ventana, sintió que la suela de madera se soltaba y caía al suelo. Las voces pararon de golpe.

—¿Qué ha sido eso?

—La nieve no cruje sola.

Almudena se levantó todo lo rápido que sus pies congelados le permitieron y echó a correr sin mirar atrás. Con los finos zapatos sin protección, el frío cortante golpeando sus mejillas y el corazón en un puño. Tuvo el tino de correr bordeando el muro y rogó a los cielos para que la noche sin luna y su manto y su basquiña negros la confundieran con una sombra. Se detuvo poco antes de llegar a la casa de oficios y aguzó el oído. El sonido atronador de sus latidos zumbándole en los oídos le dificultó la tarea, pero pronto dedujo que nadie se había lanzado en su persecución. Estaban en mitad del campo; además, ¿quién iba a sospechar que los había escuchado? Y a lo largo del día la nieve se había fundido bajo cientos de pisadas, así que ningún rastro podía llevarlos hasta ella.

Se calmó justo antes de entrar en la casa de oficios y subió las escaleras sin detenerse. Dejó las ropas húmedas y frías en el respaldo de la silla de su habitación y se masajeó los pies intentando que entraran en calor.

Con la respiración acelerada, aguzó el oído, casi esperando oír pisadas en la nieve, golpes en la puerta, unas botas subiendo a la carrera por las escaleras para tirar su puerta abajo y llevársela quién sabía dónde. Entonces supo que no podía contarle a nadie lo que había visto y un escalofrío le recorrió la espalda cuando se dio cuenta de que estaba sola.

20

A la mañana siguiente Almudena se levantó con el cuerpo rígido, como si le hubieran dado una paliza. El resto de su estancia en El Pardo lo pasó de su habitación al guardarropa y vuelta. Intentaba excusarse si había que hacer algún recado que implicara caminar por los pasillos de palacio y tampoco salía de noche una vez que había acabado su jornada. Poco a poco, su miedo y su estado de perpetua vigilancia se fueron diluyendo y, cuando regresó a Madrid, casi estaba como siempre.

La vuelta al Palacio Real fue abrupta: la esperaban sorpresas desagradables. Ramón y Juan estaban de guardia, como sucedía a menudo. Juan la saludó con una gran sonrisa y ella se sintió ligera y alegre al verlo.

—¿Cómo te ha ido por el campo? —preguntó inclinando un poco el cuerpo hacia ella, como si también se alegrara de verla.

—He pasado mucho frío —dijo Almudena—. Parece mentira que estemos tan cerca y al mismo tiempo se sienta tan lejos. ¿Qué tal por aquí?

Juan miró de reojo a Ramón y este carraspeó.

—Echándote de menos, niña —dijo con menos entusiasmo que de costumbre—. Aunque hemos estado entretenidos.

Entonces oyeron pasos que se acercaban y Beatriz apareció por la esquina. Una mueca que no llegaba a ser sonrisa se dibujó en su cara cuando vio a la que había sido su amiga.

—Ah, ya habéis vuelto —dijo, seca y fría, sin dejar traslucir nada.

Almudena asintió, igual de seca.

En cambio, Ramón sonrió y se le iluminó la mirada.

—Buenos días, rubia. Dichosos los ojos.

Beatriz esbozó una sonrisa y agachó la cabeza como si se ruborizara.

—Ramón, ¡qué zalamero! Yo también me alegro de verte.

Luego lanzó una mirada a Almudena y llamó a la puerta. Don Carlos abrió para que pasaran y Beatriz lo hizo sin girar la cabeza. Almudena dudó. No sabía muy bien lo que acababa de pasar. ¿Ramón estaba coqueteando con Beatriz? ¿O era al contrario? Una ligera desazón, provocada más por su desconfianza que por sus sentimientos, se alojó en la boca de su estómago. Entonces vio que Ramón se comportaba como si no hubiera pasado nada, y que Juan tenía una chispa de lástima en la mirada. Así que sonrió como si estuviera feliz, saludó al jefe del guardarropa y entró en la sala.

Esto se repitió en los días siguientes, y no solo esto, sino que Beatriz en ocasiones se quedaba a charlar un rato con Ramón a la salida. Al principio Almudena también se quedaba, al fin y al cabo ya lo hacía antes, pero pronto descubrió que no le gustaba estar allí mientras Beatriz coqueteaba con el hombre que ella misma había valorado dejar que la cortejara. Y no era que le doliera: nunca creyó estar enamorada de Ramón, pero sabía que la que fue su amiga usaba sus armas para hacerle daño con el único fin de vengarse por las afrentas que consideraba que Almudena le había infligido.

Juan no hablaba mucho, pero en esos apartes participaba como si quisiera consolar a la joven. Ella, sin embargo, se encontró con que la bienvenida que sus ojos verdes le daban era más importante

según pasaban los días. Por las mañanas se descubría pensando si ese día tendría guardia en el guardarropa y podría arañar unos minutos para estar con él, pero no se dejó llevar por el sentimiento, ni mucho menos dejó que se le notara, porque sabía que entonces Beatriz cambiaría de estrategia. Además, seguía pensando que era pronto para comenzar una relación.

El invierno se fue. Con la llegada del buen tiempo, las jornadas de trabajo se alargaron y una de esas tardes de mayo Almudena presenció una escena singular cuando fue a recoger unos encajes reparados al cuarto de las zurcidoras.

Una joven, noble a juzgar por su vestimenta, estaba hablando con una de las chicas. Preguntaba por Josefa y se negaba a hablar con nadie más. Miraba por encima del hombro sin parar, como si no debiera estar allí y en cualquier momento alguien pudiera entrar y llevársela a rastras.

—Necesito entregarle este pañuelo a ella —insistía.

María del Carmen ese día no había acudido al trabajo por estar con fiebres y las zurcidoras no sabían bien cómo actuar ante una noble sola y, a todas luces, desesperada por haber estropeado un pañuelo que tenía fácil solución.

—Pero, señora, nosotras podemos arreglar su pañuelo.

—¡No! —repitió ella, al borde de las lágrimas—. Tiene que ser Josefa.

Almudena la miró. Tendría quince años, no más, y no le sonaba haberla visto con la reina. Tal vez con la infanta, pero no estaba segura.

—Josefa está en el cuarto de costura, señora —le dijo—. Ahora mismo está ayudando a doña Paula y no puede salir, pero, si quiere

dejarme su pañuelo, se lo daré en mano enseguida.

—Pero…

La angustia en la cara de la joven le dio pena.

—Yo me dirijo al cuarto de las costureras. Soy una de ellas. Si me lo entrega, le aseguro que de mi mano pasará a la suya, si es tan importante.

La joven dudó y miró a Almudena a la cara, valorando su sinceridad. Sus dedos apretaron el pañuelo como si le costara desprenderse de él, pero al final cedió y alargó el brazo.

—Está bien. Confío en usted, gracias.

Se marchó deprisa y con la cabeza gacha.

—Pero ¿qué le pasa a esa chica? Está claro que no es una doncella —preguntó una de las zurcidoras.

—Y si es noble, ¿qué hace que no la acompaña una dueña o su doncella?

Almudena miró hacia la puerta por la que había salido la muchacha de manera tan apresurada, como si temiera que alguien la reconociera.

—Quién sabe. Bueno, vengo a llevarme los encajes reparados del vestido de Su Majestad, ¿están ya?

Cuando Almudena salió del cuarto de las zurcidoras y atravesó la sala principal, se detuvo un momento frente a los ventanales que daban al patio central. La sala estaba extrañamente tranquila, pues don Pedro se había marchado a mediodía para revisar unos cuerpos y no volvería hasta el día siguiente con el trabajo terminado, y ninguna de las modistas andaba por allí en aquel momento. Don Carlos debía de estar con el papeleo en su despacho, y ni las mozas de apoyo ni los mozos de recados estaban a la vista.

El sol de la tarde aún calentaba y la habitación había adquirido un tono dorado y cálido con sus rayos. Almudena rozó el pañuelo con los dedos, de una seda tan suave y exquisita que parecía una caricia. Miró por la ventana al patio: las damas paseaban con otras mujeres de su alcurnia y se reían con la mano enguantada frente a la boca. El carruaje de la reina aguardaba, tal vez para llevarla de visita a alguno de los conventos que patrocinaba la familia real.

Levantó los ojos para sentir la calidez del sol y entonces sus dedos, que no habían dejado de acariciar el pañuelo de seda, detectaron algo. Abrió los ojos y bajó la vista: en una esquina, pequeños y un poco deformes, pero inconfundibles, vio bordados dos de los símbolos que tan bien conocía. Se acercó el pañuelo para asegurarse y, en cuanto comprobó que su vista no la había engañado, lo dobló a toda prisa y lo ocultó en su faltriquera.

Entró en la sala de costura y se quedó en el dintel muy quieta. Estudió a Josefa. ¿Por qué aquella joven pedía con tanta insistencia que fuera ella quien la atendiera? La zurcidora terminaba de arreglar unos encajes que doña Paula cosía en la parte delantera de una falda de raso labrado amarillo. Beatriz remataba la costura del forro y doña Leonor estaba con las mangas que al día siguiente coserían sobre el cuerpo que don Pedro traería listo de su taller.

Era una escena pacífica. Acogedora, un poco inocente incluso. Pero Almudena sabía que había algo más allí, bullendo bajo la superficie. Beatriz alzó la mirada.

—¿Piensas quedarte ahí toda la tarde? Aún no hemos terminado el trabajo.

Almudena no respondió. Ocupó su sitio y cogió su tarea, pero apenas pudo concentrarse. De vez en cuando miraba a Josefa, que

en un par de ocasiones le preguntó si se encontraba bien. No dijo nada, pero cuando la luz ya indicaba que faltaba poco para dar por terminada la jornada y Josefa acabó con el encaje y volvió a su sala, ella se levantó de golpe, como si hubiera olvidado algo importante.

—¡Qué tonta! —dijo—. Tenía un recado para ella.

Salió corriendo detrás de la zurcidora y la alcanzó, tal y como esperaba, en la sala principal, que seguía desierta. La mujer la oyó y se giró.

—¿Te pasa algo, Almudena? Estás muy rara.

Ella miró a ambos lados, la agarró del codo y la llevó al lado de la ventana, donde había más luz y también un poco más de discreción. Le mostró el pañuelo.

—Una joven noble ha venido preguntando por ti. Se ha negado a dejarle este pañuelo a nadie más, parecía muy importante que fueras tú, y solo tú, quien se encargara de este trabajo.

Josefa hizo un gesto de alarma, pero enseguida se controló.

—Bien, pues dámelo. Ya me has entregado el recado.

Alargó la mano para coger el pañuelo, pero Almudena lo apartó. Se acercó a la zurcidora y la miró a los ojos.

—¿En qué estás metida, Josefa? Esto no es normal.

La mujer sonrió y trató de quitarle hierro al asunto.

—No te entiendo. Habré hecho algún encargo para esa joven y le gusta cómo trabajo, nada más. ¿Me lo das ya?

Almudena negó con la cabeza.

—Sé que hay algo que no me cuentas. No es la primera vez que veo estos símbolos —dijo, y le enseñó los bordados.

Josefa cogió el pañuelo. Se lo guardó con rapidez y miró hacia la sala con precaución.

—Creo que tienes mucha imaginación. ¿Dónde los has visto antes?

—Josefa, no sé qué ocultas, pero quiero saberlo. Por favor. No soy tu enemiga, nos conocemos hace años. Hay algo detrás de estos dibujos y necesito averiguarlo.

La zurcidora miró por encima del hombro de Almudena. La tensión de su cuerpo indicaba que estaba incómoda. Alerta. Quería salir de allí, pero no sabía cómo hacerlo sin resultar descortés.

—No sé de qué me hablas.

—¡Ya está bien! —dijo Almudena—. Todo el mundo se calla lo que sabe, pero yo no soy tonta y no puedo seguir al margen. Esto me está comiendo por dentro. Necesito entender por qué mi madre tenía estos símbolos dibujados en una libreta.

—¿Tu madre?

La cara de Josefa había perdido el color y sus ojos se abrieron tanto por la sorpresa que Almudena intentó aprovechar la ocasión.

—Por favor, Josefa, por favor. Si sabes algo, dímelo. Necesito conocer en qué estaba metida mi madre, necesito comprender quién era.

La mujer abrió la boca, pero entonces se oyó una puerta y volvió a cerrarla.

—¿Qué pasa aquí?

La voz de don Carlos sonó alta y clara. Acababa de salir de su despacho, llevaba unos papeles en las manos y miraba a las dos mujeres con el ceño fruncido.

Josefa le respondió antes de dirigirse al cuarto de las zurcidoras.

—Disculpe, don Carlos. Almudena me transmitía el encargo de una muchacha con las medias rotas.

El jefe del guardarropa miró a Almudena, que disimuló la frustración que sentía y asintió con cara angelical.

Esta vez no iba a dejarlo pasar. Llevaba mucho tiempo detrás de aquello y estaba convencida de que lo que ocultaba su madre era algo serio. Sabía que no iba a sacar nada de Josefa, y también que no podía presionar más a su padre. Pensó en buscar apoyo en Teresa, pero algo le decía que era más seguro para todos que indagara sola.

Así pues, el domingo, después de misa, y tras el paseo que daba siempre con Teresa, Manuela y Luz, en que le recriminaron más de una vez lo distraída que estaba, dijo que no se encontraba bien y que prefería irse a casa. Pero, en lugar de eso, al girar la esquina siguió recto y llegó hasta el taller de doña Eulalia, a la que hacía tiempo que no veía.

Entró por el portal al lado del taller y preguntó a una vecina dónde vivía la costurera. Llamó a la puerta de su vivienda.

—¡Almudena! Qué alegría verte, querida. ¡Pasa!

La joven nunca había estado allí, pero no era muy diferente de su propia casa: una sala que hacía las veces de cocina, comedor y sala de estar, y una puerta que comunicaba con lo que sin duda era el dormitorio. Doña Eulalia tenía más canas que cuando Almudena acudía a su taller todos los días y también más arrugas alrededor de los ojos, pero seguía caminando erguida. Le señaló una silla al lado de la ventana y ella se sentó en la silla de enfrente. Tampoco había perdido su mirada inteligente.

—Puedo ofrecerte algo de beber y comenzar hablando del tiempo, pero algo me dice que esto no es una visita de cortesía.

Almudena sonrió.

—No. Estoy intentando descubrir algo y no sé a quién acudir. Se me ocurrió que tal vez usted podría ayudarme; al fin y al cabo, lleva años cosiendo y por sus manos han pasado miles de prendas.

Doña Eulalia esperó. Almudena sacó de su faltriquera la libreta, la abrió y se la mostró a su maestra, expectante. Sin embargo, la mujer observó los dibujos sin expresión alguna en la cara.

—¿Qué son estos símbolos?

Almudena sintió una ligera decepción, pero ya imaginaba que no iba a ser tan fácil llegar al fondo de aquel asunto.

—No lo sé. Esperaba que usted me lo pudiera decir.

—¿Me permites? —preguntó la maestra, y tras el asentimiento de Almudena tomó la libreta y estudió los dibujos con atención. Después se la devolvió—. Creo haber visto estos motivos en una ocasión, aunque fue hace mucho tiempo: no sé si te servirá de algo.

Almudena levantó la vista con rapidez.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

Doña Eulalia habló con calma, como siempre, pese a la urgencia en la voz de su antigua alumna.

—Hace por lo menos veinte años. Yo ya estaba casada y cosía con mi marido, que en paz descanse. En aquel entonces era la única forma de ser costurera. Mi marido era sastre, como sabes, y para poder ayudarle quise aprender a coser mejor de lo que ya lo hacía. Pedí ayuda a doña Jacinta, que vivía muy cerca de aquí. Bueno, sigue viviendo calle arriba, aunque es muy mayor y ya no trabaja.

—¿Doña Jacinta? La recuerdo, a veces venía a la tienda a por telas. También era costurera, ¿verdad?

—Lo era, y muy buena, aunque se veían como trabajos menores.

El caso es que le pedí ayuda y fue mi maestra unos años. Yo acudía a su casa y un par de veces la vi bordando motivos como estos, aunque nunca entendí por qué. Ni ella era bordadora ni luego los vi en ninguna de las prendas de las clientas.

Almudena se levantó de un salto.

—Doña Eulalia, ¡muchas gracias! No sabe cuánto me ha ayudado. ¿Dónde vive doña Jacinta?

—¿De qué va todo esto, Almudena? —preguntó la mujer. A pesar de la discreción de su tono, se entreveía la preocupación.

Almudena hizo un gesto al aire.

—No lo sé. Quizá sea una tontería, pero por si acaso… —Hizo una pausa, y luego añadió—: Mejor no hable con nadie de esto. Solo por si acaso.

Doña Eulalia asintió y no hizo más comentarios. Acompañó a su antigua alumna a la puerta y le susurró la dirección de su maestra y un «Ten cuidado» cuando ya se marchaba.

Almudena se contuvo para no echar a correr por la calle. Enseguida llegó a la casa, entró en el patio, subió las escaleras hasta la tercera planta, se detuvo frente a una desvencijada puerta de madera y llamó. Entre el retumbar de los latidos de su corazón en los oídos oyó unos pasos y después la puerta se abrió.

21

—¿Qué se le ofrece?

La mujer que abrió la puerta rondaría los cuarenta años y unas profundas ojeras evidenciaban una vida complicada. Llevaba el pelo cubierto con una toca y sus ojos entrecerrados observaban a Almudena con desconfianza.

—¿Vive aquí doña Jacinta, la costurera?

La mujer entrecerró aún más los ojos, como si eso le ayudara a aguzar la vista.

—¿Quién lo pregunta?

—Me llamo Almudena Serrano. Fui alumna de Eulalia Gómez, que a su vez aprendió con ella. Me gustaría conocerla y preguntarle por un tema importante.

Hubo un pequeño silencio, hasta que la cara de aquella mujer se relajó un poco y Almudena se percató de que tenía unos preciosos ojos color ámbar que le habían pasado desapercibidos.

—Soy su hija. Pase, por favor.

La vivienda era muy austera. El brasero, sobre el que colgaba un puchero del que salía un olor que reconoció como sopas de ajo, desprendía bastante humo: estaba claro que usaban leña barata. Los muebles eran toscos y sin pulir, y lo que parecía ser la zona de dormir estaba separada de la pieza principal por una cortina, sin puerta. Sentada en un sillón frente a la ventana había una anciana.

—Mi madre está mayor y a veces se le va la cabeza. No tarde

mucho, por favor; se cansa enseguida.

Almudena arrastró una silla desde la mesa y la colocó enfrente del sillón. La anciana la miró. Su cara estaba arrugada como una pasa, pero la piel parecía suave. El azul de sus ojos se veía apagado, como si algo matara su brillo, pero un relámpago los atravesó cuando se posaron en la cara de su visitante.

—¿Tú? —preguntó. Luego parpadeó y perdió el interés. Volvió a mirar por la ventana.

Almudena se sentó y se inclinó hacia delante para captar su atención.

—Me llamo Almudena, doña Jacinta. Me envía doña Eulalia, que fue alumna suya, ¿la recuerda?

Una sonrisa apareció en el rostro de la mujer.

—Eulalia, sí, la recuerdo. Tenía mucho talento, más que su marido, desde luego. ¿También eres costurera?

La joven asintió.

—Lo soy. Y me he encontrado con algunos bordados cuyo significado desconozco. Doña Eulalia me ha dicho que la vio a usted bordar estos motivos, hace mucho tiempo.

Entonces sacó la libreta y la puso de cara a doña Jacinta. La mujer se acercó, y entonces sus ojos se abrieron mucho y se echó para atrás de golpe.

—¿De dónde has sacado esos dibujos? Hacía años que no los veía… No sabía que aún se utilizaban, pero me alegro, me alegro mucho de que sigan ayudando a quien lo necesita.

—¿A quién ayudan? ¿Qué significan? Por favor, necesito averiguar qué es esto.

La anciana volvió a mirar a Almudena y un pequeño espasmo

recorrió su rostro, como si se hubiera quemado con el asa caliente de un farol.

—¿Por qué has venido? ¿Todavía sigues metida en esto? Supongo que es normal, después de lo que hicieron por ti. ¡Cuánto me alegro de que pudieras huir! Ni te lo imaginas.

Almudena se dio cuenta de que la mujer estaba desvariando.

—Doña Jacinta, se lo ruego, preste atención. Necesito saber más sobre esto, necesito su ayuda. ¿De qué está hablando?

La costurera se removió en el asiento, luego extendió una mano temblorosa y acarició la mejilla de Almudena.

—Me tranquiliza saber que esas pobres niñas cuentan con tu ayuda, que tú apoyas a quien te salvó. Me alegro tanto de verte, Isabel…

Almudena sintió como si le hubiera caído un rayo. «Isabel», el nombre de la carta.

—¿Cómo me ha llamado?

Doña Jacinta retiró la mano y su mirada volvió a perder el brillo.

—¡Hija! —gritó por encima de su hombro—. Tengo hambre, ¿queda mucho?

La mujer, que removía el puchero entre toses, lo retiró del brasero y lo puso sobre la mesa.

—Ya está listo, madre.

—Por favor, doña Jacinta —le rogó Almudena, que cogió sus viejas manos entre las suyas—. Por favor, ¿quién es Isabel?

Ella levantó la vista, pero no varió la expresión.

—¿Qué? No sé de quién me hablas, muchacha.

—¡Por favor! —Almudena levantó la voz al tiempo que apretaba sus manos. La anciana se quejó y su hija acudió con rapidez a su

lado.

—¡Eh, eh! Nada de gritarle a mi madre. Bastante mal lo ha pasado en la vida…

Almudena estaba al borde de las lágrimas.

—Tiene que contarme lo que sabe, no puede dejarme así. ¡Haga el esfuerzo, doña Jacinta! Recuerde, ¿quién es Isabel? ¿Qué son esos dibujos?

La hija suspiró, cogió a su madre del brazo, la ayudó a levantarse y habló con tono firme, aunque algo triste:

—Mire, señorita, no sé qué quiere usted saber, pero mi madre no decide lo que recuerda y lo que no. Y ya la ha alterado bastante, ¡mire cómo tiembla! La visita ha terminado. Si nos disculpa, es hora de comer.

Almudena hizo un último intento.

—Se lo ruego, tal vez pueda usted ayudarme. Su madre ha reconocido lo que le he enseñado, quizá usted oyó algo cuando era joven. Hablo de hace unos veinte años.

La mujer llevó a su madre hasta la mesa y la sentó. Después se giró hacia Almudena. Ella le enseñó los dibujos. Tras observarlos con atención, negó con la cabeza.

—No, lo siento. No recuerdo haberlos visto nunca. Pero no me interesaba mucho la costura cuando era joven y no reparaba en el trabajo de mi madre. Lo lamento.

Almudena tragó saliva. No se sentía capaz de hablar sin que se le quebrara la voz. Le dio las gracias como pudo y se marchó. Ya en las escaleras, se sentó en uno de los escalones y rompió a llorar. ¡Había estado tan cerca! Haber vislumbrado respuestas para que luego esa puerta se le cerrara en las narices era demasiado cruel.

Volvió a casa, le dijo a su padre que no tenía hambre y se metió en su alcoba. A él no podía sonsacarle nada porque no tenía con qué presionarlo. Seguía con más preguntas que respuestas y estaba en un callejón sin salida. Ya empezaba a caer el sol cuando se levantó, se calzó, se puso la basquiña y un manto ligero por si refrescaba, y salió a que le diera el aire. Tenía los ojos hinchados de llorar. Pensaba quedarse en el patio, pero Rosa, la vecina de enfrente, estaba allí cotilleando con Vicenta y no le apetecía hablar.

Así que salió a la calle y comenzó a caminar. No solía pasear sola y se le ocurrió ir en busca de Teresa, pero lo descartó al instante. Necesitaba pensar. Se dirigió hacia la Puerta del Sol. Los domingos por la tarde la plaza estaba muy concurrida: grupos de mujeres del brazo, mozos con gorra, faja y chaleco que se pavoneaban delante de las muchachas, floristas vendiendo claveles, lirios, dalias y calas, parejas que paseaban todo lo arrimadas que el decoro les permitía y vendedores en sus puestos ofreciendo la mercancía a gritos se mezclaban en un caos vibrante y dorado a la luz del atardecer.

Entonces, delante del escaparate de una confitería, vio a Beatriz. Como siempre, estaba preciosa, con un vestido azul que hacía juego con sus ojos y el pelo rubio en un moño suelto. A su lado había alguien, un hombre, un soldado, aunque Beatriz lo tapaba y Almudena no podía verlo bien. Se quedó quieta. No le apetecía cruzarse con ella y tener que fingir cortesía, y mucho menos montar una escena.

En ese momento se acercó al escaparate y su acompañante quedó a la vista. Ramón la llevaba del brazo como un trofeo y sonreía cada vez que ella lo miraba. Almudena suspiró: no le dolía, aunque estaba un poquito decepcionada. Sí, decepción: eso era lo

que sentía. Había estado muy cerca de volver a confiar, pero su instinto le dijo que no lo hiciera y era evidente que tenía razón.

Se pegó contra la pared. Ahora sí que no quería ser descubierta. Pensó en dar media vuelta, pero no podía dejar de mirarlos. Era como si algo en su interior necesitara grabarse esa imagen a fuego en el cerebro para no olvidarla jamás. Ramón entró en la confitería y salió con un cucurucho de lo que parecían frutas escarchadas. Se lo ofreció a Beatriz, que sonrió y se arrimó más a él. Entonces él hizo un gesto, una despedida, y se marchó en dirección a palacio, sin duda de vuelta al cuartel, dejando a Beatriz sola.

Ella se quedó allí, comiendo fruta escarchada, hasta que llegó un carruaje negro, lujoso e impecable, y se detuvo a su altura. El lacayo no bajó de la parte trasera ni el cochero se movió. La puerta se abrió y Almudena vio una mano grande, masculina, con un sello de oro que destelló con uno de los últimos rayos de sol. Beatriz miró de manera fugaz a izquierda y derecha, se agarró a la mano y subió al coche.

22

Mayo de 1790

—Niña, ¿dónde vas tan rápido?

Era 14 de mayo, víspera de San Isidro, y Almudena fue la última en salir de palacio, puesto que quiso rematar un dobladillo antes de marcharse. Cuando cruzó la puerta, Ramón la detuvo. Almudena le sonrió, aunque no podía olvidar la imagen de Beatriz agarrada de su brazo un par de días antes.

—¿Adónde voy a ir? ¡Todo Madrid está en la calle!

Ramón titubeó.

—Termino mi turno en una hora. ¿Quieres dar un paseo conmigo y ver el ambiente?

Almudena sintió un pellizco en el estómago. ¿Por qué se lo pedía a ella? ¿No estaba cortejando a Beatriz? Pensó en declinar la invitación, pero luego otra sensación se apoderó de ella. Algo que no solía sentir, una sensación de triunfo, de ser la elegida, de estar, y querer estar, por encima de Beatriz. Sin tener claro si lo deseaba de verdad, aceptó.

Ese día Ramón tenía un compañero al que Almudena apenas conocía. La joven se alegró de que no fuera Juan: no quería enfrentarse a sus ojos tras decirle que sí a Ramón. Sacudió la cabeza y mantuvo la sonrisa, y quedaron en la plaza de la Cebada.

Una hora después, la plaza ya estaba llena de gente. Los puestos

comenzaban a encender los candiles y el olor a buñuelos y vino dulce se mezclaba con el polvo que levantaban los pies al caminar. Almudena llegó con Manuela y Teresa, pero se despidió de ellas en cuanto vio a Ramón apoyado en la fuente, con los brazos cruzados y la expresión expectante.

—Por un momento he pensado que no vendrías —dijo él, enderezándose al verla.

Era la primera vez que se encontraban fuera de palacio. Se había quitado la casaca blanca y vestía como lo que era, un soldado que no estaba de servicio. Con el sencillo chaleco azul con mangas y los zapatos con hebillas, sin polainas, una capa corta y un sombrero más pequeño que el habitual tricornio, parecía más joven.

—Dije que vendría —respondió Almudena con sencillez.

Comenzaron a caminar, dejaron atrás la plaza y tomaron una calle menos concurrida, en donde la música y las voces de la gente se oían lejanas. Ramón parecía nervioso; hablaba de cualquier cosa, del gentío, del buen tiempo, de lo animada que estaba la ciudad la víspera de la verbena. Almudena lo escuchaba a medias, absorta en aquel pellizco en el estómago que todavía no la había abandonado.

Fue ella quien se detuvo.

—Ramón —dijo de pronto—. Antes de seguir, quiero decirte algo.

Él la miró.

—Te escucho.

Almudena respiró hondo. Habló con voz suave porque no quería parecer acusatoria.

—Te vi con Beatriz el otro día. Os vi juntos.

Ramón desvió la vista.

—Yo…

—No te lo digo como reproche —añadió ella enseguida—. Ya sé que no tengo ningún derecho. Solo quiero saber a qué atenerme.

Él se pasó una mano por la nuca, incómodo.

—Beatriz es… No sé cómo explicarlo —empezó, sin demasiada convicción—. Me pareció que tenía interés en mí, y yo no supe decir que no.

—¿Y ahora? ¿Vas a seguir invitándola? —preguntó ella, mirándolo a los ojos.

Ramón dudó.

—Ahora estoy aquí contigo.

Almudena sostuvo su mirada unos segundos.

—Eso no responde a lo que te he preguntado —dijo con calma.

Ramón apretó los labios.

—Ya lo sé —admitió—. Supongo que me dejé llevar. Beatriz es bonita, segura… Que te preste atención te hace sentir el rey del mundo. Pero tú eres… —Se interrumpió, torpe—. Tú eres diferente.

Ambos guardaron silencio. La música llegó hasta ellos con más fuerza, y una pareja pasó riendo a su lado.

—Si has quedado conmigo solo para darle celos a ella —dijo Almudena al fin—, prefiero que me lo digas ahora.

—No, no es eso —respondió él con rapidez—. Quería verte, de verdad.

Almudena asintió, satisfecha.

—Entonces paseemos.

En cuanto se sacó esa espinita con Ramón, se sintió mejor. Volvió a pensar que tal vez podría dejarse cortejar por él. Sí, Beatriz podía ser deslumbrante, pero Ramón parecía sincero. Y ella estaba preparada, era más adulta y echaba de menos sentir que alguien la

apreciaba de esa manera. Ramón era una buena compañía, divertido y ocurrente, y tenía una conversación agradable. Todo habría sido perfecto… de no haber sido por unos ojos verdes que no se apartaban de su mente.

Caminaron hasta la pradera de San Isidro, aunque no se detuvieron allí. Aquella tarde el ambiente se encontraba en el entramado de calles de La Latina, repleto de puestos, gente paseando, música y vida, mucha vida. Almudena se sentía muy cómoda con Ramón, tanto que le sacó un tema comprometido.

—Me gustaría preguntarte algo —dijo con tacto.

—Lo que quieras.

Almudena cogió aire.

—¿Qué sabes de las sociedades secretas?

Ramón la miró con sorpresa.

—¿A qué viene esa pregunta?

Ella se encogió de hombros.

—Curiosidad —dijo—. He oído hablar de ellas últimamente, nada más.

Ramón frunció el ceño.

—No es un asunto del que convenga hablar en voz alta —respondió—. Y menos en una verbena.

—No te lo pregunto para que me cuentes secretos —replicó Almudena—. Solo es curiosidad, me gustaría saber qué se dice.

Ramón carraspeó, como si el tema lo incomodara.

—Lo que se dice es poco y confuso —contestó bajando la voz—. Que hay hombres importantes metidos en ellas: militares, comerciantes, algún noble incluso. Gente que se reúne a puerta cerrada.

—¿Y para qué? —preguntó ella con aire inocente.

—A saber —respondió él con un gesto ambiguo—. Para hablar de ideas nuevas, de política… De todo lo que no se puede decir a cara descubierta.

—¿Eso es malo?

Ramón se encogió de hombros, incómodo.

—Depende de a quién le preguntes. A nosotros nos dicen que estemos atentos: no están prohibidas, pero tampoco gustan. Los masones son los peores, la Inquisición les tiene el ojo echado desde hace años.

—¿Los persiguen?

—A veces —admitió—. No siempre, va por temporadas. Casi nunca pasa nada, pero si alguien habla más de la cuenta, o se mete con la persona equivocada… —dejó la frase en el aire—. Mejor no destacar.

Almudena se acercó a un puesto callejero, como si eso no le interesara demasiado.

—¿Tú has visto a alguno? —preguntó con aparente despreocupación.

—¿A algún masón? —Ramón soltó una carcajada sorprendida—. No, al menos que yo sepa; no llevan un letrero colgado. Son hombres normales, pero, según se dice, saben reconocerse entre ellos con palabras, símbolos…

Almudena sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—¿Símbolos? —repitió, procurando que no se notara nada en su voz.

—Eso dicen. Yo no sé más, y tampoco quiero —añadió con una media sonrisa—. Bastante tengo con cumplir mi turno y no

buscarme líos.

Ella soltó una pequeña risa, aliviando el tono.

—Haces bien.

Caminaron un poco más entre los puestos y se detuvieron a mirar unas cintas de colores, y luego fueron a escuchar la música que llegaba desde una plazuela cercana. El tema quedó atrás, como quedan atrás tantas cosas en una conversación: sin cerrarse del todo, pero guardado en un rincón.

Sin embargo, mientras Ramón hablaba de trivialidades, Almudena no podía dejar de pensar en aquella palabra. «Símbolos». Y, sin querer, la imagen de la libreta de su madre volvió a su mente, tan nítida como esos ojos aceituna que seguían sin abandonarla.

El día 15, festividad de San Isidro, Almudena no tenía que ir a trabajar. Tampoco sus amigas. Doña Paula se había quedado de guardia en el guardarropa y las demás podían disfrutar de la fiesta y el jolgorio.

—¡Venga, cuenta! ¿Has visto más veces a los reyes? —le preguntó Manuela.

La acompañaba su novio, un muchacho tan apuesto como ella, que también vestía al estilo castizo. Llevaba los pulgares metidos en la faja roja y caminaba con la barbilla bien levantada, aunque en sus ojos se veía que bebía los vientos por la joven.

—Qué va —respondió Almudena—. En realidad, el trabajo es más aburrido de lo que parece. No difiere mucho de lo que se hace en el taller de doña Leonor, solo que las telas son más ricas.

—Dudo que se parezca al taller —dijo Teresa.

Sus amigas iban poco a poco encontrando su sitio. A no mucho

tardar se casarían y formarían su propia familia, excepto Luz, que aún era muy joven y se contentaba con mirar a los chicos con picardía. Almudena sintió que el tiempo pasaba muy rápido.

—Parece que fue ayer cuando nos encontramos todas en el taller de doña Eulalia y fijaos ahora: todas trabajando, y tú —añadió señalando a Manuela—, seguro que acabas casada y con un hijo en brazos antes de que nos demos cuenta.

—¡Eh, eh! —dijo Manuela al tiempo que se recolocaba el clavel y el pañuelo sobre la cabeza—. No corras tanto, que José y yo apenas nos estamos conociendo.

Sin embargo, la mirada que se echaron ambos le indicó que no iba desencaminada.

Teresa se agarró de su brazo.

—Qué locura, ¿verdad? ¡Mírate! Y tú trabajando para la familia real.

—Os echo de menos —confesó ella—. A veces me siento sola sin amigas en el trabajo.

Luz se colgó de su otro brazo.

—Nosotras también te echamos de menos —dijo con su voz dulce, casi infantil—, pero estás viviendo el sueño de todas. Disfrútalo.

Ella asintió y la conversación siguió por otros derroteros, con Manuela hablando alto y Teresa sonriendo en silencio, como casi siempre. Era afortunada de tenerlas, aunque no las viera a diario. Se prometió no olvidar la suerte que tenía.

—¡Oh, mirad! —dijo Luz, que apretó el brazo de Almudena—. Allí está Beatriz.

Estaba deslumbrante. Sus padres la seguían a varios metros de

distancia. La pradera estaba llena de gente, pero llamaba tanto la atención por su belleza y su cabello rubio que era imposible no fijarse en ella. Paseaban justo por delante de la zona de la pradera donde las familias nobles se sentaban en sábanas blancas sobre la hierba. Aunque acudían en sus coches y con sus criados, iban vestidos como la gente del pueblo, para verlos bailar y disfrutar. A veces Almudena se sentía como un bufón con la misión de divertirlos, pero otras creía que, en el fondo, la aristocracia envidiaba esa libertad y esa forma de reír a carcajadas que ellos no podían permitirse por decoro y educación.

Una familia de un estatus claramente elevado ocupaba una enorme sábana en la zona noble. La criada sujetaba una sombrilla sobre su señora y el marido bebía un vaso de vino observando con atención el gentío. Almudena los reconoció porque habían estado en El Pardo aquel invierno: eran los marqueses de Valdearenas.

Beatriz miró hacia la misma zona con disimulo, sonrió y después ocultó su bello rostro tras su abanico. El marqués bebió de la copa como si no se hubiera dado cuenta, pero Almudena vio con total claridad cómo le guiñaba un ojo a Beatriz.

23

Almudena estuvo a punto de comentarlo con sus amigas, pero decidió callarse porque no estaba segura de que Beatriz tuviera algo que ver con ese hombre, aunque, desde luego, parecía que se estaba adentrando en un terreno peligroso para una joven doncella. Pero así era Beatriz, ambiciosa incluso por encima de la virtud.

Al rato, cuando descansaban después de bailar, quien pasó por delante de ella fue Juan. Iba con sus amigos del cuartel y estaba muy guapo con la chaquetilla azul brillante y un pañuelo anudado al pelo en lugar del aparatoso sombrero del uniforme.

—¡Almudena! —dijo cuando la vio—. ¡Qué sorpresa!

Con la cantidad de gente que había en la pradera, era una suerte encontrarse allí. Los brillantes ojos claros de Juan sonrieron al mismo tiempo que el resto de su cara, y entonces le tendió una mano. Parecía algo achispado y más lanzado que de costumbre.

—¿Bailas conmigo?

Almudena apenas dudó. Cogió su mano y bailó con él una seguidilla. Juan bailaba muy bien y no se acercaba demasiado, aunque Almudena se encontró deseando más de una vez que lo hiciera. Era divertido y amable, y no parecía el tipo de chico que fuera a traicionarla. Se sentía a gusto con él, y no solo eso: no podía obviar el calor que le recorría el estómago y la espalda cuando él la miraba con esa fijeza y le sonreía.

Al terminar, Juan la acompañó de vuelta a donde estaban sus

amigas. Por el camino se mostró un poco incómodo, como si estuviera haciendo algo malo.

—¿No has quedado hoy con Ramón? —preguntó.

Almudena se dio cuenta de que el joven suponía que su compañero la cortejaba.

—Pues no. Dimos una vuelta ayer, pero no estoy segura de querer quedar más veces… y juraría que él tampoco tiene las ideas claras.

—Hay esperanza, entonces —dijo Juan con un guiño que hizo que la respiración de Almudena se agitara.

Ella iba a contestar, pero vio a lo lejos el moño rubio de Beatriz y, por algún motivo, todo su cuerpo se rebeló ante la idea de que la viera con Juan. Así que aceleró el paso y cuando llegó a la manta donde estaban sentadas sus amigas se dejó caer.

—Ha sido agradable, Juan. Nos vemos mañana, si te toca el guardarropa.

Juan hizo un gesto extraño, como si no entendiera el porqué de aquella abrupta despedida. Pareció que iba a hablar, pero después cerró la boca, saludó con la mano en el pecho y se marchó, perdiéndose entre el gentío.

A la mañana siguiente, Almudena se encontró a Ramón en la puerta con otro guardia al que apenas conocía. Juan también estaba allí con su compañero, pero se marchaba ya: le tocaba guardia en la puerta principal. De hecho, el único motivo por el que se encontraba allí era que había hecho un turno de ronda y se las había apañado para llegar a tiempo a la entrada de las costureras. Juan sonrió al verla, aunque en sus ojos asomó la duda. Almudena se sentía un poco

culpable por cómo se había despedido de él la tarde anterior. Le habría gustado darle una explicación, pero no quería que Ramón se enterase, y mucho menos los guardias con los que no tenía confianza o, peor aún, Beatriz, que acababa de aparecer por la esquina.

—Buenos días, niña —saludó Ramón a Almudena—. Estás muy bonita hoy.

Cuando Beatriz llegó hasta ellos, sonrió a Ramón y le hizo una caída de ojos. Este le dio los buenos días con cordialidad pero con cierta distancia, así que la rubia levantó la barbilla, miró a Juan con indiferencia y entró en el guardarropa en cuanto abrieron la puerta.

Juan inclinó la cabeza y entrecerró los ojos al oír el cumplido de Ramón, pero no dijo nada. Almudena supo lo que estaba pensando: que ella se dejaba cortejar por su compañero y eso le dejaba a él fuera de juego. Algo en su interior se resistió, quería decirle que no era lo que sospechaba, que ella no quería nada con Ramón, que no dejara de mirarla con esos ojos amables, pero sabía que eso solo le traería problemas. Así que calló y entró en el guardarropa.

Beatriz preparaba su espacio de trabajo sin decir nada. Don Carlos entró en la sala de costura justo detrás de Almudena.

—Buenos días, señoritas —dijo—. Doña Paula está enferma de nuevo y no podrá venir. Hoy es un día tranquilo, por fortuna. Hay que seguir trabajando en las mangas y el forro del vestido de Su Majestad. Don Pedro llegará a lo largo del día con el cuerpo y no será hasta mañana cuando madame Moulinier se pasará por aquí para supervisar el ensamblado de las piezas. ¿Dónde está doña Leonor?

—¡Estoy aquí!

La costurera entró casi a la carrera, quitándose la basquiña y el manto mientras hablaba. Almudena observó que sus ojeras se habían hecho más grandes y que estaba pálida, a pesar de que el sol ya brillaba en Madrid.

—Disculpe la tardanza, don Carlos. He tenido un imprevisto. ¿Puede ponerme al día?

El jefe del guardarropa hizo un gesto para restarle importancia al retraso.

—Acabábamos de empezar. Tranquila, Leonor, tómese su tiempo. Decía que mañana se pasará madame Moulinier para supervisar el remate del vestido. También tiene reunión con Su Majestad: va a encargar algunas piezas nuevas y, por lo que he escuchado, aunque no sé si será verdad, pretende modernizar su vestuario según las modas que llegan de Francia.

—Apenas usa ya el tontillo —apuntó Beatriz—. Y cuando lo usa, es mucho más pequeño que antes.

—Y las batas también las utiliza cada vez menos.

Don Carlos asintió.

—La *robe à la française* ya está obsoleta. No creo que veamos a la reina mucho tiempo más con ese tipo de vestido. Según madame Moulinier, ahora busca la ligereza.

—Serán vestidos más sencillos de confeccionar.

Doña Leonor sabía que menos tela implicaba menos trabajo, y por ende…

—Entonces hará falta menos personal —dedujo Beatriz, con voz fría.

Don Carlos la miró.

—Eso, señorita, es discutible. No sabemos lo que pasará. De

hecho, pronto se incorporará una nueva bordadora de cámara, la señora Isabel Rubio, que trabajará aquí en el guardarropa.

—¿Una bordadora? —preguntó Beatriz—. Eso es muy inusual.

Don Carlos se encogió de hombros.

—Las cosas están cambiando. Eso no significa que el bordador principal, el señor López, deje de trabajar para Su Majestad. Doña Isabel se ocupará de medias, camisas y prendas concretas. También verán por aquí a un nuevo sastre. Trabajará en su taller y bajo la supervisión de don Pedro, por supuesto, pero ya ven que aquí uno no se aburre.

Doña Leonor dio una palmada.

—Muy bien, ¡a trabajar! Don Carlos, le acompaño a su despacho, deseo comentarle una cosa.

Cuando la costurera regresó a la sala de costura encontró a Almudena y a Beatriz en silencio, cada una con su tarea. Carraspeó para llamar su atención y se sentó frente a ellas.

—Quiero deciros algo.

Las dos jóvenes dejaron lo que estaban haciendo y atendieron a su maestra.

—Ya sabéis que llevo una temporada que no llego a todo. Antes, cuando doña Paula solo nos reclamaba para encargos concretos, era más fácil. Pero ahora la corte, el taller… aunque allí tengo la ayuda de mis oficialas, no doy abasto. Y necesito supervisar el trabajo.

Almudena asintió. Era cierto que doña Leonor llevaba mucho tiempo al límite y, por su aspecto, aquello le estaba empezando a afectar a la salud.

—Además, doña Paula se ausenta a menudo por su enfermedad. Y eso no es todo. Mi novio me ha pedido matrimonio y le he dicho

que sí, me estoy haciendo mayor para posponerlo más. En cuanto la familia crezca —dijo poniendo una mano sobre su vientre—, me será del todo imposible abarcarlo todo.

—Entonces nos abandona —concluyó Beatriz, sin dejar traslucir ninguna emoción en su tono.

Doña Leonor la miró en silencio.

—Es comprensible, doña Leonor —intervino Almudena—. No es un secreto para nadie que no llega a todo. ¿Qué piensa hacer?

Doña Leonor suspiró.

—La boda es dentro de dos semanas. Hasta entonces seguiré aquí, luego me dedicaré a mi taller y a mi familia. Colaboraré en algún encargo, como hacía antes, pero no trabajaré en palacio.

—¿Y qué va a pasar con nosotras? —preguntó Beatriz.

Hubo un pequeño silencio.

—Doña Paula sigue siendo la costurera principal. Ha trabajado sola mucho tiempo y puede volver a hacerlo. Sin embargo, tanto por vuestro buen hacer como por la salud de doña Paula, don Carlos cree que es mejor que vosotras os quedéis.

—¿En calidad de qué? —preguntó Almudena. Allí eran oficialas, pero dependían de doña Leonor, que era la que figuraba como costurera para asistir a doña Paula. En realidad, constaban como auxiliares, al igual que otras chicas que aparecían cuando eran necesarias en el guardarropa, aunque ellas, por comodidad, trabajasen en palacio.

—Una de vosotras ocupará mi puesto. Será costurera de la reina, aunque subordinada a doña Paula, por supuesto. La otra seguirá como costurera auxiliar.

—A las órdenes de la otra.

La voz de Beatriz sonó tan fría y cortante que produjo en Almudena la misma sensación que un tenedor rascando en un plato vacío.

Doña Leonor apretó los labios: sabía que eso causaría problemas.

—A las órdenes de la otra, sí —dijo al fin.

Beatriz dejó la labor sobre la mesa y se levantó. Caminó hasta la ventana y miró hacia el exterior, en silencio. Luego se volvió hacia doña Leonor.

—No trabajaré a sus órdenes —dijo, y señaló con la barbilla a Almudena—. Tomará la decisión que tenga que tomar, pero será hoy. Eso al menos nos lo debe.

Doña Leonor también se levantó.

—Muy bien. Antes de que termine la jornada tendréis mi decisión. Ahora, si me disculpáis, tengo cosas que organizar.

Cuando se marchó, en la sala se instaló un silencio gélido. Beatriz cosía con la mandíbula tan apretada que se le marcaban los músculos. Almudena, por su parte, tenía mucho que pensar. El trabajo le gustaba, y sabía que era buena. Pero Beatriz también lo era. En algunas cosas, incluso mejor. ¿Y si doña Leonor la elegía a ella? ¿Estaba dispuesta a trabajar bajo las órdenes de Beatriz? A Almudena no le importaba seguir órdenes, pero sabía que su antigua amiga convertiría su vida en un infierno si se veía por encima de ella.

No sabía qué hacer. Podía volver con doña Leonor. Trabajar a sus órdenes y pasar el día con Manuela y Teresa le parecía una vida agradable y sencilla. Satisfactoria. Pero no sabía si su maestra necesitaría a alguien más en el taller cuando ella regresara.

También podía montar un taller propio. Tenía los conocimientos y

la edad adecuada: con veinte años recién cumplidos y su experiencia en palacio, no le costaría crearse una clientela. Se imaginó cosiendo en la trastienda de su padre y no le desagradó la idea. Pero no terminaba de convencerla: ella quería más. Le gustaba coser para la familia real, trabajar en palacio, y quería llegar más alto.

Suspiró y el sonido reverberó en la sala como si hubiera sido un trueno. Levantó la mirada y se encontró con la de Beatriz. Sus ojos azules la observaban con fijeza y una frialdad tan distante, tan lejana de la amistad que una vez compartieron, que Almudena sintió ganas de llorar, pero se contuvo. No era una niña, y tampoco fue la culpable de que su amistad se rompiera. La invadió un orgullo impropio en ella que le hizo mantener los ojos fijos en los de Beatriz.

En ese instante, doña Leonor regresó. No se sentó. Miró a las dos chicas y después al frente, con las manos unidas en el regazo.

—He tomado una decisión, y don Carlos la secunda. Almudena será propuesta como costurera de la reina, por su buen hacer, su discreción y su buena disposición. Mañana se le comunicará a doña Paula y, si ella acepta, se le propondrá a Su Majestad.

Almudena sintió un mareo. ¿Ella, costurera de la reina? Había trabajado mucho para conseguir ese puesto y, ahora que lo tenía al alcance de la mano, le daba miedo que se desvaneciera. Sonrió y agachó la cabeza, conteniendo las ganas de gritar.

—Gracias —logró decir.

Beatriz se levantó, pálida como una muerta. Sus ojos lanzaban destellos de furia.

—Entonces yo también he tomado una decisión. No trabajaré por debajo de ella. Si la reina ratifica su nombramiento, se acabó para mí.

Y, sin decir más, se marchó.

24

—¡Enhorabuena, hija mía!

Domingo tenía la mirada vidriosa y parpadeó mirando al techo, en un intento de contener las lágrimas. Almudena se acercó a él y le puso la mano en el brazo.

—Padre, todavía es pronto. Ni siquiera doña Paula se ha pronunciado, y después tiene que ratificarlo la reina.

Él le dio un abrazo.

—Eres la mejor elección y ellas lo saben. Y no voy a decir que la corte me guste: está llena de víboras, pero estoy muy orgulloso de ti. Eres muy buena en lo que haces y es de justicia que se te reconozca.

—Gracias, padre.

Esa tarde Domingo cerró la tienda en cuanto Almudena salió de palacio. Padre e hija fueron a dar un paseo aprovechando que la tarde se alargaba y hacía buen tiempo. Domingo compró dos buñuelos en la esquina de Sol y tendió el cucurucho a Almudena como si fuera algo solemne.

—Para celebrarlo —dijo.

Se sentaron en un banco, con el sol bajo entre la frondosidad de los árboles. Almudena mordió y notó el crujido dulce entre los dientes.

—Tu madre estaría orgullosa —añadió él, mirando al frente.

Almudena no respondió. Apoyó la cabeza en el hombro todavía

fuerte de su padre y se quedaron así, en silencio, hasta que el sol se ocultó.

Al día siguiente, cuando llegó a palacio, vio a Ramón en una de las puertas exteriores. Beatriz estaba con él. Reía de algo que el guardia le había dicho y se tocaba el pelo con coquetería. Almudena no conocía mucho de las cosas mundanas, pero sabía que ella estaba flirteando con él, y que lo hacía por un solo motivo: porque creía que a Almudena le interesaba. Se acercó a la puerta.

—¡Buenos días, Almudena! Hoy luce un sol magnífico —dijo Ramón con una sonrisa resplandeciente.

El otro guardia, un joven al que Almudena había visto algunas veces, la saludó también. Beatriz hizo como si no la viera y Almudena no se detuvo.

—Buenos días. Entro ya, que no quiero llegar tarde.

Juan estaba en la puerta del guardarropa. Cuando la vio, sus ojos brillaron.

—He oído que hay buenas noticias para ti.

Almudena asintió.

—Eso parece, aunque no hay nada seguro.

—Es algo que celebrar, sin duda.

Por un momento, Almudena creyó que iba a proponerle dar un paseo al final de la jornada, pero Juan calló y ella se dio cuenta de que tal vez pensara que deseaba celebrarlo con Ramón. Iba a decir algo al respecto, lo que fuera, cuando oyó pasos a su espalda y cerró la boca de nuevo.

Beatriz llegó a la par que doña Paula. Su palidez era notoria y caminaba un poco encorvada, pero sonrió con calidez a Almudena.

Esa misma mañana, doña Leonor y don Carlos hablaron con ella, y se mostró conforme con la decisión. Siempre había trabajado muy a gusto con la joven y le parecía que estaba lista para asumir el reto. Así que don Carlos se lo comunicó a la camarera mayor cuando esta acudió al guardarropa para recoger los vestidos de ese día.

La camarera mayor lo consultó con la reina y, apenas dos días después de que doña Leonor dejara clara su decisión, Almudena fue llamada al despacho de don Carlos.

—Lleva aquí ya un tiempo y siempre se ha desempeñado adecuadamente —comenzó el jefe del guardarropa—. No solo es buena en su trabajo, sino que su actitud es impecable: es discreta, decente y bien dispuesta. Doña Paula falta a menudo por sus problemas de salud y necesita a alguien en quien apoyarse y que sepa tomar las decisiones correctas cuando ella no esté. No soy muy dado a los sentimentalismos, Almudena, pero me alegro de que haya recibido este ascenso. Se lo merece, y sé que hará un buen trabajo.

—Se lo agradezco mucho, don Carlos. Mi único objetivo todo este tiempo ha sido llevar a cabo mi labor de la mejor manera posible.

—Lo sé —asintió él—, y es uno de los motivos por los que estamos aquí ahora. Le informaré del sueldo que conlleva este puesto, y también de las obligaciones: es posible que, a partir de ahora, deba acompañar a las modistas o incluso a la camarera mayor para hacer alguna prueba o arreglos en presencia de la reina o de la infanta. Tengo plena confianza en usted y en su capacidad para desenvolverse con la corrección precisa.

Y así, con veinte años recién cumplidos, Almudena fue nombrada costurera de la reina.

Esa misma tarde, Beatriz abandonó el guardarropa. Ni siquiera

esperó a que doña Leonor se marchase: recogió sus cosas y se fue casi sin despedirse. Pero no tardaron mucho en volver a verla: la siguiente vez que madame Moulinier acudió a la corte, ella la acompañaba en calidad de aprendiza. A Almudena casi se le cae la aguja de la mano cuando la vio. Entró como si fuera la reina y miró por encima del hombro a la que hasta hacía apenas unos días había sido su maestra.

—Beatriz, me alegro de verte y de comprobar que has sabido labrarte un futuro. —Doña Leonor sonrió de forma sincera. Le quedaban pocos días en el guardarropa y la consolaba saber que su oficiala había encontrado una alternativa, aunque también tenía dudas de que su carácter le permitiera estar bajo la sombra de la modista mucho tiempo.

—Estoy en ello —respondió Beatriz—. Madame Moulinier ve en mí un potencial que estaba desaprovechado como simple costurera.

La modista la miró con una ligera sonrisa.

—*Ma chérie* es impetuosa y un poco altanera, sin duda —dijo—, pero ambas cosas pueden convertirse en fortalezas si se trabajan bien. Y tiene buen ojo para las novedades.

Aquello podía traerle problemas a Almudena. Si Beatriz se convertía en modista y trabajaba para la reina, tendría que hacer uso de toda su paciencia para colaborar con ella. Pero aún quedaba mucho para eso: primero tenía que formarse y, solo después de demostrar que era lo bastante buena, tal vez conseguir algún encargo de la familia real. La reina empleaba los servicios de distintas modistas, pero todas eran profesionales con años de experiencia a sus espaldas. Respiró hondo, forzó una sonrisa y trató de eliminar esa preocupación de su mente. Al fin y al cabo, no le

afectaba en ese momento.

Lo que sí le afectó fue encontrarse, a la salida, a Beatriz hablando con Ramón en el patio, donde el guardia estaba destinado ese día. Ella coqueteaba con él sin ningún reparo e incluso le ponía la mano en el brazo. Ramón sonreía, cautivado por la belleza y el descaro de la joven. Sin embargo, cuando vio a Almudena, se alejó un paso de Beatriz y la saludó con apuro, como si fuera consciente de que había hecho algo mal.

Ella pasó por delante y saludó intentando no dejar traslucir que aquello la había molestado, aunque sin éxito. Sabía que no tenía derecho a enfadarse: a fin de cuentas, aunque Ramón había dejado claro que su interés estaba en Almudena, ella no le había prometido nada. Sin embargo, la bilis subió por su garganta cuando percibió la expresión en la cara de Beatriz, que irradiaba la satisfacción de quien arrebata a un enemigo algo que anhela.

Dos días después, Ramón y Juan se encontraban en la puerta del guardarropa. Ramón quiso explicarse, pero entonces la modista y Beatriz aparecieron por el fondo del corredor y la rubia saludó al guardia con una caída de ojos y un gesto que lo desarmó. Almudena suspiró:

—No tienes que darme explicaciones, Ramón. Tú y yo no tenemos ningún compromiso.

Al pasar entre ellos, sintió la caricia de la mirada de Juan.

No había pasado una semana cuando, al salir del guardarropa en compañía de doña Leonor, Ramón, que volvía a estar en puerta, carraspeó y le pidió hablar un momento. Su maestra se despidió de ella y la dejó allí. Ramón miró de reojo a su compañero, al que Almudena conocía de vista, y se alejó unos pasos para que no le

escuchara. El guardia miró a todas partes, incómodo, antes de fijar los ojos en la costurera, que esperaba con parsimonia a que comenzara a hablar.

—Verás… —Carraspeó y tragó saliva—. No es un secreto que siento algo por ti, Almudena, y desde hace tiempo. Pero Beatriz muestra interés por mí desde hace unas semanas, y lo cierto es que tengo ganas de formar una familia. Voy a cumplir treinta años y creo que va siendo hora…

—¿Qué me estás preguntando, Ramón?

El guardia tragó saliva de nuevo.

—Lo que quiero decirte es que tú eres mi prioridad. Si me dices que sientes lo mismo, me alejaré de Beatriz y no volverás a verme hablando con ella.

Almudena respiró hondo.

—No quiero formar una familia en este momento. Soy muy joven todavía y acabo de convertirme en costurera de la reina: no arriesgaré mi puesto ahora.

Ramón pasó el peso de un pie al otro.

—Estoy dispuesto a esperar uno o dos años, si hay un interés por tu parte. Un cortejo sin prisa, pero con un objetivo claro. Sé que seríamos felices juntos, Almudena.

La joven se quedó en silencio. Sintió un incómodo pellizco en el estómago. No le gustaba que la pusieran entre la espada y la pared, y tampoco le gustaba que el afecto de Ramón estuviera dividido. Por unos instantes, valoró aceptar su propuesta: el guardia le gustaba lo suficiente como para saber que seguramente serían felices juntos, sí, aunque también era consciente de que no lo amaba y, con toda probabilidad, eso no cambiaría en el futuro. No era a él a quien

deseaba ver por las mañanas cuando acudía a palacio.

No obstante, la idea de arrebatarle a Beatriz un trofeo tiraba de ella y tuvo que recordarse que, si decidía casarse solo para prevalecer sobre su rival, estaba basando su futuro en un sentimiento erróneo. Y, en ese momento, Juan cruzó por el fondo del pasillo en la ronda vespertina. La miró desde lejos y ella sintió que el pellizco se aligeraba. Tomó una decisión.

—Eres libre, Ramón, y puede que lo que siento no sea suficiente para ti. Actúa como consideres, pero yo no puedo comprometerme ahora.

El guardia asintió sin decir nada, pero sus ojos se inundaron de pena. Se acercó, inclinó la cabeza con la mano en el corazón y luego se giró para volver a su puesto, donde su compañero lo observaba ya con el ceño fruncido por la impaciencia.

Almudena respiró hondo y se marchó sin saber cómo sentirse. Cuando salió al exterior, levantó la cara hacia el sol de la tarde, cerró los ojos y disfrutó de su calidez. Durante un breve tiempo había llegado a ilusionarse con Ramón, pero fue consciente de que no era más que una reacción al interés del guardia, a la satisfacción de verse de nuevo rondada. Nunca llegó a sentirse del todo atraída por él, no de verdad, no como por…

Abrió los ojos y decidió que jamás estaría con nadie que no le provocase en los huesos el mismo calor que sentía al mirar al sol de frente. Echó a caminar con el corazón ligero y salió de palacio.

25

Al día siguiente se despidieron de doña Leonor. Los ojos se le humedecieron cuando todas y cada una de las personas que trabajaban en el guardarropa de la reina María Luisa le dijeron que la echarían de menos y que había hecho un gran trabajo. Almudena le dio un fuerte abrazo y le prometió que iría a visitarla siempre que sus obligaciones en palacio se lo permitieran.

—Sabes que puedes contar conmigo —dijo su antigua maestra—. Si alguna vez necesitas manos extras, mi taller estará a tu disposición. Estoy muy orgullosa de ti, Almudena. Te has convertido en una mujer increíble y en una gran profesional. Eres una de las mejores costureras que conozco y me alegro de haber sido partícipe de tu educación, aunque ahora me superes.

Ese mes de junio doña Paula volvió a caer enferma y Almudena tuvo que tomar las riendas del guardarropa. El personal en palacio se había reducido al mínimo: Almudena y una costurera auxiliar llamada María, que acudía cuando había mucho trabajo y doña Paula no estaba disponible, eran las únicas que ocupaban ahora la sala de costura. A veces la joven oía las risas o los cantos en el cuarto de las zurcidoras y sonreía: aquellas mujeres desprendían una alegría que se colaba por las rendijas de las puertas y ponía de buen humor incluso a don Carlos.

Tal y como estaban las cosas, no le sorprendió que Pedro Alcántara, el sastre de Su Majestad, la llamara una mañana a la sala

principal. Allí estaban también el jefe del guardarropa y la camarera mayor. Don Pedro tenía delante unos papeles llenos de dibujos y anotaciones, y apenas levantó la vista cuando Almudena se colocó a su lado.

—Qué bien que esté aquí. Departía con su ilustrísima sobre una petición del todo inusual de Su Majestad.

Almudena se acercó más a los bocetos. Ya no le impresionaba estar en presencia de la marquesa de Bélgida. Desde que era la encargada de las costureras, casi a diario cruzaba palabras con ella cuando iba a por el vestuario de la jornada de la reina o a revisar algún encargo. Era una mujer seria y devota, tal vez un poco altiva, pero siempre cortés y educada. Se apartó un poco para dejar sitio a la costurera. Cuando Almudena vio los dibujos, levantó la cabeza y miró al sastre con el ceño fruncido.

La camarera mayor esbozó una mueca que podía ser una sonrisa, o quizá no.

—Su Majestad quiere probar algo nuevo —dijo.

—¿Qué es exactamente, señora? —preguntó Almudena.

La marquesa no respondió, pero el sastre levantó la barbilla con dignidad.

—Esto, amiga mía, es una *chemise à l'anglaise.*

—Pero ¿y la estructura?

El sastre frunció los labios, como si aún no hubiera decidido si aquello le parecía una audacia o una imprudencia.

—No tiene estructura. Eso es lo novedoso: es más simple, más libre, más… suelta.

—En Francia hace furor. María Antonieta las viste siempre que tiene ocasión —dijo la camarera, con tono seco.

La referencia a la reina francesa llamó la atención de Almudena.

—No pretendo ser descortés, don Pedro, pero me pregunto por qué no se lo ha encargado a madame Moulinier. Sin duda, ella tiene más experiencia en esto.

Don Carlos fue el que respondió.

—Con la complicada situación que atraviesa el país vecino en estos momentos, no era la mejor idea que una francesa hiciera un vestido tan… francés. No conviene mandar el mensaje de que se apoya lo que está ocurriendo.

—Entiendo.

Observaron los dibujos.

—El escote más arriba —indicó la marquesa, encargada de velar por la modestia y las buenas costumbres, a pesar de la novedad.

Don Pedro asintió y modificó el boceto.

—Tendré las piezas en unos días. Almudena, cuando estén listas, esto deberá ser su prioridad.

La muchacha asintió.

—Cuente con ello.

Tal y como acordaron, Almudena comenzó a coser aquel vestido en cuanto llegó el paquete con las telas cortadas del taller del sastre. La joven debía admitir que esa pieza era una hermosura: capas de tela que caían en libertad, con un escote generoso, aunque sin saltarse el decoro, que Su Majestad cubriría con un pañuelo. Las mangas tenían unos frunces que requerían una complejidad técnica a la que Almudena nunca se había enfrentado, pero las llevó a cabo con una solvencia que incluso a ella, con lo exigente que era con su trabajo, la dejó satisfecha. El conjunto se ceñía a la cintura natural con una cinta de raso. Almudena chasqueó la lengua: sin duda,

aquel vestido desataría encendidos comentarios.

Justo entonces oyó la voz de madame Moulinier en la sala principal.

—Traigo las piezas de la renovación del vestido lavanda, el de gala.

Como siempre que oía la voz de la modista desde hacía semanas, Almudena se tensó ante la idea de cruzarse con Beatriz. Sin embargo, cuando entró en la sala de costura, quien acompañaba a la modista era una criada jovencita que apenas podía con el fardo que llevaba en los brazos. Madame Moulinier se detuvo en seco cuando vio lo que estaba cosiendo Almudena.

—¿Eso es una *chemise à l'anglaise*? —preguntó como si lo que había encima de la mesa fuera un cadáver abierto con las entrañas al aire.

Almudena asintió.

—Me pregunto por qué se lo habrán encargado a ese sastre, si yo conozco esos vestidos tan bien como mi mano.

La modista intentaba ocultar su indignación, puesto que se podría tomar como un reproche directo a la reina, o a su camarera, que era quien en última instancia hacía los encargos y tomaba las decisiones, pero sus mejillas coloradas y la respiración agitada dejaban bien claro que lo consideraba un tremendo error. Se acercó a la mesa y tocó el tejido.

—Has hecho un trabajo increíble con estas mangas, *ma chérie*.

—Gracias, madame. ¿No ha venido Beatriz con usted? —preguntó Almudena con cuidado.

—No —respondió María Moulinier sin mirarla—. No tiene por qué estar siempre. Esa joven tiene talento, pero debe aprender a

comportarse.

No añadió nada más, pero su tono era elocuente.

Terminaron de cerrar los detalles de la modificación del otro vestido y madame Moulinier se despidió. Sin embargo, justo antes de salir por la puerta, se giró y miró a Almudena con una mirada extraña, casi de pena.

—No me lo ha dicho ella directamente, pero la he oído hablar con la oficiala de mi taller. Creo que se ha comprometido. Con un guardia.

Almudena parpadeó. No era que no se lo esperase, pero le dolió la rapidez.

—Gracias por decírmelo, madame —dijo con voz neutra.

La mujer hizo un ademán, como si quisiera ir a consolarla. A saber lo que había oído de boca de Beatriz. Sin embargo, todo acabó en una extraña mueca y un giro de cabeza. Luego se marchó.

Habían corrido mucho. Hacía apenas unas semanas de la conversación que habían mantenido Ramón y Almudena, y no había vuelto a verlo desde entonces. Y tampoco a Juan, a quien había echado de menos en la puerta del guardarropa, con su cálida sonrisa y sus bonitos ojos.

Almudena abandonó el palacio cuando el cielo comenzaba a oscurecer. La jornada se había alargado más de la cuenta y sentía las piernas cansadas, la cabeza embotada y el ánimo extrañamente sereno.

Al cruzar la puerta exterior, Juan la esperaba apoyado junto al muro, vestido con el uniforme sencillo, sin levita. Al verla, acudió a su encuentro. El corazón de la joven dio un salto emocionado.

—Sales tarde —dijo él.

—Ha sido un día de mucho trabajo —respondió ella—. Hoy había novedades.

Caminaron unos pasos en silencio, alejándose de la entrada. Al final, Juan habló:

—Ramón se ha comprometido.

—Con Beatriz. Lo sé, me lo ha dicho madame Moulinier. Supuse que ya lo sabías.

—Sí —confirmó él—. Nos lo ha contado hoy. Parecía contento.

Almudena se detuvo.

—Me alegro por ellos, espero que sean felices. —Y en cuanto pronunció esas palabras se dio cuenta de que lo decía en serio.

—Lo lamento, Almudena —dijo Juan, sin apenas mirarla.

Ella buscó sus ojos.

—¿Por qué?

—Bueno… —Titubeó y miró por encima del hombro de ella—. Él y tú… ya sabes.

Almudena respiró hondo.

—Yo no lo lamento. No sentía nada por Ramón. Desde luego, nada serio. Solo pensé que debía intentarlo, que era el momento adecuado. Pero él iba más en serio que yo.

—Entonces ¿no le correspondías?

Ella negó con la cabeza.

—No. Y creo que él se dio cuenta. Por eso me pidió que eligiera.

Juan la miraba sin decir nada. Ella continuó.

—La que no se dio cuenta fue Beatriz. Se acercó a él porque pensó que así me hacía daño, y yo dejé que lo creyera porque así no se fijaba en… en nadie más. Me sentía culpable por callar, pero… —

Se encogió de hombros—. Todo el mundo debe tomar sus propias decisiones.

—Ya veo —dijo Juan.

Caminaron un poco más por una plaza cerca de palacio. El bullicio de la ciudad se oía a lo lejos.

—Hace semanas que no te veo —dijo entonces ella.

Él bajó la mirada.

—He estado cambiando turnos.

Almudena se detuvo en seco.

—¿Eso puede hacerse?

—Si no quieres coincidir con alguien y tienes compañeros dispuestos a cubrirte, sí.

La respuesta cayó como una pieza que encajaba por fin, y lo entendió todo. Por eso coincidían con tanta frecuencia antes. Y por eso Juan había desaparecido justo después de la conversación con Ramón.

—Así que no era casualidad —murmuró.

—No —admitió él—. Pensé que estarías triste y decepcionada porque Ramón estaba cortejando a Beatriz. Quise quitarme de en medio primero, y después… no sé, creo que, en cierta manera, estaba enfadado porque lo preferías a él. Pero cuando Ramón me ha contado la noticia esta mañana, antes del turno, he querido verte. Decirte que lo sentía, si es que estabas dolida.

¿Eso significaba que sentía algo por ella, después de todo? Almudena decidió que no iba a dejar pasar esa oportunidad. Cogió aire y lo miró a lo más profundo de sus ojos verdes.

—Pues ya ves que no lo estoy.

Entonces sí, entonces Juan sonrió.

—Debo volver al cuartel, pero me gustaría saber una cosa. Si retomo las guardias en el guardarropa, ¿seré bienvenido?

Almudena le devolvió la sonrisa.

—Lo serás.

Juan hizo un ademán, como si fuese a poner la mano sobre el brazo de Almudena, pero luego la dejó en el aire y, por fin, la recogió.

—Debo volver. Te veo pronto.

La joven se quedó añorando un contacto que no había llegado a producirse. Pero estaba feliz. De alguna manera, sentía que las cosas empezaban a encajar. Y, por primera vez en mucho tiempo, se sintió dispuesta a dejarse llevar. Sin miedos. Sin dudas.

26

Avanzado el mes de julio, apenas dos días después de terminar y entregar el vestido camisa de la reina, la camarera mayor la mandó llamar al vestidor de Su Majestad para la prueba final. Juan, que tras su conversación había vuelto a aparecer con regularidad en la puerta del guardarropa y alegraba sus días con su sonrisa y su buen carácter, le deseó suerte.

Almudena, precedida por la moza de cámara que había ido a buscarla, caminó por los pasillos de servicio en silencio, concentrada en sus pensamientos. No era la primera vez que vería a la reina, pero sí la primera en que sería la cara visible del guardarropa.

La decoración de la zona cercana a las habitaciones de Su Majestad, como siempre, la impresionó: caminar por aquellas alfombras tan gruesas era muy agradable y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no detenerse delante de las obras de arte que adornaban las paredes. En los corredores mixtos no había más remedio que compartir las zonas de paso nobles, puesto que era el único acceso a las estancias de la reina. Unos alabarderos les franquearon el paso.

Cruzó por delante de aposentos donde residían algunas damas y aristócratas próximas a la reina, más cerca físicamente de Su Majestad cuanto más arriba en la escala jerárquica. Junto a una de aquellas puertas se topó con Ramón. Estaba solo: tal vez tenía instrucciones de llevar algún recado, o venía de una ronda.

Él se puso rojo al verla, pero ella se detuvo y lo saludó con naturalidad:

—Me alegro de verte, Ramón. Quería darte la enhorabuena por tu boda.

Él parecía incómodo, pero luego inclinó la cabeza en un asentimiento mudo.

—Te lo agradezco, Almudena. Eres muy generosa.

—Dime, ¿cuándo os casáis?

—Las amonestaciones ya se han publicado, así que la semana que viene, si Dios quiere.

Almudena sonrió con dulzura.

—Espero que seas feliz.

Ramón, sin embargo, la miró con cierta pena en los ojos.

—Gracias, yo te deseo lo mismo.

La moza de cámara lanzó una mirada impaciente a Almudena y reanudaron su camino. Giraron en una esquina para acceder al vestidor de la reina por una puerta lateral: una costurera no soñaría con atravesar la antecámara ni la cámara de Su Majestad. En palacio, cada uno tenía su sitio asignado, del que no se podía salir.

Su acompañante se paró delante de los alabarderos que guardaban esa puerta y esperó a que la abriesen. Entraron en un gabinete de paso decorado con gusto, pero nada recargado. Era obvio que no estaba pensado para exponerse a la vista de la corte. Continuaron hasta la siguiente puerta y la joven llamó con los nudillos. Les abrió una dama, que aguardó a que Almudena entrase y volvió a cerrar la puerta.

La estancia rebosaba de claridad, con un sol brillante que entraba por el enorme ventanal que había al frente. El suelo encerado

devolvía la luz de las ventanas altas, y el aire estaba perfumado por los ramos de gardenias y fresias que llenaban los jarrones. La camarera mayor ya estaba allí, de pie, con las manos cruzadas a la altura del vientre. Dos damas conversaban en voz baja junto a una consola. Cuando Almudena entró, el murmullo se apagó como si nunca hubiera existido.

La reina estaba de espaldas. Una dama ajustaba la espalda del vestido con cuidado, alisando la tela con las palmas abiertas. La tela caía en capas sin transparencias, la cintura se veía ceñida en el lugar correcto, y esas mangas de las que tan orgullosa estaba Almudena descendían limpias hasta el codo. No había exceso ni alarde, y sin embargo llamaba la atención.

—Ya puede girarse, majestad —dijo la camarera mayor.

La reina se volvió despacio. Caminó unos pasos, se detuvo, se sentó. Se levantó de nuevo.

Almudena no alzó la vista más de lo necesario. Estudiaba la leve tirantez en el talle, que a primera vista no había apreciado, el modo en que la tela cedía al sentarse, el movimiento del tejido, el largo exacto, rozando el empeine sin arrastrar.

—Me gusta —dijo la reina al fin, con voz neutra, sin énfasis—. Pero aquí… —se llevó dos dedos a la cintura—, lo quiero un poco más amplio.

La camarera mayor asintió y miró a Almudena.

—¿Hay margen?

—Sí, señora —respondió ella sin dudar—. Puedo ampliarlo un dedo sin problema.

La reina dio un paso hacia el espejo. Inclinó la cabeza, examinándose con atención.

—No es una prenda de corte, pero tampoco es indecorosa.

Las damas intercambiaron una mirada. La camarera mayor guardó silencio, sin saber si debía responder.

—Habrá quien se escandalice —continuó la reina mientras observaba los detalles del vestido—. Esta corte es tan mojigata…

—Majestad… —empezó la camarera mayor.

—Que hablen —la interrumpió la reina—. Estoy harta de esta aburrida moda española. —Se volvió hacia la marquesa de Bélgida—. Que se ajuste un poco la cintura. Nada más.

El asunto estaba zanjado. Una ayudante envolvió el vestido camisa y acompañó a Almudena de regreso al guardarropa. Pero cuando iban por el mismo pasillo por el que habían llegado, al pasar por delante de una puerta, esta se abrió y salió una jovencita a toda carrera que se estampó contra las faldas de Almudena.

Ella bajó la vista y se echó a reír. La pequeña aristócrata no tendría más de cuatro o cinco años y la miraba con los labios apretados, como si no le correspondiera a ella pedir disculpas sino a Almudena, por haberse puesto en su camino.

Antes de que pudiera decir nada, una niñera salió apresurada y cogió a la niña.

—María de las Mercedes, ¿qué te tengo dicho? ¡No puedes correr por los pasillos! Le has dado un susto a tu abuela, por no hablar de esta pobre mujer a la que has atropellado.

—No ha sido nada —dijo Almudena.

Entonces apareció una dama de unos sesenta años, seguramente la abuela de la pequeña, de pelo blanco y porte elegante. Abrió la boca con cierta altivez, sin duda para reprocharle a la niñera que no hubiera cumplido con su deber, cuando vio a Almudena y se puso

pálida.

—Lo lamento, señora marquesa —dijo la niñera—. No volveré a despistarme.

Pero aquella mujer ya no prestaba atención a su nieta ni a su acompañante. Tenía la mirada fija en Almudena y sus ojos se veían redondos y saltones de tan abiertos como estaban. Parecía una estatua, inmóvil y pálida.

Almudena hizo una pequeña reverencia y mantuvo la mirada baja. ¿Qué demonios le pasaba a esa señora? Entonces ella se acercó y, con mano temblorosa, la agarró de la barbilla y la obligó a levantar la cara. Almudena se encontró con los ojos ámbar de aquella mujer, muy parecidos, de hecho, a los suyos.

—¿Isabel?

Almudena sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies. Dio un paso atrás.

—¿Cómo dice, señora?

La mujer avanzó ese paso de distancia y volvió a observar su cara con atención.

—¡Isabel! No, no, no puede ser —dijo, como hablando consigo misma—. Pero mira la edad de esta joven. Sin embargo… ¡es asombroso! ¿Cómo te llamas, muchacha, y de dónde vienes?

—Me llamo Almudena, señora, y soy costurera de Su Majestad. Volvía del vestidor de la reina.

—¿Una costurera? Entonces me he equivocado, no hay duda. Lo lamento, joven.

Almudena vaciló.

—¿Puedo preguntar con quién me ha confundido su ilustrísima?

La mujer la miró como si no mereciera explicaciones. Sin

embargo, seguía blanca como una muerta, todavía escudriñaba el rostro de Almudena como si buscase la respuesta a algún misterio y, sobre todo, mantenía la barbilla de la joven sujeta. Cuando se dio cuenta, la soltó y dio un paso atrás. Suspiró.

—Con un fantasma del pasado. No tiene importancia, continúe.

Almudena regresó al guardarropa como en una nube. El vestido había pasado a un segundo plano, la satisfacción por el trabajo bien hecho ya estaba olvidada. «Isabel». Otra vez ese nombre, otra vez el misterio. No podía dejar pasar aquello. Cuando llegó a la puerta, Juan le preguntó cómo había ido, pero ella apenas lo oyó, no contestó y tampoco se fijó en la mirada preocupada del joven.

Colocó el vestido sobre la mesa de trabajo. Tenía que arreglarlo, pero, cuando intentó soltar la costura, sus dedos temblaban demasiado para usar la tijera sin arriesgar la tela. Llamó a María y le pidió que descosiera la pieza.

Ella, mientras tanto, intentó tranquilizarse. Salió, cruzó la sala principal y se asomó al cuarto de las zurcidoras. Allí estaba Josefa, y también María del Carmen. Reían hablando entre ellas y con las compañeras, sin dejar de zurcir las piezas que tenían sobre las rodillas. María del Carmen levantó la cabeza y la vio en la puerta.

—¡Almudena! Parece que has visto a un muerto, ¿te encuentras bien?

Ella negó con la cabeza y se marchó sin decir nada. No vio la mirada que se cruzaron las dos zurcidoras. A Josefa no se le había olvidado su insistencia en saber más sobre aquellos símbolos ni la referencia a que su madre los usaba, y se preguntó si aquello tenía algo que ver con su extraño comportamiento. No se lo había

mencionado más, pero sabía que era cuestión de tiempo que volviera a la carga.

La joven se acercó a los ventanales que daban al patio y miró al exterior. Respiró hondo para intentar calmarse.

«Isabel». Un nombre común, pero no tanto. Sabía que tenía algo que ver con ella, algo más importante de lo que en un primer momento había podido imaginar, pero esta vez llegaría al fondo del asunto. Su padre no podría escabullirse. No en esta ocasión.

—¡Almudena!

Se giró sobresaltada y vio a don Carlos detrás de ella, con expresión preocupada.

—¿Se encuentra bien? La he llamado tres veces.

Ella lo miró y entonces tomó una decisión. Parpadeó.

—Lo lamento, don Carlos. Es un tema personal. Tengo que sacar un poco la cintura del vestido de Su Majestad, pero me gustaría marcharme después. Solo por hoy. ¿Cree que podría prescindir de mí unas horas?

Don Carlos suspiró.

—Pues claro, querida. Ya es casi mediodía, termine el vestido y váyase a arreglar lo que quiera que necesite ser arreglado. Nunca la había visto tan alterada —dijo sin apartar la vista de sus manos, que retorcía sin ser consciente de ello.

Almudena se lo agradeció con un gesto de cabeza y volvió al cuarto de costura. María ya había terminado de soltar la cintura. También había enhebrado la aguja.

—Me pareció que hoy no tenía el pulso como siempre, doña Almudena —dijo—. Me he permitido adelantarle el trabajo.

«Doña» Almudena. Esa palabra le hizo ver lo mucho que había

crecido, hasta dónde había llegado. Respiró hondo una vez más.

—Gracias, María, ahora mismo me pongo con ello. Por favor, termina el forro del vestido lavanda.

Se sentó y cerró los ojos. Poco a poco, su corazón volvió a latir a un ritmo normal y los dedos, aunque todavía temblorosos, recuperaron su firmeza. Sacó el talle un dedo justo. Ni un poco más, ni un poco menos.

Después llevó el vestido a don Carlos y se marchó.

No había parado ni para comer, pero no sentía hambre: solo quería llegar cuanto antes a casa. Cruzó por las calles de Madrid sin disfrutar del trajín, del movimiento, de los olores y los colores de esa ciudad vibrante. Llegó a su casa y entró en la tienda. No había nadie, salvo su padre sentado detrás del mostrador. Echó la llave y colocó el cartel de CERRADO.

Domingo levantó la vista y frunció el ceño.

—Almudena, ¿qué haces aquí? Es muy temprano.

La joven tomó aire y dijo, con la voz tan firme que no admitía réplica:

—Padre, tenemos que hablar.

27

La trastienda estaba como siempre, aunque hacía semanas que Almudena no entraba allí. Cuando soltó aquella frase, su padre no dijo nada: leyó en su rostro la determinación y supo de qué quería hablar, y también que esa vez no le valdrían las excusas.

Le hizo un gesto con la cabeza y pasaron a ese pequeño espacio tan familiar para ella, anclado a los recuerdos de su niñez. Domingo abrió la puerta que comunicaba con el patio interior: era media tarde, el calor apretaba y no había nadie todavía, pero la luz era un bálsamo para ambos, así que la dejaron abierta. El hombre se sentó y señaló la silla frente a él para que Almudena también tomara asiento.

—Dime, hija —dijo tras un prolongado silencio—. ¿Qué quieres saber?

—¿Quién es Isabel? —preguntó Almudena.

Su padre la miró como si buscara la confirmación de que estaba preparada para la respuesta. Indagó en sus ojos de forma tan profunda que se inclinó hacia delante, acortando la distancia que lo separaba de su hija. Después se echó para atrás y apretó los párpados como si necesitara tranquilizarse, o como si lo que estaba a punto de confesar le doliera. Luego suspiró y, por fin, habló:

—Isabel era el nombre de tu madre.

Almudena se quedó rígida. De alguna manera, aquello no la sorprendía, pero tampoco le encontraba mucho sentido.

—Madre se llamaba María. ¿Es que acaso su nombre completo era María Isabel? ¿Qué tiene eso de extraño? No lo comprendo.

Su padre volvió a suspirar y sus ojos se llenaron de tristeza.

—No se llamaba María. Su nombre de nacimiento era Isabel. Se lo cambió por seguridad, para que nadie la reconociera cuando… cuando huyó.

El estómago de Almudena se encogió y la vista se le nubló.

—¿Cuando huyó? ¿De dónde? ¿De quién? ¿Por qué?

Su padre bajó la voz, a pesar de que el patio interior estaba desierto:

—Almudena, tu madre… tu madre era una noble.

No estaba preparada para esa confesión y no supo cómo reaccionar. Se quedó petrificada. No dijo nada, no sintió nada. Se limitó a mirar a su padre sin pestañear con sus enormes ojos color miel fijos en los de él.

—¿Que era qué? —preguntó al final.

—Tu madre era hija de un marqués. Con quince años decidieron casarla con un viejo conde al que su padre debía un favor. Cuando vino con su dueña a la tienda para ver telas para su ajuar nos conocimos y nos enamoramos, aunque solo coincidimos unas pocas veces, y nunca a solas. Pero lo que sentía por tu madre era profundo y muy fuerte, y lo que ella sentía por mí era igual de intenso. Así que contactó con alguien dentro de palacio que la ayudó a huir. Como su padre la vigilaba estrechamente acabaron por fingir su muerte. Sé que no fue fácil, pero al final lo consiguieron y pudo salir de allí. Ella se cambió el nombre y nos casamos. Te tuvimos a ti y fuimos felices unos años. El final ya lo conoces.

Almudena se quedó en silencio un rato largo, digiriendo lo que

acababa de descubrir. Después de tanto tiempo queriendo saber quién era Isabel, de perseguir la verdad, ahora resultaba que tenía sangre noble y que su madre no era quien había dicho ser durante gran parte de su vida. Sus ojos se dirigieron al fondo de la trastienda y creyó ver, por un momento, una escena cotidiana de su niñez.

Su madre trasteaba entre los cajones de las estanterías buscando quién sabía qué. «Madre, padre dice que salga a atender, que hay mucha gente». Una versión más infantil e inocente de Almudena apareció en su campo de visión. Su madre se giró y le revolvió el cabello en lo alto de la cabeza. «Tu padre se agobia enseguida. Dile que ya voy». La pequeña corrió de vuelta a la tienda, pero antes vio cómo su madre sacaba un pañuelo bordado con símbolos extraños, lo miraba con expresión indescifrable y se lo guardaba en la faltriquera antes de salir a la tienda.

«Hija». «Hija».

—¡Hija! ¿te encuentras bien?

Almudena parpadeó y volvió al presente. Miró a su padre, extrañada de su propia calma.

—Entonces ¿madre era una dama noble que huyó de un matrimonio no deseado y vivió el resto de su vida como la mujer de un tendero?

Domingo sonrió con nostalgia y sus ojos se humedecieron.

—Ya, hija, a veces yo también me pregunto qué vio en mí. Si tan malo era su destino como para rechazar una vida de comodidades. Pero supongo que las comodidades no valen de nada cuando vives en una jaula. Bonita pero cerrada.

—Y alguien la ayudó a escapar…

Su padre asintió, sin añadir nada más.

Almudena se removió en la silla: a pesar del calor que entraba por la puerta del patio, se había quedado helada.

—¿Y nunca tuvo miedo de que la reconocieran?

Domingo suspiró.

—Tampoco es que los caminos del pueblo llano y los de la corte se crucen a menudo, hija mía. Y, aunque así fuera, te sorprendería lo poco que nos ven cuando no estamos a su nivel. Tu madre podría haberse cruzado con su padre al poco de escapar y él ni siquiera le habría dirigido una mirada.

Almudena se levantó y se asomó a la puerta. El patio, aunque en sombra, dejaba pasar un rayo de sol en el umbral y buscó su calor. Necesitaba pensar, asimilar todo aquello, pero sabía que le llevaría tiempo. El silencio del patio se rompió cuando los hijos de Vicenta salieron a la carrera de su casa y bajaron las escaleras saltando los escalones de dos en dos. Su madre salió tras ellos y bajó con una cesta de ropa sucia. Saludó a Almudena con un gesto que ella le devolvió, y luego la joven volvió a entrar en la trastienda y cerró la puerta.

Su padre no se había movido de donde estaba.

—Perdóname, hija mía —dijo con ojos tristes—. Nunca quise mentirte, pero era un secreto peligroso. Solo quería protegerte. Protegernos. Si se hubiera sabido la verdad…

Almudena hizo un gesto para detener a su padre y agarró una de sus nudosas manos, cubiertas de venas, pero suaves y blancas.

—Lo entiendo y le perdono, padre. Me habría gustado que hubiera confiado en mí antes, pero lo entiendo. Aunque hay algo más que necesito saber.

Su padre retiró la mano despacio.

—Los símbolos.

Almudena asintió.

—Necesito entender qué significan y por qué madre los llevaba encima.

—Tu madre nunca me lo contó todo —dijo, y se encogió de hombros—. Según ella, para protegerme.

—Pero la vio igual que yo con esa libreta. Y usted estaba en la tienda cuando venían a buscar sus piezas o a entregarle otras.

—Así es, pero ella no quiso desvelarme el misterio y yo no quise obligarla. Solo sé que de vez en cuando, no muy a menudo, alguien le traía un pañuelo bordado y ella, a los pocos días, devolvía otro. No me gustaba que se implicara en asuntos turbios, eso siempre es peligroso, pero me prometió que no pasaría nada, y lo cierto es que nunca sucedió, así que cumplió su palabra.

—Entonces ¿no sabe nada de eso? —Almudena suspiró, frustrada.

Domingo negó con la cabeza.

—No, y no será porque no se lo preguntase. Pero siempre se obstinó en el silencio. De todos modos, aunque las conversaciones con las mujeres con las que hacía el intercambio eran de lo más triviales, sí creí entender que en su mayoría venían de palacio.

Entonces Almudena supo lo que tenía que hacer.

A la mañana siguiente llegó más temprano de lo habitual. La dejaron pasar sin preguntas. Al fin y al cabo, casi todos los guardias la conocían y sabían a dónde iba, aunque no fuese su hora. Ese día, Juan estaba en la puerta del guardarropa. Desde su pequeña conversación, aparecía por allí muy a menudo, y Almudena todas las

mañanas intentaba anticipar con un pequeño nudo en el estómago si estaría o no. Pero ese día, en concreto, no lo esperaba.

—¡Almudena! ¿Qué haces aquí tan temprano?

La joven les sonrió, a él y a su joven compañero, aunque hubiera preferido que fuera otro quien custodiara la entrada. No quería mentirle, pero tenía que disimular.

—Como ayer me tuve que ir tan pronto, hoy quería adelantar algunas cosas. ¿Ha llegado ya don Carlos?

Juan negó con la cabeza.

—Todavía no. Las que sí han llegado son las zurcidoras, como de costumbre.

La joven asintió. Contaba con ello. De hecho, era el motivo por el que estaba allí a esas horas. Juan le abrió la puerta y no se apartó cuando ella entró. Almudena le rozó al pasar y se puso colorada. Un calor difuso se instaló en sus músculos y le costó dar el siguiente paso, que la alejaría de él.

—Me gustaría preguntarte algo, Almudena —dijo Juan en voz baja.

La calidez de su aliento le provocó un escalofrío. La joven se quedó quieta.

—Dime —contestó esforzándose para que la voz le saliera firme.

Él volvió a acercarse a su oreja, como si no quisiera que su compañero le oyera.

—A la tarde tengo turno de ronda, pero acabaré un poco antes que tú. ¿Te apetece que demos un paseo cuando termines?

Ahí estaba. Después de tanto tiempo, por fin se lanzaba. Saber que ella no había sentido nada por Ramón sin duda le había dado un empujoncito. Pero, aun así, Almudena quería ser precavida.

—Sí, me apetece —dijo, también en voz baja. Y añadió—: Pero no se lo cuentes a nadie, por favor.

Juan frunció el ceño como si no entendiera esa condición, pero asintió.

Cuando Almudena ya se alejaba de la puerta, oyó la risa del otro guardia a sus espaldas:

—¿Cortejando costureras en tus horas de trabajo, Juan?

La voz del joven salió seca y cortante.

—En absoluto.

—Hay que ver, cómo te pones —oyó que murmuraba el otro.

A la tarde hablaría con él, pero ahora… ahora tenía pendiente una conversación más importante.

El guardarropa estaba muy tranquilo a esas horas. Acostumbrada a la actividad desbordante, le sorprendió. Ya había amanecido, pero la luz que entraba por las ventanas todavía era escasa. La sala principal, sin sastres, modistas, mozos ni ayudantes parecía más grande, y Almudena paseó la vista por las paredes cubiertas de armarios y estantes. La paz que se respiraba allí le proporcionó la calma que necesitaba para enfrentarse a lo que tenía que hacer.

Las risitas en el cuarto de las zurcidoras atrajeron su atención. Encaminó sus pasos en esa dirección y se asomó a la puerta. Allí estaba Josefa, preparando el trabajo del día, y otras dos chicas cuyos nombres no recordaba porque apenas las había tratado. Las tres la miraron con sorpresa y dejaron de reír.

—¡Almudena! Buenos días nos dé Dios. ¿No es muy pronto para ti?

La joven ni siquiera saludó:

—Me gustaría hablar contigo en la sala, Josefa. ¿Me acompañas, por favor?

La zurcidora apretó los labios. Sin duda sabía de qué quería hablar Almudena, pero no podía levantar sospechas entre sus compañeras, así que asintió, dejó la labor en la silla y salió detrás de ella.

Almudena se dirigió al rincón de la sala principal que estaba junto a los ventanales. Quería apreciar bien el rostro de la mujer cuando contestara a sus preguntas, y aquel era el mejor lugar. Ambas se miraron en silencio, hasta que Josefa lo rompió con una voz alegre que desmentía su rostro grave.

—Pues tú dirás. ¿De qué querías hablar?

—Sabes de qué quiero hablar, Josefa. Creo que es el momento de que me cuentes qué está pasando aquí.

Josefa hizo un gesto de exasperación, como si no pudiera creerse que no hubiera olvidado ya ese tema.

—¿A qué te refieres? Mira, me caes bien, pero tengo mucho trabajo y no puedo permitirme…

—Es suficiente, Josefa —le dijo sin levantar la voz—. Sé que hay algo oculto detrás de esos símbolos. Los he visto varias veces, y también sé que mi madre tenía algo que ver con ellos. Solo quiero entender.

Josefa abrió la boca, sin duda para inventar una excusa, pero vio en el rostro de la costurera que eso no la iba a frenar. Miró a todos lados buscando una escapatoria.

—Almudena, yo… No es que quiera mentirte, es que… No sé…

Entonces se oyeron voces en la puerta y entró María del Carmen. Al verlas allí se quedó parada. Entrecerró los ojos. Después pareció

atar cabos y se acercó con la cara inexpresiva como una piedra.

—¿Qué hacéis aquí?

La mirada de Josefa era una clara petición de ayuda y María del Carmen suspiró.

—Vete dentro, Josefa. Ya me quedo yo.

La zurcidora volvió a su puesto casi corriendo.

María del Carmen miró a Almudena: aquella joven era tenaz, desde luego, demasiado para su propio bien. Llevaba treinta años trabajando en palacio y sabía leer a las personas mejor que la mayoría. Y su instinto le decía que esa chica tenía algo especial. No se iba a conformar con cualquier historieta inventada para quitársela de encima. Se repeinó el pulcro moño oscuro y la miró con sus ojos del color del musgo.

—Muy bien. ¿Qué quieres saber?

Si Almudena se quedó sorprendida de que fuera tan fácil, no lo demostró. Tampoco se extrañó de que la jefa de las zurcidoras pareciera saber de qué estaban hablando. Con la mirada que le echó Josefa pidiendo ayuda, quedó claro que ambas estaban metidas en aquello. Así que aprovechó la ocasión y lanzó su pregunta:

—Los símbolos. Aquellos que vi en el pañuelo de la joven dama hace un tiempo, seguro que Josefa se lo ha contado. Los he visto otras veces, y quiero saber qué significan.

La cara de María del Carmen no mostró ninguna expresión.

—¿Dónde los has visto antes?

—Los vi en otro pañuelo que una joven dejó caer en la calle hace ya un par de años, se los vi a la joven dama… y también los tenía mi madre, dibujados en una libreta que encontré tras su muerte.

María del Carmen asintió sin cambiar el gesto.

—¿Quién era tu madre?

—Se llamaba María. —Temía revelar el secreto de su madre, pero sabía que solo conseguiría sinceridad si era sinceridad lo que ofrecía —. No, mi madre se llamaba Isabel.

Ahí sí, algo cambió en el gesto de la jefa de las zurcidoras.

—¿Isabel? ¿Qué más?

—No lo sé. —Almudena sacudió la cabeza—. Acabo de enterarme de su verdadero nombre. Solo sé que vivió en la corte de joven… antes de escapar.

María del Carmen abrió los ojos con sorpresa y dejó de disimular. Se acercó mucho a Almudena y observó su cara con atención.

—¡Pues claro! ¿Cómo no me di cuenta?

Almudena se irguió.

—¿Me va a decir lo que quiero saber?

La jefa de zurcidoras dio un paso atrás y la máscara indescifrable cubrió de nuevo su rostro.

—Aquí no, es peligroso. Acude esta noche a —se acercó a su oído y susurró una dirección, no demasiado lejos de su casa—. Después del toque de ánimas, cuando ya sea noche cerrada. No llegues muy tarde, ven sola y, sobre todo —bajó aún más la voz—, asegúrate de que nadie te sigue.

Almudena sintió frío, a pesar del calor que ya comenzaba a saturar la estancia. Se dio cuenta de que estaba a punto de meterse en algo peligroso. En algo que, sin duda, sería mejor no conocer. Sin embargo, no podía echarse atrás. Ya no.

Por fin asintió, y María del Carmen le contestó con una inclinación de cabeza antes de girarse y volver a su sala.

Almudena se quedó allí, quieta, con la vista fija en el patio

desierto, preguntándose si había hecho lo correcto. Luego suspiró, echó los hombros atrás y levantó la barbilla. Había hecho lo que tenía que hacer. Ya valoraría las consecuencias más tarde.

Se encaminó hacia la sala de costura con la respiración agitada, la mente dando vueltas y el alma esperanzada.

28

El día avanzó con una lentitud desesperante, como un caballo que se abre paso a duras penas por un camino enfangado. Almudena alzaba la vista una y otra vez hacia el reloj, convencida de que se había estropeado: el tiempo parecía ajeno a su impaciencia.

Tenía demasiadas cosas aguardando al final de la jornada. Demasiadas para una sola tarde. La conversación pendiente con la jefa de las zurcidoras, ese hilo del que por fin había conseguido tirar, y tal vez las respuestas que llevaba tanto tiempo persiguiendo. Y, por si no bastara con eso, la promesa de un paseo con Juan que le latía en el pecho con una expectación casi infantil.

Se sorprendió al advertir cuánto lo deseaba.

Apoyó un instante las manos sobre la mesa de trabajo y respiró hondo. No era propio de ella sentir tanta agitación, siempre había sabido controlarse. Pero ahora la emoción ganaba a la prudencia.

Se reprendió en silencio. Tenía veinte años y era costurera de la reina. Había llegado hasta allí por méritos propios, sin atajos ni favores. Todo lo que estaba ocurriendo: el ascenso, las respuestas, incluso el interés de Juan, no era fruto del azar. Se lo había ganado.

«Solo vas a ir a escuchar, a entender quién era tu madre y en qué estaba metida. Por qué huyó, quién la ayudó. De qué va esto. Luego te irás a tu casa y seguirás con tu vida», se dijo para tranquilizarse. Pero en algún sitio de su interior, en algún recoveco, sabía que no iba a ser tan fácil.

El resto del día se comportó como una autómata. Revisó el vestuario de Su Majestad junto a don Carlos, dio las indicaciones necesarias y escuchó sin enterarse demasiado. Su mente regresaba una y otra vez al mismo punto, incapaz de centrarse. Notaba los dedos torpes, rígidos, y la respiración superficial y acelerada. Cuando por fin terminó la jornada, sintió un alivio físico, casi doloroso. Dejó la labor en orden, se arregló con rapidez y abandonó el guardarropa.

Al cruzar la puerta exterior del palacio Juan la esperaba apoyado en un muro. Cuando la vio se incorporó y se acercó despacio, como si no quisiera llamar la atención. Ella sonrió, pero Juan no le correspondió, como de costumbre.

—Creo que nadie me ha visto salir —dijo él con un tono que pretendía ser natural, aunque no lo consiguió del todo—. Puedes estar tranquila.

Almudena ladeó un poco la cabeza al mirarlo.

—¿Crees que te he pedido discreción porque no quiero que me vean contigo?

Juan no respondió de inmediato, y ese silencio fue suficiente. Ella suspiró con suavidad y comenzó a caminar, obligándolo a acompañarla.

—No es por ti —aclaró mientras cruzaban la calle frente al palacio —. Es que Beatriz y Ramón aún no se han casado y…

Se interrumpió para buscar las palabras adecuadas. No le gustaba hablar mal de nadie, y menos aún justificar algo que, en el fondo, le resultaba desagradable.

Juan frunció el ceño, desconcertado.

—¿Y eso qué tiene que ver con nosotros? Dijiste que no sentías nada por él.

—No es eso —respondió ella—. Beatriz me odia. Ya te dije que se había acercado a Ramón para hacerme daño, y me preocupa que, si nos ve juntos…

Juan abrió los ojos al comprenderlo.

—Temes que anule el compromiso y comience a coquetear conmigo.

Almudena asintió sin añadir nada más.

—Eso es… —Juan negó con la cabeza, indignado—. Eso sería muy retorcido.

Ella esbozó una sonrisa breve, sin alegría.

—Eso no suele frenar a quien se siente herido.

—De todas maneras —se justificó él—, conmigo no conseguiría nada. Sé muy bien lo que quiero.

Sus palabras tranquilizaron a Almudena, pero no del todo. Juan no sabía lo seductora que podía llegar a resultar Beatriz.

Siguieron caminando, ya inmersos en el ruido de la ciudad. Almudena notó cómo el nudo que había tenido todo el día en el estómago se aflojaba un poco. No sabía qué ocurriría después, ni con Juan ni con lo que estaba a punto de descubrir esa noche. Pero sentía que avanzaba, y la sensación le gustó.

Al principio iban en silencio, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Pero Almudena se dio cuenta de que era un silencio cómodo, como si llevaran años compartiéndolo. Entonces Juan habló:

—¿Debería avisarle?

Ella giró la cabeza con sorpresa.

—¿A Ramón? Es un hombre adulto, Juan. Ha tomado una decisión, y supongo que Beatriz también habrá valorado otras cosas

en él. —A su mente vino el carruaje que la había recogido tiempo atrás en la Puerta del Sol, o la mirada que había compartido con el marqués de Valdearenas en la verbena—. Quién sabe. No deberíamos entrometernos.

Juan emitió un pequeño sonido con la garganta, una especie de quejido, pero luego asintió.

—Tienes razón, dejémoslo así. Parece muy enamorado, y ya se sabe que los enamorados no suelen agradecer los consejos no solicitados.

Tomaron una calle más estrecha, donde el ruido se diluía y el aire parecía menos cargado. El sol aún se colaba entre los tejados, tiñendo las fachadas de un tono dorado que duraría poco. Esquivaron a una cuadrilla de niños que pasaron riendo y chillando, y con ellos y su barullo se desvaneció la seriedad del momento. Juan sonrió, casi como si él también fuera un chiquillo.

—Espera aquí.

—¿Sola? —dijo ella—. No tardes, a ver si la gente va a pensar que soy una fresca.

Juan rio con una risa clara y limpia que ella nunca le había oído, y notó un pellizco en el pecho cuando se dio cuenta de que podría estar oyendo ese sonido toda su vida. Se quedó allí, pero no por mucho tiempo. Juan volvió enseguida con un cucurucho de papel repleto de rosquillas.

Se sentaron en el borde de una fuente y disfrutaron de lo que quedaba de tarde. Vieron a los niños jugar al aro, a los trileros intentar captar a los pardillos y a los hombres y las mujeres del barrio volver a sus casas tras el trabajo o dar un paseo al aire libre. Hablaron de todo y de nada, y Juan la hizo reír a menudo. Incluso

llegó a olvidarse un par de veces de la reunión a la que tenía que acudir más tarde. En aquel momento Almudena se sintió feliz de estar allí.

—Hoy ha sido un día extraño —dijo.

—Ya —dijo Juan, que tragó el último bocado y frotó las palmas de las manos, la una contra la otra—. Te he notado un poco distraída esta tarde.

Ella asintió. Sabía que no podía contarle nada de lo que había descubierto ni de lo que estaba por descubrir, pero le gustaba hablar con él.

—Tal vez. Hoy me he dado cuenta de algunas cosas, pero me lo he pasado muy bien contigo.

El último rayo de sol se escurrió por una esquina y la plazuela quedó sumida en un ambiente un poco apagado. Todavía era de día, pero ya se barruntaba la noche. Almudena se levantó.

—Me gustaría quedarme más rato, pero debo regresar ya a casa. No quiero que mi padre se preocupe.

Juan dio un salto y se puso en pie.

—¡En marcha entonces! No quiero empezar con mal pie con tu señor padre.

Almudena reprimió una sonrisa. Con esa frase, Juan acababa de dejar claro que esperaba algo más que un paseo. Él también se dio cuenta y trató de arreglarlo.

—Quiero decir, no me interpretes mal… No quiero apremiarte, ni pedirte nada que no estés dispuesta a dar.

—Lo sé —dijo ella. Y tras un breve silencio, añadió—: Aunque tal vez yo esté lista para que apremies un poquito.

La sonrisa de Juan lo dijo todo. No podían tocarse, pero tampoco

hizo falta. Se acercó a ella un poco más de lo permitido, solo un poco, y el vello del brazo de Almudena se erizó como si algo invisible le hubiera recorrido la piel.

Cuando llegaron a casa de Almudena, la tienda ya estaba cerrada. Se quedaron en silencio, uno frente al otro. Juan, de pronto, parecía un poco tímido.

—¿Te gustaría que repitiéramos mañana?

Ella asintió.

—Mañana —dijo, y se metió en el portal.

—Llegas muy tarde, hija.

Domingo estaba sentado al lado de la ventana y escribía algo con su pluma en un papel. Ella pensó en mentirle, en decirle que había tenido mucho trabajo, pero no quería engañarlo. Al menos, no con eso.

—Uno de los guardias de palacio me ha acompañado a casa.

Domingo levantó la vista y se fijó en Almudena, en el brillo de sus ojos, en la sonrisa que no podía disimular.

—Ya veo —dijo, y volvió a lo suyo.

Ya quedaba muy poco para el toque de ánimas y Almudena se excusó diciendo que estaba cansada, le dio un beso a su padre en la mejilla y se retiró a su alcoba, aunque dejó la puerta entornada. No se quitó la basquiña, y cambió su manto fino, veraniego, por otro más grueso con el que ocultar su rostro y pasar desapercibida. Se quedó quieta, esperando. Su padre se levantó poco después y fue a acostarse. Lo oyó moverse por la habitación y cerrar el cajón de la cómoda; escuchó la leve tos que lo acompañaba siempre antes de dormir y, por fin, el suave crujido del colchón al notar el peso de su

cuerpo.

Después, silencio.

Las campanas del Carmen dieron el toque de ánimas cuando el cielo ya perdía el último resto de color. Las de la iglesia de San Luis Obispo compitieron con ellas enseguida. El sonido se coló por la ventana abierta y se quedó suspendido en la casa. Almudena no se movió hasta que el último tañido se apagó del todo.

Esperó.

Desde el cuarto de su padre no llegaba ningún ruido. Domingo ya habría cogido el sueño: siempre dormía como un tronco, algo que, en esos momentos, agradecía con toda su alma. La casa había entrado en el silencio de la noche recogida, cuando el día había tocado a su fin.

Entonces se levantó.

Se calzó con cuidado, intentando no hacer ningún ruido al apoyar el pie en el suelo. Después se echó el manto sobre los hombros y se pasó la mano por el cabello con un gesto rápido, casi inconsciente. Salió de su cuarto de puntillas. Se quedó quieta en mitad de la sala, escuchando. El eco de la respiración profunda y acompasada de Domingo, que se filtraba por la puerta entreabierta, la tranquilizó. Se acercó a la puerta de la casa, pero no la abrió todavía.

Unas voces pasaron bajo su ventana. Risas breves y el ruido lejano de un carro sobre el empedrado. Más allá, alguien llamó a otra persona por su nombre. En cuanto se oyó el traqueteo de otro carro, Almudena apoyó la mano en la madera y abrió lo justo para pasar. La puerta protestó con un crujido leve que quedó ahogado por los pasos que cruzaban la calle en ese mismo instante.

Salió de lado y entornó la puerta con la misma lentitud con la que

había abierto, pero antes colocó un trozo de tela en la cerradura para que el pestillo no llegara a encajar. Así, parecería cerrada para cualquiera, pero ella podría volver a entrar sin hacer ruido. Dejó la palma apoyada un segundo más de lo necesario, como si aquel contacto le diera seguridad. Luego bajó las escaleras, cruzó el patio, iluminado por el farol que se mantenía encendido las primeras horas de la noche, y salió al exterior con el corazón galopando en su pecho. Era la primera vez en su vida que engañaba a su padre.

En la calle aún se respiraba el calor del día. Algunos faroles empezaban a encenderse, y las sombras se alargaban sin llegar a confundirse del todo. Todavía había movimiento: gente que volvía a casa, puertas que se cerraban, pasos que se alejaban.

Almudena se cubrió el rostro con el manto, dejando apenas un ojo a la vista. No miró atrás, pero tampoco apresuró el paso más de lo razonable. Caminar demasiado deprisa habría sido delatarse, demostrar que iba a algún lugar indebido. Ya llamaba bastante la atención que fuese cubierta con el manto: eso indicaba con claridad que no quería ser reconocida, y nadie con un destino legítimo evitaba que se le viera la cara.

Las pocas personas con las que se cruzaba la miraban de reojo, tal vez preguntándose si acudía a una cita clandestina o algo peor. No le gustaba la sensación, pero, en aquel momento, le preocupaba más coincidir con alguien conocido. Con un nudo en la garganta, giró en la esquina y localizó la puerta a la que debía llamar. Frenó y miró a su alrededor. «Asegúrate de que nadie te siga», le habían dicho.

Al final de esa calle, un hombre solitario cambió de acera y se

perdió tras la puerta de una taberna. De la calle que acababa de dejar atrás le llegaron los pasos apresurados y las risas de tres jóvenes que regresaban a sus casas. No había nadie más. Solo un enorme gato pardo que se lamía una pata sentado en un portal y que miraba a Almudena con sus ojos amarillos, como si también él sospechase de sus intenciones.

Cogió aire, lo soltó despacio y caminó hasta la puerta. Golpeó tres veces con el puño y esperó.

—¿Quién va?

Almudena susurró la palabra que le había indicado María del Carmen y la puerta se abrió. Una mujer con el rostro cubierto le hizo un gesto con la mano para que pasara. Ella lo pensó un momento, con el pie levantado, antes de cruzar el umbral. Pero luego la determinación se instaló en su rostro, irguió los hombros, dio el paso y entró. La puerta se cerró tras ella.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pues en la estancia solo había un par de velas en las esquinas de una mesa que estaba en el centro, vio a María del Carmen de pie, esperándola. A su espalda, cuatro figuras encapuchadas.

—Hola, Almudena.

La joven se acercó hasta quedar frente a ella. Las figuras se movieron un poco, como si se reubicasen para poder responder a una amenaza con rapidez. Miró a la jefa de las zurcidoras muy seria.

—¿Vas a responder a mis preguntas?

La mujer examinó su rostro con tanta concentración que Almudena pensó que podía leer hasta sus recuerdos más lejanos. Entonces esbozó una media sonrisa e hizo un gesto con la cabeza.

—Lo haré. Ven, sentémonos. —Luego se dirigió a las figuras

encapuchadas—. Podéis estar tranquilas, hermanas.

Aquellas mujeres, que en ningún momento habían mostrado su rostro, se miraron una a otras como si dudaran, pero al final se retiraron a una esquina. A la vista, pero dándoles cierta intimidad.

—Antes de nada —dijo María del Carmen—, me gustaría saber cómo has llegado hasta nosotras. Corremos un gran riesgo al haberte permitido entrar aquí, sabes quién soy y podría acabar muerta si hablas de esto con quien no debes. Necesito conocer tus motivaciones, ¿lo entiendes?

Almudena asintió. Tuvo la sensación de que estaba a punto de rasgar el velo y asomarse a una realidad muy diferente. Una que podía acercarla más a su madre. Tragó saliva para disipar el nudo que se había instalado en su garganta.

—Lo entiendo —dijo. Luego tomó aire y siguió hablando—. Siempre creí que mi madre se llamaba María, que era costurera y bordadora, y esposa de un mercader de telas, mi padre. Pero la noche antes de entrar como aprendiza en el taller de mi maestra, doña Eulalia, mi padre me dio la caja de útiles de mi madre y allí, entre dedales y tijeras, en un falso fondo, encontré una carta dirigida a una tal Isabel y una libreta con unos símbolos dibujados, unos símbolos que, recordé, había visto antes en pañuelos y medias que le llevaban a la tienda o que ella entregaba a algunas clientas concretas.

María del Carmen la miró en silencio, instándola a continuar. Sin embargo, Almudena percibió que un brillo de emoción había acudido a sus ojos.

—De esto hace años ya. Mi padre nunca quiso decirme quién era esa Isabel y yo seguí con mi formación. De ahí pasé al taller de doña

Leonor y luego a la corte. Volví a encontrarme con esos dibujos en dos ocasiones más, pero no logré desvelar su significado. Cuando Josefa se negó a hablar conmigo de ellos, entendí que ocultaban algo importante. Y ayer, cuando fui a una prueba con la reina, en la zona noble, una mujer me miró y me abordó como si me conociera. Me llamó Isabel. Y supe que había llegado el momento de saber. Todo el mundo dice que soy el vivo retrato de mi madre…

—Lo eres —dijo María del Carmen, con voz ahogada—. No me he dado cuenta hasta esta mañana, al verte con Josefa. Al fin y al cabo, solo coincidí con tu madre unas pocas veces, pero ahora ya no puedo dejar de apreciarlo.

Almudena sintió que sus ojos se nublaban.

—¿Conociste a mi madre?

La mujer asintió.

—Era más joven que tú cuando nos pidió ayuda. Su padre iba a casarla con un noble con fama de cruel que ya había perdido una esposa. No solo quería evitar ese matrimonio, además había conocido a tu padre y se habían enamorado. Así que la ayudamos a escapar… Porque eso es lo que hacemos.

—¿Ayudar a mujeres nobles a escapar?

—Proteger a jóvenes indefensas cuyas familias no miran por ellas.

—Las defendéis de matrimonios no deseados.

María del Carmen suspiró como si cargara el peso del mundo sobre sus hombros.

—La vida no es fácil para las mujeres. No lo es para nosotras, que nos deslomamos trabajando de sol a sol por una miseria, pariendo y criando a los hijos que Dios nos mande, atendiendo a

nuestros esposos y cuidando de nuestros hogares. No lo es cuando no nos dan el respeto que merecemos o no nos dejan heredar los negocios de nuestros maridos al enviudar, o nos maltratan o nos tienen por seres débiles sin un ápice de inteligencia.

Almudena la miraba inmóvil, absorta en sus palabras.

—Pero tampoco lo es para las jóvenes de la aristocracia —continuó la zurcidora—. Sus jaulas son más grandes que las nuestras, y más lujosas, pero no por eso son libres. Sus padres las utilizan como moneda de cambio, las venden para conseguir favores, las intercambian por viejas deudas, las usan para unir patrimonios y títulos. Muchas aceptan entrar en ese juego para medrar y acumular influencia y poder. Otras son víctimas que jamás sabrán lo que es ser amadas y se limitan a cumplir el papel para el que fueron criadas. Pero las hay que no están dispuestas a aceptar el destino que les quieren imponer.

La costurera se irguió y sus ojos brillaron a la luz de las velas.

—Y esas son las que os piden ayuda.

María del Carmen asintió.

—Somos pocas y trabajamos en el anonimato, porque si llegaran a saber quiénes somos las represalias serían terribles.

Almudena se frotó la frente con la mano, confusa. Intentó poner orden en sus pensamientos, pero no era tan fácil. Tenía mil preguntas y poco tiempo.

—¿Y cómo se ponen en contacto con vosotras?

—Las zurcidoras que trabajamos en la corte lo sabemos casi todo —dijo bajando la voz—. Las criadas vienen a hacernos encargos y hablan. Y algunas de las nuestras son muy cercanas a esos círculos. Cuando creen que alguna de esas muchachas necesita nuestra

ayuda, dejan caer en el oído adecuado las palabras correctas… y ya depende de lo que la joven decida que quiere en la vida.

—¿Y los símbolos?

—Son la manera más fácil de comunicarse con esas chicas que nunca están a solas y no disponen de privacidad. Al fin y al cabo, todas las doncellas saben bordar.

Entonces Almudena hizo la pregunta que la carcomía desde que había entrado allí.

—¿Mi madre era una de las vuestras?

María del Carmen se inclinó hacia delante y la miró a los ojos.

—Lo era. Tu madre pertenecía al círculo. Cuando la sacamos a ella, quiso ayudar a otras, y la tienda servía como punto franco de intercambio de mensajes.

Almudena sintió un orgullo inmenso que le inflamó el pecho.

—¿Quién iba a sospechar de que entraran y salieran telas en la tienda?

—Exacto. Llevamos con esto muchos años, Almudena, y si hemos sobrevivido hasta ahora es porque somos muy cuidadosas a la hora de desvelar lo que hacemos. Necesito que me prometas que nada de lo que te he contado aquí saldrá jamás de tu boca.

La joven se puso la mano sobre el corazón.

—Lo prometo —dijo.

—Bien, pues ya tienes las respuestas que venías a buscar —dijo María del Carmen al tiempo que se levantaba.

Las mujeres que se habían retirado a las sombras se acercaron de nuevo. Almudena entendió que la reunión había terminado. Se levantó también. La zurcidora la acompañó a la puerta, pero, antes de que la abriera, Almudena se giró hacia ella.

—Quiero participar.

María del Carmen asintió como si no le sorprendiera. Esbozó una sonrisa.

—Eres igual que ella, es cierto. Pero no es tan sencillo. Cuanta más gente, más riesgos. —Suspiró—. Hablaré con mis hermanas. Si decidimos que es prudente abrir el círculo para ti, te lo haré saber. Hasta entonces, demuestra que sabes lo que es la paciencia y el disimulo.

—Gracias —dijo Almudena, casi sin voz—. Gracias —repitió, y notó que las lágrimas se acumulaban en sus ojos y pugnaban por salir.

La zurcidora le puso una mano, grande y cálida, en la espalda, como si quisiera darle consuelo.

—Vuelve a casa. No hables de esto con nadie y actúa como si nada hubiera pasado. Sigue con tu vida y espera mi señal, si es que llega. Adiós, Almudena.

29

Cuando oyó la puerta cerrarse tras ella, Almudena alzó la vista al cielo oscuro de Madrid, como si el aire de la noche pudiera despejarle la mente. Se ajustó el manto con dedos torpes y tragó saliva: debía volver de inmediato. Miró a ambos lados de la calle, escrutó los portales y, sin ver sombras que le hicieran desconfiar, emprendió el camino con paso rápido, pero no tanto como para llamar la atención. A esas horas, caminar sola bastaba para ser sospechosa.

Solo cuando cerró tras de sí la puerta del portal se permitió respirar. Apoyó la espalda en la madera hasta que el pulso dejó de martillearle la garganta. Luego se descalzó con cuidado y recogió el mantón que se le había escurrido de los hombros. No quería despertar a su padre ni alertar a ninguna vecina. Sabía bien lo que podían hacer los rumores con la reputación de una joven.

Cruzó el patio aún alumbrado por el farol, acarició a la gata que reinaba allí, la misma que, con sus crías, mantenía a raya a ratas y ratones, y subió las escaleras sin que el suelo crujiera bajo sus pies. Empujó la puerta de casa con suavidad, retiró la tela que había dejado en el pestillo y la cerró despacio, conteniendo el aliento. Solo entonces se obligó a escuchar. Desde el cuarto de su padre llegaba su respiración profunda, regular. Almudena se quedó un instante inmóvil, agradecida.

Entró en su alcoba sin encender ninguna vela. La luna, colándose

por la ventana, le dio luz suficiente para desvestirse y meterse en la cama. Y allí, a salvo entre las sábanas, fue consciente de lo que había sucedido esa noche.

No le habían respondido a todo, pero sí a lo esencial: su madre no solo huyó de un matrimonio impuesto, sino que quiso devolver el favor. Había trabajado con ellas. Había pertenecido al círculo.

Almudena apretó los dientes. No era que las mujeres del pueblo llano se casaran siempre por amor: muchas lo hacían por necesidad, por conveniencia, por miedo a quedarse sin pan. Pero, aun así, el margen era distinto. Si trabajaban, como ella, la elección podía ser suya. Sus matrimonios no estaban motivados por pactos, herencias, alianzas ni estrategias.

Las aristócratas tenían privilegios, sí, pero Almudena no las envidiaba. La idea de vivir en una jaula dorada le resultaba insoportable. Sintió un escalofrío al recordar la conversación que había escuchado en El Pardo: aquella frialdad, aquel desprecio con el que hablaban de las hijas como si fueran mercancía. Y de pronto lo supo con una claridad que la sorprendió: si existía una forma de ayudar y de demostrarles a esos viejos que no todo valía para lograr sus fines, ella iba a estar ahí.

Cuando consiguió dormirse, cayó en un sueño desordenado: rostros masculinos con máscaras, manos que señalaban niñas como si fueran ganado, pasillos de palacio teñidos de sombra… Y su madre, tal y como la recordaba, caminando sin ruido. Luego, ella misma corriendo de noche por Madrid.

Se despertó antes del alba, sobresaltada. El cielo aún era negro, pero ya había jirones de rosa y escarlata en el horizonte. Se lavó la cara en la jofaina y fue a la cocina. Prendió una vela aprovechando

un rescoldo tímido del brasero.

Domingo se levantó poco después, y a Almudena la culpa le cayó encima como una losa. Nunca le había ocultado nada. Casi esperó que su padre lo notara en cuanto la mirase, pero él le dio los buenos días como siempre, bostezó y se sentó a la mesa.

Por un instante, Almudena estuvo a punto de contárselo todo. Pero recordó la promesa que había hecho hacía apenas unas horas y bajó la vista.

—¿Te encuentras bien, hija?

—Sí, padre —respondió forzando una sonrisa—. Solo es que he dormido mal.

Aún no habían dado las siete cuando Domingo ya estaba en la tienda, ordenando y preparándose para la jornada. Almudena hizo lo propio en casa y luego fue al mercado. Allí, entre puestos y cestas, se encontró con Teresa, a la que hacía días que no veía.

—¿Cómo va todo por palacio? —preguntó su amiga después de abrazarla con fuerza.

Almudena se encogió de hombros, procurando que la voz le saliera natural.

—Como siempre. ¿Y tú? Te veo… contenta.

Teresa estaba radiante: un poco bronceada, las mejillas encendidas, el cabello castaño claro con destellos dorados incluso bajo aquella luz temprana. Entrecerró los ojos con una sonrisa enorme.

—Hay un chico.

—¡Teresa!

Almudena la cogió de los hombros, emocionada. Su amiga nunca

había tenido a nadie que la cortejara y sabía que, ya cumplidos los veinte, lo echaba en falta.

—¿Quién es? ¿Cómo lo has conocido?

Caminaron hasta la tahona y siguieron hablando en la fila.

—Se llama Antonio, acaba de ascender a oficial de zapatero y quiere llegar a maestro para abrir su propio taller.

—Un zapatero, me gusta —dijo Almudena, sin perder la sonrisa.

Teresa miró a los lados y bajó la voz.

—Lo conocí al salir de misa hace un par de semanas. Se acercó, aunque yo iba con mi madre, y me dijo si quería dar un paseo. Es muy buen mozo —dijo con una risita traviesa—. Y como tiene trabajo y un sueldo fijo, a mi madre le gusta.

—¿Dos semanas? ¿Y ya estás hablando de él en casa? Sí que te gusta.

Teresa se puso colorada. Les llegó la vez, compraron el pan y salieron de vuelta a la plaza. Se acercaron al puesto de las verduras.

—Sí que me gusta, Almudena. Y yo le gusto a él. Y bueno, tengo veinte años y él veintitrés. Me ha dejado claro que lleva intenciones serias, y creo que estoy preparada para eso.

—Vaya, vaya. —Almudena volvió a reír y golpeó con suavidad el hombro de su amiga—. Me alegro mucho, Teresa, de verdad. Espero que me hagas la madrina de tu primer hijo. Lo que me recuerda que yo también tengo que contarte algo.

Y entonces le habló de Juan, del tiempo que llevaba fijándose en él y de que no había dejado que se le notara por miedo a Beatriz.

—Se casa en un par de días —comentó Teresa con voz más seria —. No nos ha invitado a ninguna.

—A mí no me sorprende —dijo Almudena—. En realidad, estoy

deseando que se case de una vez para sentirme más cómoda con Juan. Sigo teniendo miedo de que, si se entera de que no voy llorando por los rincones por Ramón, se eche atrás y ponga la mira en Juan. Y, por otro lado, me da lástima Ramón. Creo que se merecería saber la verdad.

Teresa suspiró.

—A veces es complicado hacer lo mejor, ¿no es cierto? Pero estoy segura de que encontrarás la manera.

Caminaron sin prisa hacia casa.

—¿Cómo están las chicas? ¿Y doña Leonor?

—Manuela sigue con sus locuras, como siempre —rio Teresa—. Y doña Leonor ya parece una persona. Por fin tiene tiempo para dormir y no me extrañaría que nos diera una buena noticia cualquier día —dijo dibujando con las manos una barriga de embarazada—. Ven a vernos un día de estos.

—Lo haré. Además, es posible que necesite algo de ayuda en unas semanas y tendré una buena excusa para ir con frecuencia.

Cuando llegó a palacio, Juan estaba en la puerta lateral por la que entró Almudena.

—Hola —dijo, y una sonrisa tonta se extendió por su cara.

—Hola —le contestó él, con la misma expresión.

Su compañero la miró. Era nuevo y no la conocía.

—Guardarropa de la reina —le informó ella.

Cuando entró, oyó pasos a su espalda y Juan se situó a su lado. Era muy irregular que se ausentara de su puesto, pero a veces se cubrían unos a otros si era poco tiempo o, como en aquel caso, poca distancia.

—Quería comentarte algo —dijo Juan.

Almudena se detuvo. El joven carraspeó, algo incómodo.

—Verás, anoche, cuando volví al cuartel, Ramón estaba allí. Aunque tras la boda pasará a vivir fuera, con su esposa, todavía no se ha ido. El caso es que… No quiero que te enfades, Almudena. Sé que te dije que no iba a decir nada, pero Ramón ha sido un buen compañero todos estos años y me parecía cruel…

—Se lo has dicho —resumió Almudena.

Juan asintió, sin atreverse a mirarla a los ojos. La joven le pasó la mano por el antebrazo, una caricia suave que nadie vio y que apenas se sintió a través de la tela del uniforme, pero que provocó un escalofrío en ambos.

—Me parece bien, de hecho venía pensando algo parecido por el camino.

Juan suspiró con evidente alivio.

—¿Y entonces? —preguntó Almudena—. ¿Qué te dijo?

El joven volvió a suspirar, pero esta vez de frustración.

—Intenté ser delicado para no herir sus sentimientos, pero se enfadó conmigo. Me dijo que no era tonto, que conocía el motivo por el que Beatriz se había mostrado disponible al principio, porque ella misma se lo había confesado, pero que después todo había sido sincero y que él quería formar una familia y ella estaba dispuesta.

Almudena inspiró y soltó el aire con suavidad, y sintió cómo el peso difuso que notaba en el estómago se disolvía y se esfumaba.

—Me alegro si es así. Ojalá. Al menos, no nos quedaremos con la duda de si deberíamos haberle avisado.

Se miraron. Era curioso lo que le pasaba con Juan. Cuando se miraban así, todo lo que había alrededor desaparecía: Beatriz,

Ramón, María del Carmen, los misterios, las redes de apoyo femeninas, hasta las sociedades secretas masculinas pasaban a un lugar secundario al que no prestaba atención. Si hubiera sabido que a él le pasaba lo mismo, que su mirada ambarina lo atraía como la luz a una polilla, que todo su ser le suplicaba que se acercase un paso más, dos pasos, y la estrechara contra su cuerpo…

Los dos dieron un respingo y parpadearon al mismo tiempo. Entonces Juan giró la cabeza, miró a su compañero y se despidió de ella de forma apresurada.

Almudena siguió su camino, llegó al guardarropa y se asomó, como de costumbre, a saludar a las zurcidoras, que siempre eran las primeras en llegar. Actuó como si nada hubiera ocurrido la noche anterior, como si fuera un día como cualquier otro. Le pareció leer el alivio en los ojos de María del Carmen. Josefa se comportó como siempre, y tampoco pudo deducir de un vistazo si alguna de las mujeres encapuchadas se encontraba allí en ese momento. «No hables de esto con nadie y sigue con tu vida». Iba a ser una directriz difícil de seguir, pero no podía hacer otra cosa. Si daba muestras de impaciencia, tal vez sus oportunidades de ayudar al círculo se esfumaran.

Acababa de quitarse la basquiña y el manto y de sujetarse las mangas cuando don Carlos entró en la sala de costura.

—Buenos días, Almudena. Venga a la sala principal, por favor. Repasemos el vestuario de hoy. Recuerde que hay baile esta noche y que, a media mañana, vendrá el maestro don Francisco de Goya para avanzar en el retrato de Su Majestad.

Almudena salió y saludó a madame Moulinier. Se tensó al

comprobar que ese día sí la acompañaba Beatriz. Estaba tan hermosa como siempre, aunque quizá algo más delgada, pero su perfume flotaba a su alrededor como una nube de azahar y ámbar. Demasiado lujoso. Compuso una sonrisa correcta.

—Buenos días, madame. Buenos días, Beatriz. No esperaba verte por aquí hoy.

—¿Y por qué no? —respondió la joven, con una altivez que rozaba el desafío.

Fue la modista quien contestó, sin mirarla siquiera.

—Beatriz insistió en venir hoy a la corte…, quién sabe por qué. Tal vez contaba con cruzarse con cierto guardia. ¡Ah, los jóvenes y el amor!

Las palabras parecían inocentes, pero el tono no lo era: había una frialdad nueva entre ambas, una ironía afilada que antes no estaba allí.

Almudena desvió la vista y se acercó a don Carlos justo cuando la camarera mayor hizo su entrada seguida de tres mozas.

—Bien, comencemos —dijo la marquesa.

Sacaron los vestidos que la reina vestiría a lo largo del día: el del levantarse, el de media mañana para posar ante el aragonés, el del almuerzo con el rey y parte de la corte, el vestido ligero de la tarde y, por último, la espectacular pieza reservada para el baile.

Revisaron telas, costuras y forros. La modista eligió guantes, tocados y plumas para completar cada conjunto, mientras la marquesa de Bélgida anotaba las joyas correspondientes, que luego se recogerían en el joyero real. Don Carlos fue apuntando cada pieza que salía del guardarropa, medias y camisas incluidas, y cuando todo estuvo dispuesto las mozas cargaron con los paquetes

envueltos en lino blanco y se marcharon tambaleándose bajo su peso.

Más tarde, ya en el cuarto de costura, madame Moulinier explicó a Almudena el trabajo que debía realizar con unas piezas recién cortadas para un vestido de corte. Beatriz permanecía a su lado, silenciosa, observando. La tensión entre ambas era evidente: la modista apenas le dirigía la palabra y Beatriz parecía aún más altiva que de costumbre.

Cuando la modista terminó de dar las indicaciones, cambió de tema con un tono que pretendía ser ligero, aunque no lo logró del todo.

—Tengo entendido que Su Majestad estrenó ayer el vestido camisa que diseñó don Pedro.

Almudena asintió.

—Eso comentó la marquesa de Bélgida. Según le dijo a don Carlos, causó sensación.

María Moulinier rio entre dientes.

—No lo dudo. La reina ha sido atrevida…, aunque siempre ha tenido querencia por la moda francesa.

—Sí, pero esto es muy distinto. No se trata solo de faldas más cortas o de mangas con más volantes. ¿De verdad María Antonieta viste así a diario?

La modista miró a ambos lados y bajó la voz, como si fuera a compartir una confidencia. Beatriz resopló, impaciente por salir de allí.

—Mis contactos en Francia dicen que los reyes apenas pueden salir de palacio. Son prisioneros en su propia casa. ¡Qué terrible desdicha! Aun así, María Antonieta intenta mantener las formas. Y sí,

ma chérie, utiliza la *chemise à la reine*. Aquí hay quien dice que ha perdido la dignidad al vestir, pero solo se ha adaptado a los tiempos. El pueblo la odia, así que ella intenta parecer sencilla. —Suspiró con teatralidad—. En París se lleva aún más ligera que aquí, más suelta… y más transparente.

—Indecoroso —sentenció Beatriz.

Madame Moulinier la miró de reojo.

—Para la mentalidad de Madrid, sin duda. Por eso la reina María Luisa sabe lo que hace eligiendo una versión más contenida. Es moderna, pero no ofende a la corte. —Hizo una breve pausa—. Aunque, he de confesarlo, me habría gustado que me encargaran ese vestido a mí. —Suspiró una vez más, se incorporó y volvió a alzar la voz—. Muy bien, querida. Si tiene alguna duda sobre la estructura o la costura, hágame llegar un recado al taller. *Au revoir*.

30

Diciembre de 1790

Los días siguieron su curso. Beatriz y Ramón se casaron y Juan y Almudena continuaron viéndose, con más confianza por parte de ella. María del Carmen y Josefa actuaban como si la reunión de aquella noche no hubiera existido, y eso mismo intentaba hacer Almudena, aunque no lograba apartar de su mente lo que había descubierto. Incluso llegó a plantearse averiguar quién era su familia, cuál era el apellido de su madre. Pero lo desechó con rapidez. Nunca podría darse a conocer, así que mejor no crearse enemigos en la corte. Su familia era su padre y no necesitaba más.

Entonces, una mañana, cerca de la Navidad, una doncella de la reina entró en el guardarropa. Almudena, concentrada en ajustar un cuerpo a una falda, apenas oyó los murmullos de la conversación de la mujer con don Carlos. Instantes después, este apareció en la puerta de la sala de costura.

—Almudena, Su Majestad la requiere ahora.

Ella asintió, se levantó, cogió los útiles que podían serle necesarios y siguió a la doncella por los pasillos, a los que cada vez estaba más habituada.

—Don Francisco de Goya está pintando a Su Majestad de nuevo —dijo la criada, una mujer madura del gabinete de la reina.

—¿Y qué ocurre para que se me requiera con tanta premura?

—Me temo que hay un pliegue en la tela, algo que no termina de encajar en la pintura.

Cuando entraron en la sala, lo primero que percibió Almudena fue el olor punzante de la trementina y el barniz. Intentó no hacer ruido, pero aquel olor se le pegó a la garganta y tuvo que toser con discreción. La reina estaba muy erguida, con los brazos un poco separados y un abanico en la mano derecha. Vestía un traje a la francesa en seda clara que se ensanchaba para dejar espacio a su barriga de embarazada, y llevaba un aparatoso tocado con encajes, plumas y seda sobre su cabello rizado. Almudena observó su vestido y reconoció, orgullosa, los volantes que remataban las mangas. Ella los había cosido y ahora estaban allí, a punto de ser inmortalizados por el pintor. Bajó la mirada: no quería parecer impertinente.

La luz inundaba la estancia, repleta de alfombras y cuadros, y habían dispuesto un rico cortinaje de terciopelo tras la reina como acompañamiento del cuadro. Los ojos de Almudena se posaron en el caballete que sostenía el lienzo. Francisco de Goya ni la miró: toda su concentración estaba puesta en un detalle. Mantenía el pincel en alto como un arma, pero no lo usaba: solo meditaba y calculaba. Era un hombre un poco regordete y no muy alto, con la nariz bulbosa y cara de enfado.

—El pliegue ese —dijo, y señaló la cadera de la reina—. Arréglelo, por favor.

La camarera mayor acompañaba, como siempre, a la reina. Saludó a Almudena con un gesto de cabeza y del mismo modo le indicó que se acercara a Su Majestad.

La joven hizo una reverencia que pasó inadvertida. La reina se mantenía hierática, aunque algo en su expresión le indicó a

Almudena que estaba de mal humor. Observó el vestido. Estaba bien cosido, no veía el problema. Miró a la marquesa con la duda en los ojos.

—Don Francisco —terció ella—, ¿podría indicarnos qué es exactamente lo que no le gusta?

El aragonés sacudió la cabeza, frustrado.

—Es la cadera. El vestido hace un pliegue extraño que estropea el conjunto.

La reina resopló:

—¿Y no puede tan solo pintarlo como sea de su gusto? Igual que hace con esto —dijo señalando su evidente embarazo, que no aparecería en el cuadro.

Entonces se movió un poco en el sitio y el pliegue desapareció. Goya lo observó de nuevo y emitió un pequeño sonido.

—¡Ah! Era la postura. Aunque este ángulo no me convence.

María Luisa intercambió una mirada con su camarera, algo exasperada.

—Espero salir favorecida en este cuadro, don Francisco. Si tengo que posar a la pata coja para conseguirlo, lo haré.

El hombre hizo una inclinación de cabeza.

—Majestad, si me permitís el consejo, la posición anterior os favorecía más. Os hacía aún más regia de lo que ya sois.

Almudena no tuvo claro si había un matiz de ironía en sus palabras, pero la reina se lo tomó en serio y rectificó la posición. Y de nuevo, ahí estaba el pliegue. Una vez localizado, Almudena no podía dejar de verlo. Asintió y pidió permiso para acercarse.

—Don Francisco…

—Majestad, no puedo obviarlo. Cambia la forma de la tela, las

sombras, las luces.

—¡Oh, por el amor de Dios, de acuerdo! ¿Puedes arreglarlo, muchacha?

Almudena hizo una nueva reverencia.

—Por supuesto, majestad. No me llevará mucho tiempo.

Almudena se colocó detrás de la reina para modificar la tela sobre la marcha. Ella continuó posando y Francisco de Goya siguió con los pinceles.

—Mucho mejor —lo oyó murmurar cuando ella cogió el pliegue entre los dedos para sujetarlo.

—Esa mujer es horrible. —La reina se dirigió a la marquesa de Bélgida, como si retomara una conversación que había interrumpido antes de que llegara Almudena.

—Sí, majestad.

—¡Lo digo en serio, Florentina! Esa humillación a la que me sometió cuando vistió a sus criadas con el mismo diseño exclusivo que me habían traído de Francia…

Una tos parecida a una risa que intentaba ser contenida salió de la boca del pintor. Almudena lo miró, horrorizada. Don Francisco, sin embargo, siguió tosiendo en un ataque que rozaba lo irreverente.

—Mis disculpas, majestad. Esta salud mía cada día es peor.

La reina lo miró con suspicacia, pero luego se dirigió de nuevo a su camarera sin mover apenas la cabeza.

—Fue tan vergonzoso, tan execrable… Aún no he encontrado cómo hacérselo pagar, pero lo haré.

—Sin duda, una terrible impertinencia, majestad —dijo la marquesa en un intento de aplacar a la reina.

Pero esta no parecía dispuesta a calmarse.

—Eso por no hablar de su afán por ser siempre el centro de atención en la corte. ¡Qué mujer horrenda!

La marquesa suspiró y habló como quien le habla a un niño.

—La duquesa de Alba está acostumbrada a acaparar el protagonismo, majestad. Debe aprender que, estando presente la reina, no hay nadie más importante.

María Luisa de Parma hizo un puchero, pero enseguida su cara volvió a la inexpresividad más absoluta.

—Florentina, por favor, envíe a buscar a Manuel. Necesito consultarle un tema de agenda.

La camarera mayor le dio indicaciones a una de las doncellas. Escribió un par de líneas en un papel y se lo entregó. La muchacha salió a toda velocidad en busca de Godoy, cada día más presente en el entorno de la reina.

La infanta María Amalia apareció en ese momento por la puerta con dos de sus damas y su perrito blanco en brazos. Se acercó al pintor y observó el lienzo.

—Es muy bonito.

—Gracias, alteza —dijo Goya con una sonrisa en la cara.

Almudena había visto a María Amalia en algunas ocasiones, igual que a su hermana María Luisa, pues se encargaba de su vestuario, y ya se había dado cuenta de que era una niña que despertaba las simpatías de la gente. Menuda y delicada, de temple tranquilo y salud enfermiza, sonreía a todo el mundo como si no fuera consciente de su posición.

—María Amalia, deja trabajar a don Francisco —le dijo su madre.

La infanta, que en apenas un mes cumpliría doce años, se giró hacia ella y se acercó para hacerle una tierna reverencia. Entonces

descubrió a Almudena detrás de la reina.

—Hola —le dijo con inocencia.

Almudena hizo una reverencia con la cabeza gacha.

—Alteza.

Una mirada de su madre le indicó que se comportara: no podía hablar con el servicio como si fueran sus amigos. A sugerencia de la camarera mayor, se sentó en un diván cercano y se puso a leer. El perrito, al que había colocado en un cojín a sus pies, se levantó y fue directo hacia la falda de la reina.

—Hija, controla a tu perro —dijo Su Majestad sin agachar la cabeza.

—¡Bijou, ven aquí! —lo llamó la infanta.

Almudena retiró el pie con cuidado y luego movió la tela. Había terminado. Sin darse cuenta, sonrió al observar al pequeño animal olisqueando el pie de Su Majestad. La infanta acudió a rescatar a su compañero antes de que la mirada de fastidio de su madre se convirtiera en una regañina o el pintor, que daba un poco de miedo aunque siempre era amable con ella, refunfuñara porque dificultaba su trabajo.

—No te preocupes —le dijo a Almudena—, no te hará daño.

—Seguro que no, alteza —dijo esta—. Ya he terminado —anunció.

La marquesa dio una palmada, satisfecha, y la acompañó a la puerta. Antes de marcharse, la joven no pudo evitar mirar atrás. María Amalia jugaba con su cachorro, pero aún tuvo tiempo de dedicarle una sonrisa. La reina miraba al infinito sin mover ni un músculo y Francisco de Goya, con el ceño fruncido por la concentración, levantó un momento la vista para despedirse de ella

con una inclinación de cabeza.

Después de Reyes, la corte se trasladó como todos los inviernos a El Pardo. En esta ocasión, se organizó todo con cierta prisa porque el embarazo de la reina los obligaría a regresar antes y el rey quería aprovechar la temporada de caza.

Doña Paula había experimentado una notable mejoría y fue ella, como costurera principal, quien acompañó esa temporada a la familia real. Almudena se quedó, pues, en Madrid, con un guardarropa más tranquilo, pero cuya actividad no decaía. Habían recibido instrucciones precisas para transformar y renovar varios vestidos de la reina. También tenían que renovar y alargar otros de la infanta María Amalia y preparar el vestuario de la infanta María Luisa, que había cumplido en verano ocho años y debía comenzar a utilizar prendas más estructuradas que requerían de la intervención del sastre. En cuanto a la infanta María Isabel, que tenía un año y medio, su vestuario seguía recayendo sobre todo en doña Paula y Almudena, que dibujaban, cortaban y cosían los trajes sin intervención de nadie más.

Los meses de invierno eran muy atareados, puesto que todo este trabajo de renovación, adecuación y puesta a punto de los vestuarios de Su Majestad y de las infantas alcanzaba su punto álgido. Por suerte, Almudena contaba con la ayuda de María, la otra costurera, y planeaba ya la colaboración del taller de doña Leonor.

Lo único que lamentaba era que Juan también había sido destinado a El Pardo, así que estarían sin verse dos meses que se les iban a hacer muy muy largos.

La tarde antes del traslado, él insistió en acompañarla a casa.

Hacía frío y se metieron en el portal anterior a su casa para no pasar por delante de la tienda de Domingo.

—Te voy a echar de menos —le dijo Juan—. El invierno se me va a hacer eterno sin ti.

—Yo también te echaré de menos.

Almudena se acercó un poco más. Se miraron a los ojos y la atención de Juan se desvió hacia su boca. Almudena notó un estremecimiento, el estómago se le contrajo y sintió un ansia que no supo de dónde venía ni cómo calmar. Juan puso la mano en la cintura de Almudena. Se acercaron aún más y entonces los labios de Juan se posaron, suaves y fríos, sobre los de ella. Sintió que las rodillas le temblaban y tuvo que sujetarse a los fuertes hombros de Juan. Un escalofrío recorrió su espalda y el calor la invadió, a pesar de las bajas temperaturas.

Se apretó contra él, pero entonces Juan recobró el sentido común y se separó.

—Esto no está bien —dijo con la respiración acelerada y la voz entrecortada—. Lo siento.

Almudena se quedó un poco confusa.

—¿Por qué lo sientes? ¿No te ha gustado?

Juan sonrió con un brillo en los ojos que volvió a provocarle un estremecimiento.

—Ya lo creo que me ha gustado. Y me gustaría besarte más, mucho más. Pero imagina que alguien nos ve.

Miraron hacia la calle. Había anochecido y la gente que pasaba no les prestaba atención, pero Juan tenía razón. Era peligroso que los vieran. Él, un guardia del rey, y ella, una costurera de la reina. Un escándalo podía acabar con sus carreras. Y sin embargo…

—En cuanto regrese, hablaré con tu padre —dijo Juan—. Llevamos unos meses viéndonos y quiero pedirle permiso para cortejarte en serio, si es lo que deseas.

—¡Pues claro! —Se lanzó hacia él y le dio un abrazo que deshizo enseguida. Dio un paso atrás—. No hay nada que desee más.

—Soy consciente de que no podremos casarnos enseguida. Tú tienes un trabajo importante y yo aún no he ahorrado lo suficiente para poder alquilar una casa que merezca la pena. Pero quiero que todos sepan que vamos en serio, que quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Almudena suspiró, de nuevo perdida en sus ojos.

—Juan —le advirtió—, o dejas de decirme esas cosas o te besaré hasta que alguien nos vea y tengamos que casarnos en este mismo momento.

Él soltó una carcajada, le tomó la mano, la apretó y luego la dejó ir.

—Venga, vete a casa o no respondo de mis actos. Nos veremos en unas semanas.

Y así, con la sangre alborotada y el corazón dividido entre la felicidad y la pena por la despedida, Almudena se marchó.

Cuando llegó a palacio a la mañana siguiente, la comitiva casi estaba lista para partir. Aunque ya habían inventariado y empaquetado todo lo necesario para la estancia, madame Moulinier se encontraba en el guardarropa, organizando los últimos detalles con la camarera mayor. Se le había ocurrido una idea para tocados y guantes un poco atrevida y ambas lo estaban discutiendo.

—¿Añadir más plumas? —dijo la marquesa de Bélgida—. Tal vez

resulte algo excesivo.

—En El Pardo hará mucho frío, ilustrísima. Con tanta capa y tanta piel es difícil destacar. Sin embargo, aunque sea una corte reducida, Su Majestad tiene que seguir brillando. Estos tocados permitirán que siga siendo el faro de elegancia que es.

La camarera meditó un momento y luego asintió.

—Nos llevaremos las plumas. Doña Paula las añadirá a los complementos según sus indicaciones. ¡Ah! Buenos días, Almudena —dijo al verla entrar en la sala principal—. La echaremos de menos este año en El Pardo.

Almudena hizo una reverencia.

—Sin duda doña Paula hará que se olviden de mí enseguida —dijo con una sonrisa—. Y yo me encargaré de que aquí todo siga funcionando como es debido, señora.

La marquesa se marchó, seguida por una criada que cargaba con los nuevos paquetes, y la modista sacó unos bocetos con algunas de las modificaciones previstas para esos meses.

—Su Majestad me ha pedido que convierta uno de sus vestidos favoritos de noche, que ha usado ya varias veces, en un vestido de tarde de primavera. Don Pedro tendrá que coser el cuerpo, y esta es mi idea para reutilizar la tela casi al completo.

—¿Beatriz se encuentra bien? —preguntó Almudena de pasada mientras miraba los dibujos de madame Moulinier.

Esta resopló y dejó asomar su indignación.

—Nunca sé cómo se encuentra Beatriz, y menos si no viene al taller cuando tiene que venir. Han destinado a su guardia a El Pardo, pero ella, en lugar de una recién casada apenada, parece contenta de librarse de su marido unos meses.

Almudena iba a contestar, pero sabía que, si no decía nada, la modista seguiría hablando. Y así fue:

—Tiene talento, podría ser modista si quisiera, pero está despistada. Es como si hubiera perdido el interés. Entiendo que son más años de estudio y trabajo, y que tal vez lo que necesite sea ganar dinero rápido como costurera, pero últimamente alega estar enferma demasiado a menudo, llega tarde o se marcha antes.

—Querrá disfrutar de su marido —dijo Almudena, sin creérselo del todo.

La modista dejó clara su opinión con un bufido muy poco sutil.

—Lo dudo. He oído rumores.

—¿Rumores?

—Sí, rumores. Algo sobre un noble que está siendo muy generoso a cambio de ciertos… favores. Y a veces, querida, Beatriz llega al taller con algunos tocados, guantes o incluso joyas a los que ella no puede acceder con el sueldo de su marido.

La imagen de Beatriz subiendo a un carruaje o sonriendo al marqués de Valdearenas en la pradera de San Isidro regresó a su mente, al igual que el perfume que desprendía la última vez que la vio, o la conversación del año anterior en El Pardo en la que aquel hombre hablaba de la belleza rubia que había visto en la zona del guardarropa. Sacudió la cabeza.

—Los rumores son solo eso. No se les puede dar crédito como a la verdad.

—Claro, *ma chérie*, claro. Y, sin embargo…

Almudena sabía que no había nada que se interpusiera entre Beatriz y su objetivo. Podía haber estado jugando a dos bandas: Ramón era el juguete que le arrebataba a Almudena y su cobertura

para una vida honrada de cara a la galería. Y tal vez, solo tal vez, el marqués era quien le proporcionaba cosas bonitas, regalos caros y, quién sabía, influencia en la corte. Una joven que supiera jugar bien sus cartas podía llegar lejos, y eso a Beatriz se le daba bien. Aunque, por lo poco que conocía del marqués, no parecía el tipo de persona que se dejara manipular.

Hacía dos días que la corte se había trasladado cuando, una mañana, María del Carmen salió del cuarto de las zurcidoras y le hizo un gesto para que la siguiera. Se dirigieron al rincón de la sala principal, junto a la ventana: la sala estaba desierta y desde allí podían ver si se acercaba alguien.

—¿Sigues queriendo colaborar con el círculo de mujeres?

Almudena sintió un violento latido en el pecho y respiró hondo.

—Sí.

María del Carmen miró hacia los lados y le tendió con discreción una tira de tela que Almudena guardó de inmediato en su manga.

—Borda en esa tela algunos de los símbolos de la libreta de tu madre, aunque no sepas qué significan. No lo hagas aquí: es peligroso. Nunca, jamás, se borda en palacio. Cose la tela en el interior de la manga de una camisa y mañana déjala encima de mi puesto antes del amanecer.

—Acudir al guardarropa antes del amanecer se podría ver como sospechoso —dijo Almudena, inquieta.

—No, si sabes buscar la excusa correcta. Tenemos que ver cómo te desenvuelves y lo comprometida que estás.

Se giró para volver al cuarto de las zurcidoras, pero se detuvo y añadió:

—¡Ah! Que hagas esto no significa que te vayamos a admitir. Es solo una prueba. Ya sabes, ni una palabra a nadie y, por supuesto, compórtate como si nada hasta que nos pongamos en contacto contigo de nuevo.

Almudena asintió y no dijo nada más. Regresó a su sala de trabajo, consciente en todo momento de la tela que camuflaba en la manga. Como si fuera de plomo, la sentía en cada movimiento, no solo como una oportunidad, sino también como un recordatorio de que, desde ese instante, cada paso podía tener consecuencias.

31

Almudena se retiró pronto aquella noche. Dio las buenas noches a su padre y se encerró en su alcoba. Esperó hasta oír que él se iba a acostar y entonces sacó la tira de tela, la aguja y el hilo de bordar. También la libreta de su madre. La acarició con suavidad antes de abrirla. Ahora que sabía qué representaban esos símbolos, aunque no conociera su significado exacto, los miraba de otra manera. «¿Qué querías decir con estos bordados, madre? ¿A cuántas muchachas ayudaste como te ayudaron a ti?».

Los observó con atención: ondas como las que se formaban en el agua de las fuentes los días de viento; una espiral, casi como un caracol muy esquemático; una línea simple, corta, vertical; un cisne hecho con un solo trazo y, al lado, otro al que habían añadido la cola; un corazón, una hoja, una flor sencilla, como una margarita dibujada por un niño… Había también una especie de sol con rayos curvos formados por puntos y algo que se asemejaba a una rama con bayas.

Dibujos que conocía ya como la palma de su mano, pero que se mantenían herméticos para ella. ¿Cuáles elegir? Le habían dicho que daba igual, pero quería hacerlo bien. En el pañuelo que recogió aquella vez de la calle no estaban bordados uno detrás de otro, eso habría sido raro. Habían dibujado un motivo floral sencillo y, entre las ramas, aparecían los símbolos.

Decidió hacer algo parecido. Bordó el cisne, la flor y el sol de

puntos en un solo conjunto, unidos con ramas y motivos que no pudieran confundirse con ninguno de los símbolos. Cuando terminó, la vela casi se había consumido. Aún era de noche, pero tenía que estar en palacio antes de lo normal.

El toque de maitines llegó hasta ella amortiguado por el cristal de la ventana. Agotada, suspiró, se frotó los ojos, dejó una nota a su padre diciendo que tenía que trabajar temprano, se abrigó bien para protegerse de la helada y se marchó. Aún quedaban un par de horas para el amanecer y las calles estaban desiertas. Sin embargo, en esta ocasión, Almudena no ocultó su rostro con el manto: iba a palacio, su lugar de trabajo, y habría sido sospechoso taparse.

Caminó con cuidado por las calles de Madrid, resbaladizas por el relente de enero. Cruzó por delante de obradores donde ya se horneaba el pan. Cuando llegó a palacio, no conocía a ninguno de los guardias de la puerta.

—Costurera del guardarropa de la reina —dijo con convicción.

—Es un poco pronto, ¿no? —preguntó uno de los guardias, receloso.

Almudena asintió con cara de fastidio.

—Dígamelo a mí, que apenas he dormido. Pero hoy se tienen que terminar unos encargos importantes y quiero asegurarme de que estén listos.

—¿Cuál es su nombre? —dijo él, desconfiado.

—Almudena, señor.

El otro guardia se acercó a su compañero y le murmuró algo al oído. Le pareció escuchar el nombre de Juan, pero no estaba segura. Entonces se apartaron.

—Muy bien, adelante. Que pase un buen día.

Almudena avanzó unos pasos hasta la portería. Allí ardía una lámpara de aceite, fija y silenciosa. Cogió una palmatoria y encendió la vela con cuidado. La llama parpadeó un instante antes de afirmarse.

Subió por la escalera de servicio, despacio, protegiendo la luz con la mano. A esas horas, el palacio parecía más grande y más frío. La piedra devolvía el eco apagado de sus pasos. A mitad del primer tramo oyó pisadas que se acercaban en sentido contrario, desde la planta superior. Un perfume llegó hasta ella, delicado, profundo… y caro. Azahar con un fondo ambarino. Alzó la vista.

Una figura descendía envuelta en un manto oscuro que le cubría la cabeza. No llevaba luz y bajaba con la seguridad de quien conoce el camino. Al cruzarse, el perfume ganó en intensidad, cercano, inconfundible. No necesitó verle el rostro. Le bastó ese aroma, que ya había percibido la última vez que acudió al guardarropa. Un perfume demasiado caro para una recién casada sin fortuna, pero no para un noble que quisiera agasajar a su amante. No hubo saludos, aunque un rizo rubio que escapaba del manto le confirmó lo que ya sabía. El manto rozó apenas la barandilla y la figura siguió su camino escaleras abajo.

Almudena continuó subiendo, algo aturdida. Cuando alcanzó el rellano y volvió la cabeza, la figura se había detenido al pie de la escalera. Desde la penumbra, Beatriz la observaba. Un instante después, se dio la vuelta y desapareció por el corredor lateral.

Almudena siguió adelante. En el corredor se cruzó con la guardia de ronda y se acercó a ellos.

—La llave del guardarropa, por favor —pidió en voz baja—. Vengo a adelantar trabajo.

Uno de los guardias la miró un instante y asintió al reconocerla. La acompañó a la puerta y sacó la llave. El metal sonó seco al girar en la cerradura y la puerta cedió.

—Gracias.

—Buen día —dijo el guardia antes de regresar a su ronda.

Almudena entró en la sala principal. Tomó lumbre de la palmatoria, encendió dos velas más y las colocó con cuidado: una junto a la mesa larga, otra en la repisa. La sala cobró vida en claroscuros de telas plegadas, sombras suaves y el brillo apagado de las tijeras. Fue al cuarto de las zurcidoras y dejó la camisa destinada a María del Carmen en su lugar. Luego cruzó a la sala de costura. Se sentó un momento, apoyó la espalda y cerró los ojos.

—Almudena.

Abrió los ojos sobresaltada. La luz había cambiado. Ya era de día y María, la costurera auxiliar, la miraba desde el umbral.

—¿Desde qué hora llevas aquí? —preguntó—. Te has quedado dormida.

Almudena se incorporó, todavía con el perfume ajeno flotándole en la memoria, como una presencia que no se disipaba del todo.

—Quería adelantar trabajo, pero ya ves cómo he acabado —disimuló.

Y el día comenzó. María del Carmen la saludó con un gesto de cabeza cuando se cruzaron en la sala principal, pero no dijo nada. Tampoco Josefa, que acudió a la sala de costura a petición de don Carlos para arreglar un bordado. Almudena ahogó un bostezo tras otro y mantuvo la compostura como pudo, pero, al acabar la jornada, solo pensaba en desplomarse sobre su cama antes del toque de ánimas.

—Saliste muy pronto esta mañana —le dijo Domingo cuando entró en la tienda.

Ella bostezó antes de contestar.

—Tenía mucho trabajo, pero ahora no puedo con mi alma. Prepararé la cena para usted, padre, y después me voy a la cama.

Domingo la miró con la preocupación asomando por los ojos.

—¿Seguro que te encuentras bien? Llevas unos días un poco nerviosa. Entiendo que enterarte de lo de tu madre… —Carraspeó como si no quisiera seguir por ahí—. Entiendo que pudo ser una sorpresa, pero no cambia nada para nosotros.

La joven ahogó el conato de remordimiento que pugnaba por desbocarse y sonrió.

—No cambia nada, padre, ya lo sé. Solo estoy cansada, con la corte en El Pardo tenemos mucho que adelantar y queremos que esté todo listo para cuando regrese la reina. Solo es eso, le doy mi palabra.

Se acercó y le dio un beso en la mejilla. Él puso la mano en el hombro de su hija.

—No te preocupes por la cena, sobró algo del guiso del mediodía y queda pan y queso. Anda, sube y acuéstate.

Y eso hizo Almudena. Salió al patio, desierto a esas horas, salvo por la gata y dos de sus cachorros, que se enredaron entre sus faldas cuando la vieron aparecer. Ella les hizo unas carantoñas, pero subió enseguida y se preparó para irse a dormir. Cuando se metió entre las sábanas, casi con más ropa que en la calle y temblando de frío, pensó en Beatriz.

Encontrársela al amanecer era la confirmación de que los rumores eran más bien certezas. Acababa de casarse, pero era la

amante de un noble. Y, por las señales que había visto antes, no era algo nuevo. Pobre Ramón. Pero ya intentaron advertirle, y cada uno decide lo que quiere aceptar. Tal vez, si era lista, y lo era, podía sacar de su marqués algo más que perfumes y joyas. Quizá un ascenso para Ramón estuviera incluido en el trato. No le gustó la idea de que su antigua amiga tuviera influencia sobre un noble poderoso: Beatriz la odiaba de forma visceral y sabía lo peligrosa que podía llegar a ser.

No tuvo tiempo de preocuparse: el cansancio la venció y la sumió en un sueño sin imágenes.

A la mañana siguiente se despertó al alba, descansada y con la mente despejada. Se echó una toquilla por los hombros y salió a la cocina. El aire estaba helado y quieto. Su padre aún no había asomado, así que reavivó el brasero y puso el caldero con agua, un hueso seco y legumbres a cocer mientras ella se iba a la compra. Volvió con pan y cebollas. Luego bajó a por agua del pozo para el día. En el patio se encontró con Vicenta, que también se abastecía del pozo, y con Brígida, que salía a comprar bien abrigada.

—¡Buenos días, vecinas! —dijo—. Almudena, sí que has madrugado hoy.

—Anoche me dormí temprano, así que me he levantado con energía.

—¿Hay buen género en el mercado hoy?

—Algo hay, pero con este tiempo tampoco se puede pedir mucho.

Brígida se echó a reír.

—¡Pues no te falta razón! Vicenta, mujer, si puedes échale un ojo a Rosa, que ayer estaba pachucha y su marido no se va a acordar de nosotras para decirnos qué tal se encuentra.

Uno de los hijos de Vicenta, Manuel, bajó las escaleras de dos en dos y comenzó a aporrear la puerta de la letrina.

—¡Pedro! ¡Por Dios, acelera, que no me aguanto!

La puerta se abrió y apareció Pedro, con el pelo despeinado y los ojos medio cerrados, aún dormido. Manuel lo apartó de un empujón, entró y cerró la puerta. Las tres mujeres estallaron en carcajadas, y Brígida se fue, sin parar de reír y de secarse las lágrimas con un dedo.

—Vicenta, me subo ya, que tengo que adecentar la casa antes de marcharme al taller.

La mujer se despidió, no sin antes recordarle a Almudena que, si su padre necesitaba cualquier cosa, ella estaba disponible para recados y ayuda. Cuando subía las escaleras, la puerta de la vivienda de Rosa se abrió y apareció su marido, bien vestido, aunque un poco delgado, y pasó por su lado después de concederle un breve y seco saludo y ninguna opción de preguntarle por su esposa.

Cuando entró en casa, su padre ya se había levantado. Ella barrió, sacudió el polvo en la puerta, dejó el agua preparada y recogió la mesa. Luego comió un trozo de pan con cebolla y bebió un vaso de vino aguado.

—Nos vemos a la tarde, padre —le dijo mientras se ajustaba el manto—. Que pase buen día.

Le dio un beso en la mejilla y salió por la puerta.

El día transcurrió con total normalidad. Al entrar en el guardarropa, Almudena pasó por el cuarto de las zurcidoras, que la saludaron con educación y no hicieron ni un gesto fuera de lo habitual. ¿Estarían todas en el círculo? ¿Sabrían quién era y que quería entrar? Creía que no, pero no podía estar segura. ¿Cuánto

tardarían en comunicarse con ella? Pronto la tarea que tenía por delante absorbió toda su energía y no volvió a pensar en ello.

Sin embargo, el círculo regresó a su mente cuando volvió a casa. Entró en la tienda a saludar a su padre y este la miró con las cejas juntas. Almudena no supo si estaba enfadado o preocupado, pero no estaba como siempre. Le pidió que colgara el cartel de CERRADO en la puerta y luego le hizo una seña para que pasara al otro lado del mostrador.

—Almudena —le dijo con voz grave—. No sé qué te traes entre manos, pero no me gusta.

—¿De qué habla, padre?

Domingo miró hacia la puerta de manera furtiva, luego sacó un pañuelo de su chaqueta y se lo mostró por debajo del mostrador.

—Sé lo que es esto. Sé que es peligroso y también sé que te estás metiendo en algo que te puede traer disgustos. Tu madre…

Almudena lo cogió con rapidez y se lo guardó sin mirarlo. No le había dado tiempo a captar nada, pero sabía que era un mensaje. Respiró hondo.

—Padre, usted apoyó a madre aun sin saber muy bien qué estaba haciendo. Le pido por favor que tenga esa misma confianza conmigo. Sí, llegué a esto al averiguar quién era madre, pero si sigo en ello es por mí misma, por lo que creo, por lo que puedo aportar. Tendré cuidado, no me expondré más de lo necesario y no pondré en peligro nuestro apellido. ¿Puedo contar con usted?

Domingo suspiró, la miró con intensidad un buen rato, y al final le puso la mano en el hombro y apretó, como si ese gesto valiera más que las palabras.

—No es tu reputación lo que me preocupa, Almudena, sino tu

bienestar. No me gusta, temo por ti y creía que ya lo habíamos dejado atrás, pero, si es tu decisión, te apoyaré. Prefiero no saber mucho, pero quiero tu promesa de que no te arriesgarás más de lo necesario. ¿La tengo?

—La tiene, padre.

Y sí, en la mirada de su padre había pesar y miedo, pero también algo que alivió a Almudena: orgullo por haber criado a una mujer capaz de arriesgarse por los demás. Tragó saliva para disolver el nudo que se le había hecho en la garganta, parpadeó para aclarar la vista y, con el pañuelo bien oculto en su ropa, subió a casa a leer el mensaje.

32

Se sentó en la mesita, al lado de la ventana, con la libreta de su madre a mano. Sacó el pañuelo. Un árbol bordado mostraba entre sus ramas una flor, un corazón y aquellas olas que tan bien conocía. Lo miró hasta que le escocieron los ojos.

¿Y ahora qué? ¿Cómo se suponía que iba a descifrar el mensaje? Entonces cayó en lo evidente. Su madre no había dibujado aquellos símbolos en una libreta por capricho, sino para no olvidarlos. Eso era un código, y todo código necesitaba una clave. El significado de aquellos dibujos debía estar en algún sitio. ¿Cómo no lo había pensado antes? Almudena se incorporó de golpe, como si le hubieran hablado al oído. Supo con certeza que la clave no podía estar cerca de la libreta, tenía que estar en otro sitio.

Comenzó a pasearse por la estancia, con la cabeza gacha y el cerebro convertido en un torbellino. «Piensa», se dijo. Solo por si acaso, cogió la caja donde había encontrado la libreta. Abrió el doble fondo, palpó paredes, bisagras y esquinas, por si saltaba un resorte invisible. La vació, la volteó, la zarandeó. Ni un papel. Nada.

Pensó en bajar a la tienda y registrar las cajas de material, pero su madre trabajaba sobre todo arriba, junto al fogón, en la mesa de la casa. Además, abajo todo estaba al alcance de su padre. No tenía sentido esconder algo delicado donde podía ser descubierto en cualquier momento.

Se asomó a su alcoba, miró las paredes, la cómoda, el espejo. No

rebuscó: sabía que no encontraría nada allí. En todo caso, estaría en el dormitorio de su padre, el que había compartido con su madre. Era el lugar más lógico, y el único al que ella no solía entrar.

Miró por la escalera que comunicaba con la tienda y después oteó por la ventana. Aún había luz y conocía a su padre: tenía tiempo. Abrió la vieja puerta de madera y vaciló. «Vamos, Almudena, el mundo es de los valientes», se dijo para darse ánimos. Cogió una bocanada de aire y dio un paso.

El cuarto de su padre era sencillo, austero. La cama tenía un cabecero metálico poco elaborado y sobre él pendía un crucifijo de madera. A un lado, un taburete hacía las veces de mesilla. Bajo la ventana, una pequeña mesa con una palmatoria, una jofaina y una jarra. Eso y un baúl a los pies de la cama conformaba todo el mobiliario: Domingo no tenía mucho que guardar. La joven se dirigió al baúl, dispuesta a llevar su investigación hasta las últimas consecuencias, pero entonces vio algo.

Un pequeño cofre, de madera poco tratada y sin ninguna ornamentación. Estaba en una repisa en la pared frente a la ventana, al lado de una estampa de la Virgen de la Almudena y de un rosario de semillas que había sido de su madre. El nudo en la garganta volvió. La echaba de menos, la echaba tanto de menos… Y, sin embargo, casi podía sentirla a su lado, hablándole al oído, mostrándole la respuesta. Porque en esa sencilla caja de madera, Almudena lo recordaba bien, se guardaba la biblia de la familia.

Se acercó, sacó el libro envuelto en un lienzo blanco y dejó la caja en su sitio. Se fue a su habitación. Sabía que su padre no la echaría en falta: al fin y al cabo, no era algo que usaran a diario. Le vino el recuerdo de su padre leyendo en una silla cuando su madre

ya parecía casi un fantasma, desdibujada contra las sábanas de lino.

Con el paquete apretado contra su pecho, se sentó en la cama. Lo desenvolvió con cuidado. Era una edición muy lujosa del Nuevo Testamento, con tapas de piel. Incluso antes de abrirlo, se dio cuenta de que no encajaba del todo en una casa como la suya: demasiada calidad en el papel, demasiada pulcritud en el cosido, demasiados detalles y adornos.

Con lo que ahora sabía de su madre, entendió que sería una de las pocas cosas que se había llevado consigo de su vida anterior. Acarició el lomo. Pasó la mano por la tapa como si el gesto pudiera acercarla a ella. Entonces lo abrió. Estaba escrito en castellano, algo que años atrás podría haberles causado problemas de haber llegado a oídos de determinadas personas.

Era, sin duda alguna, una edición para gente adinerada. Pero no era eso lo que estaba buscando. Pasó las hojas despacio, una tras otra, en busca de algo que, estaba segura, reconocería en cuanto lo viera. Sin embargo, nada le llamó la atención. Ninguna hoja suelta, ninguna anotación en los márgenes. Resopló, frustrada. Y entonces, al cerrar el libro con lentitud, notó algo. La tapa posterior se notaba distinta. Menos firme, como si no estuviera bien adherida al lomo.

Se quedó inmóvil y una sacudida le atravesó el cuerpo.

Corrió a la cocina, buscó la navaja y volvió casi sin tocar el suelo. Se obligó a calmarse antes de acercar la hoja. Tenía las manos temblorosas.

Con extremo cuidado, levantó la guarda que unía la tapa al lomo. Le pareció que asomaba algo que no tendría que estar ahí: un trozo de cartón que abarcaba toda la tapa posterior apareció en cuanto hurgó un poco. Parecía pegado con resina. La lámina cedió con

facilidad, como si estuviera floja, y al despegarse dejó a la vista un papel doblado, amarillento y manoseado.

Almudena dejó a un lado la biblia y tomó el papel entre las manos. Por un momento dudó: «¿Querrías esto para mí, madre?». Cerró los ojos como si rezara. Respiró hondo una, dos veces. Y entonces abrió los ojos y desplegó el papel.

Ante ella, la letra de su madre desvelaba los misterios del código. No había dibujos, sino una palabra en cada línea. Almudena puso el papel al lado de la libreta y comprendió que cada palabra correspondía a una figura. Y así, uno tras otro, los símbolos que tan bien conocía revelaron su significado. Los ojos de Almudena se llenaron de lágrimas. Lo había conseguido.

Cogió el pañuelo bordado y lo miró de nuevo, con el papel al lado.

Flor: «Comienza».

Olas: «Urgente».

Corazón: «Esta noche».

Almudena se llevó dos dedos al entrecejo y masajeó en círculos. ¿Qué comenzaba esa noche? ¿Qué era urgente? Se habían puesto en contacto con ella por algo…, pero no podían saber que ella encontraría la clave ni que llegaría a interpretarlo. Así que solo podía ser una prueba. Otra prueba.

No se indicaba la hora. Pero tampoco tenía sentido reunirse muy tarde, una mujer por la calle de noche se exponía a habladurías o a algo peor. Estaba anocheciendo y aún no había sonado el toque de ánimas. Decidió acudir al mismo lugar que la vez anterior. No tenía nada que perder.

Se ajustó bien el manto y la basquiña, que ni siquiera se había

quitado, y salió de su alcoba. Justo en ese momento, Domingo subía de la tienda. La miró.

—¿Adónde vas?

Almudena se acercó, le dio un beso en la mejilla y se dirigió a la puerta.

—No puedo decírselo, padre. No es peligroso, se lo prometo.

Salió a la calle. Caminó deprisa, sin correr, y se obligó a no llamar la atención. Dio un par de rodeos por las calles cercanas, buscando figuras en las esquinas y sombras en los portales. No la seguían. Estaba muy cerca de su casa, pero prefería complicar el camino. Cuando se encontró frente a la puerta, llamó. Tenía preparada la contraseña por si se la pedían, pero no fue necesario.

La puerta se abrió, pero no había nadie al otro lado. Entró con paso cauteloso. El interior estaba oscuro por la falta de ventanas. Se iluminaba solo con tres velas sobre la mesa de madera que ya conocía. Cerró la puerta, ahogó un estremecimiento y se acercó a la luz. Allí vio una tira de lino blanco, aguja e hilo, y un papel con un mensaje:

Si quieres entrar en el círculo, borda aquí el nombre con el que te conoceremos. Si te echas atrás, nadie te juzgará.

La aceptaban. La estaban aceptando. Apoyó las manos en la mesa y agachó la cabeza. También le daban la opción de echarse atrás. ¿Estaba de verdad dispuesta a seguir adelante? Lo que hacían era ilegal. Podía enfadar a gente poderosa. Podía costarle su trabajo, su reputación, la vida. ¿Quería correr el riesgo? Cogió aire hasta que

los pulmones se llenaron al máximo. Luego lo soltó despacio. Levantó la cabeza, se sentó, cogió la aguja y la tira de lino y bordó un nombre: «Isabel».

Cuando terminó, no sabía muy bien qué debía hacer. Dejó la tira sobre la mesa y se levantó. Estaba a punto de marcharse cuando oyó un sonido que provenía de una esquina. El de las palmas de dos manos, chocando una contra la otra. Aplausos. Luego otras manos se sumaron a las primeras, y después otras, y de las sombras surgieron varias figuras, esta vez con la cara descubierta. María del Carmen, Josefa y otras mujeres que no conocía de nada la rodearon, la llamaron «hermana» y la abrazaron.

María del Carmen la miró con los ojos brillantes, como si percibiera todos los sentimientos que albergaba su pecho en esos momentos. Echó un vistazo a la pieza de tela y asintió, como si no esperara otra cosa.

—Enhorabuena, hermana. A partir de ahora, tu nombre clave será Isabel.

Después la condujeron a una pequeña sala anexa. Allí había una mesa con un plano desplegado. Era el plano del palacio, y varias marcas en rojo señalaban puntos concretos.

—Son salidas, rutas de escape y escondites —dijo María del Carmen—. Creo que ya es hora de que entiendas cómo funciona todo.

—Sí, eso me gustaría —respondió Almudena con una sonrisa tímida.

María del Carmen señaló el plano.

—El círculo lo componemos las mujeres que ves aquí y algunas más, aunque no siempre hay relación entre nosotras. Conviene que

sepas lo imprescindible. Hay zurcidoras, sí, pero también cocineras, lavanderas, planchadoras y alguna doncella. Cuantas menos conozca cada una, menos peligrosa se vuelve una detención o una torpeza…

Almudena tragó saliva.

—¿Alguien sabe lo que estáis haciendo?

María del Carmen hizo un gesto impreciso.

—Hasta hace poco te habría dicho que no. Pero desde hace meses creemos que estamos bajo sospecha. Algunas fugas han frustrado acuerdos convenientes, y hay quien está haciendo preguntas.

—¿Quiénes?

—No lo sabemos aún. Solo que son hombres, se reúnen en sociedades discretas y se consideran intocables. Y que no están dispuestos a tolerar que sus hijas elijan. Se llaman a sí mismos guardianes de la moral, hablan de privilegios y de derechos, pero solo para ellos.

La imagen de la reunión que Almudena había espiado en El Pardo le cruzó la mente como una cuchillada. Titubeó.

—Creo que conozco, al menos, a uno de esos hombres.

María del Carmen la miró, animándola a explicarse.

—El marqués de Valdearenas. El invierno pasado, en El Pardo, descubrí sin pretenderlo una reunión. Hablaban de sus hijas, de planes y alianzas. Reconocí al marqués, pero a nadie más. También había un conde que mencionó a su hija y su matrimonio con un anciano dos veces viudo. Dijo «en unos meses», y de eso hace casi un año, así que es posible que ya la hayan desposado.

Las mujeres se miraron.

—Elodia Fernández de Velasco —susurró una.

María del Carmen asintió con gesto grave.

—Elodia es hija del conde de Torreval. Nos pidió ayuda hace unas semanas. Su boda está prevista para dentro de dos meses, cuando la corte vuelva a Madrid. Tenemos ese tiempo para prepararlo todo.

—¿Cómo saben a quién tienen que pedir ayuda?

—Como te imaginarás, no operamos a la luz. Nos protegemos con el silencio —le aclaró María del Carmen—. Pero en palacio todo se oye, un comentario en el lugar adecuado llega donde tiene que llegar. Si una muchacha muestra señales de desesperación o rebeldía, alguien lo menciona. En cocinas, en las salas de servicio, en la lavandería…

—Pero las doncellas nobles nunca están solas.

María del Carmen esbozó una sonrisa.

—Ahí comienza el juego. Un tropiezo que distrae a la dueña, un recado urgente…, hay muchas maneras de robar un minuto. Porque ese es todo el tiempo que tenemos. Solo hablamos una vez con ellas, lo justo para asegurarnos de que de verdad quieren hacerlo y, si están dispuestas, les damos lo imprescindible: la lista de símbolos, los puntos de entrega y algunas reglas básicas. Se lo aprenden de memoria y lo queman.

Almudena dio una vuelta a la mesa con la atención puesta en el mapa de palacio.

—¿Y cumplen?

—No todas —intervino Josefa, con voz dura.

María del Carmen asintió.

—Hace unos meses una joven no quemó el papel y lo encontró su dueña. Por suerte no nos delató, dijo que lo había hallado en un parque. Pero…

—¿Qué pasó con ella? —preguntó Almudena.

El silencio se hizo denso.

—Se casó —dijo una mujer al fin.

Un pellizco le retorció el corazón.

—Lo lamento —murmuró—. Seguid, por favor.

—A partir de ahí nos comunicamos solo con bordados. Es un sistema seguro: no importa quién esté escuchando. Además, muchas de las nuestras no saben leer, pero todas conocen el significado de las figuras. Si la huida es posible, esa es la primera opción. Si no…

Josefa tomó la palabra.

—Si están demasiado vigiladas, se finge su muerte.

Almudena giró la cabeza.

—¿Y cómo…?

Un carraspeo nervioso se escapó de alguna garganta. María del Carmen levantó una mano y se hizo el silencio de nuevo.

—No es algo frecuente, y solo se intenta cuando no hay otra alternativa. Es arriesgado y peligroso, pero siempre hay colaboradores que cierran los ojos cuando conviene y gente dispuesta a aceptar sobornos. Eso ayuda. Aunque otras veces, simplemente, no se puede.

Almudena inspiró despacio.

—¿Y son muchas las que recurren a vosotras?

—No muchas —admitió María del Carmen—. Casi todas obedecen. Algunas se resignan. Pero hay quien ama a otro, o quien prefiere la libertad a una vida triste.

—Como mi madre.

—Como tu madre, sí —dijo María del Carmen, y le apretó el brazo

con afecto—. Isabel era especial. Demasiado sensible para soportar una vida que no había elegido. Le costó despedirse de su familia, pero eligió crear la suya propia.

—Fue feliz —murmuró Almudena, conmovida—, aunque no disfrutara de los lujos con los que había crecido. La recuerdo siempre sonriente.

Entonces otra duda le vino a la mente.

—¿Y qué hacen las jóvenes una vez que están fuera?

—Por ahora, solo te diré que suele haber alguien esperando al otro lado: un hombre al que aman, una amiga, una red. Algunas se refugian en un convento un tiempo. Otras se van lejos, a provincias, como acompañantes o damas de una casa burguesa. Siempre se encuentra un camino, si se sabe buscar.

Almudena se presionó las sienes. Tenía la cabeza a punto de estallar.

—Decidme qué debo hacer.

—Nada, de momento. Cuando sea preciso, tendrás que recoger, bordar o llevar mensajes, y, si es necesario, ayudarás en alguna salida.

—¿Qué hacía mi madre? —Almudena había intentado no hacer esa pregunta para no parecer demasiado curiosa, pero quería saber cuál era su papel.

—Solo era un apoyo —dijo María del Carmen, con una sonrisa nostálgica—. No podía dejarse ver: alguien podría haberla reconocido. A veces bordaba mensajes, y ya sabes que la tienda era un punto de intercambio.

—Se hace tarde —dijo una de las mujeres, inquieta.

Tenía razón, ya sería noche cerrada. María del Carmen asintió.

—Bien, a partir de aquí, solo nos reuniremos cuando haya que organizar una huida. Para lo demás, seré yo quien se comunique contigo, o alguien lo hará en mi nombre. —La miró con solemnidad —. Bienvenida a nuestro círculo, Almudena.

La joven se marchó sin ser consciente de que, en otro punto de la ciudad, un grupo de hombres movía sus piezas.

33

Como ya venía siendo habitual, Almudena regresó a casa con paso ligero y el rostro cubierto. Se cruzó con una pareja de hombres que la miraron de forma insistente. Temió que se pusieran a seguirla, pero giró en una esquina y los perdió de vista. Cuando llegó a casa, su padre la esperaba sentado en la mesita junto a la ventana. Se levantó de un salto cuando entró, y Almudena se llevó un susto de muerte.

—¿Estás bien, hija?

—¡Padre, qué susto me ha dado! —dijo mientras se quitaba las prendas exteriores—. Estoy bien, ya le dije que no era peligroso.

Un pequeño gruñido salió de la garganta de su padre.

—Puedes decirme lo que quieras, pero una joven rondando las calles a estas horas sí es peligroso, además de poco decente. ¡Imagínate si alguien te reconociera!

—Iba tapada, padre.

—Estupendo, ahora mi hija es una tapada —dijo Domingo con el horror reflejado en los ojos.

Almudena se dio cuenta de que estaba así de gruñón por culpa del miedo. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—No se preocupe, de verdad. Nadie me ha visto, y en ningún momento me he puesto en peligro.

Domingo la miró con suspicacia, pero después hundió los hombros y suspiró apesadumbrado.

—Dime al menos que estos correteos nocturnos no serán algo habitual.

—Le doy mi palabra, padre.

Y cumplió su promesa. Los primeros días iba a trabajar con una ilusión nueva, esperando que María del Carmen se comunicara con ella en cualquier momento. Pero no llegaba ningún aviso y, poco a poco, Almudena se dio cuenta de que cuando dijeron que solo actuaban puntualmente era justo eso lo que querían decir. Entonces la familia real regresó de El Pardo para la recta final del embarazo de la reina. Y eso trajo consigo un enorme regalo.

—¡Almudena!

La mañana que fue a trabajar y se encontró a Juan en la puerta tuvo que contenerse para no abrazarlo delante del otro guardia.

—¡Juan, por fin has vuelto!

Él se apartó un poco de su compañero.

—Te he echado mucho de menos, Almudena.

—Y yo a ti.

Se miraron con una sonrisa bobalicona en la cara. Entonces Juan se acercó un poco más.

—Termino mi guardia a media tarde. Tengo ronda nocturna, pero podemos dar un paseo. —Cambió el peso de un lado a otro, nervioso—. Y también podemos ir a hablar con tu padre, si te parece bien.

Almudena sintió esa calidez que la inundaba siempre que estaba con él.

—Lo estoy deseando. Ya sabes a qué hora salgo.

Entró exultante en el guardarropa. Don Carlos se encontraba en

su despacho organizando unos inventarios.

—¡Ah, Almudena! —dijo casi sin levantar la vista—. Me alegra verla con tanta energía. Hay que revisar y ordenar todos los baúles que han llegado de El Pardo, y Su Majestad querrá comprobar los avances en el vestuario de las infantas María Amalia y María Luisa en cuanto sea posible. No hace falta que estén presentes don Pedro ni madame Moulinier, se trata de revisar los modelos finalizados. Y, por lo que me han comentado, la infanta María Isabel ha crecido en estas semanas y también necesita renovar su vestuario. Por no hablar del trabajo extra cuando nazca el bebé que espera la reina.

—Entiendo, don Carlos. Por suerte, he desayunado bien esta mañana.

La risa sorprendida del jefe del guardarropa la acompañó hasta la sala común. Saludó al personal como todas las mañanas y se metió en el cuarto de costura a prepararlo todo. Apenas se había sujetado las mangas cuando apareció doña Paula. Almudena se acercó a abrazarla.

—¡Qué alegría verla! ¿Qué tal ha ido?

La costurera tenía buen aspecto. Seguía muy delgada y pálida, pero caminaba más erguida y se movía con energía y, cuando le devolvió el abrazo, notó que había recuperado las fuerzas.

—Debo admitir que el aire del campo me ha sentado bien —dijo —. Me encuentro mucho mejor. Ponme al día de lo que habéis avanzado y nos organizamos.

Esa misma tarde, ambas acudieron a las habitaciones de la infanta María Amalia. En su vestidor estaban ella y la infanta María Luisa, que ya tenía ocho años y empezaba a utilizar vestidos más estructurados. No era la primera vez que entraba en el vestidor de la

infanta para hacerle pruebas, pero no dejaba de sorprenderla el ambiente tranquilo y sereno que se respiraba allí, aunque hubiera dos niñas presentes. Estaba decorado en tonos crema y amarillo cálido, y hasta los ramos de flores repartidos por las cómodas seguían la misma línea de color.

María Amalia estaba ya en camisa y enaguas, jugando de rodillas con Bijou. María Luisa también estaba en ropa interior, sentada en el suelo, pero ella jugaba con una muñeca. Tres damitas bordaban sentadas en sillas en torno a ellas, y una dama de avanzada edad las supervisaba a todas. Cuando el aya las hizo pasar, María Amalia levantó la cabeza y sonrió a Almudena, por la que era evidente que sentía una simpatía instintiva.

—¡Hola, Almudena!

Le sorprendió que supiera su nombre, y mucho más que lo utilizara para dirigirse a ella. No estaba muy segura de cómo reaccionar, pero la simpatía era mutua, así que optó por responder con naturalidad:

—Buenas tardes, alteza —contestó, e hizo una reverencia.

Doña Paula la miró de reojo, pero no dijo nada. Las dos mozas de cámara las ayudaron a sacar los vestidos. Primero hicieron la prueba con un vestido de fiesta de María Amalia: la jovencita estaba muy tiesa y procuraba poner de su parte. El perrito corría a su alrededor entrando y saliendo de debajo de la falda. Almudena se tuvo que aguantar la risa cuando el animal rodó sobre el bajo del vestido, que arrastraba por el suelo.

—Bueno, es evidente que habrá que subir un poco más el bajo —dijo doña Paula.

María Amalia asintió, muy seria. Había contado con crecer unos

centímetros aquel invierno, pero eso no había sucedido y parecía frustrada.

—Casi soy tan alta como tú —dijo María Luisa, poniéndose a su lado.

Y era cierto. Aunque solo tenía ocho años, a la pequeña le faltaba un dedo para alcanzar a su hermana. Además, tenía toda la salud que a la otra le faltaba y, si algo así puede asomar ya a esa tierna edad, también un toque de malicia que destacaba frente a la inocencia de la mayor. Las costureras no hicieron ningún comentario.

El aya se acercó y cogió en brazos al perrito.

—Alteza, cada cual crece a su ritmo. No debe preocuparse, seguro que dará el estirón cuando menos se lo espere.

La infanta sonrió con tristeza y asintió, como si no estuviera muy convencida. María Luisa se pavoneó por la sala con su vestido, que las mozas de cámara ya le habían puesto, aunque aún no estaba bien ajustado.

—Me gusta cómo me queda el azul —dijo frente al espejo. Giró a un lado y a otro, y jugó con los volantes de la manga y con la tela de la sobrefalda—. Me veo mayor y me gusta llevar corsé. Ya no soy una niña —dijo para que a todo el mundo le quedara claro.

Las damitas asintieron.

—Por supuesto que no, alteza —contestó el aya—. Es ya una mujercita y su madre desea que vista como tal.

Las costureras terminaron su trabajo. Ajustaron algunos cuerpos, marcaron los bajos y tomaron nota de los remates. Apuntaron también añadir algunos lazos que María Luisa había pedido para sus vestidos, mientras que María Amalia había optado por la mayor sencillez permitida.

Por el pasillo de vuelta al guardarropa, acompañadas por un ujier, las dos permanecieron en silencio. Ya en el cuarto de costura, doña Paula preguntó por Beatriz.

—Su marido, Ramón, ha pasado allí el invierno. Con los recién casados a veces se tienen deferencias y no se les destina fuera. Me pregunto por qué no habrá solicitado la exención.

Almudena se encogió de hombros, reacia a contar lo que había descubierto. Al fin y al cabo, aunque Beatriz no se mereciese su lealtad, sabía lo que podía significar para su reputación y la de su esposo que se corriera la voz, y no quería ser partícipe de aquello.

—No lo sé. Tal vez no quería significarse. Lo que sí sé es que, según me contó madame Moulinier la última vez que la vi, había abandonado su taller.

—Tiene sentido —dijo doña Paula—. Si van a formar una familia necesitará dinero. Como costurera puede ganarlo, pero no como aprendiza de modista. Aunque el sueldo de un guardia no es malo. Y hablando de guardias…

Almudena se sonrojó. Sabía que doña Paula se había percatado de la mirada que Juan y ella habían intercambiado cuando volvieron de las habitaciones de la infanta.

—Luego vamos a hablar con mi padre —confesó—. Quiere empezar a cortejarme en serio.

Esa tarde Almudena se marchó un poco antes. Juan la esperaba en la puerta exterior vestido con el uniforme de gala, el sable al cinto, los zapatos brillantes y el cabello empolvado recogido en una coleta bajo el tricornio. Estaba nervioso y trataba de disimularlo, pero era evidente el esmero con el que había cuidado su apariencia.

Cuando llegaron a la tienda, esperaron a que saliera la clienta

que estaba dentro y Almudena fue la que habló primero con su padre.

—Padre, fuera está el guardia del que le hablé. Le gustaría presentarse.

Domingo miró a través del escaparate. Juan caminaba arriba y abajo sin parar. Una ligera sonrisa asomó a los labios del tendero.

—Muy bien, hija, que pase.

Y así fue como Almudena y Juan comenzaron a salir en serio. Sabían que no podrían casarse tan pronto como deseaban, tanto por la carrera de ella como por la de él, pero estar comprometidos les permitía salir a pasear y pasar tiempo juntos sin que nadie se escandalizase.

Y en uno de esos paseos se cruzaron con Beatriz. Iba sola, Ramón estaba de guardia de ronda, e hizo como que no los había visto. Sin embargo, Almudena se dio cuenta de cómo se fijó en su mano posada en el brazo de Juan y, cuando siguieron caminando, sintió en la nuca la mirada ardiente de Beatriz. Casi percibió su rabia al darse cuenta de que había fallado en el objetivo y sus ansias de vengarse. Se estremeció, pero Juan le pasó la mano por el brazo, arriba y abajo. Un gesto cariñoso, contenido y para nada escandaloso, que tuvo el poder de calmarla y hacer que olvidara todos sus temores.

Dos días después, María del Carmen apareció en la puerta del cuarto de costura. Llevaba en la mano una camisa.

—He recibido un trabajo que me gustaría que revisara una costurera —dijo, y miró a Almudena directamente.

Ella se levantó corriendo antes de que lo hiciera doña Paula.

—Yo me encargo. Dime, María del Carmen.

Salieron de la sala con naturalidad. La sala común estaba bastante tranquila. Algunos mozos y mozas seguían organizando el guardarropa tras el regreso de El Pardo, pero ni sastres, ni modista, ni don Carlos andaban por allí. Se situaron en el rincón junto a la ventana que tan discreto resultaba y que al mismo tiempo permitía vigilar si alguien se acercaba. Almudena fingió mirar con atención la camisa mientras la zurcidora le hablaba en rápidos susurros.

—Elodia nos ha dicho que la boda está preparada para dentro de una semana. Quiere huir ya, porque cree que su padre sospecha. Tenemos un contacto en Nápoles, una dama noble, que la acogerá como su prima. Podrá vivir como su acompañante y no le faltará de nada, pero para eso tiene que tomar dentro de unos días un barco que sale de Barcelona.

—¿Y cómo va a llegar hasta allí?

—Una de nosotras irá con ella. Se harán pasar por madre e hija en el carruaje. Pero primero tiene que salir de palacio. La sacaremos vestida de criada hoy mismo.

—¿Qué tengo que hacer?

—La esperarás fuera. Saldrá de palacio con una de las nuestras. Ella se quedará y seguirás tú. Tendrás que dejarla en casa de otra compañera. —Le dio la dirección y bajó aún más la voz—. No la llames por su nombre ni le digas el tuyo: cuanto menos sepa, mejor.

Almudena asintió. Una moza que cargaba con un pesado vestido pasó cerca de donde estaban.

—Esta pieza se puede arreglar, sí, pero habría que tocar el dobladillo —disimuló—. Yo me la quedo, tranquila. ¿A qué hora? —preguntó en un susurro cuando la criada se alejó.

María del Carmen sonrió y cogió la camisa como si hablaran de ese encargo.

—Cuando sea noche cerrada, justo cuando se haya ido la luz. Estate atenta.

Almudena asintió y volvió a la sala de costura.

Esa tarde, al terminar la jornada, Juan la estaba esperando. Dieron un pequeño paseo por las calles cercanas al palacio, sin alejarse demasiado. El sol se hundía tras las fachadas y la temperatura había bajado. Almudena se sintió muy mal por no contarle lo que estaba pasando, pero sabía que ser discreta y no revelar nada era parte del compromiso que había adquirido. Casi no escuchaba lo que él decía, pero de repente algo llamó su atención.

—… y por eso tenemos que vigilar todos los indicios de sociedades secretas que encontremos.

Almudena sacudió la cabeza.

—Perdona, ¿puedes repetir lo último que has dicho?

—Digo que al parecer están llegando ideas demasiado innovadoras de Francia. No se sabe muy bien qué está pasando, excepto que los reyes son en esencia prisioneros en palacio, solo pueden salir para actos muy concretos y siempre vigilados. Los ilustrados son cada vez más numerosos y las ideas de razón y fe en el progreso humano están cruzando la frontera.

—Supongo que eso no les conviene.

Juan negó con la cabeza.

—Desde luego que no. Y, por si fuera poco, el conde de Floridablanca, secretario de Estado, no se atreve a intervenir. Así que se sospecha que han surgido varios grupos masones en Madrid. De todas maneras, en la corte no tenemos nada que hacer.

Almudena se quedó parada.

—¿Por qué no les interesa saber si hay gente de esa en la corte?

Juan suspiró.

—Son nobles. Tendrían que hacer algo muy grave para que sus acciones tuvieran consecuencias. Además, no hay riesgo de masonería en la corte, a la gente con tanto poder le encanta lo de las sociedades secretas… siempre que convengan a sus intereses. ¿O acaso crees que ellos van a defender la libertad? ¿La igualdad de todos los hombres?

Ella se encogió de hombros.

—No lo creo, no.

—Lo que preocupa es que esas ideas se extiendan entre la gente del pueblo. Eso es lo que temen, pero estamos todos atentos.

Almudena intentó sonreír, pero sintió un leve tirón en el estómago.

—¿Y qué vais a hacer?

—Vigilar. Estar alerta por si aparecen papeles franceses, símbolos extraños, reuniones sospechosas… Esas cosas.

Almudena asintió y luego miró al cielo. El sol ya se había puesto, pero aún quedaba un rato para que fuese noche cerrada. Se le había hecho tarde para ir a casa y marcharse de nuevo, y tampoco quería dar explicaciones a su padre.

—¿Tienes tiempo para pasear un poco más? —le preguntó a Juan.

Una media hora más tarde, cuando Juan volvió al cuartel, Almudena se alejó de la entrada de palacio para que nadie pudiera reconocerla. Se quedó entre las sombras, observando, aunque no tenía muy claro por dónde aparecerían su compañera y la joven

Elodia.

La noche había caído. No era tarde, todavía había gente por la calle, quienes volvían del trabajo a sus casas o los que se dirigían a las tabernas o a citas clandestinas, pero la zona estaba tranquila. Nadie prestaba mucha atención a los demás, pero aun así Almudena estaba incómoda. La sensación se acrecentó cuando un hombre se le acercó, aunque ella le dio la espalda y el otro entendió la indirecta.

Se removió dentro del manto, tensa. Se sentía nerviosa, clandestina y mentirosa. Pero había prometido ayudar y lo iba a cumplir.

Entonces las vio.

Dos criadas salieron primero. Detrás, tres mozos y otra mujer. Todo normal. Todo cotidiano. Pero de las dos criadas, una caminaba demasiado rígida. No se movía de forma natural, sino como alguien asustado. La zona estaba iluminada y las vio salir por la puerta hacia el exterior. Se pararon con los guardias, una habló con ellos y la otra, la temerosa, dio un paso atrás. Almudena contuvo el aliento, sin embargo, la muchacha recuperó el ánimo y se situó junto a su compañera, y después salieron las dos.

Almudena se acercó.

—Soy Isabel —susurró.

La criada mayor la miró de arriba abajo, evaluándola.

—Bien, yo me quedo aquí, tú sigues. Buena suerte —dijo como si le diera un simple recado.

Se marchó en otra dirección y Almudena miró a Elodia. Parecía más joven de lo que imaginaba y sus enormes ojos, cuyo color Almudena no podía distinguir bajo la escasa luz, se abrían

asustados. Sujetaba un hatillo con las dos manos, apretado contra su pecho como si fuera su mayor tesoro. Y tal vez lo fuera, teniendo en cuenta que acababa de dejar todo su mundo atrás.

—Vamos —dijo Almudena—. No nos quedemos aquí paradas.

La muchacha la siguió pegada a ella, como si le diera miedo alejarse.

—¡Eh!

Una voz las detuvo. Apareció un guardia en la esquina opuesta.

—Vosotras dos, ¿de dónde salís?

La sangre abandonó el rostro de Almudena. Se giró despacio.

—De las cocinas de palacio, señor —respondió con fingida serenidad—. Nos han tenido hasta tarde preparando platos por el regreso de la corte.

El guardia las miró con recelo.

—No os he visto antes.

—Yo tampoco a usted —replicó ella—. ¿Es nuevo en esta ronda?

El hombre dudó.

Elodia apretó aún más el hatillo. Almudena notó el temblor a su lado.

—¿Y tú? —preguntó el guardia—. ¿Por qué tiemblas?

Elodia levantó la cabeza. Sus ojos brillaban demasiado.

—Estoy preocupada, señor. Mi madre está enferma —dijo con un hilo de voz—. Necesito llegar antes de que cierre el boticario.

El guardia frunció el ceño. Un hombre pasó por su lado con un saco, maldiciendo por el peso. El momento se rompió y el guardia dio un paso atrás.

—Bien, buenas noches.

Almudena echó a andar sin mirar atrás. Cuando giraron en la

esquina, se paró, respiró hondo y miró a la joven.

—Lo has hecho muy bien —susurró.

Elodia tragó saliva.

—Pensé que… —No terminó la frase.

Siguieron caminando. Un hombre se acercó desde la otra acera.

—¿Estáis solas?

Almudena ni siquiera se detuvo.

—Mi marido nos espera más adelante. Es guardia del rey.

El hombre desapareció como si fuera humo entre las calles oscuras.

—¿Estás bien? —preguntó Almudena cuando ya habían recorrido varios metros.

La sombra a su lado asintió y la voz le salió quebrada.

—Lo estaré. No podía quedarme.

Continuaron en silencio y a paso rápido. Cuando llegaron a la dirección indicada, Almudena llamó. La puerta apenas se abrió un palmo.

—¿Quién se queda? —preguntó una voz desde dentro.

Almudena señaló a Elodia.

—Ella.

—Vamos, pasa —dijo la mujer.

Antes de cruzar el umbral, la joven se giró hacia Almudena y tomó su mano.

—Gracias —dijo, pálida y temblorosa, pero con la esperanza instalada en el fondo de sus enormes ojos—. Gracias por hacer esto. Ni siquiera sé su nombre, pero siempre la llevaré en el corazón.

Almudena asintió con un nudo en la garganta. Luego se dio la vuelta y se dirigió a su casa, con la certeza de que seguiría

ayudando al círculo mientras una sola muchacha pudiera recuperar la esperanza gracias a ella.

34

Febrero de 1791, aposentos del marqués de Valdearenas

—Pasa, querida, te estaba esperando.

Una chimenea crujía y chisporroteaba, y esparcía calor y una luz acogedora por la sala. Beatriz cerró la puerta a su espalda, dejó el manto sobre una silla y avanzó hacia el fuego, extendiendo las manos para calentárselas.

—Hace un frío atroz —dijo sin mirarlo—. Si deseas verme, quizá deberías enviar tu coche a buscarme.

El hombre sentado en el sillón dejó escapar una risita malévola. De mediana edad, poseía un rostro, si no atractivo, sí armónico, y una figura interrumpida por una pronunciada redondez a la altura del estómago. El marqués observaba a su amante con satisfacción: era hermosa, muy hermosa, y también fogosa, con un punto impertinente y altivo que todavía no le había cansado.

—Temí que no te agradara que te vieran subir a un carruaje a estas horas.

Beatriz giró apenas el rostro.

—Tu nombre me protegería de murmuraciones. Y si no lo hiciera, siempre puedo decir que coso para tu casa.

Él soltó una leve risa. Había en ella una nota de advertencia.

—Siempre tan ingeniosa.

Beatriz se acercó despacio y se acomodó en la alfombra, a sus

pies. Apoyó la mejilla en su rodilla, como si aquel gesto fuera espontáneo y no calculado.

—¿Has tenido problemas con tu marido? —preguntó el marqués, deslizando los dedos por su mejilla.

Ella resopló con desdén.

—Ramón trabaja más que nunca. Acepta todos los turnos que le ofrecen. Supongo que prefiere el frío de la guardia al calor de su casa.

El marqués la miró con atención. Un marido resentido podía ser un inconveniente. Beatriz continuó hablando:

—Es tan pusilánime que ni siquiera es capaz de echarme nada en cara, a pesar de que sospecho que lo sabe todo.

—Es una lástima, recién casada y ya así.

—Fue un error —dijo ella con furia—. Calculé mal. Pero ya está hecho.

Una criada entró con discreción. Bajó la mirada y dejó una copa sobre la mesa baja. Beatriz la tomó sin apartar los ojos del marqués.

Le gustaba que le sirvieran. Le gustaba sentir que el mundo podía inclinarse un poco ante ella. Le gustaba que su amante la complaciera con bonitos vestidos, perfumes y hasta alguna joya. Todo eso era un seguro que atesoraba, a espaldas de su marido, para cuando llegaran las vacas flacas. Porque había comprendido que se había equivocado al casarse con Ramón. Lo hizo por orgullo, por competir, por demostrar que podía arrebatarle algo a Almudena. Pero Almudena paseaba ahora del brazo de Juan, y ella no soportaba esa imagen.

Se le pasó por la cabeza seducir a Juan, por supuesto, pero no quería enfurecer al marqués, y eso sería lo que ocurriría si la

aventura llegaba a sus oídos. No, mejor centrar sus esfuerzos en sacar el máximo provecho de esta relación. Tal vez, incluso, un ascenso para Ramón que aumentara su prestigio y sus ingresos y, de paso, lo mantuviera lejos de casa. Con un poco de inteligencia, tal vez pudiera conseguir una renta para ella. Miró hacia arriba, hacia la cara del marqués, que la observaba como quien analiza un cuadro exquisito. Sonrió. Sabía que, cuando sonreía, su rostro pasaba de hermoso a celestial. Su mano comenzó a trazar círculos indolentes en la pierna del marqués, cada vez más arriba.

—¿Cómo está la marquesa?

Él frunció apenas el ceño.

—En su casa.

La respuesta fue seca. Beatriz notó el muro, pero no retrocedió. Sabía que era una provocación hablar de la esposa de su amante, pero no podía evitar la envidia. Esa mujer lo tenía todo solo por haber nacido en una cuna de oro.

—Ella en esa casa tan grande y yo en una chabola con un guardia. —Beatriz hizo un puchero encantador.

El noble suspiró para sus adentros. Le iba a salir cara, pero por el momento le compensaba.

—¿Hay algo que necesites, querida mía?

Beatriz alzó el rostro y su mano izquierda acompañó a la derecha.

—Seguridad. Y puesto que está en tu mano dármela, ¿qué tal una renta en concepto de trabajos de costurera para tu familia? Eso no quiere decir que deba trabajar en ello, claro. Pero con esa excusa podría acudir a palacio, o a tu casa, sin levantar sospechas.

El marqués sonrió y la miró con atención. Ambiciosa, pero también inteligente. Práctica. Nada sentimental. Y no le faltaba

razón; una pequeña renta era para él calderilla, pero podía garantizar su lealtad. Y, tal vez, incluso podría aprovechar esa perspicacia suya en su beneficio. Dio un sorbo a la copa y cerró los ojos. Sus delicadas manos sabían exactamente cómo tocarle. Inspiró; quería prolongar el placer. Le hizo un gesto con la mano que ella comprendió a la primera.

Se levantó y comenzó a quitarse la ropa. A la luz del fuego del hogar, parecía una diosa.

—Podría hacerse, pero toda seguridad exige a cambio lealtad —dijo.

Beatriz sonrió, seductora.

—Lo que me pidas haré.

El marqués se incorporó un poco en el asiento. Su excitación iba en aumento, pero quería terminar esa conversación. Primero los negocios, luego el placer.

—Anoche desapareció la hija de un amigo.

Beatriz no pareció sorprendida.

—Mi marido ha oído rumores.

—Iba a casarse esta semana. Me temo que se ha fugado, aunque, por descontado, jamás se admitirá en público.

Beatriz se quedó en camisa interior. Se soltó el pelo, que cayó como una cascada rubia sobre el hombro que la camisa dejaba al descubierto. Era pura sensualidad.

—Eso sería una deshonra. ¿Qué excusa van a poner?

—La de siempre. Oficialmente, estará enferma. Después, morirá y habrá duelo.

Beatriz se puso las manos en la cintura. Las llamas de la chimenea danzaban a través de la fina tela de la camisa y marcaban

la silueta de sus piernas.

—¿La de siempre? ¿Ha pasado más de una vez?

El marqués entrecerró los ojos.

—Demasiadas para ser casualidad. —Se inclinó hacia ella—. Alguien ayuda a esas muchachas, y necesito saber quién.

El silencio se tensó entre ambos. Beatriz sintió un escalofrío. No por miedo, sino por la magnitud del juego que se le ofrecía: indagar, mover información, ser útil.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó al fin.

Se acercó y se sentó a horcajadas en sus rodillas. Él agarró sus caderas. Incluso a través de la tela de la camisa la piel se percibía suave y firme. Levantó las manos, sujetando la tela, hasta dejarla desnuda.

—Quiero que estés atenta. Escucha. Observa. Conoces a gente que trabaja en palacio, y hay conversaciones que el servicio oye antes que los nobles. Si detectas algo inusual, me lo dirás.

Beatriz alzó la mirada, decidida.

—Seré tus ojos y tus oídos.

El marqués sonrió.

—Y yo sabré recompensarte.

Esta vez no habló de dinero. La atrajo hacia sí y la besó con una mezcla de posesión y deseo. Beatriz respondió con igual intensidad, pero en su mente el beso era secundario.

Había aceptado algo más que una renta: había cruzado una línea, y no tenía intención de retroceder.

35

Al llegar a casa esa noche, aún alterada, Almudena se encontró a su padre esperándola.

—Es muy tarde —dijo muy serio.

Ella le quitó importancia con un gesto.

—Teníamos que terminar un encargo, padre, y no es tan tarde. Las calles están llenas de los que salen del último turno.

Otra mentira. A ese paso, se iba a acostumbrar muy rápido a mentir a la gente que le importaba.

Domingo la miró a los ojos. Almudena no supo si la había creído o solo había decidido que no quería saber más. Sea como fuere, al final parpadeó y asintió.

—Está bien. Venga, vamos a cenar.

Al día siguiente, cuando entró en palacio, lo hizo casi de forma furtiva. Temía que el guardia que las había parado la noche anterior la reconociera y se diera cuenta de que no era personal de cocinas. Aunque había poca luz y el frío había propiciado que llevara el manto tan ajustado que sus rasgos apenas se distinguían, el miedo estaba ahí, agarrado a su pecho con uñas y dientes.

Sin embargo, pasó sin problema. Vio más guardias de lo normal, y también algunas personas cuchicheando por los rincones. Pero cuando se internó en los pasillos de servicio y accedió al

guardarropa, el silencio volvió a reinar. María del Carmen le dedicó un saludo tan cordial como siempre y Josefa, tal vez, sonrió más que de costumbre, pero nada hizo sospechar que compartían algo entre ellas, excepto el trabajo.

El día transcurrió lento, tan plomizo como el cielo con el que Madrid había amanecido. A media mañana, se corrió la voz de que la reina se había puesto de parto. A media tarde, el repique de campanas anunció que una nueva vida había venido al mundo y luego llegaron las salvas, que hicieron temblar los cristales. Poco después, don Carlos entró en el cuarto de costura.

—Ha sido niña: María Teresa.

—Otra niña. —María se santiguó.

—Que venga con salud —deseó Almudena.

Doña Paula fue más práctica:

—Habrá que preparar faldones nuevos.

Don Carlos asintió.

—Así es. Mantillas de cristianar, faldones, ustedes lo saben mejor que nadie. Lo dejo en sus manos. Hoy es un día feliz.

En esos momentos, con tres infantas más el bebé, el vestuario de las pequeñas suponía más tiempo y esfuerzo que el de Su Majestad. Pero, por otra parte, era muy entretenido. Hasta los ocho años, las costureras tenían la potestad de hacer y deshacer sin que sastres y modistas metieran baza. Ellas dibujaban, cortaban y cosían. Podían incluso dejarse llevar y hacer algo más atrevido, siempre que contara con la aprobación de don Carlos. Así que se pusieron a organizar el vestidor de la nueva infanta con toda la ilusión.

Uno de los vestidos de cristianar diseñado para el bautizo llevaba gran profusión de bordados, así que Almudena acudió a la sala de

zurcidoras con él. Ellas tenían mucha mano con los bordados y además eran expertas en reutilizar los de otras piezas. María del Carmen se levantó cuando la vio entrar en la sala y se acercó a la mesa.

Almudena sabía que no debía preguntar, pero le estaba costando un esfuerzo enorme explicar lo que debían coser en el faldón y no indagar en cómo había ido todo la noche anterior. La mujer se dio cuenta porque, en un momento dado, giró la cabeza para asegurarse de que nadie la escuchaba y bajó la voz.

—Enhorabuena, salió todo tal y como estaba planeado. La joven ya va camino a su nueva vida.

Almudena sintió que un enorme alivio recorría su cuerpo.

—Gracias —dijo.

Luego dejó el faldón y volvió a su puesto.

Cuando acabó la jornada, Juan la estaba esperando a la salida. Almudena era consciente de que cambiaba muchos turnos para poder estar con ella un rato por las tardes. No sabía qué le costaba eso, puesto que él no quería decírselo. Tal vez hacía más rondas nocturnas de lo habitual. Sea como fuere, se alegraba de verlo, aunque tenía un semblante más serio que de costumbre.

—¿Va todo bien? —le preguntó Almudena.

Él asintió, aunque no pareció muy convencido.

—Está el palacio un poco revolucionado. Me ha costado escaparme para verte.

—¿Qué ha ocurrido? —se interesó Almudena, aunque en su fuero interno sabía la respuesta.

Juan miró a un lado y a otro antes de hablar.

—Una joven ha desaparecido: la hija del conde de Torreval. Al parecer, su padre la trajo a la corte para que hiciera compañía a la infanta María Amalia, y se iba a casar la semana que viene.

Almudena se sintió una impostora, pues tuvo que fingir y seguir la conversación como si no supiera nada.

—¿Y ha desaparecido a pocos días de la boda? ¿Qué creen que ha pasado?

—Bueno —dijo Juan, algo incómodo—, como comprenderás, esto no es algo de lo que se pueda hablar a las claras. Nos han ordenado la máxima discreción. Casi nadie lo sabe, y no quieren que se corra la voz entre los cortesanos. ¡Imagina el escándalo! Por lo que tengo entendido, han dicho que la muchacha estaba enferma y que la habían mandado con la familia de la madre a Zaragoza.

—Entiendo —dijo Almudena, que buscaba el término medio entre parecer sorprendida y no actuar con exageración—. ¿Qué órdenes tenéis?

—No podemos hacer gran cosa, es un tema privado de la familia del conde. Pero ha solicitado ayuda, así que se está encargando la guardia de corps, aunque nos han encomendado hacer registros aleatorios. También han interrogado a los que hicieron guardia anoche. Imagino que ya estará lejos.

Almudena sintió un pequeño mareo. ¿Y si alguien hablaba? ¿Y si el guardia que las había detenido la reconocía? Juan se dio cuenta de que algo pasaba.

—¿Te encuentras bien?

Almudena se forzó a esbozar una sonrisa.

—Sí. Solo pensaba en lo desesperada que tenía que estar para tomar esa decisión. Pobre muchacha.

Juan la miró.

—¿Por qué?

Almudena estuvo a punto de morderse la lengua. ¿Cómo podía ser tan torpe? Pero, por otro lado, le venía bien saber qué opinaba Juan de todo aquello. Suspiró.

—Iba a casarse, dices. Imagina lo que esa boda suponía para ella para desaparecer así, sin más. Una joven que ha vivido toda su vida en la corte, que no sabe hacer nada, que no puede ganarse la vida. Y, aun así, ha preferido huir. No sé, me da pena.

Juan sonrió y acarició la mejilla de Almudena.

—Eres muy buena persona, es una de las cosas que me gustan de ti. Pero supongo que su padre no pensará lo mismo. Tendrán que compensar al novio y su honor quedará manchado, aunque busquen una excusa.

Almudena negó con la cabeza.

—Ningún honor debería estar por encima del derecho a elegir. Son niñas, Juan. ¡Niñas! Y las casan con ancianos, las venden como si fueran yeguas, piezas en sus tableros de ajedrez. Lo siento, pero si esa joven ha conseguido escapar, su padre no me da ninguna pena.

Juan la miró con una sonrisa en los labios, irónica pero cálida.

—A ver si vas a ser tú una de esas afrancesadas a las que tenemos que perseguir.

Almudena sintió que las rodillas se le doblaban, pero mantuvo el rostro sereno y le devolvió la sonrisa.

—No me meto en esas cosas, ya lo sabes, pero una no puede evitar sentir compasión a veces. ¡Oh, mira! —dijo en un intento de cambiar de tema—. Castañas asadas. Tengo las manos heladas, ¿te

apetecen?

Juan se acercó a por un cucurucho y Almudena supo que no le daría más vueltas al asunto. Ella, sin embargo, no olvidaría esa conversación con facilidad. Ante ella se abrían dos caminos: mentir a Juan y llevar una doble vida, o alejarse de él para protegerlo y no tener que engañarlo. Pero esa tarde no tenía fuerzas para tomar una decisión. Decidió dejarlo para más adelante.

Esa semana se celebró la boda de Teresa, su amiga del alma. La iglesia estaba iluminada por una fría luz de invierno. La novia entró del brazo de su padre con una sonrisa que no cabía en su rostro. Almudena observó a la pareja arrodillarse frente al altar y sintió algo que le apretó el pecho. Tal vez las ganas de ser ella quien estuviera pronto en esa posición, y también, un poco de envidia por la vida sencilla que les esperaba. Cuando el sacerdote pronunció las palabras del sacramento, Teresa y su ya marido se miraron como si no hubiera nadie más en el templo, ni familia, ni vecinos, nadie en el mundo salvo ellos dos.

Almudena pensó en Juan, en su mano buscándola en la oscuridad. También en la orden que había recibido días atrás de vigilar indicios de sociedades secretas y en que estaba metido en la investigación de la desaparición de Elodia. Y se preguntó cuánto tardaría el amor en convertirse en un obstáculo.

La risa de sus amigas la trajo al mundo real, a un mundo que no suele pensar en fugas y sociedades secretas.

—Está preciosa —dijo Luz, emocionada.

Ya era una jovencita en edad de fijarse en los chicos y, aunque no tenía mucho que ofrecer, pues carecía de dote, era tierna y

divertida, y deseaba formar una familia. Sus ojos oscuros miraban a la feliz pareja y suspiraba cada dos por tres.

Manuela estaba un poco más seria de lo habitual. Había roto con su novio. Al parecer, los majos eran apuestos y hacían locuras por amor, pero también eran volubles y repartían sus encantos entre cuantas mozas los aceptaran. Al menos, ese era el argumento de la joven, que, a pesar de todo, no parecía demasiado afectada y miraba a su alrededor para observar a los chicos que habían acudido a la ceremonia.

—Qué bonito es el amor —dijo con ironía desencantada.

Almudena le dio un codazo.

—No seas descreída, mujer. Encontrarás un buen hombre, ya lo verás.

Manuela suspiró.

—Eso espero, no quiero quedarme para vestir santos. Además, una empieza a tener ya una edad respetable.

—Si no recuerdo mal, tenemos los mismos años.

—Pues eso —zanjó Manuela con una media sonrisa.

Almudena consiguió dejar de lado los sombríos pensamientos que la habían atacado y disfrutar del resto del día. Al salir, Teresa, radiante, la abrazó con fuerza.

—Te voy a echar de menos.

—No exageres —rio Almudena—. Ni que te cambiaras de barrio, que te mudas dos casas más allá.

Pero mientras reía se dio cuenta de cuánto la necesitaba a su lado y se prometió no perderla.

Pasaron los días, y el guardarropa estaba sumergido en mantillas,

faldones y cintas, en los vestidos de las infantas y en las nuevas modas que la reina quería adoptar. Se celebró el bautizo de la nueva infanta con toda la pompa debida. Juan ahorraba para una casa. Las pesquisas sobre Elodia terminaron. La familia comunicó su muerte y guardaron luto. Almudena cumplió un año más, veintiuno. Pasó la época de verbenas, y en agosto desapareció otra muchacha. Almudena no había tenido nada que ver, y tampoco había sido en palacio, puesto que la joven vivía en la casa familiar, pero se enteró porque Josefa se lo susurró un día que coincidieron al salir del trabajo. Otra enfermedad de cara a la galería, otra muchacha enviada a provincias para que sanase de la que nunca más se sabría nada. Y entonces llegó octubre. Las hojas de los árboles comenzaron a amarillear y los días se acortaron, y ella recibió otro mensaje.

Esa tarde, cuando pasó por la tienda antes de subir a casa, la mirada con la que su padre la recibió, tensa y preocupada, le indicó que la aguardaba algo importante.

—¿Qué ocurre, padre?

En la tienda no había ninguna clienta en ese momento.

—Alguien ha venido preguntando por ti. Quería hacerte un encargo particular. Ha dicho que volvería después.

Almudena solo trabajaba en palacio y no recibía encargos particulares, no porque lo tuviera prohibido, sino porque no necesitaba más dinero y su tiempo era escaso. Sabía lo que significaba eso. Y su padre, a juzgar por su expresión, también. Así que se quedó en la tienda y le ayudó a recoger hasta que lo oyó carraspear justo cuando una mujer cruzaba el umbral.

—¿Qué desea?

Por su apariencia no era rica, pero tampoco una criada.

Almudena no la había visto nunca, ni por el barrio ni en palacio, pero la atendió como si en verdad recibiera encargos.

—Me han hablado muy bien de sus manos y su precisión en la costura. Sé que no es habitual, pero me gustaría encargarle una camisa nueva.

Almudena asintió.

—¿Qué tenía en mente?

La mujer sacó un trozo de tela. Actuaba de manera muy natural, pero no pudo evitar echar un vistazo a la calle a través del cristal antes de alargar la mano.

—Algo sencillo, pero con algún adorno. Parecido a esto, ¿podría hacerlo?

Almudena miró el pañuelo y no cambió el gesto, aunque por dentro tembló todo su cuerpo. Lo cogió y lo miró como si lo estuviera estudiando. Había memorizado el código, sabía lo que le estaban pidiendo. «Esta tarde, a las seis, con mucho cuidado». Devolvió el pañuelo a la mujer.

—Sí, puedo hacerlo. ¿Es urgente?

—Bastante —respondió la mujer.

—De acuerdo. Cuente conmigo.

La mujer sonrió.

—Estupendo. Mañana volveré para hablar de los detalles.

Cuando la señora se marchó, se giró hacia su padre y esbozó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, aunque sabía que él notaba que la consumían los nervios.

—Está todo controlado, padre. Por favor, no se preocupe. Iré al mercado y tal vez me demore un poco, pero no se me hará tarde.

Hizo caso omiso de sus murmullos de descontento y subió a casa

a por la cesta para ir al mercado. Aún no era de noche y convenía disimular. Habría bastante gente por la calle y nadie tenía por qué sospechar de una joven que hacía sus tareas después del trabajo. Bajó por el patio: no le apetecía enfrentarse de nuevo a la mirada de su padre.

Vicenta recogía la ropa tendida y Brígida le daba conversación mientras sacaba agua del pozo. No hacía frío y los últimos rayos de sol se colaban en el patio. La gata estaba dormida sobre el borde del pozo y un cachorro de la última camada descansaba pegado a su vientre. Se respiraba una paz que le vino muy bien, así que decidió quedarse un rato con sus vecinas: tenía tiempo y tampoco quería llegar la primera a la reunión.

—¡Almudena! —la saludó Vicenta con una gran sonrisa. Quería mucho a la costurera y no lo ocultaba—. Hace días que no te veo, dichosos los ojos.

—El trabajo, Vicenta, que me tiene absorbida.

Se sentó en un taburete al lado del pozo y acarició a la gata, que se puso a ronronear sin abrir los ojos.

—¿Cuándo vas a darnos una buena noticia, jovencita? —dijo Brígida—. Ese guardia tuyo ya lleva tiempo cortejándote.

Almudena soltó una carcajada.

—Nadie tiene más ganas que yo, señora Brígida, pero todo a su tiempo. Él quiere ahorrar un poco y mi trabajo es importante: quiero estar bien asentada antes de dar el paso.

—Pero si ya estás más que asentada. Tu padre dice que la reina te tiene en alta estima —dijo Vicenta.

—La reina no conoce ni mi nombre —se carcajeó—. Pero es cierto, me siento muy valorada. Y si creo una familia ahora, tal vez

eso me perjudique.

Brígida la miró y habló con el dedo en alto, como si fuera poseedora de la verdad absoluta:

—Crear una familia es lo primero —sentenció—. Lo demás son fantasías.

Lo primero.

Almudena pensó en Elodia, en su padre y su madre, en el marqués, en el círculo. A veces, lo primero para unos no lo era para otros.

—Lo tendré en cuenta, se lo prometo.

El hijo pequeño de Vicenta, que ya era un muchachito que había entrado como aprendiz en la barbería de al lado, apareció por el portal y saludó a las mujeres.

—¡Almudena! —dijo en cuanto la vio—. ¿Has visto a los reyes esta semana?

Ella se rio.

—Pues no, pero ¿sabes a quién he visto? A las infantas María Amalia y María Luisa. La mayor es de tu edad, más o menos, y tiene un perrito al que le caigo muy bien. Quiere jugar conmigo cada vez que me ve.

La boca de Manuel se abrió llena de admiración. Tener en el edificio a alguien que se codeaba con la familia real lo convertía en alguien especial, o eso creía él.

Almudena se incorporó y cogió la cesta.

—Bueno, señoras, voy al mercado.

La gata levantó la cabeza y abrió los ojos para dejar claro que le parecía indignante no recibir más caricias. Por detrás de una columna otro de sus hijos, un gato ya adulto, apareció persiguiendo

a un ratón, al que por fin capturó.

Almudena suspiró. Había quien nacía gato y quien nacía ratón, y luego estaban los que creían que podían elegir. ¿Estaba haciendo lo correcto? Sacudió la cabeza. Había tomado sus decisiones, y no se arrepentía.

Se marchó y, cuando salió a la calle, notó una mirada clavada en su espalda. Se giró pero no vio a nadie. No obstante, la sensación persistió. No pertenecía a sus vecinas y, desde luego, no era amable.

36

Despacho del marqués de Valdearenas, octubre de 1791

El marqués leía con atención un documento. El ceño fruncido y los ojos entrecerrados mostraban bien a las claras que no le gustaba lo que estaba leyendo.

—¿Otra más?

Junto a él había un hombre de poco más de cincuenta años, el pelo oscuro y la anchura de un toro.

—Otra más, marqués.

—¿Está confirmado?

El hombre se rascó la cabeza.

—Es el propio conde quien lo confiesa. Desaparecida, como las anteriores.

El marqués no respondió de inmediato. Se levantó, caminó hasta la ventana y observó la ciudad bajo el cielo pardo de aquel atardecer de octubre. La desaparición había tenido lugar en agosto y el conde no se había atrevido a contarlo hasta casi dos meses después. Un fallo imperdonable que no podía justificarse con tratar de evitar la vergüenza. Todos pensaban que la joven se estaba recuperando de unas fiebres en Burgos, ciudad de origen de la familia, y que volvería restablecida para su boda al mes siguiente.

No era casualidad. Estaba harto de organizar traslados a casas familiares en provincias, enfermedades y muertes. Demasiados

contratiempos. Eso sin contar las jovencitas fallecidas fuera de su círculo. La familia nunca lo reconocería, pero ¿y si no habían sido la escarlatina, la fiebre o la tisis? Estaba convencido de que alguien las ayudaba a huir, por eso le pidió a Beatriz que tuviera los ojos bien abiertos, pero las posibilidades ahora se ampliaban a esas muertes oportunas cuya verdad él no conocía. Empezó a hacer cálculos, y no le gustó la conclusión a la que los hechos le llevaron.

—No son niñas desesperadas —murmuró al fin—. Yo tenía razón, alguien las ayuda.

—¿Una red?

El marqués hizo una mueca.

—Puede. De momento es solo una teoría, esta noche lo hablaremos.

Llegó la noche, y con ella una pequeña fiesta privada para el marqués y sus amigos. El rey probablemente se pasaría por allí. Y Godoy, sin duda alguna. Cada día acumulaba más honores y había quien decía que a Floridablanca no le quedaba mucho en el poder. No gustaba su tibieza con respecto a Francia, y los reyes seguían añadiendo privilegios a la larga lista de distinciones de su favorito a una velocidad tal que pronto no quedaría nada que le satisficiera, salvo la Secretaría de Estado y un título de nobleza.

La pequeña hermandad que habían creado el marqués y sus amigos daba sus frutos. Los beneficios de los negocios conjuntos y de las alianzas matrimoniales reportaban grandes alegrías a los implicados, que tenían un plan muy ambicioso en marcha. Pero estas desapariciones suponían un contratiempo. Al principio era algo puntual, que podía solventarse buscando una novia sustituta con rapidez. Pero estaba empezando a ser preocupante.

Pensó en su hija mayor, Inés, que murió de forma trágica apenas un mes antes de su boda. Un pálpito se alojó en su pecho. ¿Murió? Movió una mano en el aire, como si quisiera espantar ese pensamiento. Su hija no se había fugado, había muerto. Aunque recordó el ataúd cerrado. Fue la recomendación del médico para evitar contagios: su enfermedad fue rápida, virulenta y destructiva, no había que correr riesgos. Así que no vio el cuerpo. No pudo despedirse de ella. Su esposa y su hija pequeña seguían llorando su muerte. Y sin embargo…

—Marqués. ¡Marqués!

Parpadeó y volvió al presente. Estaba en el palacio del conde de Aranda. La sala, iluminada con multitud de velas que se reflejaban en los espejos de las paredes, estaba envuelta en un calor sofocante. Solo había hombres. Alrededor de la mesa central se sentaban varias de las cabezas más importantes del reino, entre ellas la de Su Majestad, Carlos IV, y la de su favorito, Manuel Godoy. El conde de Urquijo tenía la mirada puesta en el marqués de Valdearenas.

—Debo ausentarme. ¿Toma usted mi lugar en la mesa?

El rey soltó una carcajada.

—Marqués, está usted en Babia. ¿Tal vez esté pensando en los encantos de alguna joven moza?

El marqués de Valdearenas sonrió e hizo una inclinación de cabeza.

—Su majestad me conoce mejor que nadie. Disculpe mi distracción. Si le place, me sentaré a la mesa.

Carlos IV tenía los ojos de un azul desvaído y la piel blanca de los Borbones, una mirada que fluctuaba entre la bondad y la simpleza y

un carácter poco proclive a los enfrentamientos. Sonrió a uno de sus nobles más cercanos.

—¡Por supuesto que me place! Por favor, siéntese a mi lado.

El conde que estaba situado a la izquierda del rey disimuló su decepción y se movió para dejarle el sitio a Valdearenas. Un criado le sirvió una copa de coñac francés, que comenzaba a ser un lujo por los problemas fronterizos con el país vecino, y el marqués brindó por Su Majestad y dio un largo trago.

La partida duró más de lo previsto. Por suerte, cuando terminó, el rey comenzó a bostezar y Godoy dijo, como si hubiera sido idea suya:

—Es un poco tarde, tal vez deberíamos pensar en retirarnos.

—¡Magnífica idea, Manuel! —corroboró el rey—. Mañana tengo asuntos que atender y prefiero tener la cabeza despejada. Deberíamos volver ya a palacio.

El guardia de corps, que había sido ascendido a mariscal de campo a principios de año y a teniente general de los Reales Ejércitos hacía un par de meses, se levantó con gracia y tendió una mano al rey. Miró al marqués y le dedicó una sonrisa torcida.

—Me habría encantado departir con usted un rato, pero mis deberes me reclaman.

Este le respondió con una cortés inclinación de cabeza. Seguían fingiendo que lo aceptaban como a uno de los suyos, pero nunca participaba en sus cónclaves secretos. Eso estaba reservado para familias antiguas, arraigadas, con peso e historia. Él no podría entenderlo, así que era mejor que no se enterara. Por otra parte, era el objetivo principal de algunos de sus propósitos. Lo toleraban en las reuniones en las que hablaban de política y de filosofía, pero no

era bienvenido, y él lo sabía.

El encuentro terminó en cuanto el rey se levantó. El marqués se reunió con sus colegas en el vestíbulo mientras esperaban a que llegaran sus coches. Detrás de una columna, como si estuvieran hablando del tiempo, cinco hombres formaron un corro. El sexto estaba avergonzado por la huida de su hija y todavía evitaba algunas reuniones sociales.

—Les digo que hay un patrón.

—¿Está seguro, Ignacio? Ya sabe que las fugas ocurren. No es habitual, pero tampoco extraordinario.

—Solo son niñas, duque. La mayoría apenas ha cumplido los quince. ¿Qué sabe una niña de huidas, del mundo exterior?

—Eso es cierto —dijo otro.

—Además, piénsenlo, en los últimos años se han frustrado varios de nuestros planes. Y eso de los que tenemos conocimiento. Sospecho que muchas de las desgraciadas muertes que tienen lugar en nuestro entorno son fugas encubiertas.

—No sé qué pensar.

Unos pasos los alertaron. Se quedaron en silencio hasta que quien fuera que se marchase a casa pasó de largo. Entonces el marqués tomó aire.

—Hace meses que sospecho que alguien ayuda a escapar a esas chicas. Pero después de la última creo que esto es más grande de lo que nos imaginamos, que no se trata de una o dos criadas ayudando a sus señoras.

—El conde fue muy tenaz en el interrogatorio de la doncella de su hija tras su desaparición, por lo que nos ha dicho. No creo que la pobre desgraciada vuelva a andar, y sin embargo no pudo sacarle

nada. Juró y perjuró que no sabía qué había ocurrido.

—¿Ven? —señaló el marqués—. A eso me refiero. Hay un grupo, una red…, gente organizada que las ayuda.

—Si es así, debemos encontrarlos —dijo el duque, indignado. Su sobrina había muerto poco antes de su boda y ahora le corroía la duda de si había sido una muerte auténtica.

Otro hombre intervino con creciente enfado.

—Y acabar con ellos. No podemos permitir que interfieran en nuestros planes.

El marqués asintió con gesto grave.

—Por supuesto. Ya tengo a gente vigilando, pero dedicaré más recursos. Pronto sabremos algo.

—¿La boda de su hija sigue en marcha? —preguntó un quinto hombre.

—Ya está hablado —confirmó el marqués—. Pero esperaremos a que tenga catorce años. Los cumple en febrero, así que, cuando los reyes regresen de El Pardo, o de El Escorial, donde prefieran pasar el invierno este año, se anunciarán las amonestaciones y se casarán en primavera.

—¿La familia del novio está al tanto del plan? —preguntó el duque.

—Por supuesto, es una de las condiciones. Necesitamos su aportación para armar los barcos de la compañía y su influencia para conseguir el privilegio real.

—Quién iba a decirnos que la ley que nos permite trabajar iba a ser tan lucrativa —rio otro.

El marqués de Valdearenas lo miró con seriedad.

—Estamos de acuerdo en eso, pero no olvidemos el objetivo final.

—Impedir el ascenso de los advenedizos.

—Desplazar a los consejeros ilustrados de baja cuna que rodean al rey.

—Recordar a Su Majestad quién ha sostenido la corona durante siglos.

—Recuperar el orden —murmuraron todos, como una plegaria.

Se acercó un palafrenero.

—Ilustrísima, el coche está listo.

Aquellos hombres se despidieron como si solo hubieran jugado una inocente partida de cartas y se marcharon a sus casas con una sonrisa calculadora en el rostro.

37

Almudena fue al mercado tal y como tenía previsto. En cada puesto, casi a cada paso, vigilaba de forma discreta sus espaldas. La sensación de que alguien la seguía no la había abandonado. Pero no era más que una costurera que acudía al mercado después del trabajo. ¿Quién la iba a seguir? Solo alguien que sospechara que era más de lo que decía.

Respiró hondo. Solo había participado en un rescate, era imposible que alguien lo supiera. Pero ¿y si habían seguido a la mujer que le mostró el mensaje en la tienda? Respiró hondo otra vez para calmar los nervios. Terminó la compra y, como aquella desagradable sensación persistía, decidió ir a ver a Teresa. Vivían ahora al lado de la plaza y, con su embarazo tan avanzado, ya habría salido de trabajar. Compró un par de rosquillas que le llevó como presente.

Teresa se alegró mucho de verla. Se comió las rosquillas con avidez y estuvo tan ocupada contándole su vida de casada que apenas se dio cuenta de lo ausente que se mostraba su amiga. Cuando pasó un rato y el sol ya casi había caído, Almudena dijo que se le había hecho tarde y tenía que marcharse. Salió por la puerta trasera del edificio, pues su patio daba a dos calles. Se asomó a la calleja trasera, pequeña y maloliente, y no vio a nadie en ninguna dirección.

Se escabulló a toda velocidad y giró al azar en varias esquinas.

Entonces, cuando se aseguró de que nadie la seguía, se dirigió a la dirección de siempre. Llamó con urgencia y se coló dentro en cuanto la puerta mostró un resquicio.

—¿Qué te ocurre? —preguntó la muchacha que había abierto.

Almudena apoyó la espalda en la puerta y cerró los ojos. Esperó hasta que su respiración se acompasó.

—Creo que me seguían —dijo entonces, avanzando hasta la mesa.

María del Carmen se adelantó y la miró con ojos duros.

—¿No los habrás traído hasta aquí?

Ella sacudió la cabeza.

—¡Por supuesto que no! Por eso llego más tarde de lo debido. Tampoco he visto nada, solo ha sido una sensación. De todos modos, no he venido hasta cerciorarme de que estaba sola.

La mujer asintió, pero la duda no abandonó su cara.

—Yo he visto a un hombre observarme desde una esquina al salir de trabajar. Después ha desaparecido —dijo otra joven.

La zurcidora se giró.

—¿Y por qué no nos lo has dicho?

La joven se dio cuenta de que había cometido un error.

—Pensé que le interesaba yo. Como mujer, me refiero.

María del Carmen suspiró.

—Esto que hacemos es arriesgado, señoras. Hay que tener cuidado, observar y, sobre todo, asegurarnos de que nadie nos sigue hasta aquí. Por si acaso, buscaremos otra sede y la próxima reunión será en otro sitio. ¿Alguien más ha notado algo raro?

Nadie dijo nada.

—Bien, en ese caso, vamos a lo nuestro: se ha puesto en

contacto con nosotras María del Pilar, hija del marqués de Valdearenas.

Almudena sintió un vacío en el estómago. No se le ocurría nadie peor a quien agraviar. No dijo nada y esperó a que María del Carmen terminara las explicaciones.

—Tiene trece años y acaba de recibir la noticia de que su padre la ha prometido con el heredero de los Montelar, de sesenta años.

—¿Trece años? ¡Es solo una niña!

La mujer asintió.

—Lo sé. El compromiso no se hará oficial hasta febrero, cuando cumpla los catorce. Ella no debería saber nada todavía, pero oyó a su padre dictar una carta a su secretario al respecto. Es una jovencita valiente y con las ideas muy claras. Dijo que prefería morir a casarse con alguien tan mayor a quien ni siquiera conocía.

—¿Está dispuesta a dejar su vida atrás? —preguntó Josefa.

—Solo hemos hablado un momento, cuando la intercepté al salir de misa, pero sí, está muy segura —afirmó María del Carmen—. Dice que su tía Catalina, que vive en Sicilia, la acogerá sin hacer preguntas y sin avisar a su padre.

—Es arriesgado. Si la tía habla, o si llega a oídos del marqués que su hija está en Sicilia…

—No podrá hacer nada —dijo la zurcidora—. Para cuando se entere, ya habrá tenido que idear una excusa para justificar la desaparición. Después, solo le quedará aceptar la hospitalidad de su cuñada para evitar el escándalo.

—Bien. Contamos con la ventaja de que nadie sabe que la joven conoce los planes de su padre y, por otro lado, duerme en palacio, pues es dama de compañía de la infanta María Amalia. De hecho, es

una de sus mejores amigas y la infanta quiere tenerla cerca.

—¿Cuándo actuaremos? —preguntó Almudena.

—Hay que planearlo bien —respondió María del Carmen—. Lo mejor es esperar a que la corte vuelva del retiro de invierno. Si lo hacemos ahora, le damos demasiado margen al marqués para reaccionar, que la busque y la traiga de vuelta. Para desbaratar la boda tiene que ser un poco antes de que se celebre. Estaremos atentas a las señales y la sacaremos en el momento oportuno.

—Habrá que buscarle un pasaje a Sicilia —dijo otra.

—Así es —corroboró María del Carmen—. Ella es consciente y nos hará llegar alguna joya que podamos vender para pagar el pasaje. ¿Alguna duda? Bien —dijo cuando ninguna respondió—. Tenemos margen para buscar otro lugar de reunión y para intentar no llamar la atención, a ver si se olvidan de nosotras. Aun así, tened mucho cuidado. Salid de una en una y con rapidez, por favor.

Cuando salieron ya era de noche, aunque aún había vida por la calle. Almudena se tapó el rostro hasta que giró en la primera esquina. Después se descubrió: solo era una moza a la que se le había hecho tarde en el mercado. Cuando llegó a casa, su padre no hizo ningún comentario, se limitó a apretar los dientes y a mirar hacia otro lado.

Pocos días después, un terrible suceso sacudió al círculo. Mariana, como conocían a la joven que en la última reunión dijo haber visto a alguien que iba tras ella, desapareció. Su prima, que vivía al lado y trabajaba con ella en las cocinas, fue a buscarla, como todas las mañanas, pero no había pasado la noche en casa.

Durante dos días no supieron nada. Su marido, desesperado,

pidió ayuda a la guardia, pero raras veces los problemas que afectaban a las clases bajas movilizaban los recursos adecuados. Insinuaron que tal vez se había fugado con un amante y no hicieron nada. El rumor fue pasando de boca en boca y todas vivían en un estado de alteración permanente.

Almudena daba un respingo cada vez que escuchaba una puerta en el guardarropa. Cuando un portazo hizo que pegara un grito, doña Paula le preguntó si se encontraba bien.

—Lo siento —respondió ella—. Estos días apenas duermo y me está pasando factura.

Hasta Juan se dio cuenta cuando, la segunda tarde, la esperó a la salida.

—¿Estás bien? —le preguntó al verla—. Tienes cara de cansada.

—Es que lo estoy —dijo ella, intentando quitarle importancia al asunto—. Ya sabes, mucho trabajo, y cada vez se hace de noche antes. Trabajar a la luz de las velas es incómodo, me da dolor de cabeza y luego no puedo dormir.

Juan le hizo una leve caricia en la mejilla. Por primera vez, Almudena no sintió la calidez de su contacto, sino la necesidad de dar un paso atrás. Apretó los dientes y miró hacia abajo. ¿Qué le estaba pasando? Tenía que controlar esos nervios. Juan se quedó con la mano suspendida en el aire durante un instante, sin saber si su gesto le había molestado.

—Venga, te acompaño a casa —dijo al fin—. Necesitas descansar, y además hace fresco.

Era cierto. La familia real llevaba unas semanas en Madrid, tras su retiro estival, y era probable que pasaran una temporada en El Escorial antes de Navidad. Después se trasladarían a El Pardo,

aunque se rumoreaba que el rey estaba cansado de ese sitio y tenía pensado cambiar de costumbres. Esto significaba que Almudena, Juan, o ambos podían ser llamados a acompañar a la corte en sus desplazamientos. Nada con lo que no contaran, pero que en aquellos momentos podía ser un impedimento.

—¿Has recibido noticias de que la corte vaya a viajar?

Juan negó con la cabeza.

—No sé nada aún. No quisiera irme si tú te quedas, pero ya sabes que no depende de mí.

Almudena asintió. La salud de doña Paula no se había resentido desde hacía meses y, por ello, acompañaba a la familia real como costurera de cámara cuando viajaban. Esto suponía que Almudena se quedara en Madrid a cargo del guardarropa. Esperaba que todo siguiese igual, al menos hasta el regreso de El Pardo. No quería dejar al círculo en esas circunstancias.

—El que se presenta voluntario siempre es Ramón —dijo entonces Juan.

—Lamento oír eso. ¿Sabes si tiene problemas con Beatriz?

Almudena omitió que esta era amante de un noble y que casi con seguridad se trataba del marqués de Valdearenas. Juan se encogió de hombros.

—No habla mucho últimamente, y a mí me parece poco prudente preguntarle —confesó—. Pero ha perdido la alegría. Siempre se le ve triste, enfadado y frustrado.

—Lo siento —dijo Almudena, y lo sentía de veras.

Juan asintió.

—Yo también. Pero intentamos avisarle, así que ya no es asunto nuestro. Además, —añadió en tono ligero—, si él va voluntario, hay

menos posibilidades de que me toque a mí.

A la mañana siguiente, la prima de Mariana, que también pertenecía al círculo, salió para ir al trabajo y se la encontró tirada en la calle frente a la puerta de su casa, que le pillaba de paso. Aún no había amanecido, pues el servicio de cocinas empezaba al alba, y su grito despertó a todo el barrio. La joven estaba sobre la acera boca arriba, con las piernas y los brazos en posiciones extrañas, como si la hubieran lanzado desde una altura considerable. Tenía la ropa hecha jirones y manchada de sangre, y la cara, apenas reconocible, era un amasijo de sangre y carne inflamada.

Su marido la metió en casa y la prima se quedó con ella. Estuvo todo el día a su lado. Le sostuvo la mano, la aseó y le dio consuelo. A primera hora de la tarde, cuando el marido fue a por agua limpia, Mariana dio muestras de recuperar la consciencia. Pareció que intentaba abrir los ojos, aunque su prima, conocida en el círculo como Margarita, no podía asegurarlo de lo hinchados que tenía los párpados y los pómulos.

Su respiración salía en un silbido preocupante y, cuando hizo por hablar, la voz, áspera y baja, emergió entre borboteos extraños que ascendían de su pecho. Tomó la mano de Margarita, que acercó la oreja a su boca al ver que intentaba decirle algo. Abrió los ojos con horror al escuchar sus palabras, aunque procuró tranquilizar a Mariana. Le pasó la mano por la frente y le dio un beso en la mejilla. Mariana tosió, dejó escapar un suspiro y murió.

Margarita fue a buscar al marido y le dio la triste noticia. Lo abrazó y lo consoló, pero después se escabulló y corrió a palacio, como si el trabajo fuera lo primero, como si tuviera que avisar de algo. Y avisó a su superiora en las cocinas, sí. Pero también

murmuró algo al oído de una joven friegaplatos, que fue enseguida al cuarto de fregonas y transmitió el mensaje a una señora de mediana edad. Esta se acercó a una criada, que a su vez interceptó a una moza del guardarropa, que corrió como alma que lleva al diablo hasta el cuarto de las zurcidoras.

Cuando María del Carmen vio la cara de la muchacha, se levantó de un salto y buscó un rincón discreto. Josefa, al contemplar aquello, comenzó a cantar una canción a la que se unieron el resto de las zurcidoras, para darles un poco más de cobertura.

María del Carmen se secó una lágrima fugitiva, cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza. Luego los abrió, asintió y regresó como si nada hubiera pasado. Nada más sentarse, en cuanto terminó la canción, se dirigió a su compañera.

—Josefa, necesito que me hagas un recado —le dijo con total naturalidad.

Ella sabía que había ocurrido algo, pero no podían comunicarse a las claras. Asintió.

—Dígame.

—Me he dejado mi aguja de bordado en casa. Ve a por ella, por favor. Yo no puedo irme ahora, he de acabar este zurcido y tú estás más libre.

—¿Le corre prisa?

María del Carmen dudó antes de responder.

—Sí. No te pares a hablar con nadie, que nos conocemos y se te puede hacer de noche por el camino.

Lo dijo como algo anecdótico, como un aviso que, a oídos de las otras zurcidoras, podía parecer una chanza sin importancia. Sin embargo, Josefa lo entendió: «No te detengas, no te fíes, no dejes

que nadie te intercepte». ¿Por qué? Eso era lo que aún no sabía.

—¿Dónde la guarda? —preguntó mientras se levantaba y se preparaba para salir a la calle.

—En el cajón de la cómoda del salón, mi marido sabe dónde es. Pero me extraña no haberla cogido yo esta mañana: espero que no se haya perdido. Esmérate por encontrarla, por favor. Solo me siento cómoda arreglando los bordados con esa aguja.

—¿Y si no la encuentro?

—¡No vuelvas! —dijo María del Carmen entre risas.

Las demás rieron también. Pero Josefa había captado el mensaje: «Refúgiate en mi casa. No salgas. No hables con nadie». El estómago se le subió a la garganta y tragó saliva. Estaba a punto de vomitar. Sin embargo, sonrió como si nada, asintió y se giró para marcharse.

—Ten cuidado —dijo María del Carmen justo antes de que saliera por la puerta.

Las zurcidoras se miraron unas a otras. Era raro que tuviera tanta prisa por recuperar su aguja; al fin y al cabo, apenas quedaban un par de horas de trabajo. Lo más probable era que no le diera tiempo de hacer nada aunque Josefa fuese a la carrera. Pero sabían que su jefa era perfeccionista y exigente, y que le gustaba hacer las cosas bien, así que siguieron a lo suyo sin prestar más atención. Cuando vieron que Josefa no llegaba, aún hubo quien comentó, entre risas, que no la había encontrado y que le daba miedo volver con las manos vacías.

A la hora de salir, las costureras y las zurcidoras coincidieron. Se marcharon en grupitos y María del Carmen aceleró el paso:

—¡Almudena! Espera, quiero comentarte algo sobre la remesa de

camisas para repasar que me han llegado. Creo que hay algunas que necesitan una costurera más que una zurcidora.

Almudena ralentizó el paso. Se despidieron de las compañeras, de don Carlos y de los guardias, y salieron de palacio charlando como cualquier día. Cuando María del Carmen se aseguró de que no había nadie cerca, bajó el tono, aunque mantuvo la expresión relajada en la cara.

—Mariana ha muerto.

Almudena se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—Disimula, por Dios —dijo la zurcidora.

—¿Qué ha ocurrido?

—Margarita la encontró esta mañana. La habían torturado y estaba muy débil. Ha aguantado hasta la tarde.

Almudena recurrió a toda su fuerza de voluntad para no vomitar en aquel mismo instante, para no echarse a llorar o correr a casa y refugiarse en los brazos de su padre. ¿Dónde se había metido?

—¿Estamos en peligro?

María del Carmen se agarró de su brazo, como si le estuviera contando una confidencia amorosa.

—La obligaron a hablar. Dio un nombre, porque le prometieron que pararían si lo hacía. Josefa está en peligro. Ahora está en mi casa, escondida, pero ya no puede volver. Mañana por la mañana saldrá hacia Galicia: tengo allí familia que le puede dar trabajo.

—¿Y el resto?

—La pobre no dijo nada más, pero no nos reuniremos durante un tiempo. Haz tu vida normal, que nadie vea nada extraño. Cuando sea seguro, volveremos a hablar.

Llegaron a la esquina donde debían separarse. Se sonrieron como

dos amigas que se despiden hasta el día siguiente y Almudena caminó hasta casa refrenando sus pasos para no correr. Al llegar no pasó por la tienda, subió las escaleras, se metió en su alcoba y rompió a llorar de miedo y de pena.

38

Durante unos días Almudena vivió temiendo que en cualquier momento fueran a por ella. Su mente la llevaba sin cesar al recuerdo de la pobre Mariana. Solo la había visto una vez, no sabía su nombre real ni dónde trabajaba en palacio, pero era una compañera, una hermana, y ahora estaba muerta.

Josefa había tenido que huir, y Almudena rogaba a Dios por que lo hubiera conseguido. Deseaba que tuviera la oportunidad de seguir adelante con su vida, pero, además, le causaba auténtico terror que la capturaran: al fin y al cabo, a ella sí la conocía, trabajaban juntas. Si la interrogaban, todo habría acabado. Entendió por qué María del Carmen controlaba tanto quién accedía al círculo. Era mejor que sus integrantes no se conocieran entre sí.

Cuando pasó una semana y todo siguió igual, comenzó a respirar más tranquila.

Que Josefa no regresara fue un pequeño escándalo porque llevaba años trabajando en el guardarropa. Tampoco era tan raro que la gente dejara de ir a trabajar de un día para otro: a veces las enfermedades familiares, las obligaciones domésticas o una mudanza repentina cambiaban los planes de cualquiera, pero no era normal en alguien serio y estable. Cuando se supo, por sus padres, que se había mudado al pueblo, la gente dio por sentado que se había quedado embarazada y se había marchado por vergüenza.

El círculo no se pronunció durante semanas, ni se llevaron a cabo

reuniones de ningún tipo. Si María del Carmen se comunicó con María del Pilar, la hija del marqués de Valdearenas, no se lo dijo a nadie. De todas maneras, su boda no estaba prevista hasta la primavera, así que tenían tiempo para ir organizando rutas, pasajes y excusas.

Aquella fue una Navidad extraña. Almudena no podía participar de la alegría de su entorno. Se sentía insegura, triste y abrumada. Al final de las fiestas tuvo que despedirse de Juan: lo habían convocado para El Pardo y lo más probable era que permaneciera allí hasta finales de febrero.

—Te voy a echar mucho de menos —dijo Juan—. Me pregunto si no podrías hablar con doña Paula para ser tú quien acudiera a El Pardo.

Caminaban por la explanada frente al palacio. Hacía frío y ya se había hecho de noche. La gente que cruzaba para entrar o salir de él caminaba envuelta en sus mantos y con la cabeza gacha. Almudena se paró delante de Juan y tomó sus manos.

—Me gustaría. Yo también lo he pensado y la semana pasada lo dejé caer, solo para saber cómo se lo tomarían. Pero no es algo que dependa de doña Paula o de mí. Es don Carlos quien decide, con el beneplácito de la camarera, y ya lo ha hecho.

Juan resopló, un poco frustrado.

—Hace un par de años estuvisteis las dos.

—Ya lo sé, Juan —suspiró Almudena—, pero entonces en el guardarropa estaban también doña Leonor y Beatriz. Ahora solo somos tres, el resto son colaboraciones externas. Doña Paula se lleva a María como auxiliar y yo me quedo aquí sola. Necesitan a alguien que sepa cómo funciona todo.

Juan sacudió la cabeza.

—Lo entiendo, no tienes que darme más explicaciones. Pero van a ser casi dos meses. ¡No quiero estar tanto tiempo sin verte! Además, allí podríamos pasar más tiempo juntos.

Almudena sonrió. A ella también le habría gustado. No porque en El Pardo tuvieran más tiempo libre, pero las normas eran más laxas y muchos guardias y personal del servicio aprovechaban para divertirse más que nunca.

—Tal vez, cuando estemos casados, intenten agruparnos en los desplazamientos.

Juan sonrió.

—Tal vez. Entonces sí que no seré capaz de despedirme de ti.

Esa tarde hubo lágrimas en la despedida. Se abrazaron con fuerza, y Juan besó a Almudena en los labios. Un beso suave, breve, que contenía todas las palabras que quería decirle y no podía por falta de tiempo.

Cuando Almudena llegó a casa, su padre, que sabía que era la última tarde que iba a estar con él, le había dejado rosquillas sobre la mesa de la cocina. Ella bajó por la escalera interior a la tienda y le dio un beso en la mejilla.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Domingo, que ya estaba recogiendo.

Almudena asintió, aunque sus ojos enrojecidos decían otra cosa.

—Espérame en casa, enseguida subo a cenar.

El invierno transcurrió sin sobresaltos. No hubo más desapariciones ni más sustos. La joven María del Pilar también se había trasladado a El Pardo, pues la infanta María Amalia no quería separarse de ella.

Sus padres, los marqueses de Valdearenas, iban y venían. Ramón también estaba fuera de Madrid, y a veces Almudena se cruzaba con Beatriz en el mercado o por la calle. Caminaba con la barbilla más erguida que nunca, con ropas buenas y joyas que difícilmente estaban a su alance. Había abandonado el taller de madame Moulinier y, con él, la esperanza de ser modista. Sin embargo, con su innegable buen gusto y su mano firme conseguía algunos encargos como costurera que le proporcionaban unos ingresos siempre bienvenidos. Por lo que se rumoreaba en el barrio, al menos una familia noble la tenía como costurera de cabecera y en ocasiones la mandaba llamar a horas intempestivas para arreglos de última hora.

Seguía siendo muy bella, lo que provocaba que la gente se girase por la calle al verla pasar, aunque su expresión se había vuelto más dura. Amarga. Tampoco había cambiado el odio que relucía en sus ojos cuando miraba a Almudena, como si ella hubiera acabado con todas sus esperanzas de una vida mejor. La costurera sentía un escalofrío por la espalda cada vez que se encontraba con esa mirada, y después se pasaba un buen rato mirando por encima del hombro, como si presintiera que podían atacarla en cualquier momento.

La parte buena de quedarse sola en Madrid era que, cuando se acumulaba el trabajo, cosa que ocurrió desde el principio, porque el guardarropa aprovechó como siempre la ausencia real para modificar trajes y crear vestuarios nuevos para las infantas, pedía ayuda al taller de doña Leonor.

Acudió allí una mañana, poco después del día de Reyes. Se presentó sin avisar y, cuando entró, todas la saludaron como si

hubieran pasado años, y no días, desde la última vez que se habían visto.

—¡Almudena, qué alegría verte! —gritó Manuela, que la abrazó con entusiasmo. Luego se giró hacia las demás con el brazo sobre sus hombros—. ¡Mirad quién ha venido! ¡Teresa!

Su amiga ya había dado a luz y estaba de vuelta en el taller, pero con un añadido. Apareció por la puerta de la sala de pruebas con el bebé fajado en brazos y se puso muy contenta al verla.

—¡Dime que vienes a llevarnos a palacio! —rio.

Doña Leonor miró a su oficiala con enfado fingido.

—¡Pero, vamos a ver, Teresa, si vas todo el día con la teta fuera! En palacio no podrías llevarte a la criatura, te lo aviso.

Almudena soltó una carcajada.

—Eso es cierto. Pero si vosotras no vais al palacio, el palacio viene a vosotras.

Doña Leonor se sentó a su lado.

—¿En qué podemos ayudarte?

La algarabía le recordó a Almudena los tiempos en el taller de doña Eulalia, cuando todas eran jóvenes e inocentes. Y ahora allí estaban. Teresa había sido madre y Manuela, por lo que le contó, tenía un nuevo novio y esperaba casarse la primavera siguiente a más tardar. Doña Leonor sonrió y, con las manos en la tripa, le confesó que por fin había quedado encinta. Por un momento se sintió como si ella habitara en un mundo diferente. Ni mejor, ni peor, pero sí que funcionaba a un ritmo distinto.

—Bueno, Almudena, llevas ya con tu guardia un montón de tiempo. ¿Cuándo pensáis formalizarlo? —indagó Teresa, como si le leyera la mente.

Ella sonrió.

—Pronto, espero. No queríamos correr, pero creo que ya va siendo hora.

—Ya estás asentada en el guardarropa, ahora mismo podrías ausentarte para formar una familia y volver sin que nadie te dijera nada —respondió doña Leonor.

—Lo sé —dijo ella—. Solo falta encontrar una casa con un alquiler asequible y cerca de mi padre. No me gusta la idea de que se quede solo.

—¿Por qué no os quedáis a vivir con él cuando os caséis? —preguntó Manuela.

—Sería una solución —concedió Almudena—. Lo cierto es que todavía no lo hemos hablado. Cuando Juan regrese, tendremos que tener esa conversación.

Pasó la mañana con sus amigas y su maestra. Cuando se despidió para irse, doña Leonor la acompañó a la puerta.

—Te veo bien, Almudena —dijo.

—Lo estoy.

—Has trabajado mucho para llegar a donde estás, pero no tengas miedo de seguir tu camino. Si deseas casarte ya, hazlo: en el guardarropa son bastante tolerantes con ese tema, si no faltas durante mucho tiempo.

—Gracias. Estoy donde quería estar, y en parte es gracias a usted. Nos vemos mañana, cuando traiga el material.

Se marchó con el corazón ligero. Por unas horas no existieron ni el círculo ni los planes de fuga, ni el peligro de ser descubiertas, ni el miedo a la tortura y la muerte, ni los nobles que acechaban a su alrededor, ni tampoco Beatriz. Solo era una joven que había pasado

la mañana con sus amigas y que echaba de menos a su novio.

Y esa sensación de normalidad era lo más peligroso, porque sabía que no debía acostumbrarse.

39

Enero de 1792, aposentos del marqués de Valdearenas

Tumbado en la cama de su residencia, el marqués miró con hartazgo y cierta decepción a su amante, Beatriz del Valle. La había mantenido más tiempo de lo habitual en él, pues solía cansarse de sus conquistas a los pocos meses. Sin embargo, la extraordinaria belleza de la joven había hecho que conservara su interés durante años. También su carácter: las mosquitas muertas le aburrían, pero Beatriz tenía algo. Apasionada en el lecho, pero calculadora fuera de él. Inteligente y ambiciosa. Poco proclive a la dulzura. Una curiosa mezcla que ya no le divertía tanto.

Su amante se había vuelto exigente. El marqués solía darle lo que le pedía, pues era parecido a acariciar a una gata cuando se acercaba a pedir comida: no le costaba un gran esfuerzo y la recompensa merecía la pena. Sin embargo, de un tiempo a esta parte le cansaban sus demandas. Olvidaba quién tenía el poder y quién servía. Y, por si fuera poco, ni siquiera le había resultado útil para descubrir nada sobre ese molesto grupo de mujeres que ayudaba a huir a las jóvenes. La única información que habían conseguido provenía de otra fuente y había llegado a un punto muerto, nunca mejor dicho.

Soltó una pequeña risita y ella, que seguía tumbada en el lecho, se giró hacia él.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó.

—Pensaba en mis cosas —contestó, evasivo.

—Ya no me prestas apenas atención —dijo Beatriz, haciendo un mohín.

El marqués se incorporó y apoyó la espalda en el cabecero. Cogió la copa de vino de la mesilla y bebió en silencio. Ella se dio cuenta de que no tendría que haber dicho aquello, apoyó la cabeza en su pecho y comenzó a juguetear con la línea de vello que bajaba hacia su ombligo.

—Sé que estás muy ocupado —se excusó—, es solo que te he echado de menos cuando has estado en El Pardo. Este tiempo ha sido solitario para mí.

—¿Has descubierto algo de interés? —preguntó él, obviando sus demandas.

Ella se mordió el labio inferior, molesta.

—No. Olvidas que ya no soy parte del servicio de palacio y, cuando acudo allí con la excusa de un encargo de tu familia, las mujeres no hablan con libertad delante de mí.

—Pensaba que me ibas a ser más útil, la verdad —dijo el marqués, sin soltar la copa.

Beatriz levantó la cabeza, insultada.

—Hago lo que puedo. Estoy atenta. No estoy en el servicio y tampoco en la zona noble de palacio. Y en el barrio, ¿qué se va a decir que te interese? Tal vez, si tuviese una posición más alta, podría moverme por los pasillos de la zona noble y escuchar algo.

El marqués soltó una carcajada de pura diversión y apartó a la joven con una mano.

—O tal vez podría buscarte trabajo en las cocinas, donde sin

duda se mueve información.

—¡No soy una cocinera, ni una friegaplatos! —se defendió ella.

El marqués suspiró.

—Ya lo sé. Eres una costurera que no cose, una esposa que no ama a su marido y una informante que no consigue nada.

Había tanto hielo en aquella frase que por un momento Beatriz se quedó sin palabras. Luego se dio cuenta de que debía reconducir aquella situación. Sonrió con dulzura y entornó los ojos.

—Solo soy una mujer que quiere hacerte feliz —dijo con voz suave, y de nuevo reptó hacia el cuerpo de su amante.

Esta vez, el marqués se dejó hacer.

—¡Ilustrísima, qué alegría verle! ¿Cuándo ha vuelto?

El marqués de Valdearenas saludó a su amigo el duque. Había regresado a El Pardo después de escaparse un par de semanas a Madrid a finales de enero. Pero su esposa se encontraba allí, en el campo, y también su hijo mayor y su hija pequeña, pues era una amiga muy querida de la infanta María Amalia. Godoy iba y venía, pero pasaba mucho tiempo en El Pardo. Sus amigos y socios estaban allí. El rey y la reina también, así que era donde el marqués debía estar.

Esa noche el rey celebraba una pequeña recepción. Había música, velas por todas partes y vino en abundancia, aunque el entorno era más austero que en Madrid. Sin embargo, su esposa se había puesto sus mejores galas. Llevaba un vestido a la francesa de brocado grueso, adecuado para el frío del campo, entretejido con hilo de oro. Lucía un espectacular collar de rubíes que había pertenecido a su abuela y llevaba el pelo recogido.

La suya no había sido una boda por amor, pero debía admitir que hacían buena pareja. Ella era discreta y elegante, provenía de una familia que llevaba generaciones asentada en la corte y tenía buenas relaciones. Tampoco era demasiado joven cuando se casaron, ni él muy mayor: se llevaban poco más diez años, así que la marquesa había acudido al altar de buena gana.

Por un momento se planteó que tal vez a su hija le hiciera feliz un enlace de ese tipo. Pero luego pensó en los beneficios que le reportaría el enlace con los Montelar y desechó la ocurrencia. Sonrió al duque.

—Hace apenas un par de días. No quería perderme este baile invernal por nada del mundo, y echaba de menos a mi esposa.

Marido y mujer se sonrieron como si su relación fuera perfecta, como si ella no supiera que él había ido a visitar a su amante y que todos en esa sala también lo sabían. El duque besó la mano de la marquesa, murmuró un «Después hablamos» a su amigo y se marchó en busca de otro de sus socios.

Sus Majestades estaban en el centro del salón recibiendo a los invitados. Los marqueses de Valdearenas se acercaron. El rey sonrió al marqués y le palmeó la espalda:

—¡Marqués, dichosos los ojos! Espero que se una a la partida de mañana por la mañana. Los guardabosques han avistado un precioso ejemplar de ciervo macho que pretendo traer como trofeo.

—Majestad, teniendo en cuenta su destreza con la escopeta, no hay duda de que lo conseguirá.

La reina miró a la marquesa de Valdearenas con un gesto inquisitivo, como si valorase la profundidad de su reverencia. Debió de quedar satisfecha, porque le tendió un brazo.

—Acompáñeme, marquesa, y entreténgame un poco. Cuando los hombres se ponen a hablar de caza pierdo el interés con rapidez.

María Luisa de Parma y María Ana, marquesa de Valdearenas, se alejaron tomadas del brazo. A la marquesa, su reina no le caía bien, al igual que a casi la totalidad de la corte. Era caprichosa, voluble, autoritaria y absorbente. Además, encontraba un tanto vulgar esa afición suya a parir hijos uno tras otro. Cierto que la Corona necesitaba herederos y que nunca eran pocos, dada la cantidad de niños que morían, como su pobre niña, que Dios la tuviera en su gloria. Pero lo de aquella mujer se pasaba de la raya.

En aquel momento, sin ir más lejos, estaba embarazada otra vez, y no le quedaba demasiado para dar a luz, mes y medio como mucho. Acababa de cumplir los cuarenta años y su cuerpo estaba destrozado por los embarazos, los abortos y los partos. Doce hijos había tenido ya, y otros siete abortos. Siete de sus hijos vivían, así que tener más solo confirmaba el carácter lujurioso que se le achacaba y el apego que su esposo le tenía. Eso suponiendo que todos fueran de su esposo. Que ella no quería dar pábulo a habladurías, pero era innegable que Godoy siempre la estaba rondando.

Justo pensaba en él cuando apareció por la puerta. La reina soltó una risita como un cacareo y acudió a su encuentro. La marquesa de Ayamonte se acercó a María Ana y se colocó a su lado. Se abanicó con la mano. En aquella sala, el calor que desprendían las velas y los cuerpos se hacía insoportable en algunos momentos.

—¡Mírala! —dijo en un murmullo—. Corriendo como si él fuera el rey, y ella, una simple fregona.

La marquesa de Valdearenas rio por lo bajo.

—Es humillante cómo le persigue. Y el rey no se entera de nada.

La marquesa de Ayamonte se tapó la boca con la mano y se inclinó sobre el oído de su amiga.

—Según dicen, le tiene en tanta estima que conoce y aprueba la relación.

—¡María Ignacia! —María Ana le dio un golpe en el brazo con fingido escándalo. Luego volvió a mirar a la reina—. Aunque hay que admitir que es bien parecido.

—Y poderoso. Dicen que Floridablanca tiene los días contados.

—Lo sé —dijo María Ana—, y sé también que Godoy ansía ese puesto, pero los rumores dicen que será el conde de Aranda quien lo conseguirá.

La duquesa de Armunia se unió a ellas.

—¡Queridas mías! Qué velada tan agradable, ¿no es cierto?

Y las tres mujeres siguieron hablando de temas menos comprometidos.

En el transcurso de la fiesta, Godoy entretuvo a la reina y acudió en auxilio del rey cuando este se atragantó con una uva. Se paseó por los distintos corrillos que había y habló muy serio con el secretario de Estado, que parecía querer estar en cualquier otro lugar menos allí.

—Pero, querido Floridablanca, mantener en secreto lo que ocurre en Francia no nos beneficia en nada —dijo el guardia de corps.

El conde tragó saliva y sonrió, pero la sonrisa le salió temblorosa y poco convencida.

—Esa ha sido la línea que he seguido siempre, con el beneplácito de Su Majestad, y no tiene sentido cambiar a estas alturas. Lo

principal es que las ideas francesas no se propaguen por nuestro país. ¡Sería un desastre!

—Ya es un desastre. La gente cruza la frontera: mercaderes, soldados… El secretismo solo sirve para aumentar la curiosidad. Y la cosa no va a mejorar.

—No diga eso, señor. —Floridablanca se santiguó—. Es cierto que Luis XVI y María Antonieta están enclaustrados en palacio…

—Desde su intento de fuga, estoy al tanto. También sé que escupieron al rey y que ya no se le guarda ningún respeto. Si no intervenimos, cuando queramos hacerlo quizá sea demasiado tarde.

El conde de Floridablanca suspiró, agobiado, y buscó a su alrededor a alguien a quien saludar para alejarse de allí. Manuel Godoy no se movió, se quedó en medio de la sala, sonriendo con satisfacción, como si supiera qué era lo que iba a pasar en cada momento y fuera justamente lo que él tenía planeado.

El marqués de Valdearenas y sus socios abandonaron la fiesta uno a uno, como quien no quiere la cosa. Se reunieron en una salita aparte y se sentaron en butacas en torno a una chimenea encendida.

—Por el restablecimiento del orden —dijo uno.

Los demás levantaron las copas.

—Por el orden.

—¿Qué novedades hay?

El marqués tomó la voz cantante.

—Nada nuevo, mi visita a Madrid ha sido infructuosa.

—Desde que mi hombre localizó a esa mujer, no hemos tenido más información —añadió otro.

—A tu hombre se le fue un poco la mano —dijo una voz grave,

de alguien cuyo rostro permanecía en la sombra.

El aludido asintió.

—Es cierto, ya ha sido reconvenido por ello. Pero al menos sirvió para confirmar que esa organización femenina existe, que no eran imaginaciones nuestras. Y conseguimos un nombre.

—Para lo que sirvió… —dijo el marqués de Valdearenas—. Esa muchacha se evaporó. No ha habido manera de averiguar su paradero.

—¿Vigilasteis su casa?

—¡Por supuesto! —se indignó el marqués—. ¿Por quién me toma?

—Disculpe, ilustrísima, no quería poner en entredicho su perspicacia. —El que había hablado, un viejo duque de enorme barriga y nariz bulbosa, levantó las manos a la defensiva—. Pero esa chica era zurcidora, ¿no es cierto? Y la que capturamos era cocinera. Tal vez deberíamos poner ojos y oídos en las cocinas y el guardarropa. Puede que no fueran las únicas en esos puestos.

—Es una buena idea —dijo el marqués—. Veré a quién podemos colocar.

—Por favor, caballeros —insistió el hombre de voz grave—. No somos carniceros, no más muertes. Y no me gusta la idea de la tortura.

—Algo debemos hacer si se interponen en nuestros planes —respondió el marqués—. Han de saber que no pueden actuar como les venga en gana.

El hombre emitió un sonido de desacuerdo y después habló.

—Nuestro propósito es restaurar el orden, recuperar privilegios y llevar a cabo acuerdos comerciales. No me siento cómodo siendo parte del asesinato de muchachas trabajadoras.

El duque intervino con un tono ligero.

—Tampoco a mí me gusta, se lo aseguro. Y hemos de tener cuidado. Esta vez ha pasado desapercibido, pero, si sembramos Madrid de cadáveres de cocineras, podrían acabar relacionándolos con algo que no nos interesa.

—No volverá a pasar —prometió el marqués.

—Y no olvidemos que el marqués es quien más tiene que perder. Aquí, algunos se enriquecen más que el resto con estos acuerdos —dijo reticente otro, un conde con gran experiencia militar.

El marqués giró la cabeza hacia él y entrecerró los ojos.

—Somos socios en esto, conde. Todos ganamos si el orden prevalece, no lo olvide. Respecto a los interrogatorios, no más subordinados que no sepan controlar la mano. Se trata de asustar a los implicados, pero no nos conviene que el pueblo murmure ni que la guardia husmee.

Todos asintieron y un silencio incómodo se extendió por la reunión.

—¿Y Godoy? —preguntó entonces otro, mirando a su alrededor.

—El teniente general hace tiempo que no viene a nuestras reuniones —contestó el duque—. No creo que nuestros intereses comerciales le incumban, y tampoco tiene mucho que aportar.

—La cuestión no es lo que tiene que aportar —dijo otro—, sino que nos vea como aliados. No parece que su influencia vaya a mermar en breve y sería conveniente tenerlo de nuestro lado… de momento. Tal vez deberíamos recuperar su amistad.

El marqués se rascó la barbilla y tomó la palabra:

—Si algo tengo claro es que Manuel Godoy es un hombre muy inteligente. Sabe que no lo aceptamos como uno de los nuestros,

aunque finjamos que sí, y sabe que, en el fondo, lo que queremos es que retorne el orden natural de las cosas, donde sean los aristócratas de familias viejas y honorables quienes aconsejen a Su Majestad.

El viejo duque soltó una carcajada.

—Sin duda, lo sabe, pero no considera que necesite nuestro apoyo. Es más, creo que en su fuero interno odia los privilegios de la nobleza a la que él mismo aspira a pertenecer. Ahora no le interesa nuestra amistad, porque cree que no precisa saber siquiera qué tramamos, pero tal vez le demos una sorpresa.

Unas suaves risas se elevaron entre aquellos hombres.

—¿Y su hija, marqués?

—El mes que viene cumplirá catorce años —respondió con una sonrisa calculadora—. Anunciaremos su compromiso entonces y la boda tendrá lugar en abril. Montelar pasará a ser nuestro aliado y miembro del grupo. Deberíamos ir pensando en nuestro siguiente movimiento.

Se levantó, y el resto de sus socios con él. Formaron un círculo antes de marcharse.

—Recuperar el orden —susurraron.

Luego cada uno regresó por un camino diferente de vuelta a la fiesta.

Manuel Godoy era, como bien había deducido el marqués de Valdearenas, cualquier cosa menos tonto. Sabía con absoluta certeza que lo habían invitado a su grupo, con ínfulas de club secreto, para tenerlo de su lado. Creyeron mostrarse magnánimos por pasar tiempo con un guardia de corps que parecía ascender con rapidez,

pero que podía ser desechado cuando les conviniera. Así se cubrían las espaldas en caso de que el favor de Sus Majestades fuera mayor de lo que en un primer momento imaginaban.

Godoy les hizo creer que aceptaba su amistad, que la apreciaba y que no veía más allá de un grupo de nobles bien asentados que le tendían la mano a un advenedizo. Pero odiaba a aquella gente: los privilegios que creían poseer solo por su cuna, su desprecio por todo aquel que no considerasen a su altura, la indiferencia que mostraban ante todo aquello que no fuera su propio beneficio.

Sabía que el primer ministro Floridablanca pronto quedaría fuera de la corte. Y lo sabía porque fue él quien le sugirió a Su Majestad que ya era hora de aceptar su solicitud de dimisión. Todos pensaban que él ansiaba ese puesto, pero no era así. Al menos, no exactamente. El conde de Aranda se mostraba impaciente y también creía que había llegado su momento. Que lo intentara: algunos hombres solo necesitaban una oportunidad para demostrar lo incapaces que eran. En pocos meses, Carlos IV le rogaría a él que tomara la Secretaría de Estado, y entonces, por amistad con el rey y por el bien del pueblo, aceptaría el cargo con humildad.

Manuel Godoy lo tenía todo planeado. Y sus planes incluían limitar el poder de aquellos hombres que ahora veía regresar a la sala del baile cada uno por su lado, convencidos, como niños engreídos que no ven sus propios errores, de que nadie se había fijado en su falta. Sonrió satisfecho. Para tenerlos controlados, no necesitaba acudir a sus aburridas reuniones.

—¡No lo dirás en serio!

Un par de horas más tarde, los marqueses de Valdearenas

estaban en la salita que separaba los aposentos que les adjudicaban cuando acudían a El Pardo. La marquesa ya se había quitado el vestido y su criada le estaba deshaciendo el peinado, pero ella la despachó con un gesto. Se levantó indignada y comenzó a pasearse por la estancia.

—Ignacio, María del Pilar es una niña, no puedes casarla ya.

—Cumple catorce años en un par de semanas —contestó el marqués, impasible.

—Exacto. Sigue siendo una niña.

—No, querida. —Se sentó y tomó la copa de brandy que se acababa de servir—. Ya es una mujer. Joven, sin duda, pero no es escandaloso que se case a esta edad.

La marquesa se acercó a él y lo miró suplicante.

—Ignacio, por favor, no me arrebates a mi niña. Aún sigo llorando a Inés. A veces me pregunto si murió de pena al saber que iba a ser entregada a un marido tan pronto. ¡Tenía la misma edad!

El marqués suspiró. No era que no quisiera a su hija, pero la sensiblería femenina lo enervaba.

—Inés murió de fiebres, fue el propio médico quien lo certificó. —«¿Seguro?», preguntó una voz en su cabeza. Desechó la idea y miró a su mujer muy serio—. No te atrevas a echarme en cara su muerte.

María Ana sacudió la cabeza.

—No es eso lo que quería decir, esposo. Yo…

El marqués suavizó su tono.

—Yo también la perdí, querida. Y miro por el bien de María del Pilar: un enlace con los Montelar la auparía a lo alto de la jerarquía cortesana.

—¡Pero su pretendiente tiene sesenta años!

—Sí, así es. Pero mira el lado bueno: es posible que nuestra hija enviude pronto y se quede con el título y una buena renta.

—Demasiado sacrificio por un futuro hipotético.

Su marido dio un golpe en la mesa.

—¡No me hables de sacrificios cuando no sabes lo que está en juego! —exclamó, perdiendo la compostura.

Su mujer no se achantó y lo acusó con dureza.

—Dime, entonces ¿qué ganas tú con ello?

El marqués se levantó y se acercó a ella. Le puso las manos en los hombros y la miró a los ojos.

—Nosotros. Si gano yo, ganamos nosotros. Este matrimonio nos abrirá las puertas de un negocio tan grande que nos encumbrará. Confía en mí.

—No la estás casando, la estás vendiendo —atacó ella, a la desesperada.

Él retiró las manos de sus hombros y se sentó de nuevo.

—Así funciona el mundo —dijo sin mirarla.

La marquesa resopló. Se sentía herida y frustrada, pero su marido tenía razón en una cosa: así funcionaba el mundo. Ella no decidía. Solo le quedaba acatar las decisiones de su marido, poner buena cara e intentar llevarlo lo mejor posible.

—La pobre María del Pilar se sentirá muy desgraciada cuando se entere.

Su esposo volvió a tomar la copa.

—No quiero que lo sepa. No todavía. Se lo comunicaré cuando sea el momento, no antes. No le cuentes nada.

María Ana asintió, hundida. Su hija pequeña casada a esa edad…

No era escandaloso, pero tampoco habitual. Su marido tenía que estar muy interesado en alcanzar ese acuerdo comercial si estaba dispuesto a cedérsela a un anciano. Alegó un fuerte dolor de cabeza y se retiró a su alcoba, donde la doncella la estaría esperando para acabar de prepararla.

Aquella noche no pudo dormir, aunque hizo como que no oía los gemidos que provenían de la habitación al otro lado de la salita. Que su marido la engañara con sirvientas, fregonas o rameras profesionales no le dolía tanto como que la ignorara sistemáticamente a la hora de tomar decisiones que afectaban a la familia.

40

Madrid, febrero de 1792

—¡Almudena!

—¡Juan!

Se fundieron en un abrazo que duró hasta que Domingo carraspeó. Juan acababa de volver de El Pardo y en el cuartel les habían dado el día libre para ir a visitar a la familia. Sin pensarlo, él acudió a casa de Almudena. Se encontraron justo cuando su padre y ella salían camino a la iglesia.

Se separaron un poco, pero sus miradas quedaron prendidas. No podían apartar los ojos el uno del otro y la sonrisa que mostraban sus labios hizo que Domingo decidiera adelantarse unos pasos para darles intimidad.

—Contaba las horas para volver a verte —dijo Juan cuando echaron a andar.

Almudena estaba radiante, ahora que volvía a tener a su novio a su lado.

—Sabía que la corte regresaba hoy, pero no cuándo. A la tarde tengo que ir a palacio a ayudar a organizarlo todo.

Tenían tantas cosas que decirse que, de pronto, las palabras sobraban. Se quedaron en silencio, hasta que lo rompieron a la vez.

—Juan, yo…

—Almudena, quería decirte…

Se echaron a reír.

—Tú primero —dijo ella, e hizo un gesto con la mano.

Juan tragó saliva.

—En estas semanas me he dado cuenta de que no quiero esperar más. Quiero que nos casemos ya, si es lo que tú deseas.

Ella lo miró con una sonrisa que no le cabía en la cara.

—¡Sí! Claro que lo deseo. Eso es lo que te iba a decir, que me da igual todo, solo quiero tenerte a mi lado como mi marido.

Se pararon y se cogieron de las manos. Domingo, que se dio cuenta de que no lo seguían, se giró y, cuando los vio así, tan felices, supo lo que había ocurrido. Se acercó para que su presencia evitase las murmuraciones.

Juan soltó a Almudena y se dirigió a él:

—Señor, quiero pedirle formalmente la mano de su hija.

Domingo soltó una carcajada y tomó al joven por los hombros.

—Menos mal que me caes bien, muchacho, porque me da que ella ya te la ha concedido.

Después de misa, Almudena se reunió con sus amigas, pues todas vivían cerca y acudían a la misma iglesia. Formaron un corrillo y las chicas se pusieron a gritar alborozadas cuando Almudena les dio la noticia. El marido de Teresa esperaba un poco más atrás, con Domingo y con Juan, y se miraron entre ellos con los ojos en blanco y las cejas levantadas.

Alguien más escuchó el jaleo: Beatriz, que giró la cara con rapidez. Almudena advirtió la mirada que le echó a Juan, fría y calculadora. En aquel momento, el sol de invierno que había asomado por entre las nubes pareció apagarse de nuevo.

—¿Ya has vuelto?

Beatriz ya sabía que Ramón había regresado de El Pardo. Había visto a Juan con Almudena en la iglesia, y eso solo significaba que su marido también estaba en Madrid, pero que había preferido no correr a casa con su esposa. Lo cierto era que le daba igual, aunque no dejaba de molestarle que su falta de amor fuera tan evidente.

Ramón la miró casi con miedo.

—Esta mañana. Pero hemos tenido mucho jaleo en el cuartel hasta ahora. ¿Cómo has estado?

—Como si te importara —respondió Beatriz, que se ajustó el manto con el que se protegía del frío de febrero, que se colaba en las casas casi tan cruel como en la calle. Se arrimó al brasero—. La cena estará lista enseguida.

Ramón avanzó un paso hacia ella.

—¿No vas a darme un beso?

Beatriz lo miró con esos ojos azul hielo que tan bien podían calentar como helar. En esta ocasión, eligió la indiferencia.

—Si eso te hace feliz… —Se acercó y besó a su marido.

Fue un beso profundo, que habría parecido apasionado a ojos de un observador externo, pero en el que Ramón leyó la burla de una esposa despechada. Se separó de ella y dio un paso atrás.

—¿No te gustan mis besos, esposo? —preguntó ella, y se pasó el dorso de la mano por la boca como para borrar su contacto.

Ramón parpadeó, herido.

—Lo que habría dado por tener esos besos solo para mí, Beatriz. Podríamos haber sido felices.

Ella soltó una carcajada amarga.

—¿Felices? ¿Con un esposo que gana lo justo para no

considerarme pobre y que me quería como un premio, no como se debe querer a una mujer? No soy tonta, Ramón, sé que tu corazón nunca me ha pertenecido por entero.

Ramón retrocedió otro paso, atónito.

—¿Me acusas a mí de no amarte? Me tenías fascinado. Comía de tu mano. A poco que hubieras tenido la intención de que nuestro matrimonio fuera bien, de serme fiel y ser una esposa cariñosa, habría luchado por darte lo que necesitas.

La voz le tembló, pero Beatriz lo observó con esa expresión burlona que él conocía tan bien.

—Tú no puedes darme lo que necesito. Pero al menos no me echarás en cara que no te haya sido sincera. —La sopa ya se había calentado en el puchero, así que llenó un cuenco y lo puso sobre la mesa—. Cena, esposo, seguro que vienes cansado. Yo me voy a dormir ya.

Y Ramón se quedó allí, cenando solo, herido, pensando que tal vez, solo tal vez, su esposa tenía algo de razón en una cosa: se dejó seducir por su belleza, pero nunca había dejado de amar a Almudena.

Almudena pasó esa tarde de domingo en palacio, pues don Carlos quería adelantar la organización de los equipajes, y después se fue a casa y se acostó feliz: Juan había vuelto, se habían prometido y, con un poco de suerte, la vida sería más sencilla. Pronto ayudarían a escapar a María del Pilar y, aunque le daba miedo después de lo sucedido con Mariana, ya habían pasado meses de aquello, todo estaba tranquilo y ella deseaba ayudar a esas jóvenes. Con cuidado, seguro que todo iría bien.

La mañana siguiente la despertaron las campanadas del convento del Carmen y saltó de la cama llena de energía. Llegó a palacio temprano y se encontró a María del Carmen con dos compañeras. Don Carlos ya estaba allí y le trasladó las tareas del día: terminar de organizarlo todo, revisar las prendas que habían vuelto del campo y arreglar lo que fuera necesario antes de seguir con el vestido que estaba montando según las indicaciones de don Pedro, el sastre.

Almudena entró en la sala de costura: ni María ni doña Paula habían llegado aún. María del Carmen apareció detrás de ella, entró y dejó la puerta entreabierta, lo suficiente para tener discreción pero ver si alguien se acercaba.

—Esta noche nos reunimos —susurró.

Almudena asintió como si le estuviera hablando de algún trabajo de costura.

—¿Dónde?

María del Carmen bajó aún más la voz y le dio la nueva dirección.

—Al acabar el turno. Asegúrate de que nadie te siga.

La costurera tragó saliva y volvió a asentir.

El día transcurrió tranquilo, en contraste con los nervios que siempre se apoderaban de ella cuando iba a tener lugar una reunión del círculo.

Cuando terminó la jornada y salió por fin, Juan la estaba esperando fuera.

—¿Damos un paseo? —preguntó él, con una sonrisa.

Almudena sintió un nudo en la boca del estómago.

—Lo siento, Juan, pero hoy no puedo. Tengo una cosa que hacer.

Nunca había rechazado una cita con él, y el guardia se quedó confuso.

—Pero ya has acabado de trabajar, ¿no puedes quedarte un rato?

Ella sacudió la cabeza.

—Tengo que pasarme por el taller de doña Leonor para revisar un encargo.

—Te acompaño. —Juan le ofreció el brazo, contento de que solo fuera eso.

—Lo siento, Juan. —Almudena dio un paso atrás—. Hoy no puedo, de verdad. Nos vemos mañana —dijo, y echó a caminar a toda prisa.

La expresión afligida de Juan al sentirse rechazado provocó que el nudo del estómago de Almudena se hiciera más grande y comenzara a doler como si se hubiera tragado una piedra. No se giró, así que no vio cómo él se quedaba quieto en mitad de la calle, mirando cómo ella se alejaba.

Le gustaba sentir que servía para algo, que esas jóvenes desesperadas podrían comenzar una nueva vida en parte gracias a ella y que desbarataba los planes de unos viejos sin escrúpulos. Pero lo que no soportaba era el precio a pagar: mentir a Juan, la tensión, el mirar por encima del hombro y escabullirse por las callejas como una ladrona para asegurarse de que nadie la seguía. Tarde o temprano tendría que confiar en él y contarle en qué estaba metida.

Pronto, se prometió. Cuando se casaran.

Llamó a la puerta y se deslizó dentro en cuanto se abrió.

—¿Te han seguido? —preguntó María del Carmen.

Almudena sacudió la cabeza.

—No.

—Bien, acompáñame.

Entraron en una salita en la que había una mesa con el plano

desplegado que ya conocía. Solo estaban ellas dos.

—¿No va a venir nadie más? —preguntó.

—No —dijo la zurcidora—. Después de lo de Mariana, prefiero que no os veáis las caras si no es necesario.

Se acercaron al plano del palacio.

—María del Pilar nos ha hecho llegar un mensaje. Ha escuchado una conversación entre sus padres y sabe qué día es la boda, pero nadie se lo ha comunicado. Esto es una ventaja, porque creen que no lo sabe y por tanto no concebirán que haya pedido ayuda.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

—La noche antes del enlace acudirás a sus habitaciones. Aquí. —Señaló un punto en el plano.

—¿Duerme en palacio? ¿Y sus padres?

—Sí, en unos aposentos cercanos a los de la infanta María Amalia. Sus padres residen en la casa familiar. A veces el marqués pasa la noche en palacio, donde tiene asignadas unas habitaciones por si el rey solicita su compañía o cuando no quiere que su esposa se entere de lo que hace.

—¿Está vigilada? —preguntó Almudena.

—Duerme en el ala noble, no tiene guardias en la puerta ni está encerrada, pero la guardia de ronda recorre la zona con asiduidad. Hay que tener cuidado con esto.

—Bien. Pero ¿cómo lo haremos? Yo no tengo acceso a la zona noble.

—Una de nuestras hermanas es limpiadora y puede circular por todo el palacio. Es invisible y necesaria, así que nadie se fija en ella. Te esperará la víspera del enlace para conducirte hasta su puerta. Después la joven dama y ella se cambiarán la ropa y tú saldrás con

María del Pilar, a la que llevarás a esta salida. —La señaló en el plano con precisión—. No está vigilada: allí os esperará un carruaje.

Era un plan bien trazado y apenas habría interacción entre las participantes. Si caía una antes del día señalado, solo María del Carmen quedaba expuesta. Y, por lo que parecía, estaba dispuesta a llegar hasta el final. Almudena respiró hondo. Era fácil: entrar en palacio, sacar a la muchacha, montarla en un coche, entregarla y volver a casa. Nadie sabía que la joven había pedido ayuda, nadie podía sospechar.

Tragó saliva y esbozó una sonrisa que le costó esfuerzo mantener.

—Muy bien. Cuenta conmigo.

María del Carmen le explicó algunos puntos sueltos, pero lo importante era que Almudena memorizara bien el plano para saber por dónde tenían que salir una vez que sacaran a la joven de sus habitaciones. Quedaba más de un mes. Si recibía las instrucciones con tanto margen de tiempo, con la corte recién regresada, era por su protección, pero ahora debía guardar en su memoria toda aquella información durante semanas y esperar la señal.

Quedaron en que María del Carmen la avisaría cuando llegara el momento. También le haría llegar a la joven un mensaje bordado ese mismo día para que estuviera lista por la noche a la hora acordada. Si había comunicaciones en ese intervalo de tiempo, sería la zurcidora la que se encargase. Almudena se quedaría al margen hasta entonces.

Entonces Almudena se marchó por una puerta lateral que daba a un patio interior. Allí cruzó un pasillo hasta una puerta trasera y salió a la calle. Decidió, ya que estaba cerca del taller de doña Leonor,

pasarse por allí. Ya había cerrado, pero ella no llamó a la puerta: si alguien la veía en esa zona, pensaría que había visitado un taller colaborador. Nunca se sabía.

Las semanas pasaron rápido. Juan hablaba emocionado de la boda. Almudena compartía su entusiasmo, pero los nervios que se habían instalado en su estómago desde que se había reunido con María del Carmen no la dejaban soltarse del todo. A veces pasaba un crío gritando y ella se sobresaltaba, y un día una exclamación escapó de su boca antes de que pudiera frenarla, solo porque un pájaro dejó caer una ramita que llevaba en las patas justo a su lado.

—Pero ¿qué te pasa? —le preguntó Juan—. Estás muy rara estos últimos días.

—Lo siento mucho —dijo, y soltó un largo suspiro—. Estoy nerviosa con lo de la boda, la cantidad de trabajo que hay y esas cosas.

Él le sonrió con ternura.

—Yo también estoy nervioso por la boda. Me muero de ganas de tenerte entre mis brazos.

El calor que le produjeron esas palabras disipó un poco la angustia que la acompañaba, aunque no por mucho tiempo.

A finales de marzo, cuando los días se iban haciendo más largos, el frío parecía querer marcharse y el sol tomaba fuerza de nuevo, Eusebio y Brígida, los vecinos que vivían en el último piso, anunciaron que en cosa de un mes se marcharían de vuelta a su pueblo. Los padres de ella estaban muy mayores y necesitaban la ayuda del matrimonio para cultivar su campo.

Cuando Almudena se lo contó a Juan, fueron a hablar con el

propietario y apalabraron el alquiler a partir de mayo. Además, debido a que Juan era militar y los caseros, por ley, tenían que destinar una parte de sus viviendas al alojamiento de militares y guardias, consiguieron un muy buen precio. Era un espacio pequeño. Tenía una salita con una mesa de madera, un hogar para el brasero y una ventana a la calle. Detrás de una puerta, una sola alcoba. Eso era todo, pero no necesitaban más, al menos de momento.

Estaba cerca de palacio, y saber que tendría a su padre tan cerca y que seguiría en su barrio llenaba a Almudena de felicidad.

—Pensaba que viviríais aquí conmigo —dijo Domingo, con un deje de pena.

Almudena le puso una mano en el brazo.

—Estaremos en el piso de arriba, padre. Cenaremos juntos y seguiremos yendo a la iglesia juntos. Y también puedo cocinar para usted.

—Es cierto —suspiró su padre—. Y lo entiendo, los casados casa quieren. Pero, aun así, siempre podéis contar conmigo si cambiáis de opinión. Juan, ¿y a tu madre no le importa?

Juan sacudió la cabeza, sonriente. Su padre había muerto hacía años y su madre vivía en San Sebastián de los Reyes, no demasiado lejos.

—Mi hermana se la ha llevado a vivir con ella y su familia, así que está muy contenta. Y sabe que puede venir a visitarnos cuando quiera.

Y por fuera, la vida siguió igual: trabajo, misa, planes de boda. Por dentro, sin embargo, todo era una cuenta atrás, hasta que a mediados de abril, ya pasada la Cuaresma y la Semana Santa, María del Carmen pasó por su lado una mañana de sábado y se detuvo

solo un segundo a la altura de su oreja.

—Ha llegado el momento —dijo sin girarse.

41

—La boda es en dos días —susurró la zurcidora.

Estaban en un rincón de la sala común del guardarropa, pero había demasiado trajín. Con la llegada de la primavera, la reina quería renovar sus vestidos y también había que adaptar los de las infantas. María Amalia, para su disgusto, apenas había crecido, pero María Luisa había pegado un estirón. Don Pedro le estaba explicando a doña Paula unos diseños para ella. Y las pequeñas también necesitaban ropa nueva.

Demasiado trabajo, demasiado jaleo para conspirar en aquel lugar.

—¡Almudena! —la llamó el sastre—. ¿Le importa venir un momento? Quiero explicarles a las dos unas peculiaridades de esta falda que he diseñado.

Almudena miró a María del Carmen con agobio. Ella frunció el ceño, luego se sacó un pedazo de tela del bolsillo y se lo entregó a Almudena con disimulo.

—Mañana por la noche. Aquí tienes las indicaciones.

Entonces se marchó y Almudena fingió normalidad cuando se lo guardó. Sabía muy bien que no debía mirar el pañuelo allí. No porque no se fiara de doña Paula y de María, pero no eran bordados normales, llamaban la atención y no convenía que nadie se fijara en ellos. Así que estuvo todo el día sintiendo el peso de ese pañuelo escondido en su corpiño, a buen recaudo. Era de seda de gran

calidad, pero en lugar de suave y fresco lo notaba como si llevara una piedra ardiente encima. Varias veces tuvo que contenerse, cuando se vio a solas por un momento, para no sacarlo y leer el mensaje. «Todavía no. Paciencia», se repitió en cada una de esas ocasiones.

Almudena no sabía cómo, pero Juan conseguía cambiar los turnos casi todos los días para salir a la vez que ella, y cuando la interceptó esa tarde, ella sintió un poso de impaciencia en el pecho. Él lo notó. Dio un paso atrás y la sonrisa que siempre mostraba al verla se borró de su rostro.

—Almudena, desde que volví de El Pardo estás cambiada. Insistes en que no te pasa nada, pero yo sé que sí. ¿Hay algo que quieras contarme?

Ella trató de respirar con normalidad. La culpabilidad, los engaños y el miedo pasaron por encima de todo lo demás y estuvo a punto de confesarle la causa de su inquietud. Sin embargo, en el último momento retuvo su lengua. Se fiaba de él, pero era un guardia. Si se enteraba de que estaba metida en algo ilegal, ¿pondría su amor por delante del deber?

No sería la primera vez que la traicionaran y, aunque sabía con certeza que Juan no era como Tomás, ¿y si fallaba en su juicio? ¿Y si se equivocaba? Además, aun en el caso de que Juan no la delatara, no le hacía ningún favor revelándole la verdad. Lo colocaría en una posición incómoda y tendría que vivir con aquel peso encima, como ahora le pasaba a ella. No, era mejor mantener el secreto, al menos de momento.

Suspiró y compuso una sonrisa.

—Lo siento, Juan, de verdad. Estoy nerviosa porque hay mucha

presión en el guardarropa. Estamos cosiendo piezas nuevas y tenemos que modificar o arreglar muchas prendas. Es agotador y don Carlos, además, está de un humor de perros. Lamento pagarlo contigo.

Juan le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Cuando nos casemos podrás elegir: si esto no te gusta, no tendrás que hacerlo.

Ella lo miró a los ojos e intentó ser firme.

—Me gusta mi trabajo, es por lo que he luchado durante años. No quiero dejarlo y confío en que ese no sea tu deseo.

Juan sonrió de nuevo, calmado.

—Yo quiero lo que tú quieras. Lo que digo es que voy a cuidar de ti, y si decides no seguir, por mí estará bien.

Almudena asintió en silencio y suspiró de nuevo.

—Venga, demos un paseo rápido. Luego tengo que ir al mercado y hacer cosas en casa.

Almudena llegó a casa cuando ya atardecía. Su padre seguía en la tienda, así que se sentó junto a la ventana y sacó, por fin, el pañuelo que llevaba queriendo ver todo el día. Unas volutas, una espiral, una hoja tachada, un corazón y varios palos: al día siguiente por la noche, a las once. Debía tener cuidado, pero hasta el momento nadie sospechaba, o al menos eso creía la persona que había bordado ese mensaje. Tendría estar atenta al reloj de la iglesia del Buen Suceso, en la Puerta del Sol. Era la más cercana que daba las horas exactas, pero las campanadas no se oían desde su casa, así que saldría con tiempo y esperaría.

Entre las integrantes del círculo no solían comunicarse con bordados, puesto que ellas sí podían cuchichear por las esquinas:

María del Carmen había sido muy previsora, o tal vez era algo que llevaba haciendo desde la captura de Mariana meses atrás. Sea como fuere, cuantas menos palabras, menos riesgo.

Esa noche apenas durmió. Dio vueltas en la cama hasta que el cielo se empezó a teñir de claridad. Entonces se levantó y se puso a hacer cosas en la casa, ya que los domingos apenas había puestos en el mercado. Necesitaba hacer algo o se volvería loca.

Juan fue a verla muy temprano, montado a caballo.

—¿No trabajas? —le preguntó Almudena.

Él negó con la cabeza.

—No, esta noche tengo una guardia especial y me han dado el día libre. Voy a visitar a mi madre y mi familia. Solo quería avisarte de que hoy no nos veremos y traerte algo para hacerte el día más ameno.

Le tendió un cucurucho de papel.

—¡Almendras garrapiñadas! Me encantan, muchas gracias. —Contuvo la necesidad de darle un beso allí, en mitad de la calle—. Es justo lo que necesitaba hoy —añadió con una enorme sonrisa.

Juan se pasó la mano por la cara.

—Eso pensaba. Bien, me voy ya, no quiero que se me haga tarde.

Se despidieron con la esperanza de verse al día siguiente. Almudena rezaba por que esa noche pasara pronto, llegara el nuevo día y pudiera quitarse de encima la angustia que llevaba pegada al cuerpo como si fuera un vestido muy pesado.

Fue a misa con su padre, dio un paseo con sus amigas y volvió a casa para comer. Estaba agotada, así que a media tarde se sentó en

la butaca frente a la ventana y se quedó dormida sin apenas darse cuenta. Un rato después, cuando Domingo llegó de su paseo vespertino, la despertó.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

La joven asintió.

—Estaba cansada, pero ya me encuentro mejor. Vamos, padre, cenemos.

Después de la cena, Almudena se excusó y se retiró a su alcoba. No se sentía con ánimos de mantener una conversación con su padre. Para no quedarse dormida otra vez se dedicó a leer, se mojó las sienes con agua fría y dio buena cuenta de las almendras garrapiñadas. Calculó el tiempo desde el toque de ánimas, porque no quería estar demasiado rato sola en la calle a esas horas. Leyó la Biblia, releyó la carta de su madre, que se sabía de memoria, pero le hacía sentirse más cercana a ella. Pensó en cómo habría sido su vida de haber nacido en la nobleza. ¿Aquella señora con la que se cruzó volviendo del tocador de la reina sería su abuela? ¿Y la niña, tal vez su sobrina? Habría sido bonito tener más familia que la quisiera.

Aunque luego se dio cuenta de que, si fuese una dama, tal vez a esas alturas de su vida estaría casada con un anciano al que le habría dado ya varios hijos, sin poder opinar porque su matrimonio no habría sido por elección sino un negocio. Y tampoco su padre habría sido su padre, así que se alegraba de que su madre hubiera huido. Y esa noche iba a darle la misma oportunidad de rehacer su vida a otra joven.

Hacía rato que su padre se había acostado. Cuando la vela se consumió, supo que era el momento de irse. Escuchó con atención y, cuando llegó a sus oídos la respiración pesada y acompasada de

Domingo, se echó el manto sobre la cabeza y salió de casa, sin olvidar colocar el pedazo de tela en la cerradura.

Se sentó en las escaleras del patio para calzarse. Estaba desierto a esas horas, así que su presencia fue recibida con alborozo por la gata y su familia. Jugó un poco con ellos, lo que la ayudó a calmar los nervios que mordían su estómago sin piedad, y después respiró hondo, se cubrió la cara y se lanzó a la calle.

Caminó con la cabeza gacha. Todos los vecinos deberían estar durmiendo, pero no quería arriesgarse. Pasó por delante de la puerta de una taberna y apretó el paso: los borrachos nunca eran buena compañía. Cuando llegó a la iglesia del Buen Suceso, las manecillas del reloj marcaban las diez y media. Apenas un minuto después, las campanadas lo confirmaron. Esperaría un cuarto de hora: al siguiente toque, se dirigiría a palacio. Se metió en el portal de una casa para pasar desapercibida. Un poco para mantenerse entretenida y un poco para asegurarse, por enésima vez, de que había descifrado bien el mensaje, volvió a sacar el pañuelo.

Beatriz estaba asomada a la ventana, mirando la luna que iluminaba la noche madrileña. Esperaba el coche de su amante, que le había pedido que acudiera esa noche un poco más tarde de las once, pues tenía cena con Su Majestad. Ramón, como era habitual, había aceptado la guardia nocturna, así que no tenía ningún impedimento para ir.

Resopló, frustrada: era consciente de que el marqués empezaba a cansarse de ella. Necesitaba sacarle algo más, porque cuando la pensión que le pasaba se acabara, cuando sus regalos caros terminasen, ella volvería a ser una simple costurera casada con un

guardia del rey, y eso no satisfacía sus aspiraciones, por no hablar de que despreciaba a su marido tanto como él la odiaba a ella.

¡Qué error había cometido! Estaba furiosa, despechada porque Almudena le había quitado la posibilidad de ascender en palacio. Ese puesto era suyo, lo merecía; había trabajado duro y sabía que era, al menos, tan buena como ella en su trabajo. Pero no decía a todo que sí, no callaba ni aceptaba todo lo que le pedían. La habían castigado por no ser tan discreta como ellos pretendían que fuera. ¿Y qué iba a hacer si Dios le había dado esa cara, ese cuerpo y ese temperamento? ¿Esconderlos, desdibujarlos hasta ser como cualquier otra mujer de su entorno? Ella había nacido para brillar, no para ser ocultada.

Decidió arrebatarle a Almudena lo que creyó que la hacía feliz, ya que ella le había arrebatado lo que más ansiaba. Ramón fue un objetivo fácil. Demasiado fácil, pero en aquel momento no pensó que tal vez se debía a que no tenía un compromiso real con su rival. Y cuando descubrió que a ella no le interesaba Ramón, que el objeto de sus suspiros era el otro guardia, ya era demasiado tarde.

Se le pasó por la cabeza seducir a Juan, solo por diversión, para herir a aquella arpía disfrazada de mosquita muerta por habérsela jugado de aquel modo. Pero empezaba a estar cansada. Mejor reservar sus energías y sus encantos para alguien que le rentara más cuando el marqués la despidiera: otro noble, o tal vez un burgués adinerado.

Entonces vio pasar una figura por delante de su ventana, una tapada con la cabeza gacha. A la luz de la luna, atisbó un ojo color miel de espesas pestañas y una nariz fina. Se acercó un poco más al cristal. Conocía esa forma de caminar. Vaya si la conocía. Así que la

pequeña Almudena tenía cosas que hacer a esas horas indecentes de la noche.

Una suave risa surgió de su garganta y, sin pensarlo, cogió al vuelo el manto que tenía en el respaldo de la silla y salió tras ella. Seguro que la muy zorra tenía un amante. Llevaba años saliendo con aquel guardia y aún no estaban casados: o quedaba a escondidas con él o, mejor aún, con otro. Sea como fuere, ahí estaba su oportunidad de hundirla de una vez por todas.

Almudena oyó pasos por la calle. Dos jóvenes pasaron por delante de ella agarrados del brazo, muy borrachos, entonando una canción militar. Luego silencio, hasta que otros pasos, solitarios y más delicados, entraron en su campo auditivo. Agachó la cabeza y fijó la vista en el pañuelo que sostenía en la mano. Entonces los pasos se detuvieron. Almudena levantó la vista poco a poco. Una sombra se desprendió del portal contiguo.

—Vaya, vaya, así que la dulce y discreta Almudena tiene negocios turbios esta noche.

Almudena sintió que se le congelaba la sangre. Reconocía muy bien esa voz que le provocaba escalofríos. La expresión de triunfo y alegría que había en el rostro de Beatriz, cuyos ojos azules destacaban con nitidez en la oscuridad, le dio más miedo que si todo el cónclave de nobles la hubiera descubierto.

—¿Qué haces aquí, Beatriz?

La rubia se encogió de hombros con una sonrisa siniestra.

—Te vi pasar por delante de mi ventana y, como a estas horas las mujeres decentes están dormidas, decidí salir en tu busca. ¿Quién sabe? Quizá necesites mi ayuda. —Sus ojos se desviaron un instante

hacia el pañuelo que Almudena tenía en la mano y después regresaron a su rostro—. ¿A quién esperas, Almudena? No creo que tu dulce guardia se preste a estas intrigas. Esto huele a algo más grande. ¿Un amante noble, tal vez?

Almudena sintió la sangre tronar en sus oídos. La embargó el temor, pero también la furia. Que Beatriz la hubiera descubierto ponía en peligro todo el plan, pero, dentro de lo malo, prefería que pensara que tenía una aventura, aunque eso pudiera destruir su reputación.

—Lo de entregarse a un noble es más tu estrategia. Y lo que haga a estas horas fuera de casa no es de tu incumbencia. Aparta de mi camino.

Intentó rodearla y regresar a su casa para despistarla, pero ella la interceptó con su cuerpo.

—¡Ah, no, de eso nada! A tu guardia le va a encantar saber a qué se dedica su guapa novia por las noches. Tal vez se replantee lo de casarse contigo.

—Métete en tus asuntos, Beatriz.

Almudena intentó pasar de nuevo, pero Beatriz la agarró del brazo para quitarle el pañuelo.

—Una prenda de un amante, ¡qué emoción! Seguro que a Juan le encanta verlo.

Almudena se revolvió para defenderse y aferró el pañuelo con las dos manos. Forcejearon, pero Beatriz tenía más fuerza de lo que esperaba y tiró de la tela con brusquedad, arrastrando a Almudena hasta el centro de la acera. Esta quiso zafarse clavándole un codo en el brazo, pero no fue suficiente. Beatriz había enganchado el pañuelo como un perro y no estaba dispuesta a dejar escapar su

presa.

—¡Suéltalo! —gritó Almudena.

—¡Ni lo sueñes, arpía! —exclamó Beatriz.

La campana de la torre marcó las once menos cuarto. Beatriz pisó la falda de Almudena, pegó su cuerpo al de ella y la empujó con saña. Almudena sintió un horrible dolor cuando se le dobló la rodilla y cayó al suelo. Beatriz dio un paso atrás, con el pañuelo en alto como trofeo.

—Seda fina y bordada. Demasiado caro para una costurera como tú. Estás acabada, Almudena. Por fin me vas a pagar todas tus afrentas.

Se alejó mientras Almudena intentaba recuperar el aliento. Sentía las lágrimas acumularse detrás de sus párpados: la rodilla le dolía, pero aún le dolía más ver el pañuelo en manos de su enemiga. Beatriz tenía ahora una prueba de los bordados. No sabía qué significaban, pero eso no la hacía menos peligrosa. Se levantó y acudió renqueante al único sitio que se le ocurrió, dadas las circunstancias.

42

—¿Y tiene el pañuelo?

Almudena asintió, mortificada. Había acudido a casa de María del Carmen. Vivía cerca de allí y era la única a la que podía pedir ayuda. Cuando llamó a la puerta, abrió su marido con los ojos medio cerrados. Luego fue a llamar a su esposa, que apareció en ropa de cama, con el pelo en una trenza y envuelta en un chal.

—¿Estás segura de que no sabe lo que es?

Almudena se mordió el labio hasta casi hacerse sangre.

—No veo cómo habría podido enterarse de su significado: ni siquiera de que son algo más que simples bordados.

—Pero es la amante del marqués de Valdearenas.

—Eso creo, pero es más una sospecha que algo confirmado —matizó Almudena.

María del Carmen guardó silencio unos instantes.

—La boda es mañana —dijo al fin.

Ella no contestó. No era necesario.

—¿Puedes caminar? —quiso saber la zurcidora.

Se tocó la rodilla. El dolor había bajado. Le molestaba, pero podía caminar sin problema, incluso correr si era necesario. Sabía lo que María del Carmen le estaba preguntando en realidad.

—Iré —dijo.

La mujer le puso una mano en el hombro.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—Si no acudo, la casarán mañana. ¿Estará nuestra hermana en su puesto?

María del Carmen levantó la cabeza, como si su mirada pudiera atravesar los edificios y divisar el reloj de la torre.

—Aún no han sonado las once. Llegarás tarde, pero no lo bastante como para que se preocupe y se marche. Si te apresuras, todo puede continuar. Pero, Almudena…

La miró con intensidad. Ella entendió.

—Sé que es peligroso. Pero yo no soy una moza de cocina: si desaparezco, don Carlos preguntará por mí. La marquesa de Bélgida preguntará por mí. No digo que esté a salvo, porque nadie lo está con esta gente, pero…

María del Carmen también se jugaba mucho. Si capturaban a Almudena, ella quedaría expuesta, y también toda su familia. Aun así, sonrió, como si quisiera transmitirle toda la confianza que ella se esforzaba en sentir.

—Saldrá bien. Beatriz no sabe que lo que te ha arrebatado no es la prenda de un amante.

Almudena asintió y se giró para marcharse, pero notó la mano de María del Carmen en el hombro. La zurcidora se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Suerte, y que Dios te acompañe.

Entonces la joven se tapó el rostro con el manto y se dirigió a palacio.

El marqués se acercó a Beatriz, la cogió por la cintura, acercó la nariz a su cuello y aspiró el dulce aroma de azahar y ámbar. Qué

caro era ese perfume, pero qué bien olía en su piel.

—No me gusta que me reclames tan tarde —le espetó Beatriz.

—Cené con Su Majestad, querida. Deseaba agasajarme por la boda de mi hija mañana. Como comprenderás, no pude decirle que no.

—Todos tenemos a alguien a quien obedecer —sonrió ella, irónica.

El marqués se sirvió una copa de vino y se sentó en su butaca favorita, al lado de la chimenea, que estaba apagada porque las noches ya eran más cálidas. Decenas de velas y candiles iluminaban la estancia. Le hizo un gesto a Beatriz, un gesto que ella sabía interpretar a la perfección. Sin embargo, aquella noche decidió hablar antes de quitarse la ropa.

—Hay algo que me gustaría pedirte —dijo.

El marqués suspiró. Estuvo a punto de pedirle que se marchara en aquel mismo instante, pues en verdad estaba cansado de sus exigencias, pero la promesa de volver a tener aquel hermoso cuerpo a su merced una vez más le hizo tener paciencia.

—Te escucho.

—Hay una mujer, una costurera —comenzó Beatriz—. Me ha ofendido de todas las maneras posibles, y quiero que me ayudes a arrastrar su reputación por el barro.

—¿Una costurera de palacio?

—Así es. Se encarga del guardarropa de la reina junto con Paula Pandeavenas.

El marqués levantó las manos.

—Si es una trabajadora cualificada a sueldo del guardarropa no puedo hacer nada. Está dentro de la estructura palaciega y no es tan

fácil hacer y deshacer.

Beatriz sonrió como una serpiente y se acercó a él.

—Pero es que he descubierto algo. —Sacó del escote de su vestido el pañuelo que le había arrebatado a Almudena—. Mira esta prenda.

—No lo entiendo. Es solo un pañuelo —dijo el marqués tras examinarlo.

Beatriz hizo un gesto con la barbilla.

—Cómo se nota que siempre has vivido rodeado de lujos. Una costurera nunca tendría un pañuelo de esta calidad. Incluso aunque hubiera conseguido la seda porque su padre es comerciante de telas, no habría perdido el tiempo en bordarla con tanta profusión. No —dijo al ver la cara de escepticismo del marqués—, te digo que es la prenda de un amante.

—Muy bien —concedió él, hastiado—. ¿Y qué? Tú también tienes un amante, querida.

—Pero yo estoy casada —dijo con una sonrisa que enseñaba demasiado los dientes—. Ella es soltera y se casará en uno o dos meses. Si esto sale a la luz, no solo su novio romperá el compromiso, sino que la despedirán. Al fin y al cabo, una costurera de palacio debe ser discreta y cumplir con la moral. Es uno de los motivos por los que la eligieron a ella.

El marqués la miró con una admiración teñida de recelo. ¿Tanto odiaba a aquella muchacha que quería arrebatarle todo lo que le importaba a una mujer? Reputación, marido y trabajo. La convertiría en una paria. Encogió los hombros.

—¿Y qué quieres que haga yo? Te bastas tú sola para hacer correr rumores.

—Cierto, pero mi alcance es limitado. Quiero que hables con Carlos de la Ruta, el encargado del guardarropa, que exijas un escarmiento para quien no ostenta la decencia debida, que asegures que sabes de buena tinta que Almudena tiene un amante. Si eres tú quien lo pide, ella no tiene ninguna posibilidad.

El marqués acarició el pañuelo y pasó las yemas de los dedos por los bordes abultados de los bordados. Bajó la vista. Los observó de manera distraída, pero luego algo llamó su atención. Se acercó el pañuelo a los ojos. Aquellas volutas, esa espiral…, le recordaron algo que nunca pensó que tuviera importancia.

Incorporó la espalda y se giró para que la luz de un candil incidiera sobre el pañuelo. Hizo memoria. Años atrás, poco antes de que muriese Inés, su hija mayor, fue a verla para dejarle claro que no consentiría que rechazase el matrimonio que había dispuesto para ella. Su hija lloró, suplicó y, por fin, solicitó que la dejaran ingresar en un convento antes que ser entregada al hombre elegido por su padre.

Pero él, tras fingir durante unos días que meditaba su petición para tranquilizarla, acudió a sus aposentos dos semanas antes del enlace para decirle que se olvidara de aquella fantasía, que su deber como hija era obedecer a su padre y asumir su destino con la dignidad que su apellido exigía. Llegó sin avisar y la encontró leyendo los Evangelios. Ella se puso en pie sobresaltada y de entre las páginas de la Biblia cayó un pedazo de tela con los mismos motivos que ahora tenía entre las manos.

Al día siguiente cayó enferma y a los siete días murió.

Y ahora, cuando la semana anterior entró por sorpresa en las habitaciones de María del Pilar, su hija estaba bordando. Los dibujos

eran parecidos a estos. Se acordó del otro pedazo de tela, pero pensó que era algo que estaba de moda entre las jóvenes. Sin embargo…

Poco a poco, los recuerdos comenzaron a ordenarse en su cabeza, y detalles que había ignorado durante años encajaron con una claridad pasmosa. Su hija no murió. A su hija la ayudaron a huir. Sintió un mareo repentino. Ella fingió su muerte para escapar de sus designios y, de alguna manera, aquellos símbolos era el nexo.

Se levantó de un salto. Beatriz se había aproximado a él y se colgó de su cuello, seductora.

—¿Me ayudarás?

Él se deshizo de su abrazo. Apenas podía reaccionar, la revelación que acababa de tener lo había dejado helado. Cuanto más lo pensaba, más sentido tenía. Las rodillas le fallaron y se dejó caer de nuevo en la butaca.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Beatriz.

Él la mandó callar levantando una mano. No sabía qué era lo que más le enfurecía: que su hija hubiera decidido abandonar a su familia, su vida y, sobre todo, desobedecerle, o que lo hubiese hecho tan bien que durante todos esos años no hubiera sospechado nada. Lo habían engañado. Aquellas mujeres, pues estaba seguro de que eran mujeres, se habían arrogado el derecho de tomar decisiones en contra de sus deseos y los de otros hombres como él.

Y su otra hija se casaba al día siguiente. Su hija. Se levantó otra vez y caminó hacia la puerta como un autómata. ¿Esto no tendría que ver con ella? Era poco probable; al fin y al cabo, se había enterado de su enlace hacía pocos días. Él lo quiso así para que no tuviera tiempo de asimilarlo y oponerse, pero eso también

imposibilitaba que hubieran urdido un plan para sacarla de allí.

Sin embargo, ¿con quién más podría estar relacionado?

Por fortuna era un hombre previsor y, como su hija dormía en palacio, había apostado un guardia en su puerta, solo por si acaso. Había intentado que esa noche la pasara en casa con su madre, que fueran sus hombres quienes la custodiaran, pero María Amalia fue inflexible: quería que su amiga pasara con ella esa última noche, que cenaran juntas y durmiera en una habitación cercana para verla al levantarse, pues después de la boda su marido se la llevaría a sus tierras de Toledo y quién sabía cuándo volvería a verla.

—Vete a casa —le dijo a Beatriz, sin mirarla—. Tengo cosas más importantes que hacer.

No la oyó protestar a sus espaldas. Le daba igual. Una terrible sospecha se había instalado en su mente y quería asegurarse de que todo iba bien, así que caminó a toda prisa por los pasillos rumbo a la reunión que había abandonado poco antes: necesitaba la ayuda de su gente.

—Pensé que no vendrías.

La voz sobresaltó a Almudena.

Una sombra salió de una esquina y acudió a su encuentro.

—Hola, hermana —dijo una joven—. Llegas tarde.

—He tenido un contratiempo —respondió Almudena, sin descubrir su rostro—. Temía que te hubieses marchado.

—Ha faltado poco, pero no quería dar por fracasada la misión sin esperar un rato más. Vamos —la urgió.

Caminaron hacia palacio como si fuera lo más normal del mundo. Almudena se quedó un paso atrás, con la cabeza gacha. Lo más

arriesgado era la entrada. Los guardias tenían que verles la cara, lo que las dejaba expuestas. Confiaban en que los trabajadores entraban y salían a lo largo de todo el día y, en menor medida, de la noche.

Se acercaron a una puerta por la que Almudena nunca había accedido, la que conducía a las cocinas y las despensas. Era pequeña y estaba mal iluminada. Un guardia disimuló un bostezo al verlas. La acompañante de Almudena se adelantó y levantó el paño con el que cubría el cesto que llevaba colgado del brazo.

—Somos panaderas. Nos han llamado de las cocinas.

El soldado acercó la nariz al cesto y después asintió. Los panaderos trabajaban por la noche: no era algo inusual. Si se quedaban sin masa suficiente, podían pedir que la llevaran del exterior. Ni siquiera se fijó en la cara de la panadera, y mucho menos en la de quien supuso que era su aprendiza, que permaneció un paso por detrás.

—Ha sido fácil —susurró Almudena cuando accedieron al interior.

Su compañera esbozó una mueca parecida a una sonrisa.

—Nunca considerarán a dos mujeres una amenaza, esa es nuestra fuerza —dijo sin girar la cabeza.

Los pasillos estaban desiertos a esas horas. De las cocinas salía luz y el sonido de gente trabajando: nunca se cerraban del todo. Si había velada, les podían pedir algo en cualquier momento, y si no la había, bastante tarea tenían con dejarlo todo limpio y recogido y preparar el pan y la repostería del día siguiente. Sin embargo, fuera del entorno de las cocinas todo estaba tranquilo.

La mujer giró con brusquedad en una esquina y subió por unas escaleras con los escalones desiguales. Después abrió una puerta

pequeña, cogió lumbre del fuego que había allí mismo y le hizo un gesto a Almudena.

Penetraron en un corredor de servicio angosto y con olor a humedad. El palacio estaba lleno de aquellos corredores. Almudena los había usado para moverse por dentro del edificio sin tener que pasar por los pasillos reservados a gentes más principales, pero nunca había recorrido aquella red que conectaba todas las alas del palacio por detrás de las paredes cubiertas de tapices y cuadros.

No se cruzaron con nadie. Subieron, bajaron y giraron tantas veces que Almudena supo que no habría sido capaz de salir de allí por sus propios medios. Entonces, cuando ya iba a preguntarle a su compañera si estaba segura de adónde iban, esta se detuvo ante una puerta de madera estrecha y no muy alta. La abrió y, cuando se cercioró de que no había nadie, salió.

Almudena se encontró de pronto en un pasillo de la zona noble iluminado por lámparas. Sus pies pisaron mullidas alfombras y sus ojos vieron papeles pintados y escenas campestres enmarcadas. Estaban muy cerca de las habitaciones de las infantas.

Caminaron unos pasos y giraron en una esquina, y de pronto su acompañante se paró en seco y dio un paso atrás.

—¿Qué ocurre? —susurró Almudena.

—Hay un guardia en la puerta. Esto no estaba previsto y complica mucho la cosa.

—¿Y qué hacemos?

—Seguir es muy arriesgado.

Almudena inspiró y soltó el aire.

—Bueno, hemos llegado hasta aquí. No quiero darlo todo por perdido.

—Pero si nos reconocen…

—¿Quién va?

Las mujeres se miraron horrorizadas. El guardia las había oído, tal vez incluso las vio dar marcha atrás. Si reconocía las caras… Aunque, por otro lado, si no llevaban a cabo el rescate no tendrían nada de lo que acusarlas.

—¡Salgan de ahí detrás, es una orden!

Bien, todo había terminado. Ya no podrían ayudar a la joven María del Pilar, bastante tenían con salvarse ellas. Estaban a punto de echar a correr cuando Almudena se dio cuenta de que conocía esa voz. La oleada de alivio que la recorrió se notó incluso en su cara, y su compañera la miró sin entender por qué sonreía. Tuvo apenas una fracción de segundo para pensar qué hacer a continuación, para decidir si podía confiar o si la herida de la traición aún seguía abierta. Decidió. Cuando le hizo un gesto a su compañera y se dirigió hacia la voz, esta abrió mucho los ojos y negó con la cabeza.

—¿Juan? ¡Qué casualidad! ¿Esta era la guardia que tenías esta noche?

Él la miró como si fuera una aparición.

—¿Almudena? Pero ¿qué haces aquí a estas horas?

Luego miró a la otra mujer, que se adelantó y tomó la palabra, como estaba previsto en caso de que alguien preguntara.

—Soy una criada de la joven dama —dijo señalando la puerta—. Se casa mañana y ha tenido un problema con el ajuar. Necesita de una costurera con urgencia, y he ido a llamar a la que vivía más cerca.

Juan la observó con atención. Aquella historia no le encajaba.

Nadie había salido de aquella habitación desde que comenzó su guardia hacía un par de horas, excepto una joven doncella que no se parecía a la mujer que tenía delante. Luego desvió la vista hacia Almudena.

Ella no quería engañarle, no de forma tan descarada. Sentía que estaba ante una encrucijada que podía decidir su futuro. Tal vez, incluso, su libertad o su vida. Inspiró. Soltó el aire con calma y se situó justo delante de Juan. Lo miró a los ojos.

—No puedo decirte qué hago aquí porque no es mi secreto, pero tampoco puedo mentirte. Te quiero y no deseo que esto que tenemos se base en mentiras.

Juan parpadeó, asimilando que la joven con la que se iba a casar, la Almudena luchadora, trabajadora, dulce y discreta que conocía, era mucho más de lo que él se había imaginado. Miró la puerta que le habían encargado custodiar. Luego volvió a mirarla a su prometida.

Ella esbozó una suave sonrisa.

—Solo te pido que confíes en mí. No vamos a hacer nada malo, pero la muchacha que está detrás de esa puerta nos necesita.

El silencio tras esa frase fue más atronador que un regimiento marchando a la guerra. Luego Juan asintió, solo una vez.

—De acuerdo. No quiero saber más…, por lo que pueda pasar.

Entonces dio un paso a la derecha para despejar la puerta. Almudena llamó con los nudillos y la hoja de madera se abrió. Una cara pálida, desencajada, pero joven y bonita, se asomó. Cuando vio a las dos mujeres, el alivio fue palpable en su expresión. Abrió un poco más y ellas entraron.

—Pensaba que no ibais a venir —dijo con lágrimas en los ojos.

La acompañante de Almudena miró a su alrededor.

—¿Y su doncella?

La joven señaló la puerta.

—Le he dicho que necesitaba estar sola, que quería rezar y prepararme. La he mandado a dormir a su cuarto, aunque ella contaba con quedarse aquí conmigo.

La mujer asintió.

—Muy bien. Deprisa —dijo, y comenzó a desvestirse.

43

—Marqués, pero ¿no se había marchado ya?

El marqués de Valdearenas miró a sus socios. Cogió aire para recuperar el aliento, pues había llegado a la carrera al salón donde estaban reunidos con otros nobles, dedicados a beber y jugar a las cartas.

—¿El rey se ha retirado ya? —preguntó.

Estos asintieron.

—Quería visitar a la reina y al recién nacido antes de acostarse.

El infante Felipe María había nacido el mes anterior y el rey parecía cada día más apegado a la reina y a su familia. En aquel momento les venía bien, porque podrían marcharse sin ceremonias ni permisos.

—Mi hija —dijo, aún jadeante.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el conde.

—Creo que va a escaparse. He descubierto algo, pero no hay tiempo. Deben ayudarme, ¡vamos!

Se apresuraron detrás del marqués. A todos les interesaba que se celebrara aquel matrimonio: los acuerdos comerciales que conllevaba los beneficiaban a todos a nivel particular, y también al proyecto común que tenían.

Salieron de la zona reservada al rey y cruzaron pasillos y más pasillos hasta llegar a la habitación de María del Pilar, justo a tiempo de ver a dos figuras que giraban en la esquina. El marqués de

Valdearenas supo, con absoluta seguridad, que se les habían adelantado.

—¡Eh! —gritó—. ¡María del Pilar, detente!

Cuando Almudena y la joven dama abrieron la puerta de sus aposentos, Juan no estaba a la vista. Dejaron a la criada vestida con las ropas de María del Pilar, lista para escapar unos minutos después. En cuanto se hubiera alejado unos metros de aquella puerta estaría a salvo, se metería de nuevo en los corredores de servicio y aparecería en las cocinas. Ningún sirviente se atrevería a cortarle el paso a alguien tan bien vestido. En un cuarto de fregonas había dejado ropas de repuesto: volvería a ser solo una criada, y después esperaría al amanecer para empezar su jornada como todos los días.

María del Pilar llevaba una pequeña bolsa con monedas, joyas y cosas que le pudieran servir en su periplo. Ni ropa ni nada que ocupase demasiado. Solo una carta con el sello de la familia que le serviría de salvoconducto en el viaje. Por lo demás, parecía una joven sirvienta que no llamaba la atención de asaltantes ni ladrones. Si era discreta y no se significaba, alcanzaría su destino sin percances.

Almudena tuvo un pensamiento para Juan: que hubiera decidido ausentarse de su puesto les había permitido seguir con el plan, aunque no sabía cómo explicaría eso a sus superiores cuando se descubriera la desaparición. Una ola de gratitud y amor la invadió, pero luego se centró. Tenía que recordar con precisión el camino hasta la salida de servicio que no estaba vigilada, pues de ello dependía el éxito de la misión.

Las dos jóvenes salieron al pasillo y se dirigieron a la salida, siguiendo el mapa que Almudena había memorizado en su cabeza. Cuando giraron en la esquina, escucharon un «¡María del Pilar, detente!» a sus espaldas.

La muchacha se quedó blanca, abrió tanto los ojos que pareció que se le iban a salir y miró a Almudena aterrorizada.

—Es mi padre —dijo con voz ahogada—. Se acabó.

La sangre la golpeó en las sienes. Sacudió la cabeza para centrarse. Si las pillaban, María del Pilar sería obligada a casarse, pero todo se taparía para que su reputación quedara intacta. Ella, sin embargo, estaba acabada.

—De eso nada —dijo—. ¡Corre!

Se remangaron las faldas y volaron por los pasillos. Oyeron los pasos detrás de ellas, pero no se detuvieron. Sabían que un poco más adelante había unas escaleras y tal vez podrían despistarlos allí. Pero, al girar en una de las esquinas, casi se chocaron con una señora mayor que había salido de uno de los aposentos de esa zona.

—Pero ¿qué demonios es este jaleo? —dijo cuando se topó con las fugitivas.

Las miró y después levantó la vista hacia el final del pasillo, donde las pisadas se oían cada vez más cercanas. Tardó una fracción de segundo en tomar una decisión. Dio un paso atrás y volvió a la habitación.

—Entrad —dijo, y cerró la puerta con cuidado tras ella.

Se quedaron las tres en silencio hasta que aquellos hombres pasaron a la carrera por delante de la puerta y sus pisadas se perdieron en la lejanía. Entonces Almudena se percató de que la señora la miraba con una fijeza inusitada. Cuando le devolvió la

mirada, la reconoció. Era la mujer que la había llamado Isabel hacía meses; la que, sin duda, había tenido alguna relación con su madre.

La señora separó la espalda de la puerta y se acercó a ella. La tomó de la barbilla tal y como hizo la vez anterior, pero con más delicadeza. Giró la cabeza a un lado y luego al otro, estudió su rostro como si reconociera en él detalles de otro más antiguo, miró a sus ojos como si quisiera leer a través de ellos y acarició su mejilla con el pulgar. Entonces algo, tal vez la forma en que Almudena le sostuvo la mirada, tal vez otra cosa, la hizo estremecerse. Cuando la soltó, tenía los ojos llenos de lágrimas sin derramar.

Después miró a María del Pilar. Si la reconoció, no hizo ningún gesto que lo demostrara. Tal vez vestida de criada no la ubicara, o tal vez quisiera ser discreta.

Almudena miró a la joven.

—¿Qué quieres hacer? —le preguntó.

Si había cambiado de idea, aún podía volver a su habitación y ella escapar por otro lado. Pero la joven noble soltó el aire que había estado reteniendo e irguió los hombros con decisión.

—Seguir adelante. Si me quedo, estaré muerta en vida. Me niego, no voy a dejar que decidan mi destino.

Ambas miraron a la mujer mayor. Ahora todo dependía de ella.

Esta volvió a mirar a Almudena, con el rostro conmovido.

—Mi Isabel… —dijo con voz entrecortada.

Almudena sintió sus ojos humedecerse. Supo que aquella mujer era su abuela. Se limpió una lágrima furtiva de la mejilla.

—Era mi madre —susurró.

La señora cerró los ojos, tal vez asumiendo en ese «era» la desaparición definitiva de quien creyó perder muchos años atrás.

—¿Fue feliz? —preguntó.

—La recuerdo siempre con una sonrisa —dijo Almudena.

La mujer asintió, como si aquello la consolara. Luego suspiró.

—A mí me hicieron lo mismo cuando tenía quince años —dijo con la vista fija en María del Pilar—. No tuve el valor de rebelarme y obedecí. Y me he arrepentido cada día de mi vida, aunque gracias a ello tuve a mis dos hijas, mis dos soles. Una siguió mi camino. —Miró a Almudena—. La otra no. Y no sabes cuánto me alegro de ello. Hace solo un par de años que enviudé y me convertí por fin en dueña de mis decisiones. Os ayudaré.

Caminó hacia una puerta que comunicaba con la alcoba. Las jóvenes la siguieron. Pasaron frente a una cama con dosel con las sábanas arrugadas, como si hubieran perturbado el sueño de su ocupante, y se detuvieron ante una pared cubierta con papel pintado. En la penumbra apenas se veía nada, pero cuando la mujer asió una manivela y la giró, una puerta se abrió en la pared.

—Este pasillo lleva a los cuartos de los sirvientes, en la tercera planta. Es por donde mi criada entra por las mañanas. Desde allí podréis bajar por la escalera de servicio. Es todo cuanto puedo hacer por vosotras.

Ellas le agradecieron su ayuda y cogieron la palmatoria que les ofreció. Cuando Almudena hizo ademán de penetrar en el pasillo, la mujer le puso una mano en el brazo.

—Sé que no puedo admitir que existes, que no puedo nombrarte ni aceptar lo que significas para mí, pero quiero que sepas que me has hecho muy feliz.

Las dos corrieron por aquel pasillo y llegaron a la zona del servicio. Las paredes desnudas y los suelos sin pulir daban fe de ello.

Todo estaba en silencio. Se detuvieron para recuperar el aliento y Almudena intentó ubicarse según el plano que tenía memorizado.

—¿Conoces a esa dama? —le preguntó María del Pilar.

Ella sacudió la cabeza.

—No exactamente. ¿Sabes quién es?

—Es la condesa viuda de Ribaescusa, dama de la reina. Supervisa a la infanta María Amalia, la he visto a menudo en su cuarto. Es casi como si fuera su tía, le tiene mucho cariño.

¿Condesa? ¿Su madre era hija de un conde? Almudena apartó este pensamiento a un lado: debía centrarse en salir de allí o esa vinculación recién descubierta no le serviría de nada. Se asomó a una ventana y comprobó que daba al patio central. Supo dónde se encontraba y cómo salir de allí.

—Vamos —le dijo a María del Pilar—. Salgamos de una vez.

El marqués de Valdearenas y sus cómplices siguieron con la búsqueda hasta que se dieron cuenta de que las habían perdido.

—Comprobemos las habitaciones de su hija —dijo el conde—. Solo por si acaso.

Cuando volvieron a la puerta, Juan estaba allí, erguido y con su bayoneta en la mano. Se cuadró antes los nobles.

—¿Dónde estaba, guardia? —preguntó el marqués cuando se paró frente a él.

Juan fue consciente de la rabia que ardía en los ojos de aquel hombre. Y también de que Almudena se había metido en algo peligroso y que afectaba a las altas esferas.

—Oí un ruido al otro lado del pasillo, señor —dijo con mirada firme—. Me acerqué para asegurarme de que no había intrusos.

—¿No ha visto nada extraño?

—No, señor. Pero oí jaleo y regresé de inmediato.

El marqués abrió la puerta y los tres hombres entraron. La estancia estaba vacía. El marqués se dirigió a la alcoba, buscó por los rincones, abrió los armarios, miró debajo de la cama: ni rastro de su hija. Aunque sabía que era ella a quien habían estado persiguiendo, el pequeño resquicio de esperanza que le quedaba desapareció y fue sustituido por una ira calmada y fría.

—Usted —dijo señalando a Juan con el dedo cuando salieron—. Hablaremos más tarde. Tiene mucho de lo que responder. Ahora haga algo útil y acompáñenos.

Salieron al exterior justo cuando, en una zona oscura y poco vigilada de palacio, una figura se subía a un carro que enseguida se puso en marcha.

—¡Alto! —gritó el marqués, llamando la atención de los guardias que custodiaban las puertas—. ¡Detengan ese coche en nombre del marqués de Valdearenas!

Los guardias reales no estaban al servicio de los nobles, pero reaccionaron al llamamiento. Primero, atajar aquella fuga o lo que fuese. Después entrarían en otras consideraciones. Los guardias montados se lanzaron al galope detrás de carro. Los lacayos del marqués, que esperaban con su carruaje en el patio para llevarle a su residencia, se unieron a la persecución, al igual que los criados del duque y el conde. En el silencio de la noche, las calles se llenaron del sonido de los cascos que golpeaban el empedrado y de gritos de «¡Alto en el nombre del rey!» que surcaban el aire.

Almudena se sujetaba a la cuerda del techo del carruaje para no

verse zarandeada. Volaban por las calles y el coche brincaba, saltaba y crujía como si fuera a partirse. Oía los gritos cada vez más cerca: en cualquier momento los guardias los alcanzarían y sería el fin. Si se quedaba, le esperaba la prisión. Si saltaba, tal vez se rompiese una pierna y la atrapasen igual. No se lo pensó. Al tomar una curva el coche redujo la velocidad y saltó en marcha antes de que el carruaje acelerase de nuevo. Apenas le dio tiempo de ponerse en pie y esconderse en un callejón oscuro cuando pasaron los caballos de la guardia. Entonces oyó un estruendo: el coche había volcado. Demasiado esfuerzo para una estructura pensada para paseos y viajes tranquilos. Oyó los gritos de la guardia al llegar y dedicó un pensamiento al cochero: ojalá no tuviese muchos problemas. Por suerte, era sordo. Cuando comprendieran que no había podido hacer caso a los requerimientos de la guardia debido a su sordera, tal vez se librase de ser interrogado con brutalidad.

Se adentró más en el callejón y se apoyó en la pared. Apenas le llegaba el aire a los pulmones. Le dolía el cuerpo entero tras el salto y la rodilla magullada enviaba oleadas de dolor punzante hacia su cadera y su tobillo, pero no parecía haberse roto nada. Las piernas le fallaron y se dejó caer hasta el suelo. Allí, hecha un ovillo, confió en no ser descubierta hasta que se calmase lo suficiente como para poder continuar.

El coche de caballos tomó la curva en la plaza de la Cebada hacia la calle de Toledo a tanta velocidad que dos de sus ruedas se despegaron del empedrado. Por unos momentos, todo pareció ralentizarse. Entonces, cuando casi parecía que se había estabilizado, el coche se ladeó y acabó volcando. Los guardias

llegaron enseguida. El cochero se levantó, aturdido, y corrió a calmar a los caballos, que tiraban del arnés intentando arrastrar el carruaje. Después se giró hacia los guardias y levantó los brazos, confuso.

El marqués y sus secuaces llegaron a lomos de tres caballos que habían requisado a la guardia para no perder tiempo. Cuando uno de ellos se acercó amenazador al cochero, que estaba custodiado por los guardias, se dio cuenta de que no oía nada. Resopló de frustración.

Un guardia que se había encaramado al coche se asomó al interior por la puerta que había quedado arriba y luego se giró hacia el marqués:

—¡Está vacío, señor!

El marqués se apoyó en el eje de una de las ruedas y subió. Quería comprobarlo por sí mismo. Cuando vio que no había nadie rugió de rabia. Bajó de un salto.

—¡Tú! —gritó al cochero, que miraba a aquellos hombres con el temor instalado en el rostro—. ¿Para quién trabajas?

El duque se adelantó meneando la cabeza.

—Está sordo como una tapia, marqués. Insiste en que no ha oído los altos de la guardia. Jura que, de haberlo hecho, se habría detenido al momento.

—¿Quién te ha pagado para hacer esto? —le gritó, furibundo.

El cochero miraba sus labios con atención y frunció el ceño cuando captó el sentido de sus palabras. Entonces miró con servilismo al marqués e hizo una reverencia.

—No lo sé, señor —dijo con voz ronca y un tono demasiado alto —. Una mujer, una tapada, vino hace un rato a mi casa y despertó a mi mujer, que me sacó de la cama para un encargo bien pagado.

Tenía que esperar aquí a una joven y llevarla más allá de la puerta de Toledo, donde esperaría otro coche.

—¿Una mujer? ¿Solo una? —preguntó el noble.

El hombre no apartaba la vista de sus labios. Asintió.

—Sí, señor, solo una. Lo siento mucho si he causado algún inconveniente. Yo solo hacía mi trabajo, señor.

El marqués estaba furioso, tanto que le cruzó la cara con un bofetón. Sin embargo, el cochero estaba tan asustado pensando en las consecuencias que todo aquello podía acarrearle que se inclinó de nuevo con la mayor humildad.

—Lo siento, señor. No entiendo qué pasa aquí, pero lamento haberles disgustado.

—¿Cómo era la mujer que se subió al carro? ¿Cómo iba vestida?

El hombre sujetaba su gorra entre las manos y la apretaba con tanta fuerza que sus dedos estaban blancos. Contrajo el rostro al intentar recordar.

—Iba tapada, señor. No le vi la cara. Era de estatura media, ni gorda ni flaca, aunque con tantas faldas y mantos es difícil estar seguro. Vestía como una mujer del pueblo.

—¿Y cuándo ha salido del coche esa mujer?

El cochero sacudió la cabeza, frustrado y aterrorizado.

—No lo sé. No lo he visto, iba concentrado en seguir las instrucciones: ir lo más rápido posible al destino. Me indicaron que forzara a los caballos hasta el límite, por eso hemos acabado así.

El marqués meditó unos instantes. Acercó su cara a la de aquel hombre para proyectar toda su autoridad y la sutil amenaza de terribles torturas si no colaboraba.

—¿Y cómo sé que dices la verdad, que no tienes nada que ver

con este complot y no has visto la cara de la pasajera?

El cochero se puso de rodillas y suplicó.

—¡Se lo juro, señor! Que un rayo caiga del cielo y me fulmine aquí mismo si miento. ¿Por qué iba a mentir? No he hecho nada malo, solo acepté un encargo. No me fijo mucho en los servicios nocturnos. A estas horas se llevan a cabo negocios que precisan discreción, y eso ofrezco. Muchos me contratan porque saben que no oigo nada. Si hubiera oído a los guardias, habría frenado, ¡lo juro! Soy un buen súbdito y un buen cristiano, no quiero meterme en líos.

El marqués inspiró hondo y trató de calmarse. Estaba furioso, sí, pero no era tonto. Sabía reconocer a un mentiroso, y aquel conductor decía la verdad. Lo importante era encontrar a su hija antes de que fuera demasiado tarde. Pero no sabía si la que iba en el carro era ella: habían visto huir a dos figuras. La puerta de Toledo… Allí se tomaba el camino hacia el sur. ¿Pretendía su hija escapar hacia Andalucía? Si era así y había saltado del coche en marcha, estaría intentando llegar a su destino. Miró a los guardias.

—Ayuden a enderezar el carro. Si los anclajes y los arneses no están dañados, iremos a la puerta de Toledo a ver qué nos encontramos. Parte de la guardia que busque por estas calles: puede que no haya llegado muy lejos.

El guardia de mayor rango al mando, un sargento, carraspeó:

—Señor, hemos intervenido por respeto a su apellido y porque la huida en cuestión perturbaba el orden de los sitios reales, pero debemos volver a palacio. La guardia no puede patrullar las calles en busca de nadie.

El marqués apretó la mandíbula. Estuvo tentado de responder de manera autoritaria, pero sabía que no tenía que haberlos involucrado

en esa persecución. Inspiró hondo.

—Está bien, sargento, le agradezco su ayuda. Si tienen la amabilidad de echar una mano a mis hombres a levantar el carruaje, no lo olvidaré. A partir de aquí, continuamos nosotros. Cuento con su discreción.

Se giró hacia sus lacayos y los criados de sus aliados. Algunos iban armados, y todos eran leales.

—Ya sabéis lo que tenéis que buscar —dijo—. En marcha.

44

Almudena se incorporó con cuidado. No estaba lejos de casa, solo tenía que caminar unas cuantas calles, pero seguro que los guardias estarían buscando a la misteriosa pasajera del carruaje. Cuanto antes se alejara de allí, mejor.

Al dar un paso, ahogó un quejido: la rodilla le dolía horrores, pero podía andar, así que rogó por que fuera solo el golpe y volviera a la normalidad poco a poco. Se acercó al extremo del callejón por el lado contrario al que había entrado y salió a la Cava Baja. El jaleo se oía lejano. Se cubrió con el manto, aunque sabía que eso no le serviría de nada si la detenían, y echó a caminar tan rápido que casi corría. En ese momento no importaban las formas, sino la discreción y evitar las calles principales. Cruzó la calle Segovia, giró en una esquina hacia la calle de los Latoneros y avanzó pegada a la pared, atenta por si oía los pasos de sus perseguidores acercándose.

Salió de la zona de las tabernas y llegó hasta la plaza Mayor. Percibió unas voces y se ocultó en un portal que daba a un patio interior. Se quedó pegada a la pared, intentando no hacer ruido ni al respirar. Luego no atravesó la plaza por el centro, sino que la rodeó por los soportales; convertida en una sombra, siguió por la calle de Postas y pasó al otro lado de la calle Mayor, pues prefería ir por callejas. Se deslizó por el pasadizo de San Ginés y, cuando iba a salir a la calle del Arenal, oyó voces y el metal de una espada golpear una hebilla. Dio un paso atrás y se metió en un portal, hundida en la

sombra del arco. Contuvo la respiración y cerró los ojos como si así pudiera evitar ser vista. Los dos hombres pasaron por la boca del callejón sin volver la cabeza, hablando entre ellos. Esperó hasta que sus pasos se perdieron y se asomó con cuidado. Ya habían girado. Ella retomó su camino, casi corriendo, y no paró hasta llegar a su casa.

Cuando entró en el patio, se sentó en el suelo del pasillo. El candil seguía encendido, aunque la llama ya se había debilitado y en breve el patio quedaría iluminado solo por la tenue luz de la luna que se colaba por arriba. La gata se acercó curiosa y se frotó contra las faldas de Almudena, ronroneando. Sus cachorritos se arrimaron también para recibir su ración de caricias. Ella respiró hondo, consciente de lo cerca que había estado del desastre. El ronroneo de los animales la ayudó a calmarse poco a poco. Entonces, por fin, pudo pensar.

Había sido una gran idea que María del Pilar y ella se montasen en carruajes diferentes. Antes de que Almudena fuera al encuentro de su compañera frente al palacio, María del Carmen le indicó que la joven dama tenía que caminar sola un par de calles cuando saliera. Debía cruzar la calle Mayor hasta la calle del Espejo. Allí la esperaría el coche que la conduciría hasta Alcalá de Henares, desde donde otro coche la llevaría a Barcelona. Como iba en dirección opuesta a la que tomaría Almudena, actuando como señuelo, eso le permitiría huir sin problemas.

No sabía si todo había salido bien, pero tenía la esperanza de que sí. Aunque ahora lo que le preocupaba era su propia situación. Si aquellos hombres, con el marqués a la cabeza, habían aparecido tan rápido era porque sospechaban una huida. Podía ser casualidad,

pero también podía ser que Beatriz hubiera acudido a palacio y la hubiese denunciado a su amante. Tal vez ella no supiera qué significaban esos bordados y actuara movida por el afán de venganza, pero, de alguna manera, el marqués había descubierto su plan.

La pregunta era: ¿sabían que ella había participado? No le habían visto la cara, de eso estaba segura. Y si no habían relacionado el pañuelo bordado con el plan de escape, entonces no tenía nada que temer, salvo que Beatriz buscaba destruirla. Pero si sabían que las dos cosas eran parte del mismo plan, estaba acabada.

Pensó en huir, pero lo descartó de inmediato. Si se marchaba sin un motivo que lo justificase, su reputación acabaría por los suelos antes incluso de que nadie intentara comprometerla: se diría que había huido con un amante o que se había quedado embarazada, o cualquier cosa, cada una peor que la anterior. Nunca podría regresar y, además, arruinaría la vida de su padre, pues también acabaría con su buen nombre. Resopló, frustrada. De haber sido hombre podría irse a las Américas, hacer fortuna y volver. Pero era una mujer, y ese camino le estaba vedado.

Se puso en pie con dificultad. La única salida posible era continuar como si nada. Subir a su casa, acudir al día siguiente a palacio, parecer inocente. Tal vez así tuviese una posibilidad. Y Juan. ¿Qué habría pasado con Juan? ¿Qué consecuencias tendría para él haberla ayudado? Abandonar su puesto era una falta grave. Se le encogió el corazón de miedo y amor. Si lograba salir de aquello, se prometió hacerle el hombre más feliz del mundo. Subió las escaleras. No sabía qué hora era, pero seguro que más de las dos: le había llevado un buen rato llegar a su casa.

Abrió la puerta con sigilo y entró. Entonces vio la luz del candil en la mesita junto a la ventana y a Domingo, muy serio, sentado en la butaca.

Cuando ella apareció, se levantó de un salto y acudió a su encuentro.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabas?

Con eso no contaba. Creía que su padre no se habría dado cuenta de su ausencia y seguiría durmiendo plácidamente. Pensó en mentirle, en inventar alguna historia, pero estaba cansada, muy cansada, le dolía todo y no tenía fuerzas. Se echó a llorar.

Su padre se quedó inmóvil un momento y luego la abrazó.

—¿Alguien te ha hecho daño? ¿Te ha pasado algo?

Almudena se aferró a él entre lágrimas.

—No podía quedarme al margen, padre —dijo con voz ahogada —. Estoy bien, es solo que la iban a casar, la iban a casar… Pensé en madre y en qué hubiera pasado si nadie la hubiera ayudado. No podía ignorarlo, padre, perdóneme.

Se vació sobre el pecho de su padre, el hombre que siempre la había protegido, que daría la vida por ella. Él la estrechó si decir nada, procesando lo que acababa de escuchar.

Cuando ella se calmó un poco, dio un paso atrás, sin retirar las manos de sus hombros.

—¿Estás en peligro?

Ella asintió.

—Es posible —dijo, y se lo contó todo.

—Vete de Madrid —le suplicó Domingo—. Vete ahora, esta noche, mientras estés a tiempo.

Ella negó con la cabeza, aún con espasmos de la llantina.

—No pienso huir. Eso acabaría con mi carrera y con la suya, con su buen nombre y con mi futuro. Y no solo eso: pueden tomar represalias contra usted. No, me quedo. Confiemos en que no me hayan descubierto.

Un rato después, Domingo acompañó a Almudena a la cama como cuando era una niña. La arropó y le dijo que no se preocupase por nada.

—Mañana será otro día. Nadie te ha visto: no pueden saber que has sido tú. Juraré que pasaste la noche en casa, de ser necesario. Además, don Carlos te protegerá.

Eso era justo lo que ella necesitaba: sentir que ya no era responsabilidad suya, que otra persona tomara las riendas y le prometiera que todo saldría bien. Y por un momento lo creyó.

Domingo, sin embargo, sabía que no sería tan fácil. Si Beatriz había hablado con el marqués y a raíz de eso él había descubierto el plan de fuga, Almudena estaba en grave peligro. Enfrentarse a la nobleza era casi una sentencia: los juicios podían ser sumarios si la acusación era lo bastante poderosa. No durmió en toda la noche, pensando en qué podía hacer para solucionar aquel entuerto, para adelantarse a los acontecimientos.

Cuando llegó el alba, despertó a Almudena, que, agotada, no había reaccionado a las campanadas de la iglesia cercana. Tenía que acudir a palacio a su hora. Su única posibilidad era fingir normalidad: cualquier gesto sospechoso podía delatarla en caso de que la tuvieran vigilada.

Almudena fue a trabajar con el ánimo encogido de miedo. La dejaron pasar como siempre, lo que le hizo albergar esperanzas de

que nadie sabía nada de su implicación. Además, la única que podía relacionarla con aquello era Beatriz, y todo el mundo sabía que la odiaba. Cuando la jornada llegó a su fin, empezó a fantasear con que saldría indemne de aquella historia. Sin embargo, la fantasía se rompió cuando, nada más cruzar la puerta exterior de palacio, cuatro hombres armados, vestidos con los colores de la casa Valdearenas, se acercaron a ella.

—Almudena Serrano —dijo el que iba en cabeza—, queda detenida por delitos contra el honor familiar, incitación a la desobediencia y complicidad en fuga de una joven bajo tutela familiar. Acompáñenos.

Almudena sintió que su mundo se venía abajo. Estuvo a punto de echar a correr: aquella no era una detención legal, pero ellos eran cuatro y se les veía ágiles y fuertes. No tenía escapatoria. Temblando, asintió y los acompañó.

La llevaron a la residencia familiar del marqués. El pensamiento del cuerpo torturado y quebrado de Mariana acudió a su mente y ya no se marchó. ¿Qué pretendían hacerle? Como costurera real tenía cierta protección, pero solo era una trabajadora de palacio. ¿Había sobrevalorado su importancia?

La metieron en un cuarto que apenas contenía un camastro, una silla y un orinal. Un ventanuco en lo alto dejaba pasar algo de luz. Le dejaron un vaso de agua y se marcharon. El sonido de la llave echando el cerrojo sonó como una condena. Sentada en el camastro, miró sus manos: no dejaban de temblar. Entrelazó los dedos como si rezara e intentó ralentizar el ritmo de sus pensamientos. Aunque estaban en abril y el tiempo ya era cálido, allí dentro hacía frío. O, al menos, ella estaba helada.

No dejaba de preguntarse si la iban a torturar, si Juan habría corrido la misma suerte, si avisarían a su padre o él esperaría su llegada hora tras hora sin saber qué le había ocurrido. Se levantó, paseó por la estancia, se lamentó por su suerte y volvió a sentarse. Luego anocheció y se quedó a oscuras. No le habían dejado ninguna vela, tampoco le llevaron nada de comer. Se acurrucó en el camastro y trató de dormir.

Al día siguiente apareció el marqués seguido de dos criados. Entró, se sentó en la silla y la miró en silencio.

Ella le sostuvo la mirada y después preguntó:

—¿Qué hago aquí?

El marqués sonrió.

—Ya sabes por qué estás aquí, Almudena. Quiero que me digas dónde está mi hija.

La joven parpadeó.

—No conozco a su hija, ¿cómo voy a saber dónde está?

Él sacudió la cabeza.

—Cuanto antes acabe esto, mejor para todos. Dime dónde puedo encontrarla y no te pasará nada.

Ella mantuvo la mirada firme.

—No sé dónde está, y tampoco por qué debería saberlo, si no la conozco. ¿Por qué me han detenido? ¡Yo no he hecho nada!

El marqués resopló y se marchó. El resto del día transcurrió igual. Solo un criado apareció con un vaso de agua. Ni comida, ni contacto con nadie. Almudena intentó tranquilizarse. Si buscaban hacerle pasar hambre y sed para quebrarla era porque no pensaban torturarla, ¿no? Si no, ya habrían utilizado métodos más rápidos y expeditivos. La franja de luz que se deslizaba por el suelo marcaba

el paso de las horas. Anocheció.

Al día siguiente se repitió la escena. Almudena tenía hambre, pero sobre todo se estaba muriendo de sed. Sin embargo, cuando el marqués le preguntó, ella no varió su respuesta:

—No conozco a su hija, señor. —Se pasó la lengua por los labios cortados—. Agua, por favor.

—Dime algo y te daré de beber.

—No tengo nada que decir —respondió ella.

—No soy un hombre cruel, Almudena —dijo él, con una calma escalofriante—. Pero tampoco soy alguien a quien te convenga desafiar.

Al ver que se mantenía en silencio, el marqués se levantó, se marchó y la dejó allí de nuevo. Un criado le llevó un vaso de agua por la tarde, que ella bebió con avidez, aunque no calmó su sed.

Cuando amaneció un nuevo día, estaba tan desesperada por beber que se le ocurrió que podía inventarse algo, decirle cualquier cosa que le satisficiera lo suficiente como para darle agua como premio. Pero pensó en su padre, pensó en Juan, pensó en la joven, que a esas alturas estaría camino de Barcelona, y decidió que podía aguantar un poco más.

—No pensarás testificar, ¿no?

Ramón miró a Beatriz con dureza. Ella le devolvió una mirada de desafío.

—Por supuesto que sí. ¿Me lo vas a impedir?

—Podría hacerlo, soy tu marido.

Ella levantó la barbilla.

—El marqués de Valdearenas me respalda.

Ramón dio un puñetazo sobre la mesa que hizo temblar los platos dispuestos para la comida, con una furia que le sorprendió tanto como a su mujer.

—¡Vas a traer la vergüenza a mi casa! Solo buscas hundir a Almudena, a quien todos respetan en el barrio, alguien decente que siempre se ha portado bien con todo el mundo, y además tu aventura quedará al descubierto. ¿Has pensado en qué lugar me deja eso a mí?

Beatriz se acercó a su esposo.

—La sigues queriendo, ¿no es eso? A la dulce Almudena, la mosquita muerta que jamás ha roto un plato —dijo entre dientes, con el veneno y la rabia destilándose en sus palabras—. Pero ella participaba en un complot para secuestrar a jóvenes nobles. ¡La sosa de Almudena! Quién lo iba a decir, ¿verdad? El mundo merece saberlo. Sí, voy a testificar, y disfrutaré de hundirla a ella y de herirte a ti. No eres ni la mitad de hombre que el marqués.

Ramón se levantó y dio un paso hacia ella. Tuvo que apretar las manos contra su cuerpo con fuerza para no hacer algo de lo que más adelante pudiera arrepentirse.

Beatriz levantó la cara hasta que sus ojos se encontraron.

—¿Vas a pegarme, esposo? —En su rostro se dibujó una sonrisa sádica—. ¡Hazlo! Vamos, hazlo, demuéstrame que tienes sangre en las venas.

Ramón dio un paso atrás, con la mandíbula tan apretada que los dientes le chirriaron.

—Testifica y tendrás que asumir las consecuencias.

La tarde del cuarto día, después de negarse a hablar una vez más,

Almudena ya no sabía ni en qué día estaba. La noche de la fuga fue el domingo, así que debía de ser… ¿miércoles?, ¿jueves? No lo tenía claro. Tampoco sabía qué hora era, aunque, si hubiera tenido fuerzas para fijarse, habría visto que la franja de luz cerca de la puerta indicaba que apenas pasaba del mediodía. Estaba tumbada en el camastro, delirando a causa de la sed, cuando oyó la puerta abrirse. Se giró, esperando ansiosa el vaso de agua diario. Sin embargo, en esa ocasión el criado no iba solo. Otros dos hombres entraron en el cuarto con él.

El criado le ofreció un vaso de agua que ella bebió con avidez.

—Más —suplicó, y, para su sorpresa, le alcanzó otro vaso y un trozo de pan.

—Despacio —le dijo—. Si no, te sentará mal.

Almudena pareció recuperar un poco las fuerzas. Se puso en pie con la ayuda de uno de los hombres y, después de un tercer vaso de agua que bebió a sorbitos, consiguió mantenerse firme y dar un par de pasos.

—Vamos —le dijo entonces aquel hombre—. Te esperan.

45

Guiaron a Almudena a través de pasillos desnudos y puertas de madera sin adornos, después subieron una escalera y penetraron en otro mundo: corredores alfombrados y bien iluminados con velas de cera de abeja, de olor suave y limpio, los condujeron hasta una puerta lacada en blanco con un marco tallado con volutas doradas.

La puerta se abrió e hicieron entrar a Almudena. Ella avanzó un paso y miró a su alrededor, intimidada. La sala, algo más austera de lo que el exterior sugería, era pequeña. La luz de la tarde se filtraba a través de las ventanas, tamizada por las cortinas. Unas velas colocadas en apliques de pared ayudaban a iluminar la estancia, pero aun así el ambiente resultaba opresivo y oscuro. No corría ni una pizca de aire.

Frente a ella había una mesa larga. El marqués se sentaba justo en el centro, y a ambos lados otros hombres la miraban muy serios. Sus ojos destilaban rabia; su cara, puro desprecio, y Almudena fue consciente de que, de no ser por su puesto en el guardarropa, que en cierto modo la protegía, probablemente su padre tendría que recoger los restos de su cuerpo hecho trizas de la acera. Un escalofrío que apenas pudo disimular la recorrió entera.

Un hombre apostado al lado de la puerta la cogió del brazo con brusquedad y la condujo a una silla frente a la mesa. La obligó a sentarse.

—¿Qué hago aquí? —preguntó, dispuesta a no admitir nada.

El marqués sonrió y su cara, en la penumbra, se asemejó a la de un zorro.

—Sabes por qué estás aquí —le dijo.

Un hombre gordo situado a su derecha carraspeó. El marqués asintió.

—Tiene razón, duque. Hagamos las cosas bien. Almudena Serrano, esto es un juicio por atentado contra el honor.

Ella miró a su alrededor. Aparte de aquellos hombres, dos criados armados guardaban la puerta, y otros dos, otra puerta que había en la pared contigua. Volvió la vista hacia el marqués.

—Esto no es un juicio —dijo con la barbilla levantada—. No hay ningún juez, ni un tribunal, ni tengo ninguna posibilidad.

El marqués rio con suavidad.

—Tal vez no estés familiarizada con cómo se hacen las cosas entre la nobleza, querida. Los asuntos de honor se solucionan en privado. Es lo mejor: los daños son menores si no se hacen públicos ciertos agravios.

—¿Mejor para quién?

—Para todos —dijo un hombre joven que la miraba con cierta lástima, pero cuyo gesto severo le indicó que no podía esperar compasión de él—. Una acusación como esta también acabaría con tu reputación y la de tu padre. En privado, no te libras de recibir un castigo, pero él queda limpio.

—¿Y de qué se me acusa entonces? —preguntó ella, orgullosa. No quería que notaran el miedo que la devoraba por dentro. Eran como bestias salvajes deseando darse un festín con su presa aterrorizada. No les daría el gusto.

—De atentar contra el honor de la familia Valdearenas, de

colaborar en la huida de una joven que estaba bajo tutela familiar y, tal vez, si nos place, de secuestro.

¿Secuestro? Almudena sabía qué significaba aquello. Era un crimen gravísimo, y la acusación podría pasar a un tribunal público. Todo el mundo pensaría que era una delincuente, el marqués y su familia quedarían como las víctimas y ella no volvería a ver la luz del sol.

—Yo no he secuestrado a nadie —dijo con un hilo de voz.

—Eso ya lo veremos. Tienes muchas cosas de las que responder.

Entonces comenzaron a preguntarle una y otra vez por qué estaba en palacio esa noche y si había acudido con intención de secuestrar a la hija del marqués. Quiénes eran sus cómplices y quién era la mente que lo organizaba todo. Almudena sabía que su mejor baza era negar que hubiera estado allí, insistir en su ignorancia, así que mantuvo su historia sin ceder ni un ápice.

Ellos podían tener muchas sospechas, pero ni una sola certeza. Si ella no titubeaba, si no se derrumbaba, no podrían demostrar nada. Por otro lado… Almudena comenzó a temblar cuando se dio cuenta de que podían acabar con ella si querían. Si estaban convencidos de su culpabilidad, aunque no tuvieran pruebas fehacientes, podían acusarla de cualquier otra cosa y encerrarla en una celda oscura. También podían matarla y hacer que su cuerpo desapareciera, que su padre no tuviera ni una tumba donde llorarla. Ellos eran poderosos, ella una simple costurera.

Sacudió la cabeza: eso era lo que ellos querían que pensara, buscaban que se quebrase y confesara para obtener su clemencia. Pero si defendía su inocencia, si seguía negando haber estado allí, alguno de esos seis hombres tenía que tener un ápice de decencia,

un resquicio de humanidad que impidiera que acabara condenada sin juicio.

—Les repito que no estuve en palacio esa noche —dijo con humildad—. Salí de trabajar como siempre y me fui a casa.

Entonces el marqués se sacó algo del bolsillo y lo depositó sobre la mesa. Almudena no llegó a verlo bien, pero no le hizo falta, sabía lo que era.

—Y entonces ¿cómo explicas esto?

Ella respiró hondo, intentando ganar tiempo para pensar. Beatriz se lo había quitado frente a la iglesia del Buen Suceso. Era más tarde de lo que ninguna mujer decente consideraría aceptable para andar por la calle, pero no la había visto ir a palacio. Almudena fue a casa de María del Carmen y se aseguró de que nadie la seguía, y llegó a palacio después, bien cubierta. Si Beatriz fue a denunciarla ante su amante, lo hizo antes o después. No, no la había visto, y decidió jugárselo todo a esa carta.

—¿Cómo explico qué? —preguntó con tono inocente.

El marqués se giró hacia sus colegas.

—No les había hablado de este hallazgo porque habría estropeado la sorpresa —dijo irónico—. Pero creo que es muy esclarecedor.

Hizo un gesto a los criados de la pared lateral, y estos hicieron pasar a dos personas. La primera le heló la sangre: era Beatriz, que entró en la sala con la barbilla alta y un rastro de perfume caro. La miró un momento antes de sentarse en una silla lejos de ella, y Almudena percibió la enorme satisfacción que albergaban sus ojos.

La otra figura le partió el corazón. Encorvado, cabizbajo y triste, Juan entró detrás y se sentó en otra silla, en el lado contrario. Ni

siquiera la miró, aunque ella buscó sus ojos desde el momento en que lo reconoció hasta que el marqués dio unos toques sobre la mesa para atraer su atención. Almudena sintió que el dolor de su pecho se hacía cada vez más y más intenso, y pensó que no lo soportaría. Juan no, Juan no podía traicionarla, Juan no podía contar lo que había pasado.

Pero él no sabía mentir. Y a saber qué le habían contado, qué le habían hecho creer. Desesperada, tuvo el impulso de levantarse y lanzarse a los pies de su prometido para jurarle que nunca había hecho nada malo, pero entonces el marqués repitió los golpecitos:

—Por favor, sigamos. ¿Puede decirnos quién es? —preguntó a Beatriz.

Almudena la miró de reojo. Estaba deslumbrante, y los cinco hombres que flanqueaban al marqués pensaban lo mismo, a juzgar por sus bocas entreabiertas y sus miradas lascivas. La rubia sonrió, consciente del efecto que causaba en quien la veía por primera vez. Se sintió importante, con su vestido caro, su perfume francés y aquellas miradas de admiración.

—Me llamo Beatriz del Valle, y yo le quité ese pañuelo a Almudena el día de la fuga, casi a las once de la noche.

Un murmullo se extendió por la mesa.

Uno de los nobles miró a Almudena y se pasó la mano por la boca antes de hablar.

—¿Eso es cierto?

—Sí.

Almudena vio que Juan levantaba la cabeza cuando oyó aquello. Sus ojos relampaguearon un instante, pero luego se apagaron y volvió a agachar la cabeza.

—¿Y cómo explicas eso, muchacha?

Almudena soltó el aire despacio.

—Lo encontré en palacio cuando terminé mi jornada en el guardarropa —dijo, como si fuese lo más normal del mundo—. Estaba en un pasillo cerca de la salida. Lo guardé para preguntar al día siguiente si alguien sabía de quién era y me marché.

—¿Y qué hacías en la calle a esas horas tan indecentes? —continuó interrogándola aquel hombre, que parecía tener cien años.

—Sé que el decoro no lo aconseja —dijo con la cabeza gacha—. Pero, cuando llegué a casa, tenía que terminar una pieza propia y estuve cosiendo hasta mucho después del toque de ánimas. Cuando la vela se consumió, me dolía la cabeza y necesitaba airearme. No debería haberlo hecho, pero tampoco hacía nada malo, solo inusual.

—Eso no se lo cree nadie —dijo el marqués—. Ninguna joven saldría a las calles a esas horas si no tuviera una cita clandestina o fuese a hacer algo ilegal.

El marqués tenía razón, pero, de nuevo, carecía de pruebas.

—La testigo asegura que ibas a encontrarte con un amante —siguió el anciano.

—La testigo miente —dijo Almudena, con sencillez.

Beatriz giró la cabeza como un látigo.

—¡Claro que no miento! Eres una arpía que va de buena chica y luego eres peor que ninguna. A esas horas solo podías ir a reunirte con tu amante. Y ni siquiera era ese —dijo señalando a Juan con desprecio—, porque estaba de guardia. ¡Zorra!

Almudena se mantuvo firme, con la cabeza fija en sus acusadores.

El marqués intervino.

—O fuiste a reunirte con tu amante…, o a palacio para ayudar a fugarse a mi hija.

La estaban poniendo entre la espada y la pared para que eligiera el mal menor: la deshonra o la participación en la fuga. Por el rabillo del ojo vio que Juan apretaba la mandíbula, tenso como nunca lo había visto antes, y sintió que algo nuevo surgía entre el miedo atroz que arañaba sus entrañas. Una indignación burbujeante, hirviente, que se hizo tan grande que pronto se impuso a todo lo demás. No, no cedería. No iba a permitir que acabaran con ella.

—No, señor. Solo salí a tomar el aire. No tendría que haberlo hecho, pero ese es todo mi delito.

El marqués se puso en pie, amenazador. Se estaba cansando de ese juego. No pensó que aquella muchacha fuese a aguantar tanto, creyó que podría romperla privándola de comer y beber, con una acusación bien montada, con su prometido escuchando esas barbaridades a su lado. Pero era más fuerte de lo que parecía.

—Se nos agota el tiempo, Almudena. Tú sabes tan bien como yo que estuviste en palacio esa noche, que estuviste con mi hija, y estoy seguro de que tuviste ayuda. Sé lo que significan esos bordados y quiero saber cuántas mujeres más están metidas en esto. Si no me lo dices, me obligarás a usar técnicas más… expeditivas.

Almudena se mordió el labio. Tortura. ¿La iban a torturar? ¿Delante de Beatriz y de Juan? ¿Ninguno de aquellos hombres iba a hacer nada para detenerlo? No supo de dónde sacó la fuerza, pero contestó:

—Tal vez usted sepa qué significan esos bordados, pero yo no. Los vi ayer por primera vez, cuando encontré el pañuelo. Lamento

no ser de más ayuda, pero es todo lo que sé.

El marqués hizo un gesto a dos criados, que se acercaron amenazantes a Almudena. Juan se irguió, atento a lo que podía pasar. Beatriz sonrió ante la idea de asistir a la tortura de su enemiga.

Entonces se oyeron unos pasos al otro lado y la puerta se abrió.

46

Cuando Almudena no volvió a casa el lunes por la noche, Domingo supo que algo había salido mal. Caminó por la salita como un león enjaulado durante horas y se asomó a la ventana a cada ruido de la calle. Pero, poco a poco, todo quedó en silencio. La habían capturado: después de lo que había hecho la noche anterior, Almudena tenía muy claro que debía comportarse con normalidad para no levantar sospechas. Y no regresar a su hogar por la noche se salía de lo normal.

Pasó el martes preso de una agitación inmensa, pero no podía hacer nada. Se le ocurrió acudir a palacio y preguntar a sus compañeras, pero admitir que había desaparecido sería un desastre para ella y su buen nombre. Entonces pensó en ir a buscar a Juan. Pero él era guardia, ¿y si se había puesto en su contra? Esa noche la pasó despierto, asomado a la ventana, desesperado, intentando apartar de su mente la imagen de su hija muerta o herida.

El miércoles, destrozado por la preocupación y la falta de sueño, tomó una decisión arriesgada. Se sentó y comenzó a escribir una carta. Una muy larga.

El jueves por la mañana, la condesa viuda de Ribaescusa se sentó a desayunar en su sala favorita. El sol de primavera entraba con fuerza por la ventana. No tenía que ir a palacio hasta el mediodía, cuando

la reina había solicitado su compañía, y la perspectiva de una mañana tranquila, sobre todo después de la intensa tarde que había vivido el día anterior, la llenaba de felicidad.

El lunes por la mañana quedó claro que la joven a la que había dado cobertura no era otra que la hija del marqués de Valdearenas. Que lo zurcieran. Era un déspota que trataba a su familia con puño de hierro, además de que fue un buen amigo de su difunto marido. Y eso era presentación más que suficiente: cuanto más lejos, mejor. Se alegraba de haber colaborado en que se le quedara cara de tonto.

La infanta María Amalia, por quien la condesa viuda sentía un profundo cariño, se había tomado muy bien la noticia de la desaparición de su amiga. No lo había dicho a las claras, por supuesto, pero una enfermedad infecciosa repentina, la misma mañana de su boda, no podía significar otra cosa y la infanta lo sabía. La gente tendía a infravalorarla porque era muy bajita para sus trece años y su cuerpo enfermizo y su cara infantil no reflejaban más de diez. Pero era una joven muy perspicaz, más lista de lo que nadie sospechaba, incluida su propia familia, y la condesa viuda había visto en su mirada que había entendido lo sucedido.

Y todo había sido obra de su nieta. Su nieta. Se llevó la mano al pecho y suspiró. Pensó en su querida Isabel, tan hermosa, tan sensible. Su difunto marido decidió casarla con un viejo barón podrido de dinero y cuyas tierras colindaban con las suyas en el sur. El barón era viudo, su mujer había fallecido después de una terrible caída por las escaleras. Pero la condesa hizo indagaciones, y el servicio rumoreaba, muerto de miedo, que ella se atrevió a llevarle la contraria en público justo antes del accidente.

Habló con su esposo, intentó hacerle entrar en razón, apeló a su amor por su descendencia, pero no sirvió de nada. La idea de unir su patrimonio al del barón, que su hija enviudara pronto y él pudiera manejarlo todo a su antojo como consejero de Isabel era más fuerte. «Isabel sabrá tenerlo contento, no le pasará nada», fue su respuesta.

La condesa solo era una mujer. Si su esposo había tomado la decisión, no había nada que pudiera hacer al respecto. Cuando su hija murió, lloró lágrimas amargas, pero una pequeña parte de sí misma pensó que, al menos, se había liberado.

Y, lo que eran las cosas, Isabel se había liberado de verdad. Pensar en ella como una mujer trabajadora, casada con un hombre sencillo, madre de una costurera, en lugar de humillarla o entristecerla, la llenaba de alegría. No podía decir lo que sabía. No podía confesar que huyó, que tuvo una hija con un hombre del pueblo llano, porque el escándalo afectaría a su otra hija, que tenía un buen esposo y un buen nombre en la corte, y disfrutaba de una vida feliz. Todo seguiría como hasta entonces, pero ella conocía la verdad, y eso traía paz a su viejo corazón. Eso, y la mirada franca y noble, tan parecida a la de Isabel, de aquella muchacha que era su nieta.

Sus ojos se humedecieron emocionados. En ese instante, un criado entró con una bandeja de plata en las manos. Sobre ella, una carta. La condesa cogió el sobre: el papel era basto y no tenía sello alguno. Miró al criado.

—¿De dónde ha salido?

El joven bajó la mirada.

—Un mensajero la trajo ayer, después del mediodía. Pero la

señora estaba en palacio y llegó tarde.

La condesa hizo un gesto y el criado se retiró. Abrió el sobre y sacó el pliego de papel. Sus cejas se alzaron con sorpresa al principio y se unieron sobre el puente de la nariz después. Se inclinó hacia delante, leyendo todo lo rápido que le permitían sus ojos cansados. Cuando terminó, se levantó con presteza, miró por la ventana y soltó un suspiro que se oyó en toda la estancia. Adiós a su mañana de paz. Tenía una labor importante que llevar a cabo.

María Luisa de Parma se había levantado tarde aquella mañana y, todavía con la bata de dormir, tomaba un chocolate en su gabinete privado, contiguo a la alcoba, donde se sentía en paz y tranquila antes de sumergirse en una rutina en la que estaría rodeada de gente en todo momento. Introdujo un trozo de pan en el líquido caliente y se lo llevó a la boca con un pequeño gruñido de satisfacción. Luego se limpió la comisura de la boca y alzó la vista hacia la marquesa viuda de Bélgida, su camarera mayor, su mano derecha, y también su mano izquierda, sus ojos y sus oídos en aquella corte que la odiaba. Seguía sin tener claro si la marquesa pertenecía a ese grupo o, por el contrario, estaba de su parte, pero tampoco le importaba demasiado: cumplía su cometido a la perfección y eso, por el momento, era suficiente.

—¿Cómo van los preparativos?

—Todo marcha según lo previsto, majestad. La semana que viene, en cuanto el rey firme el real decreto, tendrá lugar el nombramiento de las primeras damas y la recepción inaugural.

La reina sonrió, satisfecha. La Orden de las Damas Nobles de la Reina María Luisa, con la que había soñado desde que ascendió al

trono, pronto sería una realidad. Su propia orden, su manera de recompensar a las damas que hubieran demostrado su lealtad a la Corona. Llevaba meses preparándose para ese acontecimiento. Las primeras condecoradas serían ella misma y todas sus hijas, por supuesto. Había planeado una gran fiesta, con recepción y baile, para demostrar a la corte el esplendor y el lujo que el gobierno de su esposo y el suyo propio habían traído al país.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Manuel Godoy, teniente general de la guardia de corps, gentilhombre de la cámara del rey y, sobre todo, favorito de los reyes, podía ir a donde quisiera en palacio, cruzar las puertas que deseara, hablar en los salones que dispusiera. Nada le estaba vedado. Y eso sin tener siquiera un título de nobleza, algo que, según las malas lenguas, iba a cambiar muy pronto.

Y ahora estaba allí, en el gabinete privado de la reina, en la comprometida situación de verla en bata, sin que a ninguno de los dos les causara el más mínimo sonrojo. El hombre hizo una profunda reverencia y saludó también a la marquesa de Bélgida, que le devolvió el saludo con correcta frialdad.

—¡Manuel, querido! Menos mal que has venido. Acércate, tengo unas dudas sobre la disposición de los invitados en esta parte de la recepción.

Llevaban unos minutos sumergidos en aquella tarea cuando el ujier anunció que la condesa viuda de Ribaescusa solicitaba ser recibida por Su Majestad. La camarera mayor, que apreciaba y respetaba a la condesa, se extrañó. No porque fuera insólito que pidiera acceder al gabinete, había estado allí decenas de veces, pero siempre a petición de la reina, no al contrario. No obstante, Su

Majestad aceptó recibir a su dama.

Al entrar, por un momento la condesa pareció no saber cómo actuar. No obstante, se recompuso enseguida con el saber estar que siempre la había caracterizado e hizo una reverencia.

—Majestad.

María Luisa la miró.

—Buenos días, condesa. Dígame, ¿a qué se debe su visita?

—Nada importante, majestad. Mi cocinero me ha servido esta mañana *macarons* en el desayuno y he recordado cuánto le gustan. Como la corte lleva un par de días revuelta, he pensado que tal vez le apetecería un dulce… para empezar el día con buen pie.

María Luisa había sido en su juventud una mujer bella, sin embargo ahora, con apenas cuarenta años, había perdido gran parte de sus dientes, sobre todo debido a los embarazos, pero también por su desmedida afición a los dulces. Los dientes que le quedaban estaban negros y podridos, lo que no daba una imagen agradable, de ahí que en los actos públicos llevara una dentadura de marfil que funcionaba de cara a la galería, pero no servía para comer. Sonrió con amplitud, mostrando los huecos y las piezas retorcidas que le quedaban, y alargó las manos.

—¡Pues claro, condesa! Qué detalle tan encantador. Es justo lo que necesito.

La camarera mayor tuvo la tentación de levantar una ceja, pero se contuvo. ¿Qué querría la condesa de la reina? Era evidente que caerle en gracia no, nunca se había preocupado demasiado por ganarse su favor. No dijo nada, a la espera de ver adónde llevaba todo aquello. Sin embargo, un rato después, las tres seguían inmersas en un diálogo trivial, como si la condesa no se atreviese a

exponer con claridad cuál era el asunto que la había llevado hasta allí. Mientras, Godoy, firme a un lado de la mesa, no parecía molesto por la interrupción.

Entonces el ujier anunció una nueva visita. La puerta se abrió y un perrito blanco apareció corriendo como si fuera una bola de algodón gigante. Tras él, la infanta María Amalia entró en la sala. Se detuvo de golpe: era evidente que no esperaba encontrarse allí a tanta gente. Saludó a su madre con una reverencia y un beso en la mejilla. Luego dio los buenos días al resto.

—¡Tía! —exclamó al ver a la condesa, a quien quería y trataba con familiaridad—. ¿Qué hace aquí tan temprano?

—Eso digo yo —añadió la reina, mirando a su alrededor—. Este gabinete empieza a estar demasiado lleno, y yo ni siquiera estoy vestida. ¿Qué deseas, querida?

La jovencita miró a su madre y trató de concentrarse en ella para no sentirse intimidada por el resto de los adultos.

—Madre, me he enterado de que Almudena… —Se corrigió al ser consciente de lo poco apropiado de nombrar a una trabajadora— … de que una costurera del guardarropa ha desaparecido.

La reina la miró con indiferencia, pero a la camarera no se le escapó el gesto de la condesa viuda, que levantó la cabeza como si le hubiera picado una avispa.

—¿Y? —preguntó María Luisa.

La niña hizo un gesto de fastidio.

—Pues que, al parecer, quien está detrás es el marqués de Valdearenas.

—Algo habrá hecho entonces —dijo la reina, que se metió otro *macaron* en la boca con fruición.

—Según tengo entendido, el marqués y sus amigos se están tomando ciertas libertades de un tiempo a esta parte —terció la condesa.

La reina se encogió de hombros.

—Si los rumores son ciertos y su hija no está tan enferma como dicen… El honor siempre se ha defendido en la intimidad. Quizá esa muchacha haya tenido algo que ver.

—Su Majestad no tiene por qué implicarse en asuntos privados, desde luego. ¡Qué engorro y cuánto trabajo sería eso! —dijo la condesa, con cara inexpresiva—. Pero, si es cierto que tienen a esa chica, una trabajadora de su guardarropa, ese grupo de nobles está olvidando a quién sirve.

La reina frunció el ceño.

—En eso le doy la razón. Son molestos como los mosquitos en verano —dijo con la vista vuelta hacia Godoy.

El teniente general asintió, por completo de acuerdo, pero sin pronunciarse.

—Aun así, ¿qué tiene que ver eso conmigo? —continuó la reina.

La infanta se acercó más a su madre.

—El guardarropa anda justo de manos —dijo—. Están ultimando los vestidos para la gran recepción de la Orden de las Damas Nobles.

María Luisa se quedó pensativa.

—Costureras tienen —afirmó. Sin embargo, había un matiz de duda en su voz.

La condesa vio la oportunidad y la aprovechó.

—Esa muchacha… ¿no es la de los volantes? Se dice que a Su Majestad le fascina la ligereza con que los cose.

María Amalia asintió con tanta vehemencia que se le escapó un

mechón del peinado y le cayó sobre los ojos. Se lo retiró con un gesto impaciente.

—¡Esa es, sí! Madre, imagine si los vestidos no están a tiempo, o si no deslumbran como todos esperan de usted. Imagine a la duquesa de Alba…

La mención a su gran enemiga ensombreció el rostro de la reina. Se comió otro *macaron* en un silencio que nadie se atrevió a interrumpir. Después pareció tomar una decisión. Miró a Godoy.

—Muy bien —dijo—. La quiero de vuelta hoy mismo. Si no ha matado a nadie, no veo problema. Manuel, ocúpate.

El hombre de confianza de la reina se cuadró, saludó con una reverencia y se marchó. La condesa intentó disimular su alivio; no así la infanta, que se acercó a su madre y le dio otro beso en la mejilla, feliz.

La marquesa viuda de Bélgida, por el contrario, se quedó con la sensación de que lo que había ocurrido allí no era casual. De todas maneras, la joven del guardarropa era eficiente y le provocaba cierta simpatía, al contrario que el marqués de Valdearenas, así que decidió olvidarse de aquello.

—Majestad, tal vez sea hora de vestirla —dijo.

47

—Don Manuel, qué inesperada visita.

Manuel Godoy avanzó dos pasos y miró a su alrededor. Conocía bien a los nobles sentados tras aquella mesa: lo despreciaban y buscaban su ruina, pero, al mismo tiempo, ansiaban su favor. La joven que ocupaba una silla de madera era, sin duda, la costurera a la que Su Majestad había ordenado sacar de allí. Su cara le sonaba: tal vez se la había cruzado por los pasillos en alguna ocasión. A su derecha, un guardia que se levantó y se cuadró al verle aparecer. Al fin y al cabo, era un superior. Su rostro revelaba sufrimiento y duda, pero mantenía la compostura. La beldad sentada a la izquierda de la acusada lo miraba con calculador interés. Era muy hermosa, cierto, pero algo en su gesto le provocó un rechazo inmediato.

Volvió la vista al frente:

—Lamento haberme presentado sin avisar, señores. Pero todos saben, imagino, que la presencia de esta muchacha aquí significa su ausencia del guardarropa, y la reina considera eso inadmisible.

Se miraron unos a otros, incómodos.

—Entiendo, don Manuel. Pero esta mujer ha causado un grave daño al honor de mi familia y exijo una reparación.

—¿Daño? —preguntó Godoy, como si no supiera de qué hablaba el marqués—. ¿Puede decirme a qué daño se refiere?

El noble no quería admitir su deshonra ante aquel advenedizo, pero sabía que debía hacerlo. Suspiró.

—Mi hija, don Manuel. Sin duda habrá oído los rumores.

—No está enferma, pues —señaló este, como quien habla del tiempo.

—No. Me avergüenza admitirlo, pero desapareció de palacio. Y ella —dijo señalando a Almudena— la ayudó a escapar.

Godoy se quedó pensativo. Si eso resultaba ser cierto, era un contratiempo grave. Debía proceder con cautela.

—Bien —aceptó—. Supongo que no tendrán inconveniente en que me una a este juicio privado como representante de la justicia real.

No hubo murmullos de descontento. Eso habría significado un insulto directo, cosa que no interesaba a nadie. El marqués de Valdearenas hizo un gesto y uno de los guardias que se habían acercado a Almudena fue a por una silla y la colocó justo en el centro de la mesa, desplazando al marqués de su presidencia.

Almudena sintió un torrente de alivio correr por sus venas y se permitió, por un instante, soñar con que aquello podía acabar bien. Aun así…

—Pónganme al tanto de los hechos —dijo Godoy, cruzando las manos sobre su vientre.

Cuando el marqués narró lo sucedido, Godoy miró a Beatriz.

—¿Puede repetir su testimonio?

Ella se levantó, se contoneó hasta situarse delante de la mesa y repitió su historia.

Godoy se rascó la barbilla.

—Pero usted no vio a Almudena en palacio esa noche.

Beatriz titubeó.

—No, pero…

—¿La vio o solo le quitó el pañuelo en la iglesia del Buen Suceso?

Apretó los labios, frustrada. Luego negó con la cabeza.

—No la vi, señor, solo le arrebaté el pañuelo. Aun así, estoy convencida…

Godoy levantó una mano, cansado.

—Es suficiente.

Cuando Beatriz se giró para volver a su asiento, el guardia de corps preguntó:

—¿Quién es usted?

Ella vaciló y miró al marqués. Este carraspeó, incómodo.

—Es Beatriz del Valle, don Manuel. Es… una amiga.

Unas risitas se extendieron por la mesa, seguidas de alguna tos disimulada.

Godoy enarcó una ceja.

—Entiendo. ¿Está usted casada?

—Lo estoy, señor —respondió con la cabeza gacha.

Ante el silencio de aquel hombre, se sentó, humillada y expuesta.

Entonces Godoy miró a Juan.

—¿Qué hace ese guardia aquí?

—Custodiaba a mi hija la noche del incidente, don Manuel.

—¿Eso es cierto? —preguntó al joven.

—Sí, señor.

—Entonces, vería a la acusada esa noche.

El tiempo se detuvo. Almudena se olvidó de respirar. Su mirada se cruzó por primera vez con la de Juan desde que él había entrado en la sala, y cuando vio el ojo derecho inflamado y cerrado, teñido de color malva, y el labio partido, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¿Habrían conseguido aquellos brutos quebrarlo? ¿Les habría dicho

que la vio aquella noche? De ser así, ella estaba perdida, a pesar de la presencia de Godoy. Tal vez la sacara de allí, pero acabarían con ella más tarde.

Pero lo que más le dolía era perder el amor y la confianza de Juan. Si él la miraba con desprecio la destrozaría. Si la traicionaba, no se recuperaría de aquello, aunque supiera que lo hacía obligado. Pero no vio desprecio en sus ojos sino dolor, y también un resquicio de duda. Almudena soltó el aire que retenía sin ser consciente, y él apretó la mandíbula y se giró hacia el tribunal.

—No, señor. Como ya le dije a su ilustrísima —señaló con la barbilla hacia el marqués—, oí un ruido al final del pasillo y me acerqué a comprobar que todo estaba en orden. No vi entrar ni salir a nadie de las habitaciones de la dama.

Almudena agradeció estar sentada, porque el alivio fue tan grande que se mareó. Bajó la cabeza para disimular y tomó aire.

—¿Se ausentó de su puesto? —continuó Godoy.

—Sí, señor —confirmó Juan—. Mi cometido era proteger a la dama, y oí un ruido en el recodo del pasillo. Creí que era mi deber asegurarme de que no había intrusos cerca.

Un sonido parecido a un gruñido surgió de la garganta del marqués.

—¿Acaso no está de acuerdo? —preguntó Godoy.

Valdearenas negó, indignado.

—¡Por supuesto que no! Su deber era no abandonar su puesto, fue una negligencia. Eso suponiendo que nos dice la verdad. Tengo entendido que mantiene una relación sentimental con la acusada.

Godoy estrechó los ojos hasta convertirlos en dos ranuras y observó a ambos.

—¿Es eso cierto?

Almudena asintió, con la cabeza gacha. Juan, sin embargo, dijo «Sí» con voz firme. Godoy meditó. Luego dio un golpe en la mesa.

—Bien —dijo poniéndose en pie—. Está claro.

—¿Qué está claro, don Manuel? —preguntó el marqués. Desde que el militar había entrado en la sala, los demás nobles no habían abierto la boca.

Godoy insinuó un esbozo de sonrisa que reprimió de inmediato.

—No tienen nada, señores. Nadie vio a la acusada en palacio aquella noche.

El marqués le enseñó el pañuelo bordado.

—Pero estos símbolos, don Manuel, aparecieron en poder de la acusada. Y recuerdo ver a mi hija con un pañuelo igual antes de escapar. —Omitió hablar de su primogénita. Ya tenía bastante con la vergüenza de admitir que la pequeña había huido—. Eso prueba una conspiración.

Manuel Godoy estaba harto de esa pantomima. Había escuchado a los nobles por respeto y por dar una pátina de justicia a aquello, pero la costurera iba a salir de allí en ese mismo instante, le pesara a quien le pesase.

—No voy a tener en consideración unos bordados, marqués —dijo con voz glacial—. No hay testigos que la vieran aquella noche, y no me vale con el testimonio de una adúltera cuya palabra no vale nada, ni legal ni moralmente.

Beatriz acusó el golpe. Se quedó lívida y bajó la vista.

—No condenamos a la gente sin pruebas —concluyó Godoy—. Además, esta muchacha es necesaria en el guardarropa. La reina la quiere de vuelta en su puesto de inmediato.

Salió de detrás de la mesa y se dirigió a la silla donde estaba Almudena. Le tendió la mano. Ella dudó, aún incrédula. Luego tomó su mano y se incorporó.

Cuando se dirigían a la salida, una voz que no era la del marqués resonó en la estancia.

—Cuánto interés en una simple costurera. Tal vez a don Manuel no solo le gusten las alcobas reales.

Almudena se quedó helada. Godoy se envaró y se giró. Sugerir que era amante de la costurera era algo deleznable, rastrero y peligroso, pero la referencia a la reina podía llegar a considerarse traición. Recorrió con la vista los rostros de aquellos nobles.

—Sigan creyendo que están por encima del bien y del mal, señores. Más dura será la caída.

Después salió sin mirar atrás.

Ya en el carruaje, ambos guardaron silencio hasta que Almudena se atrevió a hablar.

—Mi padre…

Godoy, que miraba por la ventana, desvió los ojos hacia ella.

—La reina ha sido muy clara, te quiere en palacio. Pero creo que puede esperar a mañana, ya está atardeciendo.

Ella asintió. Luego bajó la vista hacia sus manos unidas en el regazo y murmuró:

—Gracias.

Una suave risa surgió del hombre que tenía delante. Cuando Almudena levantó la vista, lo que vio fue a un joven muy apuesto con el rostro relajado, no al firme militar de expresión contraída que había entrado en aquella sala.

—No hay de qué, Almudena. Si eres una víctima de las conspiraciones de Valdearenas, me alegro de haberte ayudado. Y si de verdad tuviste algo que ver con la desaparición de su hija…, bueno, no puedo decir que lamente que haya recibido de su propia medicina. Los nobles hablan de libertades y privilegios, pero solo se refieren a ellos mismos. Los que estamos fuera de esa esfera somos piezas en su tablero o enemigos a batir. Está bien que alguien les plante cara.

Almudena fue consciente de que acababa de abrirse ante ella uno de los hombres más poderosos del reino. Una amplia sonrisa se extendió por su rostro.

—Entiendo.

—No te conozco —continuó él—, pero la infanta María Amalia parece tenerte mucho cariño, y también la condesa viuda de Ribaescusa, aunque no tengo ni idea de por qué. Tal vez solo odie a Valdearenas como tantos otros. Lo importante es que has salido bien parada de esto. Te aconsejo que seas muy discreta a partir de ahora, tu seguridad depende de ello.

—Así lo haré, señor. Por favor, transmita mi más profundo agradecimiento a la infanta. Y a Su Majestad, desde luego.

—Su majestad ya no recuerda lo que me ha pedido hace apenas dos horas —murmuró Godoy, que volvió a mirar por la ventana, abstraído.

Almudena vaciló y luego se atrevió a hablar:

—Juan, el guardia que estaba en aquella sala…

—Yo me ocuparé, descuida —la interrumpió Godoy, sin apartar la vista de la ventana.

Cuando llegaron frente a su casa, ella iba a descender del coche

cuando él le puso la mano en el brazo.

—No tengo hijas —dijo—. Pero, si las tuviera, me gustaría que supieran escapar cuando fuera necesario.

Se despidió con una inclinación de cabeza y el coche se puso en marcha en dirección a palacio.

48

Domingo no se había movido de la ventana en todos esos días. En la tienda colgaba un cartel de CERRADO POR ENFERMEDAD. Encima de la mesita, un Nuevo Testamento estaba abierto pero abandonado, como si no hubiera podido dar respuestas o consuelo a su angustia. En ese momento, un carruaje se detuvo frente a su puerta. No vio quién se bajaba de él, pero contuvo el aliento y no supo si debía sentir miedo o esperanza. Poco después sonó un golpe en la puerta. Breve, seco.

Él no se movió, como si creyera que se lo había imaginado. El golpe se repitió.

Más tarde, Domingo no recordaría haber cruzado la estancia, ni sus plegarias para que al otro lado de la puerta no hubiera malas noticias, ni tampoco haber tirado del picaporte para abrirla. Solo recordaba el momento en que, recortada contra el marco, reconoció la silueta de su hija.

Sus ojos estaban hundidos y rodeados de cercos oscuros. Tenía el pelo despeinado y la ropa arrugada, y los pómulos sobresalían como si no hubiera comido en días. Pero, por lo demás, parecía estar bien. Almudena y él se miraron en silencio, solo un instante. Luego Domingo alargó los brazos, la metió en casa y la estrechó contra sí. Fue un abrazo largo, casi doloroso. Después dio un paso atrás, dejando escapar las lágrimas que llevaban días retenidas, y acarició la mejilla de Almudena.

—¿Qué te han hecho, hija? ¿Estás bien?

Ella asintió.

—Estoy bien. No se atrevieron a pegarme.

—¿Tienes hambre?

Sonrió apenas y su estómago famélico respondió por ella.

—Ven, siéntate.

Después de cenar, Almudena le contó lo que había pasado, sin entrar en muchos detalles. Cuando le dijo que la condesa viuda de Ribaescusa había intercedido por ella, Domingo sonrió en silencio.

Esa noche Almudena durmió profundamente, sin sueños. Intuía que lo que acababa de vivir le pasaría factura, pero su cuerpo agotado decidió darle un respiro durante unas horas y la dejó descansar.

Domingo la despertó con suavidad a la mañana siguiente. No volvieron a hablar del tema y empezaron el día como si nada hubiera sucedido.

—Debo acudir al guardarropa temprano, tenemos mucho que hacer.

Su padre asintió.

—Ten cuidado.

Bajaron juntos y, justo antes de salir a la calle, en el patio, cuando Domingo iba a abrir la tienda para retomar su rutina, se giró hacia Almudena.

—Tu madre estaría orgullosa de ti —dijo.

Luego entró en la trastienda y dejó a Almudena con el pecho henchido de orgullo y los ojos humedecidos.

Al cruzar la puerta del guardarropa, la recibió el ambiente de

siempre: el zumbido de las conversaciones, el chasquido de las tijeras, los pasos apresurados de los mozos que iban y venían cargados con paquetes, el olor a tela que tanto había echado de menos.

Don Carlos se alegró al verla.

—Almudena, espero que ya se encuentre bien. La recepción es dentro de dos días y aún no están terminados los vestidos. La mitad de las zurcidoras están en el cuarto de costura asistiendo con tareas menores.

—Estoy lista —dijo.

La actividad del cuarto de costura la envolvió como si nunca se hubiera ausentado. Se quedó unos segundos en el umbral, observando. Todo seguía como siempre, pero ella había cambiado. Se sentía distinta. Ahora veía lo que antes no podía ni imaginarse: lo que se movía bajo la superficie tranquila en apariencia de la corte; los juegos en los que la gente como ellas solo eran piezas sin rostro ni nombre, prescindibles, intercambiables. Se había asomado a un mundo peligroso al que no quería regresar.

—¡Almudena! —La exclamación de doña Paula la devolvió al presente—. ¡Ya estás mejor!

Todas las cabezas se alzaron. Unas sonrieron, otras apenas la miraron antes de volver al trabajo. María del Carmen soltó la labor y se llevó las manos a la boca para ahogar un grito, pero disimuló con rapidez y, con los labios apretados para contener la emoción, retomó la tarea. María chasqueó la lengua.

—Menudo susto nos dio, doña Almudena. Dijeron que estaba con unas fiebres…

Almudena bajó la cabeza con una media sonrisa.

—Ya se me han pasado.

Dejó el manto y la basquiña en su sitio y fue hasta su asiento en la mesa. Pasó por delante de una de las zurcidoras mayores, que hilvanaba un bajo.

—Tienes mala cara —dijo la mujer sin apartar la vista de la tela —. Deberías haberte quedado en la cama un día más.

Almudena se sentó y enhebró su aguja.

—El trabajo no espera.

Un murmullo de asentimiento recorrió la mesa.

Se puso manos a la obra. Tenía delante de ella las mangas: todas sabían de su precisión con los volantes y los habían dejado para el final con la esperanza de que llegara a tiempo para coserlos.

Alguien dejó caer unas tijeras al otro lado de la sala. El ruido la hizo levantar la cabeza de golpe. Ahogó un grito, alterada.

Varias mujeres se rieron.

—¡Que susto! —dijo una.

—Sí —contestó Almudena, y volvió a bajar la vista. Solo quería ser invisible.

No tuvieron un respiro en toda la mañana. Almudena terminaba los volantes, las zurcidoras hilvanaban las mangas al cuerpo, reforzaban costuras internas, remataban puntadas, y doña Paula y María cosían sin parar, unían piezas y se aseguraban de que quedasen tal y como debían quedar.

En la pausa para la comida, María del Carmen pasó por detrás de ella y le dio un cálido apretón en el hombro. No podían hablar y eso las estaba matando, pero quería que supiera lo mucho que se alegraba de verla sana y salva.

La jornada se alargó hasta que terminaron el trabajo. Se había

hecho de noche y llevaban horas cosiendo a la luz de las velas. Hacía rato que habían oído el toque de ánimas, pero al día siguiente, el previo a la ceremonia inaugural de la Orden de las Damas Nobles de la Reina María Luisa, todo debía estar perfecto. Nada podía dejarse al azar.

Cuando salieron del guardarropa estaban agotadas, con la vista nublada, pero reían a pesar del cansancio, orgullosas de haber cumplido con su trabajo. María del Carmen se puso al lado de Almudena.

—Me alegro de que estés bien.

—Puede que me estén vigilando —dijo Almudena con disimulo.

María del Carmen asintió.

—Lo supongo. Todo salió bien. Solo quería decirte eso.

Almudena cerró los ojos aliviada. Al menos, María del Pilar había conseguido escapar.

—No podremos hablar en un tiempo —dijo la zurcidora.

—Lo sé. —María se acercó a ellas y Almudena cambió de tema—. Mañana lo revisaremos todo, pero creo que ha quedado perfecto.

—¡Pues claro que ha quedado perfecto! —dijo la recién llegada—. Son una preciosidad de vestidos.

Salieron de palacio charlando como viejas compañeras de trabajo.

Al día siguiente acudieron a palacio a primera hora. La mañana transcurrió entre pequeños retoques y revisiones. Cuando las mozas de guardarropa, vigiladas por don Carlos y la camarera, que saludó a Almudena como si nada hubiera pasado, se llevaron los vestidos y los complementos a los vestidores de la reina y las infantas, las trabajadoras se marcharon. Todavía quedaba tarde por delante y

muchas se fueron a dar un paseo, pero Almudena rechazó la invitación a acompañarlas. Antes de volver a casa, tenía algo que hacer.

—¿Puede pedirle a Juan Montesinos que salga un momento, por favor?

El guardia de infantería que vigilaba la puerta del cuartel no pareció sorprenderse. Le preguntó el nombre y se perdió en el interior del recinto, dejando allí a su compañero.

Almudena se paseó frente al portón, nerviosa. Desde que la sacaron de aquella casa dos días antes no hacía más que pensar en Juan. El viernes quiso contactar con él, pero se pasó todo el día en el guardarropa y cuando salió era demasiado tarde para que la vieran con un hombre.

Tampoco él había aparecido por palacio. Estaba muerta de miedo por lo que pensara de ella. La había salvado con su declaración, sí, pero eso no significaba que deseara volver a verla. Al fin y al cabo, le había mentido. Y, por otra parte, ¿habrían tomado represalias contra él? Su mente era un torbellino, pero todo quedó en silencio cuando él se asomó a la puerta y comenzó a caminar hacia ella.

Llevaba el uniforme sencillo, y el chaleco azul le sentaba tan bien que Almudena sonrió sin poder evitarlo, a pesar de los nervios. Cuando la mirada se desplazó a su cara, los brillantes ojos verdes de Juan la observaban un poco desconfiados, pero no parecía enfadado. Ella alargó la mano y acarició su cara: la hinchazón del ojo había bajado mucho, pero el color morado había mutado a una extraña mezcla de verde y amarillo, y la costra del labio seguía ahí.

—¿Te duele? —preguntó en un susurro.

Él negó con la cabeza.

—¿Estás bien? —quiso saber él—. ¿Te hicieron algo?

—Nada que no pudiera aguantar —dijo ella—. No se atrevieron a tocarme.

Él suspiró, como si se hubiera quitado un peso de encima. Un silencio incómodo se instaló entre ellos, algo que nunca les había pasado antes.

—Bueno —dijo Almudena con voz temblorosa—, supongo que te debo una explicación.

—Me gustaría, sí. —El guardia intentó imprimir firmeza en su voz, pero también le tembló.

Almudena se dio cuenta y rezó para que aquello fuera una señal de que aún sentía algo por ella.

Caminaron por las calles repletas de puestos, niños que jugaban y gente que paseaba. Ella quiso sincerarse y contarle en qué había estado metida.

—La verdad es que prefiero no saberlo —dijo Juan—. Me vale con saber que estás dispuesta a confiar en mí. Pero, si algo he entendido, es que no es solo tu secreto.

—No —dijo Almudena—. Y pondría en tus manos la seguridad de más gente. Pero confío en ti, mentiste en casa del marqués para salvarme.

Juan se paró delante de ella y la miró con toda la seriedad del mundo.

—Haría lo que fuera por ti. Pero no quiero saber más de lo necesario porque, no lo olvides, soy un guardia. No me gustaría tener que debatirme entre mi deber y mi corazón. Pero sí quiero saber una cosa, ¿sigues en peligro?

—No, no creo. Tal vez me vigilen un tiempo, pero no encontrarán nada a lo que aferrarse.

—¿Y tengo que preocuparme por si un día vuelves a desaparecer?

Ahora fue Almudena la que miró a Juan con una promesa en los ojos.

—Se acabó. —Hizo un gesto al aire con la mano, restando tensión al momento—. Ya he vivido aventuras para toda una vida.

Juan asintió.

—Me alegra oírlo.

Caminaron un rato más. Cuando estaban cerca de la iglesia, Almudena habló en voz baja, casi con miedo:

—¿Significa esto que quieres que nuestro compromiso siga adelante?

Juan esbozó una sonrisa, pequeña y acompañada de un quejido. Su labio seguía muy sensible.

—Sí, claro que quiero. Aunque… me acusan de abandono de puesto.

Almudena ahogó un grito. Temía algo así, pero pensaba que no se atreverían a llegar tan lejos, que aceptarían su palabra y no buscarían su ruina. El abandono de puesto era una falta muy grave. Podían expulsarlo o algo peor. Se enfrentaría a un consejo de guerra, tal vez a la pena de muerte…

—¡No! —dijo—. Confesaré, diré que no te moviste de tu puesto.

Juan suspiró, resignado.

—Eso no mejoraría las cosas, más bien lo contrario. Pero no temas. El marqués de Valdearenas está intentando que la acusación prospere, pero el propio Godoy ha hablado con mi general. Ha

asegurado que no abandoné mi puesto por vicio o por cobardía, sino por exceso de celo. Que me encomendaron cuidar de la joven dama y que, al oír el ruido, temí que hubiera intrusos que buscaran hacerle daño o asustarla.

—¿Y funcionará?

Almudena intentó respirar hondo, pero sus pulmones estaban cerrados. La noche del rescate, cuando oyó su voz y acudió a su encuentro, no fue consciente del peligro al que exponía a Juan. Se reprendió por haber sido tan egoísta y no haber pensado en las consecuencias; sin embargo, él no parecía preocupado, como si no mereciera la pena perder la paz por algo que no dependía de él.

—No lo sé. Pero estoy aquí, paseando contigo. Que me dejen salir a la calle y seguir vistiendo el uniforme es buena señal. Lo que hice no estuvo bien, Almudena —dijo con una mano en el pecho—. Pero ¡qué demonios! Yo me debo al rey y a su familia, no a ese atajo de garrapatas. Lo haría una y mil veces si con eso te salvara de ellos.

Ella alargó la mano y cogió la suya. Le daba igual que los viese el barrio entero.

—Te quiero, Juan.

A él se le iluminó la cara. Se llevó su mano a los labios y le dio un suave beso en el dorso.

—Y yo a ti, Almudena. Y quiero que seas mi esposa, pero debes tener en cuenta que, si me expulsan o, Dios no lo quiera, me ejecutan, supondrá una deshonra no solo para mi nombre, sino para el de todos con quienes esté vinculado.

Almudena sintió que las lágrimas comenzaban a descender por sus mejillas.

—No —dijo, y fue incapaz de continuar.

—Y aunque todo se solucione con un castigo menor perderé la antigüedad, así que no podré ascender en mucho tiempo. Si… —carraspeó para aclararse la garganta—, si crees que… Lo que quiero decir es que tal vez ese no sea el escenario ideal para formar una familia. Si quieres echarte atrás, lo entenderé.

Ella apretó su mano e hizo caso omiso a las miradas de reojo de la gente que pasaba. No apartó los ojos de su prometido.

—Nunca. Estaré a tu lado, sea cual sea el veredicto.

Volvieron a caminar, uno al lado del otro. Sus brazos se rozaron un instante. Luego se separaron.

49

La marquesa viuda de Bélgida terminó de ajustar el vestido de Su Majestad frente al espejo del vestidor. La condesa viuda de Ribaescusa también estaba presente. Sabía que su nieta se encontraba bien, y se había enterado de que el marqués de Valdearenas estaba intentando hundir a su prometido, ya que a ella no la podía tocar, pero Godoy había asumido su defensa como una cruzada personal. Suspiró: ella ya no podía hacer más, pero esperaba que todo se solucionase. Al fin y al cabo, al marqués le convenía ser discreto.

La reina se miró en el espejo de un lado y luego del otro. Movió un poco los brazos arriba y abajo, como si simulara un baile. Sonrió a su reflejo y mostró sus dientes perfectos de marfil, tan estéticos como inútiles. Acarició los volantes de una de las mangas.

—Magníficos —fue todo lo que dijo.

Juan y Almudena pasaron unos días muy angustiosos esperando el veredicto. Él hacía vida en el cuartel, aunque no tenía guardias ni servicios. Sus compañeros sabían que iba a ser juzgado por abandono de puesto, aunque desconocían las consecuencias de su acción: salvo unos pocos elegidos, nadie estaba al tanto de que aquella muchacha, que ya estaría cruzando el mar camino a Sicilia para reunirse con su familiar, había huido.

Por fin, una mañana, su general lo llamó a su despacho. Estaban solos ellos dos. Juan sintió un ligero alivio: no era un consejo de guerra, y eso eliminaba la posibilidad de ser fusilado. Pero aún quedaba la expulsión. Se cuadró y saludó con una inclinación de cabeza.

—Mi general.

El militar tenía cerca de sesenta años y un carácter fuerte y firme, aunque nadie podía acusarle de injusto. Se enorgullecía de tener a los hombres bajo su mando entrenados y atentos, y miró a Juan con expresión severa.

—Soldado, ha cometido usted una falta muy grave —comenzó, y se puso a caminar por la estancia con las manos unidas a la espalda —. Como sabe, abandonar una guardia es motivo de expulsión deshonrosa, como poco. También podría acabar en las minas de Almadén, muriendo lentamente a causa del mercurio, o en África. ¿Es consciente de lo estúpida e irresponsable que fue su acción?

Juan mantuvo la cabeza alta y la mirada al frente.

—Sí, mi general.

—Sin embargo, por algún motivo, hay quien le defiende. El teniente general de la guardia de corps, Manuel Godoy, insiste en que fue una imprudencia cometida por caballerosidad, en su afán de proteger a la dama cuya custodia le habían encomendado. ¿Es eso cierto?

—Sí, mi general —dijo Juan, con pulso retumbando en su garganta.

—Bien —continuó el militar, que se detuvo frente a Juan—. El teniente general es un hombre muy influyente, y todo indica que lo será mucho más. Por otra parte, el empeño del marqués de

Valdearenas en que reciba usted un castigo ejemplar me parece más una venganza personal que un afán de justicia. Así que he tomado una decisión: cumplirá un arresto de una semana sin grilletes. Después podrá reincorporarse al servicio, pero tendré que enviarlo a una guarnición fuera de Madrid hasta que se aplaque el escándalo. Por lo que me han comentado, desea usted casarse.

—Sí, mi general.

El hombre emitió un pequeño gruñido.

—Hay otra opción. Si lo solicita, podrá licenciarse sin deshonor. Aún le queda un año de servicio, es cierto, pero haremos la vista gorda. Yo mismo firmaré su licencia absoluta.

Juan intentó mantener la posición. Toda su vida había deseado ser guardia. No sabía hacer otra cosa, no tenía otra formación. Contaba con reengancharse y ascender a sargento, labrarse un futuro en el ejército, tal vez como alabardero. Nunca se había planteado otra cosa. ¿Dejar el cuerpo? Además, había otra cuestión.

—Comprar la plaza para licenciarme es muy caro, señor. No dispongo de ese dinero.

El general hizo un gesto con la barbilla.

—Alguien se ha mostrado dispuesto a pagar esa cantidad y ha conseguido el permiso del rey. No sé con quién se ha cruzado en su camino, joven, pero ya puede jurar que le han salvado el pellejo.

Juan asintió con un nudo en la garganta. Se había salvado, sí, pero su futuro acababa de esfumarse. Todo lo que era, su identidad, se había borrado de golpe.

El general pareció leer sus sentimientos.

—Encontrará otra cosa, ya lo verá —dijo suavizando la voz.

Juan volvió a asentir, incapaz de hablar.

Cuando su superior le dio permiso para marcharse, Juan regresó a su jergón y se sentó con la cabeza gacha. Sus compañeros, los que no estaban de guardia, se acercaron. Se alegraron de que pudiera licenciarse sin deshonor. Los que conocían a Juan sabían que nunca habría abandonado su puesto de no ser por algo grave, creían su historia y celebraban que hubiera salido ileso. Juan, sin embargo, no lo veía así.

Al rato, acudió un sargento con la licencia recién redactada por el escribano. La tinta aún estaba fresca. Juan se despojó de las polainas y las dejó encima de la cama. Luego se quitó el gorro de manga y los botones metálicos de la chupa. Se anudó un pañuelo a la cabeza para no parecer un mendigo, cogió su fusil y se dirigió al armero, seguido por sus compañeros.

Su sargento revisó el arma. Comprobó que tenía todas las piezas y que funcionaba correctamente, y luego se la devolvió. Juan la colocó en el armero vertical, pero su mano no se separó de ella. En el momento en que soltara el arma, dejaría de ser un hombre del rey. Cerró los ojos y tragó saliva, intentando contener la emoción. Después los abrió de nuevo y retiró la mano.

Sus compañeros le dieron palmadas en la espalda y se despidieron de él.

—¡Buen pasaporte y mejor acomodo! —le desearon, uno tras otro.

Desolado, Juan abandonó el cuartel.

—Pero ¿qué haces?

Beatriz estaba en medio de la sala con las manos en las caderas. Ramón, impasible, metía sus pocas pertenencias en un morral.

Siguió con lo que estaba haciendo, sin levantar la vista. Beatriz resopló. En su fuero interno, pensó que tal vez se había equivocado un poco al testificar. Le pudo el afán de venganza y no midió bien las consecuencias. Ese Godoy la había humillado y despreciado delante de todos aquellos nobles, y el malnacido del marqués le había retirado su apoyo.

El calor subió de nuevo a sus mejillas al recodar el momento en que, tras la liberación de Almudena, se acercó a su amante y él la miró con tal frialdad que incluso a ella la descolocó. Cuando intentó quitarle hierro al asunto, el marqués le indicó a un guardia que la sacara de la sala y se giró hacia sus amigos. La palabra «mujerzuela» llegó hasta sus oídos antes de cruzar la puerta.

No había vuelto a saber de él.

Y por si fuera poco, Juan lo había presenciado todo, pues aún seguía allí. Era un caballero y no hablaría, pero los criados, en cuanto se supiera que había perdido el favor del marqués, correrían la voz. No se había hecho demasiado querida por el servicio, y ella lo sabía. Pero había probado las mieles del poder, ¿alguien la podía juzgar?

Estaba preparada para enfrentarse a las habladurías, pero solo podía hacerlo con su esposo a su lado. El hombre que en ese instante caminaba hacia la puerta con el morral al hombro.

—Espera, Ramón. —Se acercó a él y habló con voz más suave—. No puedes irte. Esta es tu casa.

Él la miró por primera vez desde que había empezado a recoger sus cosas.

—Te dije que te atuvieras a las consecuencias. No voy a vivir bajo tu mismo techo, me voy.

—¿Y adónde irás?

—Vuelvo al cuartel.

—¡Pero no puedes dejarme aquí sola! —Beatriz se imaginó los rumores, los cotilleos. Atacó a la desesperada—. Si te vas, te denunciaré por abandono del hogar.

Ramón se detuvo, se giró y dio un paso hacia ella. Uno solo.

—Hazlo y te denunciaré ante el tribunal eclesiástico por adúltera. Me concederán la separación, y entonces ¿qué? ¿Te irás a un convento? Los dos sabemos cómo acabarías si tienes que abandonar esta casa. No quiero eso para ti, Beatriz. Tal vez lo merezcas, pero no seré yo quien te arrastre a esa vida. Quédate en la casa si lo deseas, la pagaré mientras vivas en ella. Pero no esperes nada más de mí.

Ella le puso la mano en el brazo, conciliadora.

—Ramón, lo siento mucho. Quédate, seguro que podemos arreglarlo.

Ramón miró su rostro, tan hermoso que podía hacerte perder la razón. Sin embargo, aquella vez no vio la piel de porcelana, ni los cabellos dorados, ni los hipnóticos ojos azul brillante. Vio la perfidia tras la máscara, la rabia y la bilis. Se soltó.

—Has roto lo nuestro sin ninguna posibilidad de reparación. Haz tu vida, que yo haré la mía. Adiós, Beatriz.

Se marchó, dejando a su esposa en medio de la sala, humillada y derrotada.

Cuando Ramón llegó al cuartel se encontró a Juan, que salía en ese momento. Vio cómo iba vestido y asumió lo que había pasado.

—¿Licenciado o expulsado? —preguntó.

—Licenciado —dijo el joven—. Licencia total, me voy limpio,

gracias a Dios.

Ramón asintió.

—Me alegro, amigo.

Los dos se quedaron en silencio. Juan observó el hatillo en su hombro. Ramón se dio cuenta.

—No puedo vivir bajo el mismo techo que esa mujer. Intentó destruir a Almudena por despecho, me hizo daño a mí y arrastró mi nombre por el barro.

—Lo lamento, Ramón. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

—Intentaste avisarme —dijo con un suspiro—. Cada hombre es responsable de su destino. ¿Estarás bien?

Juan asintió.

—Me iré a casa de mi familia unas semanas, hasta la boda.

Ramón palmeó la espalda de su amigo.

—Te llevas una gran mujer. Te deseo toda la felicidad del mundo.

Juan se despidió de Almudena y se marchó a San Sebastián de los Reyes, a casa de su hermana, con su madre y su familia. No podía ir y volver a diario, así que no se vieron hasta diez días después, el día de la boda.

Domingo miró a su hija, tan orgulloso que no le cabía el corazón en el pecho. Estaba preciosa con el pelo en un moño trenzado, y una mantilla de blonda de Almagro muy fina que don Carlos le había regalado, en nombre de la camarera mayor, con el agradecimiento de la reina por los años de servicio, cubría su cabeza y sus hombros. El corpiño de terciopelo con hilos de plata lo había bordado ella misma en sus ratos libres con materiales de palacio que le habían autorizado a utilizar. La basquiña, de seda, había sido un regalo de

sus compañeras del guardarropa. Llamaba la atención, pero, sobre todo, lo que más destacaba era la felicidad que irradiaban sus ojos. Cuando estuvo lista, tomó el brazo de su padre y se dirigieron a la iglesia.

Allí la esperaban sus amigas: Teresa, que se lanzó a sus brazos en cuanto la vio. Manuela, que acudió con su marido, pues por fin se había casado, y Luz, que tenía novio formal y pasaría por el altar el mes siguiente. También estaban doña Eulalia y doña Leonor, y todas sus compañeras del guardarropa con sus esposos, así como don Carlos, don Pedro, el sastre, y madame Moulinier. Los vecinos más cercanos también acudieron, y todos los compañeros de armas de Juan, salvo Ramón, con sus uniformes y medallas, montando jaleo y rondando a las mozas.

Y vestido de civil con calzones oscuros, medias blancas, faja y chaleco encarnados y chaquetilla de paño fino, estaba Juan. Cuando sus miradas se encontraron, todo lo demás dejó de existir. Almudena caminó hasta la puerta de la iglesia y se detuvo frente a él.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida —dijo él, con los ojos abiertos de admiración.

Ella se sonrojó.

—Tú también estás muy guapo.

La ceremonia fue rápida y bonita, y, al salir, los soldados del regimiento los escoltaron entre canciones y toques de tambor a la taberna donde tendría lugar el convite. Todos los vecinos del barrio aplaudieron desde las ventanas y felicitaron a gritos a los recién casados. Almudena y Juan no se soltaban de la mano: por fin podían hacerlo sin comprometer su reputación. Sin embargo, aún no podían besarse a gusto. Cada vez que sus caras se acercaban, los invitados

se ponían a gritar y a patalear, haciendo que ambos se murieran de vergüenza.

—No veo la hora de estar a solas contigo —dijo Juan a su oído.

Ella sintió que un escalofrío le recorría la columna y apoyó la cabeza en su hombro, pero la retiró enseguida para recibir un abrazo de Teresa, el décimo que le daba ese día.

—¡Es tan emocionante! —dijo, y se secó una lágrima de emoción —. Por fin estás casada. Ahora podremos hablar de temas más… interesantes —le dijo con una sonrisita.

Almudena la miró con cariño. Teresa, su amiga desde niñas, su compañera de trabajo, su apoyo constante. Nunca supo en qué había estado metida, pero habría arriesgado su propia vida por ella, estaba segura. Se habían distanciado un poco, entre las horas que Almudena pasaba en palacio y que Teresa había sido madre, pero estaba firmemente dispuesta a solucionar aquello y volver a verla casi a diario.

—Te quiero, amiga —le dijo antes deshacer el abrazo—. Gracias por estar siempre ahí para mí.

Teresa le pellizcó la barbilla y dejó sitio para otro invitado feliz que quería hablar con la pareja de recién casados.

El cortejo pasó por delante de la casa de Beatriz, que miraba por la ventana. Almudena la vio ajada, como si su legendaria belleza hubiera desaparecido bajo capas de amargura y resentimiento. Aún era joven, pero las comisuras de los labios tiraban para abajo y sus mejillas estaban hundidas. Hasta su precioso pelo rubio parecía haber perdido su brillo, y los ojos, que antes eran como dos faroles, mostraban un azul desvaído y apagado. En ese instante sintió lástima por ella, pero entonces Beatriz corrió el visillo de forma

brusca y ocultó su rostro, y Juan volvió a tomarla de la mano. Almudena se olvidó de Beatriz y se concentró en su propia felicidad.

Una vez en la taberna, se sirvieron buñuelos y rosquillas. Los compañeros del guardarropa se despidieron: debían volver al trabajo. Los demás disfrutaron de un cocido e innumerables jarras de vino de Arganda. Los antiguos compañeros de Juan le entregaron una bolsa de piel: habían recolectado una pequeña cantidad para ayudarle a montar un negocio con el que pudiera salir adelante ahora que ya no era guardia.

—¡A la salud del rey! —gritaban cada dos por tres, levantando las jarras de vino y bebiendo a grandes tragos—. ¡Vivan los recién casados!

Cuando acabó la comida, comenzaron a sonar las seguidillas y los fandangos. Un soldado sacó a bailar a Manuela. Su marido, un majo tan *echao p'alante* como ella, se plantó delante de él con la mano en la faja, donde guardaba la navaja. Por un instante, todo el jolgorio se detuvo. Pero entonces el soldado levantó las manos y dio un paso atrás, y Manuela se echó a reír y besó a su marido delante de todo el mundo.

La fiesta siguió hasta que el sol comenzó a caer. Domingo se retiró, al igual que la mayoría de los invitados. Los novios, con ganas de estar a solas, se dirigieron a la casa poco después, escoltados por los mejores amigos de Juan y Almudena.

—¡Menuda noche vas a pasar, amiga! —dijo Manuela, fiel a su carácter—. Cierra las ventanas para que a tu padre no le dé una apoplejía.

—¡Manuela! —Teresa ahogó una risa con la mano—. Qué bruta eres, hija, no cambias. —Luego se volvió hacia su amiga—. Pero

tiene razón.

Las risas acompañaron los pocos metros que separaban la taberna del portal. Luz la abrazó al llegar.

—Solo quedo yo —dijo, con la ternura que la caracterizaba—. Pero en un mes os alcanzo. Y seremos un grupo de mujeres casadas.

—Casi unas viejas —apostilló Teresa.

Todas besaron la mejilla de Almudena y se marcharon ente cánticos y palmadas. Los soldados también se habían ido. Juan tendió la mano a Almudena y subieron las escaleras a toda prisa hasta el último piso. Ella había preparado y decorado en sus ratos libres el cuarto que habían arrendado hasta que pareció un hogar. Juan, que no lo había visto, miró a su alrededor con las manos en la cintura.

—Vaya, esto está mucho mejor que la última vez.

Almudena sonrió.

—La reina ha sido muy generosa. No esperaba nada por su parte, pero parece que madame Moulinier sugirió que un regalo de bodas sería procedente.

Juan volvió a fijar la vista en su esposa.

—Todo esto está muy bien, pero ahora no me interesa.

Se acercó a ella en dos zancadas, cogió su barbilla con suavidad y le alzó la cara. Almudena le miró, expectante, con la boca entreabierta. Juan, por fin, se inclinó y la besó con todas las ganas que había acumulado durante años. Luego la tomó de la mano.

—Ven, esposa —le dijo mientras la conducía hacia la alcoba.

Almudena lo siguió, tan ansiosa como él.

50

Tras la boda tuvieron dos días libres. Se levantaron tarde, se acostaron temprano y, entre una cosa y otra, pasearon y hablaron del futuro. El pasado, de momento, preferían dejarlo atrás. Entonces llegó el jueves, cuando debían volver al trabajo. Almudena, a palacio. Juan, a su nuevo empleo. Se despidieron con un beso en el patio y ella salió a la calle.

Juan llamó a la puerta de madera.

—¡Pasa, muchacho! —dijo una voz desde dentro—. ¡Está abierto!

Juan entró y el olor a lino y a paño invadió sus fosas nasales. Cruzó la trastienda y se quedó parado en la puerta que comunicaba con la tienda.

—¿Vas a quedarte ahí todo el día? —Domingo no levantó la vista del rollo que estaba cortando.

Juan avanzó. Era la primera vez que veía la tienda desde ese lado del mostrador y le pareció más pequeña. Las estanterías subían casi hasta el techo, cargadas de piezas de tela dobladas siguiendo un orden que todavía no alcanzaba a comprender. Sobre la mesa central, las marcas de las varas brillaban a la luz de la mañana.

Domingo medía una pieza de paño oscuro, manejando la tela con precisión.

—Abre la puerta —le indicó—. Ya es la hora.

Juan obedeció. El ruido de la calle entró en la tienda.

—Aquí no hace falta que te cuadres.

Juan llenó sus pulmones de aire y luego lo soltó por la nariz. No se había dado cuenta de que estaba rígido.

—No me cuadraba —dijo—. Solo…

No terminó la frase. Domingo dejó el rollo de tela sobre la mesa y lo miró por primera vez. Sus ojos destilaban amabilidad, pero su voz sonó firme.

—Aquí no hay órdenes, Juan. Me alegro de que hayas aceptado ser mi ayudante: necesito un par de manos más, ya empiezo a estar cansado. Pero si no te gusta, si decides no quedarte, lo entenderé.

—Me quedo —dijo Juan.

Domingo asintió, satisfecho. Luego señaló un fardo apoyado contra la pared.

—Empieza por eso, hay que llevarlo al taller de bordado de la calle de la Sal. No lo arrastres.

Juan se acercó. Pesaba más de lo que parecía. Se lo cargó al hombro con un gesto automático, aprendido en años de servicio.

Su suegro dejó escapar una suave risa.

—No es un fusil —dijo—. Es paño fino.

Él corrigió la postura, incómodo, y sostuvo el fardo con más cuidado. Se quedó un instante de pie, sin saber si debía decir algo. En el cuartel siempre había una siguiente orden y no tenía claro cómo actuar.

—¡Vamos, hombre! —le apremió Domingo con un gesto de la mano—. No te quedes ahí como un pasmarote, que a la vuelta te toca ordenar la trastienda.

Al salir, lo recibió el ruido de Madrid: carros, voces, pasos apresurados, risas y gritos. La ciudad era la misma, pero él no. Por primera vez desde hacía años, no tenía claro qué le iba a deparar el

día, la semana, el mes. Levantó la cara hacia el sol de la mañana y disfrutó de su calidez. Luego echó a andar.

Los meses pasaron muy deprisa. María, la costurera auxiliar, ascendió a costurera oficial del guardarropa y acompañó a Su Majestad en los desplazamientos ese año. La salud de doña Paula seguía siendo delicada y a Almudena, en tanto que recién casada, intentaban no separarla demasiado tiempo de su esposo. Las Navidades de ese año fueron distintas: Juan ya estaba asentado en la tienda, la clientela confiaba en él, y Domingo cada vez lo dejaba más tiempo solo. Veía a su hija feliz y sabía que Juan era un buen hombre. Compartieron la comida de Navidad con la señora Vicenta y sus dos hijos, que eran ya unos jóvenes altos y fuertes que se estaban labrando su propio futuro.

Pasaron la tarde comiendo turrón, cantando villancicos y riendo. Juan la miraba en silencio, como si aún no terminara de creerse que aquella vida era la suya. A la mañana siguiente, Almudena se despertó como siempre y al levantarse, apenas puso un pie fuera de la cama, salió corriendo hacia la cocina y vomitó en un balde. Ella y Juan se miraron y se abrazaron, llenos de alegría.

Un par de meses más tarde, Almudena se sentó frente a don Carlos en su despacho. Este la escuchó y sonrió, aunque con cierta tristeza.

—Enhorabuena, Almudena. Me alegra ver que forma su propia familia. Debo admitir que me apena su marcha, aunque la entiendo.

Ella quiso seguir colaborando con palacio y a todos les pareció una gran idea, pero ahora lo haría desde su propio taller. Se despidió de sus compañeras entre lágrimas. Al fin y al cabo, llevaba años allí

y algunas de esas mujeres eran muy importantes para ella. Madame Moulinier lloró al abrazarla.

—Haces bien, *ma chérie*. Además, las cosas se van a poner un poco tensas en palacio, me temo.

La ejecución del rey de Francia había desatado el caos en la corte. Aquel acto había provocado la inmediata ruptura de relaciones de España con el país vecino y, según se rumoreaba, se iba a iniciar una guerra.

—Madame, abriré mi propio taller y seguiré colaborando con el guardarropa. Puede venir a verme cuando lo desee, también aceptaré sus encargos.

Doña Paula la abrazó con fuerza, al igual que María. Las seguiría viendo en calidad de costurera asociada, pero dejar de pasar el día entero con ellas iba a suponer un cambio muy grande.

Luego fue a despedirse de las zurcidoras. No había vuelto a hablar con María del Carmen desde el día de su liberación, más allá de los saludos de cortesía. No sabía qué había pasado con el círculo. Tampoco si habían recibido más solicitudes de socorro, aunque dudaba mucho que las hubieran atendido. Ella seguía tomando precauciones desde que quedó expuesta y, por tanto, era mejor no saber nada, no hablar con nadie más de lo normal, no salir de casa a horas intempestivas. Pero, además, ya había tenido aventuras suficientes. Le había visto las orejas al lobo y no quería tentar a la suerte, y menos ahora que alguien dependía de ella. Acarició su barriga todavía plana con cariño.

Don Julián, el zapatero vecino de su padre, echó el cierre y se fue a vivir con su hijo mayor, y el hijo de Vicenta hacía ya tiempo que había montado su propio taller en la calle de al lado, así que el local

se quedó vacío. Almudena lo alquiló y abrió una pequeña puerta que comunicaba con la tienda de telas. Allí montó su taller. Aprovechó los meses hasta dar a luz para adecentarlo y correr la voz de que se iba a instalar allí.

—Hay trabajo para todas —dijo doña Leonor cuando fue a visitarla para contarle sus planes—. Y has hecho bien en salir de palacio, el ritmo allí es incompatible con una familia. Ahora vivirás mejor, ya lo verás.

Teresa ya iba por su tercer embarazo.

—Nuestros hijos serán los mejores amigos —dijo, convencida—. O tal vez sean niño y niña y se casen cuando sean mayores. Sea como sea, los criaremos juntas.

No supo más de la condesa viuda de Ribaescusa. Tampoco Manuel Godoy volvió a cruzarse en su camino. Ahora era primer secretario de Estado, ministro universal y había recibido un título: conde de Alcudia y Grande de España, nada menos. Sus mundos no volverían a tocarse, pero Almudena nunca olvidaría todo lo que habían hecho por ella.

Quien sí quiso despedirse fue la infanta María Amalia. Tenía ya catorce años y se hablaba de la posibilidad de que contrajera matrimonio con su primo Luis de Parma. El último día, Almudena recibió una petición para que acudiera a sus habitaciones. Allí la esperaba la infanta, vestida de azul pálido, con su pequeño Bijou en brazos. La miró haciendo un puchero.

—No quiero que te vayas, Almudena.

La costurera sabía el papel que había jugado en su liberación, aunque jamás pudiera contárselo a nadie. Hizo una reverencia:

—Estos años en palacio han sido un regalo, alteza. Y también conocerla a usted. Siempre le estaré agradecida.

Entonces María Amalia hizo algo del todo impropio: dejó al perrito en el suelo, se acercó a Almudena y la abrazó. Las damas allí presentes miraron para otro lado, incómodas, pero Almudena sintió que su corazón se derretía.

—Gracias por ayudar a María del Pilar. Siempre estaré en deuda contigo —le susurró. Luego, más contenida, dijo en voz alta—: Ha sido un placer tenerte en el guardarropa estos años. Te deseo una vida larga y próspera.

—Lo mismo le deseo yo, alteza.

Almudena salió de palacio con el ánimo alegre y el pecho lleno de esperanza.

Varios meses después estaba cosiendo en el taller, con su pequeña en un canasto a su lado, cuando la puerta se abrió.

—Venía a pedir un encargo especial.

Almudena reconoció la voz y levantó la cabeza.

—Hola, María del Carmen.

Las dos se miraron sonriendo.

—¿Es seguro que estés aquí? —preguntó Almudena.

La zurcidora asintió.

—Solo soy una mujer visitando a una amiga para conocer a su bebé. Además, hace casi un año que dejaste el guardarropa. Ya no eres relevante, nadie va a sospechar de ti. —Se acercó al canasto—. ¡Es una preciosidad! ¿Cómo se llama?

—Isabel.

María del Carmen sonrió: no podía ser de otro modo. Después se

incorporó y miró a Almudena. Esta le sostuvo la mirada. Por un momento, ninguna habló. Entonces la zurcidora abrió la boca para decir algo, pero Almudena se adelantó.

—Sí —dijo—, lo haré.

Epílogo

Madrid, junio de 1803

Quedaba poco para cerrar, pero Almudena todavía tenía trabajo entre manos. Pasó a la tienda, donde Juan terminaba de cortar un pedido que mandaría al día siguiente al taller de doña Leonor. Ella cogió un rollo de seda azul oscuro para cortar la tela que necesitaba para una basquiña.

—¿Y padre?

Juan levantó la vista un segundo.

—Ha subido ya. Estaba cansado.

Domingo se hacía mayor. Sus movimientos eran cada vez más lentos y los dedos no le respondían como antes, pero todos los días ocupaba su sitio tras el mostrador, sentado en una silla, y conversaba con la clientela como si así pudiera seguir sosteniendo un negocio que hacía años que llevaba su yerno.

Almudena se giró para regresar al taller, pero el ruido de la puerta la detuvo. Una mujer mayor entró y saludó.

—Buenas tardes, Almudena. Iba a su taller, pero ya que está aquí…

Ella la saludó con un gesto de cabeza.

—Dígame qué necesita, Antonia.

La mujer le tendió un pañuelo de seda bordado.

—Mi señora pregunta si tiene usted algo parecido.

Tomó el pañuelo y se dio la vuelta con discreción para quedar de espaldas a la puerta. Lo sostuvo un instante entre los dedos y reconoció el bordado. Se lo guardó en la falda y sacó otro parecido.

—Tal vez este le pueda gustar.

La mujer asintió y se lo guardó a su vez, sin mirarlo.

—Seguro. Se lo haré llegar.

Juan asistió a este intercambio sin decir ni una palabra.

Entonces una niña de casi diez años entró corriendo desde la trastienda.

—¡Mamá! —dijo indignada—. Dile a Manuel que deje de perseguirme, es un pesado.

Juan sonrió y salió al patio, desde donde se oyó su voz.

—Manuel Montesinos, compórtate. Ya tienes ocho años, no puedes perseguir a tu hermana como si fueras un bárbaro.

—Pero si ha sido ella la que…

Isabel, alta para su edad, espigada y con una elegancia que llamaba la atención incluso cuando estaba quieta, se acercó a su madre. Antonia rebuscó en su bolsa, sacó una barrita de caramelo y se la tendió con una sonrisa.

—¿Te han dicho que tienes los ojos de tu madre, Isabel?

La niña asintió, con sus ojos ambarinos rodeados de largas pestañas fijos en la clienta.

—Muy a menudo. Mi abuelo dice que son iguales a los de mi abuela.

Hubo un silencio breve, denso, que la niña no supo interpretar. Luego la mujer se disculpó y se dirigió a la puerta.

—Dos días —dijo, y se marchó.

Isabel miró a su madre con las cejas muy juntas.

—¿Quién es esa señora? Viene de vez en cuando, pero nunca la he visto comprar nada.

Almudena sonrió y atrajo a su hija hacia ella. Acarició su rebelde melena castaña y la besó. Le recordaba mucho a ella misma a su edad: curiosa e impaciente.

—A veces la gente tarda en saber lo que quiere, pequeña. Esta mujer trabaja para una señora noble: hasta que se deciden, puede pasar un tiempo. —Se dirigió a la puerta del taller—. Venga, ven. Ayúdame a cortar esta tela.

La niña miró a través del escaparate, como si intuyera que había algo más detrás de las visitas de aquella mujer. Luego giró la cabeza, dio otro lametón al caramelo y siguió a su madre sin volver la vista atrás.

Nota de la autora

Empecé a escribir esta novela para contar la historia de una joven que quiere ser costurera. Acabé contando una historia sobre la búsqueda de un camino propio, la lucha por la identidad y las redes de apoyo femenino. Una novela que me ha hecho ser consciente, más allá de los datos objetivos que ya conocía, del camino tan difícil que hemos recorrido para estar donde estamos hoy y de lo que debemos a quienes lo recorrieron primero.

Se suele tener la idea de que el trabajo remunerado femenino es algo que hemos conquistado hace poco, pero las mujeres que no pertenecían a las clases altas llevan trabajando fuera de casa desde hace siglos.

Pertenecer a la clase trabajadora no ha sido nunca una ganga, pero las mujeres históricamente se han llevado la peor parte: mismos horarios extenuantes a cambio de sueldos mucho más bajos, poco reconocimiento y la carga añadida del hogar y la familia.

A finales del siglo xviii, los oficios españoles estaban controlados por los gremios, exclusivamente masculinos, que regulaban quién podía y quién no podía acceder a ellos.

El 2 de septiembre de 1784 se aprobó una Real Cédula a instancias de Carlos III en la que se permitía a las mujeres trabajar en el sector textil. Hasta ese momento, la mujer en este sector trabajaba, claro que sí, pero bajo el paraguas del nombre de su marido. Modistas, sastres, tenderos. Ellos eran los gremiados y los

que daban la cara. Ellas cosían, diseñaban, cortaban y zurcían, pero para el taller de sus esposos o padres.

¿Y qué ocurría si el hombre, el titular del taller o la tienda, moría? La mujer quedaba totalmente desamparada. No podía seguir trabajando ni cobrar por ello. Ni siquiera podía mantener el negocio abierto, a no ser que se casara con otro maestro del gremio que pusiera su nombre.

La cédula le ofrecía cierta protección, era una garantía para que pudieran ganarse la vida y no acabar pasando hambre o en la mendicidad. Pero también era un arma política: el rey quería socavar los privilegios de los gremios, que eran contrarios al reformismo que él promulgaba.

Almudena es un personaje ficticio, como lo son todas las costureras y zurcidoras que aparecen en la novela, excepto Paula Pandeavenas, que está documentada como costurera del guardarropa real a sueldo. Sus nombres son inventados, pero sus historias podrían ser las de muchas jóvenes que intentaron salir adelante y labrarse una carrera por ellas mismas, con una gran parte de la sociedad en contra.

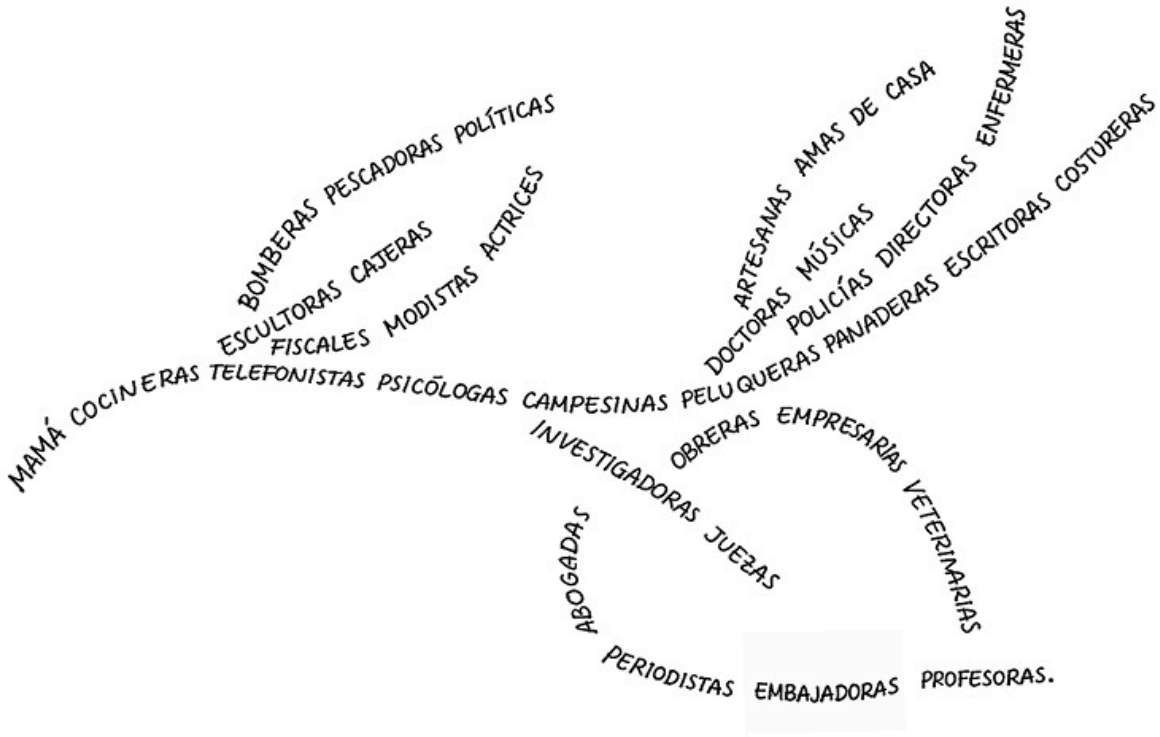
El círculo de mujeres también es ficción, al menos por lo que sabemos. Pero el destino de algunas de estas damas nobles era terrible: privadas de libertad, sin poder elegir qué ser, con quién casarse, nada que no fuera obedecer a sus padres y después a sus esposos cada uno de los días de su vida.

Desde esta perspectiva, ser una mujer de clase trabajadora, aunque se viviera con menos comodidades, permitía en muchos casos una libertad de elección impensable para las damas de la aristocracia, al menos en la ciudad. Me gustaba la idea de tejer una

red de apoyo en que fueran las que menos tienen las que ayudaran a las en teoría privilegiadas a alcanzar la libertad. Cambiar las tornas. Ser conscientes de que mejor vivir en el barrio que en una jaula de oro.

Los títulos nobiliarios que aparecen en la novela, excepto los que no tienen trama más allá de la contextualización histórica, son inventados: no querría acusar a ninguna casa existente de tratar así a sus jóvenes ni de andar asesinando a rivales. Si, a pesar de mis investigaciones, resulta que existe un marquesado de Valdearenas, mis disculpas.

Todo lo que rodea a la historia, sin embargo, es real y está muy documentado. La familia real, sus viajes, los protocolos, formas de trabajo, el ascenso de Manuel Godoy… También el funcionamiento del guardarropa y los nombres de sastres, modistas y del encargado. Si hay alguna errata, asumo la responsabilidad. Soy humana, no puedo evitarlo.


MAMÁ COCINERAS TELEFONISTAS PSICÓLOGAS CAMPESINAS PELUQUERAS PANADERAS ESCRITORAS COSTURERAS
BOMBERAS PESCADORAS POLÍTICAS
ESCULTORAS CAJERAS
FISCALES MODISTAS ACTRICES
ARTESANAS AMAS DE CASA
DOCTORAS MÚSICAS
POLICÍAS DIRECTORAS ENFERMERAS
OBRERAS EMPRESARIAS VETERINARIAS
INVESTIGADORAS JUEZAS
ABOGADAS
PERIODISTAS EMBAJADORAS PROFESORAS.

Agradecimientos

Gracias eternas a Nando, que me acompaña en este camino y me hace de chófer, de consejero y de sr. Lobo (aún no ha tenido que limpiar la escena de un crimen, pero como conseguidor no tiene precio).

A Alicia González Sterling, mi agente y mamá literaria, gracias por su fe inquebrantable y su paciencia infinita. A Clara Rasero, que cree en mí desde el principio. A todo el equipo de Ediciones B, que hacen un trabajo increíble para que un manuscrito acabe convertido en una verdadera novela.

A Judith Miralles, por el precioso e inspirador dibujo de la página anterior. Tú sí que vales, nena.

A mi familia, que son mis mejores embajadores.

A mis amigas. Vosotras me mantenéis cuerda. GRACIAS.

Una joven costurera con un don.
Una corte donde todo está a punto de cambiar.
Entre telas y puntadas se esconden los mayores secretos.

Madrid, 1784. Almudena Serrano ha pasado la infancia entre telas en el taller de su padre. Ahora tiene catorce años, un talento extraordinario para la aguja y un sueño que parece imposible para una muchacha de su condición: abrirse camino en la costura y llegar algún día a palacio.

Cuando una nueva ley reconoce por primera vez el derecho de las mujeres a ejercer un oficio propio, Almudena no duda en aprovechar la oportunidad para entrar en el taller de doña Eulalia. Mientras algunos poderosos intentan prohibir que las mujeres trabajen oficialmente, la joven luchará con una voluntad férrea hasta llegar al guardarropa de la reina María Luisa de Parma.

Al tiempo que los ecos de la Revolución francesa desestabilizan a la corte, Almudena vive entre vestidos de seda, intrigas palaciegas y rivalidades. Será entonces cuando descubra demasiados secretos, entre ellos uno enterrado en la memoria de su familia, capaz de acabar con ella y su futuro.

En esta novela histórica repleta de pasión, misterio y hermandad entre mujeres, Clara Mendívil nos transporta de las callejuelas madrileñas de la época a palacio, en una corte repleta de secretos, donde solo aquellos que no deberían oír escuchan de verdad.

Clara Mendívil estudió Historia y vive en Zaragoza. Ha publicado los libros *De viento y sal* (2019), *Loto rojo* (2022) y *Retrato de una corte* (Ediciones B, 2025). En esta última relata la subida a la cima del poder del conde-duque de Olivares y las intrigas de la corte de Felipe IV a través de la vida y la obra de Diego Velázquez y de su mujer, Juana Pacheco.

Su nueva novela, *La costurera de la reina*, narra el camino de una joven costurera en el momento en el que se aprueba una Real Cédula que permite a las mujeres trabajar en el sector textil, avance que, sin embargo, muchos intentaron parar. A través de Almudena conoceremos a esas mujeres trabajadoras y luchadoras, las intrigas de la corte y un mundo que está a punto de cambiar para siempre.

Podéis saber más de ella en: www.clarasmendivil.com

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Clara Mendívil
Los derechos sobre esta obra han sido cedidos a través de Bookbank Agencia Literaria
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© Judith Miralles, por el dibujo final

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: composición fotográfica a partir de las imágenes de © Trevillion Images e © iStock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8547-4

Compuesto en www.voringran.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros

Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por leer este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin
Random House
Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La costurera de la reina

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Clara Mendívil

Créditos